H. J. RAHLENS

INFINITISSIMO

El «Invierno Negro», desatado por una mortal epidemia, azota al mundo en 2018 y casi aniquila a la población humana. Con ayuda de impresionantes avances tecnológicos, la sociedad se reorganiza bajo valores colectivos por encima del espíritu individualista. En el año 2264, la vida es totalmente pragmática. La gente desconoce la palabra «yo». Los sentimientos son considerados peligrosos. Los adolescentes viven en Dormitorios Pre-Adultos donde deben encontrar a su pareja óptima e intentar procrear… porque la sociedad del siglo XXIII tiene un problema de natalidad que pone a riesgo todo el sistema. Finn Nordstrom recibe la misión de analizar el diario de Eliana, una chica que vive en el Berlín del siglo XXI. Para el Gobierno Global General esta tarea es vital: si Finn se deja atrapar por el diario y su autora —a quien logra conocer en repetidos viajes al pasado— la humanidad quizá pueda resolver la situación que enfrenta recuperando aquello que olvidara dos siglos atrás: el amor.

Holly Jane Rahlens

Infinitissimo

ePub r1.0
Rocy1991 16.06.14

Título original: *Everlasting*
Holly Jane Rahlens, 2013
Traducción: Alejandra Ramos Aragón
Retoque de cubierta: Rocy1991

Editor digital: Rocy1991
ePub base r1.1

Para Noah, sus amigos,
y el futuro de todos ellos…

NOTA

INFINITISSIMO fue escrito en 2265 en inglés norteamericano tardío (INT), y en 2274 se tradujo a Español Global Moderno (EGM). La adaptación a español de entre siglos que aquí se incluye, se realizó como «Ejercicio obligatorio de adaptación 6» para la obtención del certificado del seminario «Comprensión de las etapas de vida de las lenguas romances–Español, Parte III.» Algunas referencias en idiomas extranjeros se dejaron en su forma original al no encontrarse equivalentes adecuados. El conocimiento del alemán extinto y del inglés norteamericano tardío puede ser de utilidad pero no es un requisito obligatorio. La traductora está profundamente en deuda con el doctor Nelhar N. Suiled, su mentor, por la ayuda que proporcionó para la dilucidación del significado de varias palabras y pasajes inciertos.

Bella Tema Mo Wald
Departamento de Lenguas Históricas /EU-Berlín
4. junio 2450

1

LA ISLA

Finn deslizó los *binoculunares* hasta sus ojos. Sobre él, el profundo cielo nocturno resplandeció tenuemente. Alcanzó a ver un crucero espacial que transportaba geólogos a Marte y otros lugares más lejanos. ¿O tal vez volvía a casa para las fiestas? Era difícil saberlo desde tan lejos. No obstante, alcanzaba a ver que los reflectores del crucero parpadeaban con una luz color verde, quizá para saludar al crucero SunTeam, el cual estaba repleto, supuso, de saltadores de *bungee* que salieron de paseo para vivir una emoción cósmica. Se estremeció solo de pensarlo. Jamás le habían agradado las caídas libres e ingrávidas.

Más abajo, volando a lo largo de la costa y cada vez más cerca, venía el planeador del pueblo; el de las 11 p.m. El planeador describió una silenciosa trayectoria circular hacia la tierra y se cernió sobre Finn antes de aterrizar en el Metropuerto Exterior de Nueva York, el cual se encontraba a sus espaldas: al norte y hasta el otro lado de la bahía.

Entonces, el mar rugió. Las olas rompieron. Luego se alejaron. De ida y vuelta. El agua se elevaba y volvía a caer.

El aire todavía estaba cargado del calor del día anterior, de sal, brisa marina y del jazmín del jardín contiguo. Finn creyó que se quedaría dormido ahí mismo en la playa, bajo las estrellas —así de

cansado se sentía. Pero entonces, un cangrejo pasó corriendo de prisa junto a sus pies desnudos. Y luego otro. Algo los había alarmado. Finn también prestó atención cuando escuchó los suaves pasos sobre la arena y el crujir de tela. Alguien se aproximaba. Volteó… y ahí estaba Rouge.

—¡Oh! —gimió ella, sorprendida. Sin embargo, un instante después se rió—. ¡Finn! ¿Qué diablos son esas cosas? ¡Me asustan!

Finn se puso de pie, se levantó los Binoculunares y los dejó sobre su cabeza, cuidando de no estirarlos para que no perdieran la forma. Luego dio un paso hacia Rouge.

—Lo lamento, tu visita es completamente inesperada.

Rouge dejó caer sus sandalias sobre la arena y luego saludó a Finn con varios besos al aire: mejilla derecha, izquierda y derecha. A pesar del efusivo saludo, había algo de incomodidad entre ellos. A Finn no le agradaban las sorpresas, ni siquiera si se trataba de la deslumbrante Rouge Marie Moreau, aquella elegante y ágil rosa de tallo largo, en esa escondida franja de tierra que era la playa de Fire Island.

—No es nada sencillo ponerse en contacto contigo —dijo ella, al mismo tiempo que retiraba algunos mechones de cabello que le cubrían los ojos. Ah, esos ojos color verde acero, tan punzantes, a los que nunca se les escapaba un detalle—. ¿Sucede algo con tu *Botón Cerebral*? —A la luz de la luna, sus rizos brillaron con un tono metálico, tan rojizo como el cobre.

Finn sacudió la cabeza.

—No, está apagado. Todo estará apagado por algunos días.

—¿Todo? —preguntó ella.

Finn detectó un tenue y seductor tono en su voz. Alguna vez fueron pareja. El romance terminó casi tan pronto como empezó —Finn creía que no eran del todo compatibles—, pero continuaron siendo amigos, e incluso, compañeros de unidad. En tiempos recientes, no obstante, él había vuelto a percibir un delicado cambio en el afecto que ella le demostraba. ¿O sería solo su imaginación?

Rouge le sonrió a Finn y él devolvió el gesto, aunque con una ligera sombra de renuencia que ella notó al verlo titubear.

—¿Qué son esas cosas? —prefirió preguntar, pero su voz ya no tenía el mismo tono seductor.

—Binoculunares. —A Finn le dio gusto cambiar de tema. Repitió el nombre con mayor lentitud—: Bi-no-cu-lu-na-res —y gozando, evidentemente, del singular ritmo silábico—. Pero Rouge pareció no notarlo. —Eran de Mannu —continuó—. Fueron un regalo de nuestro padre. Los encontró en una vieja tienda hace muchos años. Estaban en uno de los cajones de mi hermano. —Finn se los entregó a Rouge, al mismo tiempo que señalaba la inscripción que se leía en el armazón—. ¿Lo ves? Dice «Hecho en Estados Unidos». Esto significa que fueron ensamblados antes de 2095. Nuestro padre creía que en 2030 o algo así.

—Mmm —dijo Rouge mientras contemplaba la tonta apariencia de los *goggles*—. Más de 230 años. Fabricados precisamente a la mitad del Invierno Negro. —Rouge giró los *goggles* con las manos—. Más de la mitad de la población del mundo se estaba muriendo, y los estadounidenses todavía buscaban nuevos mundos.

—Es lógico —dijo Finn, con un ligero tono defensivo en la voz. Muy a menudo, y en especial cuando estaba con Rouge, terminaba en la desagradable posición de tener que defender a su país natal. Le gustaba pensar que en realidad era un europeo continental, pero ahí estaba, defendiendo a los estadounidenses—. Creyeron que era el fin del mundo, ¿por qué no buscar otros?

—*Touché* —dijo ella, y luego hizo el gesto de devolverlos—. ¿Y todavía funcionan? —Los *goggles* quedaron colgando de sus dedos como si fueran un ratón muerto sujetado de la cola. Y es que, justamente, esa era la impresión que a ella le daba el objeto.

—Sí —contestó él—. Más o menos. Solo a una distancia máxima de 400 000 kilómetros. Hace unos minutos había un crucero espacial cerca de Alpha Sextantis, pero no pude definir si iba o venía.

—Podemos ver mucho mejor con nuestra aplicaciones del telescopio del Botón Cerebral. Con Skyze, C-Stars, AtroVu y…

—Pero, Rouge, ¡solo los uso por diversión! —dijo él, intrigado, como siempre, por la falta de humor de la chica—. Eran un juguete —dijo con una sonrisa—. ¿Te gustaría probarlos?

Ella sacudió la cabeza.

—No, gracias. No. —Tras contestarle miró hacia arriba, al cielo nocturno.

Por un momento Finn se preguntó si Rouge se habría sentido insultada, pero entonces notó que solo estaba tratando de localizar al crucero espacial a través de su Botón Cerebral.

—¿Lo ves?

—Sí —contestó ella un momento después—. Ahí está.

Finn estaba impresionado. Rouge era, por mucho, la portadora de BC con los impulsos más rápidos para manipularlo que conocía. Su manejo del Botón Cerebral era de verdad asombroso.

—Viene a casa. Se dirige a nosotros —dijo ella, en tono de reporte oficial, y luego volteó a ver a Finn y esperó a que sus miradas se encontraran—. ¿Cómo estás? —le preguntó en cuanto eso sucedió.

Finn respiró hondo y miró hacia el mar. Ella esperó a su lado en silencio a que él encontrara la respuesta.

—Ha sido difícil —dijo, finalmente—. En especial por la pérdida de Lulu y Mannu. Éramos muy unidos, los tres. Nuestros padres siempre estaban trabajando, así que, cuando Lulu era una pequeñita, nosotros no solo éramos sus hermanos sino también sus cuidadores. Nos llamaba Manny y Fanny.

—¿Fanny? —preguntó Rouge en un tono divertido—. Como que no te va muy bien ese nombre.

Finn se encogió de hombros y luego miró sus pies. Se enfocó en el sitio en que uno de sus dedos topaba con una piedra. La levantó y, debajo de donde estaba, se materializó una libélula. —¡Vaya! ¿Qué hace aquí este amiguito? —se preguntó Finn, al mismo tiempo que observaba asombrado el vuelo de la criatura bajo el tenue resplandor lunar. La libélula voló alrededor de ellos batiendo con furia sus alas fosforescentes, y luego se alejó. Finn volteó a ver a Rouge.

—Lulu siempre trataba de atrapar libélulas cuando era niña y, cada vez que corría detrás de ellas, chillaba como lechón salvaje. La casa se siente demasiado quieta ahora que ella no está. Era una parlanchina nata. Como muchos adolescentes, se pasaba el día entero haciendo *yakety-yak*.

—¿Yakety-yak? —preguntó Rouge, ya que no estaba familiarizada con la palabra. Naturalmente, con su BC podría encontrar el significado casi de inmediato, pero sabía que a Finn le

encantaba dejarle bocaditos de términos desconocidos en el camino, solo para después poder ilustrarla. Finn sonrió.

—Término estadounidense que data de la década de los cincuenta; significa hablar con persistencia. Proviene del verbo «to yack», de origen desconocido. Es posible que sea una onomatopeya del sonido que se escucha en medio del parloteo.

El inglés de Rouge era impecable pero Finn sabía que su conocimiento de los términos coloquiales estadounidenses era, como en el caso de la mayoría de los científicos del continente europeo más comprometidos con su materia, bastante rudimentario.

—*Yakety-yak* —repitió ella, divertida—. Sí, suena como el parloteo.

La mirada de Finn volvió al mar.

—Extrañaremos a Lulu, con dolor. A todos ellos. —Miró la piedra que aún tenía en la mano y la arrojó. Observó el distorsionado reflejo de la luna sobre la superficie transformarse en ondas en cuanto la piedra rompía en el agua para luego desaparecer. Luego volteó a ver a Rouge.

—En realidad Mannu era el que sabía lanzar piedras bien. Solíamos pararnos aquí para ver quién lograba hacer saltar más las piedras en el agua. Él siempre ganaba.

Rouge esperó a que Finn continuara hablando.

—Mannu solía alardear bastante —dijo, sin dejar de mirar el mar iluminado por los rayos de luna—. Todas las chicas de la playa lo rodeaban, luego él se quitaba la camisa, los músculos le estallaban, y lucía todo el rizado vello que le subía por el pecho. Entonces lanzaba una piedra que saltaba diez o quizá quince veces en la superficie del agua si esta se encontraba en calma, y las chicas se quedaban extasiadas. —Finn miró a Rouge—. Mannu era un espectáculo difícil de igualar, pero su hermano lo adoraba. Sin condiciones. —Finn trató de sonreír pero luego desistió y se mordió un poco el labio—. Tener veintiséis años y perder a toda tu familia, a sus cuatro integrantes, es algo demasiado prematuro. Pero todos se fueron, así nada más.

Finn escuchó a Rouge respirar hondo por la nariz.

—Un huérfano —dijo, indignado—. Finn Nordstrom es un huérfano.

Rouge le puso una mano en el hombro y él sintió que el calor atravesaba su delgada camisa.

—¿Quieres entrar? —le preguntó ella.

—Mejor sentémonos aquí un rato.

Rouge llevaba un vaporoso vestido de verano; diáfano, con brillante filigrana de colores verde y azul. Tenía corte bajo en «V», por lo que su escote brillaba a la luz de la luna y sus senos casi se desbordaban del sostén. Arriba del seno derecho, Finn notó aquel perfecto punto café sobre la blanca piel. ¿Sería que nunca había notado aquella marca de nacimiento, o la habría creado Rouge especialmente para una noche como esa? Tras hacerse esas preguntas, miró en otra dirección.

Rouge se acomodó la parte trasera del vestido para sentarse sobre ella en la arena y extendió sus piernas infinitas; luego las flexionó y se sentó, apoyándose en ellas con gran elegancia. Lo hizo con tanta gracia y economía de movimiento, que Finn se acordó de aquellas antiguas navajas de Solingen que se exhibían en el Museo de Cultura Europea, el cual se encontraba cerca de donde vivía cuando estaba en Berlín. Fue fascinante ver cómo se abrieron y cerraron las piernas de Rouge. *Sscchhtt*.

Rouge y Finn miraron al mar.

Finn sonrió para sí. Qué atrevimiento, ¡comparar las piernas de Rouge con las hojas de una navaja! Pero, vaya, siempre hubo algo peligroso, casi depredador en Rouge: como si estuviera a punto de atraerlo hasta una trampa para halarlo con sus largas extremidades y luego comerlo vivo.

—Estás sonriendo —dijo ella.

—¿Qué es lo que en realidad te trajo por aquí? —quiso saber Finn.

—Se trata de un favor. Para tu universidad.

Otra sorpresa para Finn.

—¿Greifswald? ¿Te pidieron que vinieras? ¿Hasta acá?

—Les causa ansiedad pensar que podrías renunciar al empleo ahora y volver a Norteamérica.

—¡Es natural que les cause ansiedad! —exclamó—. ¡Los últimos tres meses casi han vuelto *bananas* a este traductor!

—¿*Bananas*?

—Loco; orate. Término estadounidense de la década de los cuarenta, de origen desconocido.

—¿Y se deletrea…?

—*B-a-n-a-n-a-s*.

—*Bananas* —dijo ella, e hizo una pausa como si estuviera frente a un espejo probándose la palabra en lugar de un vestido—. ¿Y?

—Nos tienen revisando la puntuación de las traducciones que generó la computadora de los informes financieros que descubrieron hace algunos años. ¡Revisiones! Se podría pensar que las aplicaciones ya habrían aprendido gramática para este momento, pero no. Y además, ¡son aburridísimas!

A Finn le frustraba mucho el empleo que tenía en la Biblioteca de Europa en Greifswald. Era un competente traductor de dos idiomas —alemán extinto y nuevo mandarín estándar— al inglés, su lengua materna; también se especializaba en decodificar documentos escritos a mano en alemán y, además, era un historiador altamente calificado, especialista en cultura popular de la Era previa al Invierno Negro (1950–2018); pero por desgracia, no había recibido los desafíos intelectuales que merecía. —Deberían darnos grandes obras literarias para trabajar —dijo—, y no el «Estado consolidado de ingresos y gastos reconocidos para el primer trimestre de 2017» del Deutsche Bank. Ese tipo de trabajos los deberían reservar para la inteligencia artificial. ¿A quién le importa si hay errores de puntuación?

Rouge se rio, pero con amabilidad.

—Eres un historiador junior, Finn, ese es el trabajo que te corresponde.

—Y tú eres una físico junior, pero no por eso te piden que te sientes junto a un árbol y esperes a que te caiga una manzana en la cabeza para que puedas hacer teorías sobre la gravedad, ¿verdad?

Rouge volvió a reírse. A veces era muy sencillo divertirla. Si su BC no estuviera apagado, Finn anotaría la broma porque, ahora, seguramente se le iba a olvidar.

—Pero toda la gente dijo que los informes financieros eran un tesoro cultural del mundo —interpuso Rouge.

Ciertamente los informes provocaron gran sensación cuatro años antes, en 2260, cuando fueron encontrados en la excavación. Se les

descubrió a cincuenta metros debajo de la tierra, en el lugar donde alguna vez estuvieron las oficinas centrales del banco, en Frankfurt. Los arqueólogos encontraron menos de treinta metros cúbicos de archiveros de metal repletos de informes financieros en idioma alemán, pero el hecho de que hubiesen sobrevivido a la Gran Devastación por Calor de 2050 era un verdadero milagro. La Devastación por Calor libró a Europa de la Peste alemana, pero, por desgracia, junto con el virus, también destruyó la mayor parte de esa cultura.

—¿Tesoro cultural del mundo? ¿Esos informes financieros ? ¡Por favor! —exclamó Finn.

—Está bien, está bien —admitió ella, al mismo tiempo que se recargaba hacia atrás, sobre los codos, para contemplar las estrellas. Finn también se recostó.

—Pero seguramente la gente de Greifswald no te hizo venir desde Berlín hasta una comunidad de flojera en la playa, solo porque les causa ansiedad perder a un historiador junior que también tiene la habilidad de traducir.

—Estás en lo correcto —dijo ella mientras estiraba las piernas.

—Y entonces, ¿por qué viniste?

Rouge volteó a verlo.

—Los arqueólogos del Báltico, en Stralsund, encontraron algo en la península Fischland-Darß.

—¿Encontraron algo? —preguntó él, al mismo tiempo que se volvía a sentar.

—Un contenedor a prueba de agua, corrosión y polvo, y con sellado al vacío. A prueba de todo. Del tipo que se usaba en los barcos de principios del siglo XXI. Estaba en el fondo del Bodden de Saale, cerca de Wustrow.

—¿En el fondo de un *bodden*?— Finn estuvo a punto de reírse. ¡Qué absurdo! Ese *bodden*, en particular, era demasiado superficial y poco espectacular. Lo que encontraron no estaba, ni siquiera, cerca de algún océano profundo, donde uno imaginaría que estarían enterrados los grandes barcos y sus tesoros.

El paisaje del Bodden era una sarta de lagos de agua salada que se conectaban con el mar a lo largo de la costa sur del Báltico y que, aunque alguna vez fue santuario de aves migratorias y una reserva

natural, también sufrió muchísimo durante la Era del Invierno Negro. Ahora que Europa había sido reubicada, sin embargo, algunas de las áreas costeras del Báltico se estaban organizando de nuevo para funcionar como comunidades de minería marítima.

—Pero esas aguas son demasiado superficiales —reclamó Finn—. Cualquiera pensaría que, para estas fechas, ya se habría rescatado todo lo que alguna vez estuvo ahí.

Rouge se encogió de hombros.

—El lugar donde encontraron el contenedor tiene, por lo menos, seis metros de profundidad. Al parecer estuvo ahí por mucho más de doscientos años. Lo encontraron por casualidad mientras preparaban la zona para construir algo.

El corazón de Finn comenzó a palpitar velozmente.

—¿Es un hallazgo importante? —preguntó, al mismo tiempo que trataba de controlar su respiración.

—Un tesoro cultural del mundo. —La frase tenía un ligero, ligerísimo tono de burla, por lo que Finn no supo si eso era lo que decían los expertos o si Rouge solo lo estaba retando.

—¿Por qué? ¿Hay algo importante en su interior? —preguntó.

—Dicen que es posible.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con este historiador?

—Hay algo en el contenedor, Finn, y está escrito en alemán. Tiene que ser decodificado.

—¿Pero por qué recurren a este traductor? ¿Y por qué te enviaron a ti? ¿Cuál es la prisa? —Nada le parecía lógico a Finn. Rouge se encogió de hombros.

—Quizá les preocupa que alguna de las universidades importantes se los arrebate si no actúan con rapidez. Es obvio que creen que puedes hacer el trabajo. —Lo miró—. Podría ser lo que has estado esperando.

En un principio Finn quiso estar de acuerdo. No era probable que, en el superficial fondo de un lago de agua salada, aparecieran informes financieros. Pero entonces, ¿qué habría ahí?

—¿Hablarás con la gente de Greifswald al respecto? —preguntó Rouge.

—Sí, claro. Ciertamente.

—Bien —dijo ella al ponerse de pie y luego, tras sacudirse la

arena de las manos, agregó—: el director de la Biblioteca de Europa espera tu llamada a primera hora de la mañana.

Finn también se levantó.

—¿Tan pronto? —Su sorpresa era evidente.

—Incluso más pronto de lo que imaginas. Porque la mañana del director es en… —Rouge inclinó ligeramente la cabeza para acceder al reloj de su BC—, dos horas.

—¿Dos horas?

Rouge asintió y luego bostezó.

—Estás cansada —señaló él.

—Sí. ¿Podemos entrar?

Estaban tan cerca el uno del otro, tan cerca… Finn volvió a notar el lunar en su seno derecho; lo vio elevarse y descender con la respiración. Podría conducirla hacia él y besarla.

Pero no lo hizo.

—Por aquí —dijo Finn, al mismo tiempo que giraba y señalaba la gran casa de madera al oeste—. La residencia Nordstrom.

Rouge recogió sus sandalias y lo siguió.

2

DOC-DOC

Finn aseó un poco el refugio familiar y lo preparó para la *holotransmisión*: el director de la Biblioteca de Europa podría visitarlo en cualquier momento. Con Doc-Doc —como se le conocía al Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom entre sus empleados, y no sin un dejo de sarcasmo—, uno tenía que estar preparado para cualquier cosa.

Finn abrió las cortinas. La luna, como gordo y blanco globo, flotaba con plenitud sobre la tranquilidad del Atlántico. Era un fulgurante telón de fondo para la holotransmisión. Finn estaba consciente de que su emoción iba en aumento. ¿Qué habría en el contenedor del Bodden? ¿Podría atreverse a desear que fuera un «Milagro del Milenio»?

El último gran descubrimiento en idioma alemán databa de casi 130 años atrás. El hallazgo se había realizado en 2136, en el continente norteamericano, la provincia de California; en Laguna Beach, para ser más específicos. Dentro de una casa en ruinas de piedra y bambú podrido, que los trabajadores preparaban para ser demolida, se encontró un arcón de roble infestado de gusanos, que contenía una caja de acero. Dentro de la caja había un altero de papeles escritos a mano. Los expertos en lenguas perdidas identificaron que estaban escritos en alemán y que habían sido

realizados con la antigua escritura alemana que se usaba a finales del siglo XIX y principios del XX. Otros estudios lograron demostrar que aquellas páginas eran el manuscrito original de *Los Buddenbrook*, obra de Thomas Mann, ganador del Premio Nobel.

La Oficina del Tesoro Cultural de California hizo todo lo necesario para mantener el manuscrito en Norteamérica —argumentaron que Thomas Mann se había naturalizado ciudadano estadounidense—, pero, al final, fue legado al Archivo de Lenguas Perdidas de la Biblioteca de Europa, adonde, Finn estaba de acuerdo, pertenecía. Actualmente estaba guardado bajo llave, pero una réplica genuina del mismo se mantenía en exhibición. Finn había estudiado y leído la réplica, pero no fue nada sencillo. Incluso los paleógrafos que se especializaban en alemán comprobaron que la escritura Kurrent del alemán antiguo era demasiado difícil de descifrar con tan solo un entrenamiento enfocado en escrituras más tardías.

Los *Buddenbrook*, de cualquier manera, fue un «Milagro del Milenio» y representó una relevante distinción para el traductor al que le fue encomendado el trabajo. Finn podría correr con suerte.

Camino a la cocina pasó por los escalones que conducían al nivel inferior y vio que la luz del cuarto de Rouge estaba apagada. Por un momento recordó que él también estaba muy cansado, pero la fatiga era uno de los rasgos que Sriwanichpoom menos apreciaba. Como Finn nunca había cruzado más de una o dos palabras en su vida con el director, creyó que no sería buena idea darle una mala impresión ahora. Emitió un zumbido para hacer que sus células cerebrales se despertaran, y luego volvió al refugio. Ahí se conectó a la *holocámara* y esperó sentado la llamada del Doc-Doc.

El Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom tenía una personalidad deslumbrante. Todo en él cegaba al espectador: su guapura, el cabello plateado que usaba en una cola de caballo, la fulgurante sonrisa del color del marfil, sus ojos —tan grandes y brillantes como perlas grises de Tahití—, e incluso sus zapatos. Llevaba unas de esas nuevas medias botas transparentes que parecían estar fabricadas con vidrio. Las usaba bien enroscadas sobre brillantes calcetines plateados.

Lo primero que Finn notó fueron las botas del Doctor Doctor

Sriwanichpoom porque, cuando lo lanzaron de golpe en holotransmisión a su oficina —a la que, por cierto, apodaban el Salón del Trono debido a lo espaciosa que era—, este tenía las piernas cruzadas con flojera sobre su escritorio.

—¡Señor Nordstrom! —exclamó mientras se levantaba. Avanzó hacia Finn, y este estrechó la mano para saludar a su superior. En realidad no había razón para que Finn y Doc-Doc estrecharan manos en el aire, ya que un holograma es solo un holograma, por supuesto; no es de carne y hueso. Pero hicieron el gesto de cualquier forma.

—Señor —dijo Finn—, buenos días.

—¿Qué hora es allá? —Sriwanichpoom hablaba con un inglés impecable y tenía ese quebradizo acento nasal por el que se reconocía a la gente de la provincia británica, pero que los extranjeros, como él mismo, habían logrado perfeccionar.

—Son las… eh… 2 a.m.

—Se está usted desvelando un poco, ¿no es verdad? —preguntó el director entre risitas, pero no esperó para recibir la respuesta—. Siéntese, por favor. —Señaló una mesa transparente suspendida, con cuatro cojines acomodados alrededor. Como a Finn nunca lo habían invitado, ni en vivo ni en holograma, al Salón del Trono, antes de tomar asiento necesitó un momento para acostumbrarse al lugar. En realidad se sentó en un banco que estaba en el refugio familiar, pero esos detalles carecían de importancia cuando uno estaba inmerso en imágenes en tercera dimensión.

El director se levantó los pantalones blancos un centímetro, y luego se sentó y cruzó las piernas. Su bota de vidrio ahora estaba casi en la cara de Finn.

—Pues bien, esto no tomará mucho tiempo. Ya sabe dónde se encontró el contenedor, ¿verdad?

—Sí —contestó Finn—. En el fondo de un *bodden*.

—Correcto. El más cercano a Wustrow.

¡Ping! De pronto hubo un parpadeo acompañado de un sonido metálico, en la cuadrícula del BC de Finn.

—Acaba de recibir dos documentos —le explicó el director—. Revíselos.

La primera imagen estaba tomada desde un bote. Finn vio el

agua y una franja de tierra más bien desolada que, probablemente, era la costa del Bodden. Había un conjunto de álamos a la izquierda y, al fondo, se veían las ruinas de un pueblo con un campanario.

—Ahí es donde se encontró el contenedor —dijo Doc-Doc.

El segundo documento era la imagen de una caja negra con asa, similar a los portafolios rígidos de entre siglos.

—El diario se encontró en este contenedor —añadió el director de la biblioteca.

Los parpadeos de sonido metálico desaparecieron de repente del BC de Finn.

—Lo lamento —dijo Doc-Doc, frunciendo el ceño—. Las imágenes se autodestruyen gracias a un virus. Si las necesita de nuevo, solo tiene que solicitarlas. Así que… ¿En qué nos quedamos? Oh, sí. ¿Ya sabía que el diario fue escrito en alemán?

Finn asintió.

—Por desgracia —continuó su superior—, el alemán no es una de las especialidades de este director. Él se enfoca en italiano, francés, ruso, holandés y danés extintos; inglés, por supuesto, y su lengua madre, el thai. Debido a lo anterior, a este lector le fue imposible hacer algo más allá de una inspección somera, la cual, sin embargo, fue bastante interesante. Uno de los arqueólogos que tenemos aquí en Stralsund, el Doctor… mmm… —El director miró hacia la ventana e hizo clic en su BC—. Ah, sí, ahí está. El Doctor… Beyer, especialista en la Era del Invierno Negro… Bien, pues él hizo una revisión más profunda del contenido pero creyó estar insuficientemente preparado para juzgar la importancia de su significado.

—¿Y eso por qué sucedió? —preguntó Finn—. Este traductor trabajó con el Doctor Beyer. Es un sobresaliente especialista en el Invierno Negro.

—Efectivamente, pero por desgracia, el Doctor Beyer no se enfoca en cultura popular de entre siglos. El documento que hoy tenemos aquí para usted es del año 2003 y fue escrito por una adolescente.

—Oh. —Finn se percató de inmediato de su propia desilusión. ¿El documento de una adolescente? Ahora era obvio que no se trataba de un Milagro del Milenio.

—¿Acaso este director nota algo de desilusión en usted? —preguntó el director—. ¿Esperaba usted un Milagro del Milenio?

Finn se sorprendió tanto que terminó riendo. Sriwanichpoom, quien era famoso por su agudísima intuición, también rio.

—Es usted ambicioso, Finn Nordstrom. Eso es bueno. Abajo, en el Archivo de Lenguas Perdidas, me dicen que es usted especialista en principios del siglo XXI y que tiene muy buen oído para el alemán y el inglés coloquiales de entre siglos; ambos, necesarios para este proyecto.

—Este traductor está muy agradecido por la oportunidad de mostrar sus habilidades.

El director se puso de pie.

—Déjeme mostrarle lo que preparamos para usted. Hicimos una réplica genuina del documento. Sabemos que ustedes, los historiadores, prefieren trabajar con versiones impresas en lugar de documentos digitalizados para BC, lo cual también es bastante sensato, cuando se trata de escritura a mano.

—¿Solamente había un documento en el contenedor?

—«Un paso a la vez» —dijo el director, al mismo tiempo que agitaba el dedo con desenfado frente a Finn.

Ese era el procedimiento estándar. También los informes financieros del Deutsche Bank se los iban entregando uno por uno y en orden cronológico, siempre cronológico.

—¿Pero había varios documentos en el contenedor? —insistió Finn.

—Eso es algo que este director no puede divulgar —contestó Sriwanichpoom con frialdad, casi con petulancia.

Ahora bien, ese no era un procedimiento estándar. Por lo general, a los traductores se les explicaba un poco sobre la longitud y el alcance de los proyectos.

El director de la biblioteca le sostuvo la mirada a Finn por algunos instantes. A este le pareció que sus ojos eran fríos e, incluso, amenazantes. Tenía la vaga sensación de que el director le recordaba a alguien, ¿pero a quién?

El Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom se levantó y asintió con la vista fija en la pared. Esta se abrió y entonces se reveló un librero. El director se acercó a él y volvió con un libro cuya portada

era de un color rosa muy intenso. Era un rosa chillante al que solían llamar rosa caliente o rosa fosforescente. La cubierta era rosada, fea, brillante, demasiado llamativa y de plástico. O tal vez era de vinilo. En ella había impresos diminutos corazones rojos; corazones, flores y mariposas. El libro también tenía una cerradura que se veía bastante endeble, y en la que había una llavecita dorada atada a un listón rosa con textura de satín. Finn no sabía qué pensar. Miró al Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom.

—¿Qué es? —le preguntó.

—Es un diario —contestó el director—. Escrito a mano, naturalmente.

—¿Un diario? —preguntó Finn, sorprendido.

Él ya había visto varios diarios antiguos, pero ninguno lucía como este. Los que había visto eran, en su mayoría, elegantes; de piel o encuadernados con tela. Algunos tenían las palabras Moleskine® o Filofax® impresas en la portada o el lomo. No obstante, de pronto recordó que alguna vez vio el diario de Anna Frank, el cual tenía una cerradura y llave, similares a las de este. Por desgracia, los diarios originales de la víctima del Holocausto se perdieron en el Invierno Negro. De las ruinas de Ámsterdam solo se salvaron dos reproducciones de la libreta forrada con tela escocesa a cuadros rojos, blancos y verdes, que fueron reconstruidas por artesanos en 2002. Ahora se les conservaba en la Biblioteca de Europa.

—¿Quién es el autor? —preguntó Finn.

—No lo sabemos. Algunos días están firmados con la letra «E». Creemos que se trata de una chica.

—¿Una chica?

—Sí, muy jovencita. De unos trece años, nos dijo el Doctor… eeeh…

—¿Beyer?

—Sí. Al parecer el diario inicia en el cumpleaños número trece de la niña.

¿El diario de una niña de trece años de principios del siglo XXI? Difícilmente podría eso ser gran literatura o un tesoro cultural del mundo. A menos de que, por supuesto, se tratara de las primeras reflexiones de alguien que se volvió famoso más adelante. ¿Pero qué

tantas probabilidades había de eso? De pronto a Finn le pasó por la cabeza la idea de que sería un error renunciar a los informes financieros del Deutsche Bank a cambio del diario.

—Tenemos la esperanza de que el nombre de la autora aparezca en algún otro lugar del texto —añadió el director, quien, una vez más, intuyó los pensamientos de Finn—. Tal vez es cierto que ya sabemos algo de sus obras posteriores. La misión de traducirlas, evidentemente, también le correspondería a usted. Leer todo: palabra por palabra. Investigar cada una de las referencias, como ¿en dónde vive?, ¿quiénes son los integrantes de su familia?, ¿quiénes son sus amigos? Estoy seguro de que encontrará indicios en el diario. También esperamos que eso suceda muy pronto. Creemos que este proyecto puede ser importante, y que, incluso, usted podría terminar con una tesis doctoral en las manos gracias al mismo. ¿Planea estudiar un posgrado?

—Ciertamente. Este historiador estaba considerando trabajar primero otro año o dos para afinar sus habilidades.

—Muy bien. —El director se levantó—. ¿Entonces ya quedamos de acuerdo? —La pregunta tomó a Finn por sorpresa.

—¿Necesita respuesta inmediata?

Doc-Doc frunció el ceño.

—Sí, claro. Si no, ¿entonces por qué cree que me tomé la molestia de hacer la holotransmisión?

Finn se sintió abrumado.

—En ese caso, sí. Está bien.

—Le apartamos un lugar para hoy, martes, a las 2 p.m. Nueva York–Berlín. La información está en su bandeja de correo. Lo esperamos el miércoles temprano en Greifswald. —Y de pronto, el director ya estaba parado frente a Finn, en el refugio Nordstrom—. ¡Ah! —exclamó, mientras miraba los muebles de la habitación—. Encantadores. Estilo americano del siglo XXI —dijo, y luego caminó hasta la ventana—. Qué hermoso escenario: la luna sobre la tierra. —Volteó hacia Finn y extendió la mano—. Muy bien, entonces nos vemos el miércoles.

Antes de que el historiador pudiera siquiera estrechar la mano con el aire, el director de la Biblioteca de Europa desapareció.

3

LA CAJA DE ÓNIX

Finn despertó cuando la luz del sol entró por su ventana. Se quedó un rato inmóvil en la cama, desde donde estudió el lúdico movimiento de las sombras en su habitación y escuchó el sonido de las olas afuera de la casa. Las oyó quebrarse y luego replegarse. Una y otra vez.

Solo había podido dormir algunas cuantas horas y se encontraba en un estado de agobio total. La muerte de su familia, tan solo dos semanas antes, la visita de Rouge, la llamada de Doc-Doc y, ahora, una nueva misión: el diario color rosa. Estaba sucediendo demasiado en muy poco tiempo. Con suerte podría recuperar algo de sueño durante el vuelo de dos horas y media.

Luego le pareció escuchar que Rouge se movía en la habitación contigua. Se levantó en silencio y fue hasta la puerta; estaba abierta. Ella dormía y su respiración era constante. Observó cómo sus fosas nasales se ensanchaban y contraían. El punto de color café sobre su seno derecho se elevaba y luego descendía, se elevaba y descendía.

Rouge era hermosa cuando dormía: así, con la prolongada curva de su hombro iluminada por la temprana luz rosada que se colaba por las persianas; con la respiración tan uniforme y los rizos color cobre esparcidos sobre la almohada como una corona de fuego. Sí,

en ese momento casi podía imaginar que ella era su pareja. Aunque…

Pero no. Rouge jamás podría ser su pareja. Sus temperamentos no coincidían. La mente de ella era pragmática y se basaba en hechos, en tanto que la de él era juguetona y podía divagar entre las ideas. A ella no le interesaba lo mismo que a él y, de hecho, él ni siquiera tenía idea de qué podría interesarle a Rouge aparte de su trabajo, sobre el cual Finn sabía poco menos que nada. Los físicos cuánticos o «fiscuans», como la gente solía llamarlos de cariño, casi no hablaban sobre lo que hacían, en particular los que trabajaban para el prestigioso Instituto Olga Zhukova de Física Aplicada. ¿Cómo podría criar hijos con alguien cuyo trabajo no entendía, cuyos pensamientos ni siquiera podía empezar a imaginar y cuyos intereses no compartía?

«Es algo que aprendes a hacer», le había dicho su madre.

«Eres demasiado selectivo», había agregado su padre.

«¡Acuéstate con más mujeres mientras puedas!», había sido el consejo de Mannu.

«Todo mundo encuentra a su pareja», le había dicho Lulu. «Finn también lo hará.»

Pero ya era hora, se le hacía tarde, muy tarde. El sexo se consideraba sano, y a los jóvenes se les instaba a practicarlo desde los catorce años. Se esperaba que la mayoría hubiera encontrado una pareja o recibido la asignación correspondiente para cuando llegara a los veintiocho años. Si Finn no conseguía pareja en menos de un año, tendría que solicitar una. A muchos adultos jóvenes les agradaba la idea de que se les asignara una persona respecto a la que todo —desde la compatibilidad del ADN hasta la cuenta de esperma y los hábitos alimenticios— hubiese sido probado, comparado y evaluado, aunque nada de eso parecía evitar el drástico y casi fatal desplome de la fertilidad que había tenido lugar en los últimos doscientos años. A pesar de que prevalecía la práctica de la fertilización *in vitro*, el declive en nacimientos era un problema que, aunque mundial, afectaba en particular al continente europeo, donde familias como la de Finn, que tenían tres hijos producto de los mismos padres, eran una excepción absoluta. Las parejas eran muy felices si llegaban a tener un hijo, y el *Gobierno*

Global General soñaba con que por lo menos una de cada tres parejas tuviera un cuarto hijo, ya que, en ese momento, la cifra era de solamente una de cada cinco.

Con cuidado de no despertar a Rouge, Finn se deslizó a un lado de la puerta y subió por las escaleras hasta el cuarto superior.

El rubicundo sol salía por el oeste y bañaba la playa con su luz rosada. Al sur, el Atlántico fulguraba con un tono gris metálico, al norte, la Gran Bahía del Sur permanecía inmóvil. Junto a él, a la derecha, en la pared oeste de la habitación, había un gabinete para libros que su padre había construido y su madre llenó. A la izquierda, un espejo.

Finn se miró al espejo. Vio a un hombre joven de apariencia decente aunque con ningún rasgo fuera de lo ordinario; cuerpo bronceado; estatura promedio de dos metros; cabello oscuro, hirsuto y despeinado por haberse despertado apenas; dos días de crecimiento de vello facial y ojos tan negros como la caja de ónix que estaba sobre la mesa de nogal.

Finn caminó hasta la mesa. Esparcidos sobre ella, había varios objetos de la casa. El plan era deshacerse de ellos o regalar algunos. Otros, como la caja negra de ónix, los Binoculunares de Mannu, el osito de Lulu y la raqueta de su padre para jugar *slapback*, los llevaría consigo a su departamento de Berlín. El estuche de equipo de su madre podía quedarse ahí. Era una caja grande de madera que había arrastrado hasta el cuarto superior desde el taller donde ella trabajaba. Abrió la caja y se deleitó en la forma en que se doblaba hacia ambos lados como si fuera una escalera en la que, en cada escalón o piso, había un compartimento lleno de botellas con líquidos y artículos de reparación. El aroma se esparció. Era una mezcla agria de aceites y químicos que de inmediato lo transportó de vuelta a su niñez. Vivió un momento de dulzura embriagante, como si de verdad fuera pequeño de nuevo y explorara el interior de la caja y sus tesoros. El asombro lo embargó cuando encontró los suaves paños, en algunos casos de telas como la lana, que ya rara vez se producían en esos días, y que su madre solía usar para limpiar los libros. También vio el hilo y el estambre para reconstruir los encuadernados; una bolsita con pelusa de un kit que servía para fabricar papel pero que nunca se usó; las exquisitas brochas para

sacudir las páginas de los libros, y un tipo de papel rígido con arena finísima para remover manchas de tinta, al que su madre llamaba «lija». Había, asimismo, algo llamado «goma» que servía para deshacerse de las líneas grises trazadas con lápiz sobre las páginas de los libros. Recordó que una vez su madre le mostró uno.

«Está hecho de madera y grafito, y la gente lo usa para escribir», le explicó. Luego hizo algunas marcas con él en el interior de la caja. «Así se deletrea Finn, con letras mayúsculas.»

Él todavía no podía leer cuando eso sucedió, pero recordaba que se había sentido muy orgulloso porque ¡esas líneas eran su nombre!

Finn se inclinó sobre la caja de madera para ver si todavía estaba ahí su nombre. Sí, ahí estaba, aunque las líneas eran más tenues de lo que las recordaba. Las recorrió con su dedo y, por un instante, lo embargó un vacío y le ardieron los ojos. Sabía que extrañaba a su madre y a toda su familia, pero cada vez que lo acosaba ese sentimiento o él mismo formulaba el pensamiento, se lo tragaba. Las demostraciones públicas de dolor no estaban prohibidas y, ciertamente, habría podido hacer lo que se le diera la gana en su casa, pero en general los episodios emotivos se consideraban perturbadores e incluso ofensivos y hasta destructivos. Sería muy imprudente de su parte regodearse en su dolor, en especial con Rouge en el piso de abajo.

Finn se sentó e inició su BC, ya que había entrado de línea un rato para poder participar en la holotransmisión con Doc-Doc, pero después de eso no revisó la bandeja de correos en varios días. Encontró que su amigo Renko Hoogeveen, bibliotecario de la Biblioteca de Europa, lo había bombardeado con una pila de mensajes. Buscó los boletos del vuelo de ese día, así como el reporte del Buró de Aeronáutica sobre el accidente espacial en que falleció su familia. Él también iba a tomar ese vuelo pero no pudo hacerlo porque tuvo que trabajar. ¡Qué ironía! Gracias a los informes financieros del Deutsche Bank, ahora era el único Nordstrom con vida en la costa oriental.

Finn sintió que algo oscuro y desagradable volvía a surgir dentro de sí, pero en ese momento escuchó movimiento en el piso de abajo. Rouge ya estaba despierta y, seguramente, tendría ganas de desayunar. Se dirigió a la cocina.

Tendría que pedirle al chef Carlo Canelli-NY-FireIs3 que preparara comida fresca para el almuerzo. ¿Langosta tal vez? ¿O ballena del Rancho del Mar Oriental? Aunque tal vez el tiburón le resultaría más apetitoso a Rouge, pensó, y sonrió para sí.

Finn miró hacia el otro lado de la bahía. El cielo sobre Long Island estaba despejado. Luego insertó en su Botón Cerebral la aplicación C-Tierra y descubrió que los cielos situados más hacia el oriente también estaban despejados. Aquel sería un buen día para viajar, pensó mientras mezclaba las dos berryolas: sodas heladas de bayas. Colocó una en el refrigerador, se llevó la otra y regresó a la mesa de nogal.

De acuerdo con las antiguas historias familiares, Florian Lawrence, ancestro paterno de Finn, construyó aquella mesa con sus propias manos. Con el paso de los siglos la mesa le fue entregada al hijo mayor de cada generación; de los Lawrence a los Scheinwalds, los Soprano y los Nordstrom.

La leyenda cuenta que Florian Lawrence sobrevivió al caos del Invierno Negro porque viajó a Europa con su familia en un barco que salió de la costa báltica de Alemania y llegó a la costa de Suecia. De ahí navegó hasta Noruega, luego Islandia y Groenlandia, para, finalmente, llegar a Canadá. Fue el único miembro de la familia que resistió el viaje. Sin sucumbir, viajó al sur a lo largo de la costa y, en algún momento, encontró a una mujer, se casó y se estableció. También, en algún otro momento, construyó la mesa. Con el paso de los siglos esta se fue convirtiendo en el símbolo de la supervivencia de la familia.

El diseño de la mesa era sencillo y realmente clásico: líneas rectas y un grueso tablón de madera de nogal oscura, casi negra. Los ornamentos, por otra parte, eran muy originales. En cada esquina había un girasol pintado; en todos los casos la flor era del tamaño de un plato pequeño y el tallo bajaba por cada pata de la mesa. En el centro de la misma había un sol. También era peculiar porque tenía un cajón oculto que salía de abajo. Desde que Finn tenía memoria, en aquel cajón se había guardado el único objeto que sobrevivió tras la huida de Florian de Europa: la caja de ónix negro.

Finn levantó la caja.

Era bastante pequeña, no más larga que su mano. Tanto la parte superior como la inferior estaban hechas de inmaculado ónix negro con acabado de espejo, pero la tapa estaba decorada con incrustaciones en forma de girasol.

Finn abrió la caja y, adentro, sobre un cojín de terciopelo negro, había una pluma fuente y un anillo.

El anillo era de plata y tenía montada una gran piedra de ámbar translúcido de una calidad extraordinaria. La piedra era de color amarillo brillante y la rodeaba un círculo de diminutas gemas negras opacas: eran obsidiana. Atrapado en el ámbar había un abejorro grande y gordo; estaba intacto y su forma era perfecta. En la superficie interior del anillo estaba grabada la fecha 20.08.2018.

Finn levantó la pluma del cojín de terciopelo. Recordó que siempre lo intrigó en su niñez. Las plumas eran obsoletas y no se habían usado en más de ciento cincuenta años. ¿Quién escribía todavía a mano? Nadie que él conociera. Eran aún más arcaicas que los teclados. Y de hecho, aunque todavía era posible encontrar un teclado o dos en alguno de los distritos rurales perdidos, incluso en las zonas menos tecnificadas, las señales e imágenes del Botón Cerebral eran de uso común entre todas las personas que ya habían terminado el kínder.

Finn deslizó los dedos sobre las estrellas incrustadas en el lustroso mango negro de la pluma. Difícilmente se podría encontrar un objeto similar fuera de un museo o una tienda de regalos de la colonia Forester. Excepto por los curadores de los museos, las únicas personas que de verdad usaban plumas, lápices y crayolas — y ni mencionar antigüedades del mismo tipo como grafitos y tintas — eran los Forester, quienes resultaban, para la mayoría de la gente, suficientemente raros, y a quienes todo mundo trataba, por lo general, como si también fueran piezas de museo. Los Forester vivían con sencillez, se vestían de una manera simple, evitaban las comodidades modernas, y educaban a sus hijos por sí mismos. Sus colonias eran comunidades extremadamente cerradas y no tenían contacto con el mundo exterior. Había muy pocas de ellas y estaban bastante alejadas; se podían encontrar, si acaso, entre cuatro y seis en cada continente. Debido a sus empleos, los padres de Finn establecieron lazos sólidos con los Forester, en particular con el clan

Aaronson-Aiello, una familia de impresores y productores de papel establecidos en Sternwood Forest, una colonia Forester canadiense, al norte de Toronto.

Finn miró la pluma en su mano. No podía recordar cuándo había sido la última vez que la sostuvo. Tenía la impresión de que solía ser más pesada, pero ahora el peso parecía el ideal. La rodó a lo largo de su palma y admiró cuán lisa era, y la aguda elegancia de la punta de oro de catorce kilates, chapada en platino. Tocó la inscripción con el dedo y se maravilló con la escritura cursiva, las letras unidas. Siendo niño nunca pudo leer aquellas palabras y, de hecho, muy pocas personas podían hacerlo. La escritura cursiva, al igual que los jeroglíficos egipcios, era inaccesibles para la mayoría porque había sido remplazada mucho tiempo atrás por caracteres en mayúsculas, generados por computadora.

Efectivamente, algunas profesiones requerían la lectura de escritura cursiva. Era el caso de bibliotecarios, arqueólogos, curadores de museos, especialistas en paleografía, traductores e historiadores, quienes a menudo se encontraban con documentos manuscritos debido a su trabajo. Por lo general, dichos documentos se escaneaban en aplicaciones para letra cursiva que estaban más o menos equipadas para decodificar varios tipos de escrituras, y que tomaban en cuenta el estilo y la individualidad. Por desgracia, dichas aplicaciones proveían resultados inferiores en alemán. Para que esos programas funcionaran bien, literalmente necesitaban miles y miles de ejemplos de escrituras buenas y malas. Y solo entonces, tras ser alimentados con la información, podían, sobre la marcha, descifrar cómo leer un nuevo tipo de escritura altamente particular. Por desgracia, el Invierno Negro había destruido casi toda la cultura alemana manuscrita. Las aplicaciones sencillamente no tenían suficiente información para descifrar documentos con gran precisión.

Debido a lo anterior, se entrenó a un grupo de académicos, mientras estudiaban su carrera, para que pudieran descifrar documentos escritos a mano en alemán extinto. Algunos de ellos alcanzaron cierto nivel de competencia, sin embargo, muy pocos se sintieron motivados a levantar una pluma, ponerla sobre el papel y aprender a escribir por sí mismos. Finn no era la excepción.

Miró la inscripción en la pluma fuente de su antecesor. Según la leyenda, Alisa, la primera esposa de Florian Lawrence, mandó grabar la pluma y se la regaló. Algunas letras desaparecieron con el paso de los años, pero todavía se alcanzaba a leer:

Para F
co am in f to
li
gosto 201

¿Agosto qué? Pudo haber sido cualquier año entre 2011 y 2019, pero el resto era…

—Buenos días.

Finn giró asustado. Era Rouge. Por supuesto. Se rió.

—Soñando despierto —dijo.

Finn no supo si la oración era pregunta o afirmación, por lo que solo sonrió. Notó que el cabello color cobre de Rouge estaba desordenado; había tomado una ducha. Su bata de seda era de un deslumbrante color azul rey, y se pegaba a su cuerpo aún mojado. Había manchas de agua en los lugares en que la seda cruzaba el pecho y cubría sus senos. Debajo del color azul, Finn podía ver los pezones perfectamente delineados.

—No tienes *esterilizador de manos* —le dijo Rouge a Finn, al mismo tiempo que leía su mirada.

—No, solo toallas. Nosotros, los isleños, siempre hemos sido bastante chapados a la antigua.

—¿Qué es esto? —preguntó ella mientras tomaba la pluma de entre sus manos.

—Las joyas de la familia.

Rouge se rio.

—Es una pluma. Qué pintoresca. Tiene diamantes.

—No, no son diamantes, es platino y representa varias estrellas.

Rouge olió la pluma, le quitó la tapa, probó la punta con la yema de su dedo índice y volvió a taparla. Fue muy meticulosa. Finn daba por hecho que todos los fiscuans del Instituto Olga Zhukova eran así. Tenían que serlo.

Rouge señaló la inscripción.

—¿Qué dice aquí?

—Faltan algunas letras, pero dice «Para Florian, con amor infinito, Alisa. Agosto dos mil algo». Florian es mi ancestro, Florian Lawrence. Él logró escapar de Europa en 2018 por un pelo de rana calva. «Alisa» fue su primera esposa. Dicen que murió en el Invierno Negro debido al virus. —Finn extendió la mano para tomar la pluma—. ¿Qué no te enseñan a leer cursiva en el IOZ? —añadió, con ganas de molestarla.

—En el Instituto Olga Zhukova nos enseñan a pensar. —Rouge debió haberse dado cuenta de que sonó demasiado cortante porque, de inmediato y con una sonrisa, añadió—: La lectura es para los que sueñan despiertos. Y para los poetas. —Luego le entregó la pluma a Finn—. Con amor infinito —murmuró, al mismo tiempo que ponía los ojos en blanco.

Finn recordaba que, de niño, llegó a reflexionar mucho sobre aquellas palabras: «Con amor infinito». En la escuela le enseñaron que el amor conducía al egoísmo, a los celos, a la locura, a la miseria y a la guerra. ¿Por qué alguien querría que fuera «infinito»?

Por supuesto, sabía que en aquellos días la miseria y la guerra no eran necesariamente resultado de un amor que se había agriado. Era obvio que sus maestros exageraron, sin embargo, el concepto del amor romántico, el tipo de amor sobre el que había leído en las novelas de los siglos XIX, XX y XXI en la universidad, le era ajeno y, para ser exactos, también le resultaba ajeno a toda la gente que conocía. Durante los ciento cincuenta años subsecuentes al final del Invierno Negro, la principal preocupación de la humanidad fue la supervivencia. El trabajo arduo se convirtió en una necesidad que debía ser cubierta por el bienestar de todos. La reproducción se volvió un deber, aunque, por supuesto, esto no quiere decir que los humanos se hubieran transformado en objetos sexuales que se reproducían exclusivamente para el bien de la sociedad. El hombre se hizo una criatura social a la que le importaban sus congéneres. Reconoció el valor de una vida equilibrada aunque en esta no hubiera grandes pasiones. ¿Qué tenía que ver el amor con todo aquello?

Por otra parte, Finn tenía que admitir que, por momentos, le

parecía que el amor romántico era un concepto que, innegablemente, le intrigaba.

—¿Finn? —preguntó Rouge—. Estás soñando despierto otra vez.

Finn la miró.

—Oh, lo lamento. ¿Tienes hambre?

—Sí, muchísima —contestó ella.

Finn notó, una vez más, un tono seductor en la voz de Rouge; entonces se volteó y volvió a poner la pluma en la caja de ónix.

Ella levantó la raqueta de *slapback* y la contempló.

—Es de Artu —dijo Finn—. Solíamos jugar. —El sonido del nombre de su padre causó un extraño efecto en él. Escuchó su voz oscura, incluso ronca. Tragó saliva con fuerza—. Era un jugador excelente. Cuando éramos niños, él jugaba solo contra nosotros dos. Era «Artu el Invencible contra los Chicos Nordstrom», como solía decir. Finalmente lo vencimos cuando tuvimos trece y quince años. Jamás lo vi tan emocionado en la vida. —Finn aclaró la garganta.

Rouge lo contempló por un instante, y luego dijo:

—Ahora nos tienes a nosotros, Finn. El DPA es tu familia ahora.

—¡Ay, por favor! ¡Suenas justamente igual que el manual del PA!

El manual del PA se descargaba en el Botón Cerebral de todo mundo al cumplir dieciocho años. A los ojos del Gobierno Global General, ese día se convertían oficialmente en pre-adultos. «Bienvenido a tu nueva vida como pre-adulto», era la frase de bienvenida, «esos encantadores años entre los dieciocho y los treinta; ese tiempo de tu vida en que ya no eres adolescente, pero tampoco tienes el estatus de adulto. Sabes quién eres y en quién te gustaría convertirte. Estás preparado para extender las alas, emprender el vuelo y unirte a las filas de la población que trabaja. Es hora de dejar a tu familia atrás y encontrar una nueva familia en tu *Dormitorio Pre-Adulto* designado. El DPA será tu nuevo hogar. Disfrútalo.»

Eso fue solamente ocho años antes. Lulu era una estudiante de ocho años, Mannu tenía veinte y estudiaba Derecho Espacial. Su madre batallaba con la restauración de una edición de lujo de 1993 de la Enciclopedia Británica, encuadernada en piel acolchada, y que se estaba desmoronando por las costuras. Su padre acababa de abrir

una tienda de antigüedades con muebles poco comunes de madera natural, del siglo XXI. Y Finn se acababa de matricular, con bastante alegría, en la Universidad Europea Greifswald. La UE Greifswald era una de las pocas instituciones del mundo que todavía tenía un campus intacto. Era un refugio para los librepensadores y los espíritus creativos. Ahí se privilegiaba la interacción humana entre estudiantes y mentores, por encima del predominio de la inteligencia artificial y el acceso remoto. La universidad estaba muy cerca de Berlín, donde se encontraba la comunidad DPA más grande del mundo, y el hogar de Finn. Solo bastaba tomar el SwiftShuttleX, también conocido como el «Swuttle», un transbordarapidor que llegaba a la universidad en quince minutos. La comunidad estaba ubicada en el barrio más popular de la ciudad, el Märkisches; y la gente le llamaba, de cariño, el DPA BAD. Era el DPA con más alcohol, acción y drogas, y, por lo tanto, el más malo: B-A-D.

Finn sonrió al pensar que, ahora, el DPA BAD era su gran familia: una cacerola de diez kilómetros cuadrados rebosantes de la testosterona y los estrógenos de más de cien mil hombres y mujeres jóvenes de los siete continentes: todos con prisa, todos en busca de pareja, todos dedicados a estudiar o entrenarse de tiempo completo, o a mantenerse ocupados. Rouge y Finn vivían en una unidad de cuatro habitaciones, junto con otros PA: Yolanda Abbas, terapeuta de clones, y Severin Boxberg, ingeniero de bicicletas. Su casa era una de las estructuras más pequeñas del DPA BAD, una villa de tres pisos con ventanas alineadas irregularmente y balcones de tonalidades blancas, anaranjadas, rojas, azules, amarillas y verdes. Le llamaban el «Rubik» porque parecía un cubo de *Rubik* incompleto. El cubo era un rompecabezas tridimensional para niños, creado trescientos años atrás.

—¿Finn? —preguntó Rouge con suavidad, pero aún así interrumpió su tren de ideas—. ¿Has pensado en buscar entre *memoclones*?

Finn sacudió la cabeza. Rouge insistió.

—¿Cuándo fue la última vez que se descargaron los recuerdos de tu familia?

Era probable que ese dato se encontrara en el Banco de Información Personal de Finn, pero no lo había buscado aún.

—La familia Nordstrom nunca se preocupó mucho por actualizar sus recuerdos —explicó—, además, Lulu todavía no cumplía la edad mínima señalada para la transferencia de memoria. Solo tenemos su genoma y el contenido de su BC.

Los clones más básicos, así como los memos, eran para Finn un problema. Problema: con «P» mayúscula.

Por lo general, a los *basiclones* que se desarrollaban de forma natural, y cuyo proceso llegaba a su fin en una madre donadora, se les consideraba seres humanos sanos. Eran tan solo gemelos, aunque retrasados por unos cuantos años. A los basiclones de mediados del siglo XXI se les criaba en producción en serie para que pudieran luchar en guerras y, más adelante, cuando el *Triple G*, es decir, el Gobierno Global General asumió el poder, se les continuó criando de la misma manera, pero para reconstruir el mundo. Desde la perspectiva del público general, continuaron siendo ciudadanos de segunda clase hasta que el Triple G los sacó gradualmente de circulación y enfocó sus esfuerzos en el desarrollo de androides que parecieran humanos, pero que no tuvieran los mismos inconvenientes emocionales de estos. Los basiclones siguieron concibiéndose bajo estrictas leyes de clonación, pero se les crio y educó en condiciones normales y sus identidades se mantuvieron ocultas. No obstante, la ley exigía que a los clones se les explicara su origen al cumplir los dieciocho años. Los clones rara vez lograban confrontar la noticia de manera adecuada y, por lo tanto, sufrían bastante debido al antiguo estigma.

Los memoclones, por otra parte, proclamados como el primer paso hacia la inmortalidad, eran criaturas completamente diferentes. El memoclón recibía el ADN de su donador de la misma manera que el basiclón, pero además, también recibía sus recuerdos descargados. Al memoclón se le hacía madurar con rapidez. Se necesitaba poco menos de seis meses para madurar uno de treinta y cinco años completamente desarrollado.

A Finn, como a la mayoría de los europeos mayores de veintiún años, se le descargaron los recuerdos con un procedimiento indoloro, llevado a cabo durante sus exámenes médicos. Luego la información se transmitió a neurobóvedas de alta seguridad ubicadas en la provincia suiza, donde se almacenó y preparó para

ser cargada si alguno de los miembros de la familia así lo solicitaba.

Idealmente, para el momento en que el donador o donadora fallecía, su memoclón debía ser una réplica sana y exacta de él o ella. Pero en realidad sus recuerdos eran irregulares e imperfectos, y, por lo general, dejaban de funcionar adecuadamente en los primeros cinco años, lo que daba lugar a serias enfermedades mentales, agresividad e imbecilidad. Al final, casi todos los memoclones terminaban siendo una carga para sí mismos o para la gente que les había dado vida, y, en la mayoría de los casos, pasaban sus últimos días encarcelados en *Hogares para Clones*.

—No, Finn, ya han avanzado bastante con los memoclones —dijo Rouge en un tono dulce—. Reynaldo Torres, del IOZ, dice que su esposa es casi perfecta.

—Casi —interpuso Finn—. Casi, pero no completamente. Y «no completamente» no es suficiente. Además, ¿por cuánto tiempo será «casi perfecta»? Estamos hablando de seres humanos, gente con la que tenemos vínculos y que nos importa. ¿Cómo podría un hijo o hermano traer de vuelta solamente a un miembro de la familia y no a los demás? Un historiador junior no puede darse el lujo de ordenar tres clones. ¿Y qué pasaría con Lulu? No tenemos sus recuerdos. ¡Olvídalo! Es una idea ridícula.

Algo perturbada por el exabrupto de Finn, Rouge lo miró por un momento. Luego volvió a poner la raqueta sobre la mesa y pasó el brazo rápidamente por encima de esta.

—Tesoros culturales del mundo, al estilo Nordstrom —dijo alegremente.

El cambio de tema le brindó alivio a Finn.

—De hecho —dijo—, los verdaderos tesoros están aquí. —Volteó hacia el librero de la pared oeste y abrió una de las puertas de vidrio oscuro. Una ráfaga de aire fresco llenó la habitación.

—¡Vaya, está frío! —exclamó Rouge.

—Es para proteger los libros.

Rouge sacó uno al azar; el volumen más delgado, de apenas unas cien páginas. El título estaba escrito en letras script mayúsculas.

—El *Código del Ileísta* —leyó. Finn se dio cuenta de que el libro no le interesaba pero, de todas maneras, la vio abrirlo, y apreció el gesto—. ¿Qué tan antiguo es? —preguntó ella.

—De hecho, es uno de los más jóvenes de la colección. —Finn le enseñó el sello de derechos de autor. Era la reedición del año 2100, de un libro que se publicó originalmente en 2020—. Fue un libro de texto escolar en Norteamérica y Europa durante los primeros años del Invierno Negro —continuó Finn—. A los niños en edad escolar les costó bastante trabajo dejar de usar el pronombre personal en primera persona del singular.

Rouge abrió el libro en la primera página.

—Introducción en conmemoración del octagésimo aniversario de su publicación —leyó en voz alta—. El ileísmo, o costumbre de referirse a uno mismo en la tercera persona, fue una práctica que prevaleció en los Estados Unidos Marítimos a principios de la década de los treinta. En los entrenamientos, a los reclutas se les motivó para que se refirieran a sí mismos como «este recluta» porque eso reducía la identidad individual y estimulaba la cohesión y cooperación en la unidad. —Al terminar de leer, Rouge miró a Finn—. ¿Tú sabías eso?

—Primer semestre de Historia.

Rouge continuó leyendo.

—En 2018, cuando la Plaga alemana llegó al continente americano, se volvió imperativo que las tropas de la ley y el orden de todo el país trabajaran de manera muy unida. A partir de eso, no solo fueron los marinos: también la policía, el ejército, las fuerzas navales y aéreas, así como la guardia nacional, adoptaron los principios del ileísmo con la esperanza de restablecer el orden en toda la nación con mayor facilidad. Sorprendentemente funcionó, por lo que muchas otras naciones también adoptaron el nuevo código ileístico. En poco tiempo, el código se filtró y llegó al lenguaje coloquial; entonces el pronombre personal «yo» perdió su importancia, particularmente en los subgrupos germánicos e itálicos de los idiomas indoeuropeos. Cuando el Gobierno Global General se reunió en 2095, y se hizo énfasis en el internacionalismo y la cooperación global, se consideró que usar el «yo» era un desacierto para la sociedad bien educada. —La voz de Rouge fue apagándose. Ya se estaba aburriendo.

—El libro provee claves sobre cómo evitar el uso de la primera persona del singular —dijo Finn, al mismo tiempo que le mostraba

la página del índice—. Cómo sustituir «yo» con «nosotros», cómo formular preguntas en lugar de expresar opiniones personales. Y temas similares. Son actitudes que nos resultan perfectamente naturales en la actualidad. —Finn tomó el libro de las manos de Rouge y lo volvió a colocar en su lugar en el librero. Luego se dirigió a la cocina—. ¿Dijiste que tenías hambre? ¿Quieres una *berryola*?

—Sí, claro. —Rouge recibió la luz del norte que inundaba la cocina—. ¿Qué tal te fue anoche con la llamada? —le preguntó a Finn, quien solo se encogió de hombros.

—Este historiador solo espera estar haciendo lo correcto. Se trata de un diario escrito por una persona de trece años. Una niña.

—¡Oh, vaya! No suena muy intrigante.

Finn sacó del refrigerador la berryola de Rouge.

—Podría serlo. ¿Te gustaría desayunar pescado? —le preguntó—. Tenemos una granja pesquera al otro lado de la bahía.

—Excelente.

—¿Langosta? ¿Ballena?

—¿Qué te parece tiburón? —dijo ella.

Finn no pudo evitar reírse.

—¡Bingo! —dijo.

—¿Bingo? —preguntó Rouge.

—Es lo que se dice cuando ganas un juego de bingo. En el inglés norteamericano también se usa como una exclamación con que se expresa satisfacción o sorpresa por un resultado positivo. Década de los veinte. Origen desconocido.

—¿Pero cuál es el «resultado positivo»?

—Este amigo adivinó que sería exactamente tiburón lo que elegirías para desayunar —le explicó—. Eres una depredadora, Rouge Marie Moreau. Y todo mundo lo sabe.

Rouge se rio, le dio un sorbo a su berryola, y luego preguntó:

—¿Quién es la presa?

4

EL ICEBERG

Era una mañana brillante y desde los prados se podía ver que a Greifswald la bañaba la luz dorada. Todo olía a la lluvia de la noche anterior; hojas mojadas, tierra húmeda, la inminencia del fresco otoño, y la ilusión. Finn se detuvo en un puesto y le pidió al *robovendedor* una bolsa de almendras tostadas. Un bip le hizo saber que el sensor de cobro estaba sincronizándose con la cuenta bancaria de su BC para retirar la cantidad que debía pagar por las almendras. Siguió caminando, y entonces notó que sonreía. Era verdad, no había sentido el corazón tan ligero en varias semanas. El prospecto de una nueva misión —¡un empleo como premio!— le había levantado el ánimo. Hoy tomaría entre sus manos el Diario Rosa —o mejor dicho, la réplica genuina del mismo. Elevó la mirada y se encontró con la Biblioteca de Europa.

La biblioteca se elevaba hacia el cielo y dominaba el paisaje urbano. Tenía la única colección pública de libros en la mitad norte del continente; la colección ascendía a 72 millones de piezas. A pesar de todo, la cifra era una verdadera vergüenza si se le comparaba con todo lo que se había perdido. El edificio fue construido ciento cincuenta años atrás en el mismo lugar del caído domo medieval, y le apodaban «el Iceberg» porque, ciertamente, eso era lo que parecía: era solo vidrio y espejos. Trescientos veinticinco

metros de ancho en la base se elevaban de manera inclinada e irregular, y luego formaban una espiral que ascendía y ascendía hasta, finalmente, formar un pináculo a 99.79 metros por encima del nivel del mar, con el que hacía lucir como enanos a todos los otros edificios a su alrededor. A pesar de todo el vidrio, adentro era bastante siniestro y silencioso; los pasos de uno hacían eco en los pisos de mármol y la voz rebotaba en las paredes. Muy pocas personas lo visitaban y, como sucede con todos los icebergs, la mayor parte de la Biblioteca de Europa se encontraba bajo la superficie —oculta, para ser más específicos—: doce pisos en lo profundo. Las estanterías, a las que apodaban «las Catacumbas», eran el último lugar de descanso para los libros de Europa, y fueron construidas para protegerlos de la invasión de los siempre crecientes niveles de agua que procedían de los verdaderos icebergs.

La oficina del Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom se ubicaba algunos pisos debajo de la punta del Iceberg. Lo más alto adonde Finn había llegado era el Salón de Recepción en el decimoquinto piso, para asistir a la fiesta anual de Fin de Año de la biblioteca. Por lo general tomaba la Jaula de Cristal para subir, pero como esta vez todavía tenía un par de minutos libres, optó por la ruta de los visitantes y subió por el Sacacorchos. Se elevó lentamente hacia la cima, en la escalera en forma de caracol que describía espirales ascendentes al mismo tiempo que ofrecía la vista de la parte inferior de Greifswald.

Durante el ascenso, Finn vio un *holoespectáculo* en el que, a pesar de su penosa cantidad, se destacaban los grandes tesoros del Archivo de Lenguas Perdidas. El Invierno Negro había sido inclemente. La Plaga alemana, luego la guerra, la hambruna, la decadencia y la Gran Devastación por Calor de 2050, provocaron la migración masiva de europeos que, a su vez, condujo a la eventual e inevitable desaparición de sus idiomas: alemán, holandés y danés, entre otros.

Cuando estudió la Edad Media, Finn tuvo la oportunidad de ver, en su forma original, algunas de las piezas más importantes de la colección, como las biblias Gutenberg. Otras, como la primera edición de *Las cuitas del joven Werther*, de Goethe, las estudió en réplica genuina. En una ocasión, su amigo Renko, el bibliotecario,

incluso le permitió pasar con los dedos las hojas del original de un catálogo postal de Quelle, de 1992. Por supuesto, eso estaba estrictamente prohibido porque el catálogo, junto con la primera edición de la novela de diez centavos *Dr. Norden*, de 1973, eran algunos de los hallazgos más trascendentes del siglo XX que tenía la biblioteca.

Finn descendió del Sacacorchos en la última salida del decimoquinto piso, y el resto del trayecto lo realizó en la Jaula de Cristal. El corazón le palpitaba como si hubiera subido a pie por el Sacacorchos, tal vez porque él ya sabía lo que Finn apenas estaba empezando a entender: que a partir de ese día su vida jamás volvería a ser la misma.

En cuanto llegó, lo condujeron por el Salón del Trono hasta la Cámara Biblioteca del Doctor Doctor Sriwanichpoom, donde, aunque resultaba gracioso, no se veía más que un solo libro. El Diario Rosa yacía sobre una mesa de *glazex*. El director de la Biblioteca lo tomó y se lo entregó a Finn.

—Ábralo, por favor. Examínelo. Nuestro laboratorio invirtió mucho tiempo en él.

Finn abrió la réplica genuina en una página a la mitad. La escritura era grande y las curvas abundaban; ciertamente, parecía la escritura manual de un niño.

—Grande y llena de curvas, ¿no es verdad? —dijo el director.

Finn lo miró y recordó el asombroso talento del hombre para leer la mente de otras personas. Era algo muy perturbador.

—Prosiga —dijo el Doctor Doctor Sriwanichpoom con una sonrisa—. Continúe, por favor.

Finn fue a la primera página y frunció el ceño. En lugar de poner puntos sobre las «i», la autora las adornó con pequeños corazones. Y sus «o» eran caritas sonrientes. ¿En qué diablos se había metido?, pensó. El papel tenía renglones; era delgado y de mala calidad y crujía en las zonas donde se había usado bolígrafo. Finn miró al director.

—El trabajo que realizó el laboratorio es excelente. Las páginas incluso imitan el crujido y arrugamiento de las hojas.

—Lo celebro —dijo el Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom con evidente desinterés—. Pues muy bien. Este director tiene mucho

que hacer hoy. Por favor avíseme en cuanto descubra el nombre de la autora o cuando haya terminado de decodificar el documento, lo que suceda primero, ¿sí?

—Por supuesto.

—Fue un placer —agregó con ese gangueo nasal tan suyo, por lo que a Finn le dio la impresión de que, en realidad, estaba diciendo lo contrario. Y una vez más, también le pareció que aquel hombre le recordaba a alguien.

Finn se puso de pie y tomó el libro. Estrecharon manos, pero esta vez en persona.

—Oh —exclamó el director—, hágale llegar el cálido saludo de este hombre a su adorable… —Hizo una pausa como si estuviera tratando de elegir la palabra adecuada, y luego agregó—: amiga.

—¿A quién, señor? —preguntó Finn, dudando un poco de a quién se refería.

—A Rouge —señaló el director—. Rouge. Marie. Moreau. Le queda bien el nombre. Es su amiga, ¿no es verdad?

—Sí, por supuesto —dijo Finn, con la sensación de que el director estaba a punto de tenderle una trampa.

—Y… ¿no pareja? —preguntó el director.

Ahí estaba. La trampa.

—No —dijo Finn—. No.

—Me sorprende. Este hombre tenía la impresión de que usted y ella eran compatibles físicamente.

Finn sintió que su rostro se ruborizaba. ¿Cómo sabía aquel hombre lo de él y Rouge?

—¿Qué edad tiene ahora usted? —preguntó el director.

Finn estaba seguro de que ya lo sabía, pero tragó saliva y contestó.

—Veintiséis.

—Ya es hora de que encuentre pareja, ¿no cree? Si no, le tendremos que buscar una. Nos gusta pensar que nuestro personal se esfuerza al máximo en todos los aspectos.

Finn asintió.

—Sí, señor.

—Hágale llegar el saludo de este director.

—Este hombre se lo hará llegar. —Finn dio vuelta para retirarse.

—¡Oh! ¿Finn Nordstrom?

¿Otra trampa? Finn volteó.

—A la biblioteca le apenó enterarse de lo que sucedió con su familia. Debe haber sido una pérdida terrible.

—Sí —dijo Finn—. Lo fue. Lo es. —Luego asintió con cortesía, salió del lugar y en cuanto estuvo afuera comenzó a respirar de nuevo.

Un diario, pensó. Un diario de vinilo rosa. Con corazones. Y caritas felices. Suspiró…

5

EL DIARIO ROSA

Finn le dio un soplido al vapor del té de jengibre, dejó que se asentara, lo agitó, y luego sorbió con cuidado. ¡Hey! Estaba caliente, sin embargo, de inmediato se sintió renovado y alerta. Abrió el diario y empezó a trabajar.

Jueves, mayo 22, 2003

Hoy es mi cumpleaños (¡sí, ya tengo trece!), por eso me levanté muy temprano, a las seis y media, para ser exactos (todos nos levantamos temprano, ¡hasta Robert!). Quería que me diera tiempo de abrir mis regalos antes de ir a la escuela, y también quería que papá preparara su asombroso pan francés para desayunar porque me dijo que lo haría, pero luego mamá dijo que solo lo haría si preparaba mis cosas y mis libros desde un día antes y me vestía a tiempo y si no me ponía a perder el tiempo, por eso me aseguré de empacar todo y dejarlo listo la noche anterior (¡a pesar de que solo se trataba de un descarado chantaje de mamá!) y escogí con mucho cuidado lo que me iba a poner (el vestido de batik color arándano y durazno con borde verde y azul, mis mallones azules, calcetas verdes, y mis zapatos anaranjados de tela), y como escuché el reporte del clima y sabía que por la tarde estaría fresco y volvería a llover decidí ponerme

la chamarra de mezclilla pero primero tuve que rasparle las manchas de queso campesino con fresas (las tenía en el bolsillo del lado derecho del pecho desde la comida del domingo pasado en casa de la tía Gesine) porque no quería que mamá empezara a molestarme con que debía cuidar mi ropa y poner por favor el ejemplo para mi hermanita Madeline, que es dos años y dos meses más chica que yo y que, para decir la verdad, es una verdadera fodonga.

Finn exhaló cuando llegó al punto final de la oración. Y solo entonces se dio cuenta de que había estado conteniendo desesperadamente la respiración y aguantando a que llegara el punto final que, aunque tarde, sí llegó, junto con esa regordeta palabrita: *fodonga*. Se preguntó si todo el diario continuaría a ese incesante paso, y si sería necesario mejorar la puntuación de la autora. Prefería la autenticidad, pero un retoque podría hacer que el texto fuera más accesible. Todos esos paréntesis le provocaban vértigo. Por otra parte, la escritura fluía. Vacía, tal vez, pero bien estructurada para una persona de trece años. En general, parecía una adaptación sencilla al inglés.

Finn bebió otro sorbo de su té y volvió a estudiar la primera oración. La autora estaba, claramente, haciendo el esfuerzo de escribir con pulcritud a pesar de que algunas letras estaban manchadas. ¿Sería culpa de la tinta del bolígrafo o desaliño ocasional de quien escribió? Finn abrió el libro como si fuera abanico, pero tuvo cuidado de no leer el texto porque él, como toda la gente que vivía bajo el benévolo mandato del Gobierno Global General, había aprendido a no saltarse nada. El axioma del Triple G, «Un paso a la vez», permeaba la vida a todos los niveles.

El historiador notó que en el documento se había utilizado una variedad de tintas y herramientas de escritura. A pesar de los manchones, las letras, con su gran tamaño y abundancia de curvas, se formaron con mucho cuidado. Evidentemente, el diario era importante para la autora. Y sí: el escritor era, a todas luces, «ella», una chica, ya que menciona que usó un vestido. Un vestido de batik. Y los corazones, por supuesto, delataban a qué género

pertenecía. Finn frunció el ceño al ver las «i» minúsculas, todas ellas coronadas con diminutos corazones espolvoreados en la hoja como las huellitas de los antiguos instructivos para aprender a bailar.

Todas las entradas estaban firmadas con una «E», y también la última página. ¿Sería la inicial del nombre de la autora? ¿Esperanza? En la escuela conoció a muchas chicas de nombre Esperanza, tal vez porque este reflejaba la ilusión de sus padres y de una sociedad que estaba perdiendo su población humana. ¿O sería un nombre alemán? ¿Edeltraut? ¿Elburg? Si supiera el nombre de pila de la autora y su dirección, tal vez podría descifrar su identidad.

Finn volvió a la primera página y a la efusividad del inicio. Solamente Thomas Mann y el Deutsche Bank podían escribir oraciones más largas que esta. Tenía 260 palabras, entre las cuales, diez estaban conjugadas en primera persona y cinco eran verbos reflexivos y/o pronominales. Tengo. Quería. Me vestí. Escogí. Era evidente que E. era el centro de su propio universo. ¿Todas las jovencitas de 2003 serían tan ensimismadas? Finn continuó leyendo.

Estoy segura de que te mueres por saber qué me dieron de cumpleaños, así que lo voy a escribir.

Finn frenó el impulso de poner los ojos en blanco. Tenía un interés académico en saber lo que la niña recibió en su cumpleaños, sí, pero no estaba precisamente muriéndose por saberlo.

Esto es lo que me dieron papá y mamá:

•¡Una iMac! ¡Para mí sola! (¡Estoy segura de que fue idea de papá!).

•Una patineta de color rosa y negro, con un cráneo de princesa.

•Un cupón para comprar un par de Chucks.

•Dos libros viejos (y probablemente muy aburridos): Orgullo y prejuicio de Jane Austen, y Jane Eyre de Charlotte Brontë (una de las geniales ideas de mamá, estoy segura).

•Un paquete de diez plumas de tinta metálica en gel a las que ya les puse nombre:

Rojo Real
Naranja Nice
Turquesa Tímido
Magenta Mágico
Oro Oh-Oh
Lila Lindo
Rosa Rubor
Plateado Pleno
Negro Necesario
Azul Zulu

La niña escribió cada nombre en su color metálico correspondiente. Finn sonrió al leer los nombres Rojo Real, Magenta Mágico y Rosa Rubor, porque notó el gusto de la chiquilla por la aliteración.

Luego levantó el libro hacia la luz y vio el lustroso brillo de los colores metálicos. El laboratorio de réplicas genuinas había hecho un trabajo bastante decoroso. Pasó los dedos ligeramente sobre la página; lo hizo con lentitud, hacia un lado y el otro, y hacia abajo y arriba. Sintió los suaves valles y crestas que el bolígrafo marcó sobre la página tantos cientos de años atrás. Gracias a su madre sabía que la tinta de bolígrafo se manchaba a veces. Era el caso de la «s» embadurnada al final de «Chucks». Pero, ¿qué era «un par de Chucks»? ¿Serían calcetas? ¿O tal vez pantalones? ¿Dos marmotas como mascotas? Tendría que pasar la palabra por el *Cíclope*. Siempre resulta más eficaz *clopear* una referencia, que ponerse en contacto con los pesos pesados de los archivos para descifrarla.

Finn envió los términos «iMac», «cráneo de princesa» y «Chucks» a su banco principal de información en el BC: era el conjunto más extenso de hechos del mundo, la abarcadora y omnisciente Enciclopedia Universa, a la que apodaban «Cíclope». Las imágenes comenzaron a aparecer de inmediato en el ojo en el cerebro, sobre la cuadrícula mental. Oh, por supuesto, la iMac. Es una computadora. Debió haber recordado eso de las clases de «Historia

de la Información» que tomó en la escuela. Y Chucks, ahora veía, era un tipo de calzado, llamado así en honor de su creador, un hombre llamado Chuck Taylor. Los zapatos estaban hechos de lona y goma, y fueron populares entre los jóvenes a finales del siglo XX y principio del XXI. Una granosa imagen V-digi le mostró cómo se relacionaban los términos «Chucks» y «cráneo de princesa»: se trataba de una chica que usaba Chucks de color rojo y blanco por encima del tobillo, también llamados «altos», y que sostenía, frente a la cámara, una patineta rosa con un cráneo coronado impreso. Debajo del cráneo había huesos cruzados, rodeados de flores y corazones. La entrada tenía referencias a moda gótica, moda punk, moda pirata, moda manga, moda adolescente femenina del siglo XX… Y la lista seguía y seguía. Finn guardó la información y continuó trabajando.

Robert me dio dos DVD, «Matrix» e «Inteligencia Artificial», a pesar de que pedí, específicamente, «Notting Hill» y «El diario de Bridget Jones». Me dijo que tenía mal gusto, y yo le contesté: «Bueno, al menos tengo gusto». Mamá dijo: «Niños, dejen de pelear», y Madeline dijo: «Tengo hambre».

Mamá me dio el regalo que envió Oma Uschi: incluye una botella de Infinitissimo y un brasier con relleno que me queda un poco grande, tal vez solo una talla de copa. «¡Tres copas!», dijo mamá riéndose cuando me lo probé, y lastimó mis sentimientos. Cuando me volví a poner encima el camisón corto, no se notaba que no me quedaba bien (aunque sí me veía un poco pechugona). Madeline picó la copa derecha con su dedo índice, y el relleno se quedó sumido. «¡Parece un cráter!», dijo Robert, «¡De los cráteres que hacen los meteoritos al impactarse!». Y todo mundo se murió de risa. Todo mundo excepto yo, claro. Hasta papá se rio. Mamá se carcajeó tan fuerte, que se le salieron las lágrimas. «¡Un brasier acolchado!», dijo. «¿Pero en qué estaba pensando Oma?» Realmente me ofendieron mucho porque, para ser honesta, soy un poco plana del pecho y me hicieron sentir muy mal. «¿Qué hay de malo en que sea un brasier acolchado?», pregunté. Y entonces se dieron cuenta de que era un tema delicado para mí y dejaron de reírse. Pero era obvio que querían seguir haciéndolo,

y como se esforzaron mucho por evitarlo, de pronto todos se carcajearon otra vez y yo salí enfurecida de la sala y azoté mi puerta. ¡¿A eso es a lo que le llaman un cumpleaños feliz?! ¡¿Feliz?!

¡Qué problemas tenían las jovencitas del siglo XXI! Finn se preguntó si las chicas de la actualidad se preocupaban por el tamaño de su pecho como E. Pero no tendrían por qué hacerlo, ¿verdad? Si no les gustan sus senos, solo tienen que intercambiarlos por otro par cuando se convierten en PA.

Unos minutos después del asunto del cráter, papá tocó a mi puerta y dijo que el pan francés estaba listo, así que fui a la cocina. Y ya todo estuvo bien, en especial el desayuno.

En la escuela, a la hora del recreo, Alexander Landuris me dio un frotón de nudillos en la espalda cuando se enteró de que era mi cumpleaños. Fue el regalo más original de cumpleaños hasta ese momento. Un frotón, ja.

Alexander me gusta mucho. Desde la semana pasada, más o menos. Espero poder ligármelo. Reza por mí.

¡Excelente! Un nombre que se podía investigar. Alexander Landuris.

Al salir de clases, las Tres J. vinieron a casa, Johanna, Jill y Joya. Johanna me dio uno de esos bolsitos de Asia Shop, de la calle Kantstraße. Es rosa y azul y rojo, con pagodas y cerezos en flor bordados. Estaba lleno de Hubba Bubba. Joya me dio los últimos DSDS. «Quizá lleguen a ser de colección algún día», me dijo.

Finn frunció el ceño al leer las palabras desconocidas: «Hubba Bubba» y «DSDS». Las clopeó junto con «Landuris, Alexander, Alex, Ali, Al, A.», pero instantáneamente recibió respuesta negativa para

todas ellas. El Cíclope no tenía referencia para Landuris, ni para ninguna de las variaciones. Además, preguntó si Finn no había querido decir «DSD» en lugar de «DSDS». «DSD» podía referirse a una pila de términos como Departamento de Sanidad y Drenaje, Damn Soo Dong —un juego de acertijos—, o a Desórdenes Sexuales de Desarrollo, un tema de salud.

Finn volvió a fruncir el ceño. Fuera lo que fuera «DSDS», nunca llegó a ser de colección como lo predijo la otra niña, o todas las pistas de su existencia quedaron enterradas bajo los escombros del Invierno Negro. Finn le envió a su amigo Renko, el bibliotecario del Archivo de Lenguas Perdidas, una solicitud de información para las referencias «DSDS», «Hubba Bubba» y «Landuris», y luego se levantó para prepararse otro té. Estaba vertiendo el líquido caliente en la taza cuando de pronto cayó en cuenta de algo: ¡Asia Shop de Kantstraße! ¡Era una pista para conocer el lugar donde vivió la chica!

Finn envió al Cíclope la información y, a cambio, fue recompensado con una lista de ciudades en las que hubo una avenida llamada Kantstraße en 2003. Había demasiadas, demasiadas; de las metrópolis Berlín, Hamburgo y Múnich, hasta ciudades más grandes como Bonn, Hannover, Frankfurt, Leipzig y Dresde, e incluso los pequeños pueblos como Ahlen y Willich, para mencionar tan solo una fracción de todos los lugares. Encontrar la Kantstraße correcta iba a ser como buscar una aguja en un pajar. Finn tendría que esperar más información.

Jill me dio un pastel de chocolate que ella misma cocinó por completo. Estaba un poco más alto de un lado que de otro, pero no se notaba para nada al comerlo. Robert tomó dos rebanadas (creo que está enamorado de Jill). Y las Tres J. en conjunto me regalaron un boleto para el concierto de Robbie Williams. Iremos juntas. Y en lugar de organizarme una fiesta, mamá nos llevará el sábado a Heide Park para celebrar. Nosotras = Jill, Joya, Johanna y yo + Madeline (¡que siempre se tiene que pegar! ¿Qué no tiene una vida propia?). En el parque tienen una montaña rusa de más de sesenta metros, y muchas otras atracciones.

Finn clopeó «Robbie Williams» y no le sorprendió que Cíclope no pudiera darle información concreta sobre dónde y cuándo se había presentado ese músico en Alemania en 2003. Descubrió que «Heide Park» era un parque de diversiones en Soltau, en la provincia alemana de Baja Sajonia. Múnich parecía estar demasiado lejos para un viaje de solamente un día. Tal vez la chica vivía cerca, en Hannover o Hamburgo, que, en 2003, estaban a solamente una hora de distancia. Berlín estaba a tres horas. Era un viaje bastante largo para un solo día, aunque, con la motivación adecuada, era posible hacerlo. Ahlen y Willich estaban bastante cerca del parque también, pero, ¿habría ahí sucursales de Asia Shop en 2003? Y, ¿qué sería exactamente «Asia Shop»…?

Ah, y casi se me olvidaba decirte que el regalo de cumpleaños que recibí de Madeline fue el diario rosa. Me gustó porque viene con una cerradura y su llavecita, pero el vinilo huele raro. Como Barbie y Ken. Cuando termine de llenarlo, me voy a conseguir un diario de piel de verdad. La piel es mucho más suave y sofisticada, y además, no se agrieta. Y huele mucho mejor. Tuya, E.

PS. No me gusta este bolígrafo. Mancha.

PPS. Me deshice del mal olor del diario. Lo rocié con el perfume que me regaló Oma Uschi. Ahora huele mejor, a Infinitissimo.

Finn sorbió del té… Infinitissimo… Se preguntó cómo habría olido el diario. Lo sostuvo frente a la nariz y olió la cubierta de vinilo. No detectó absolutamente nada; y en realidad no esperaba que tuviera aroma alguno. Después de doscientos años, era imposible que el aroma se hubiera preservado. Ni siquiera en un contenedor al vacío. ¿O sí?

El historiador volvió a abrir el libro como abanico, lo hojeó y olfateó el papel conforme las hojas se movían. Nada. Lo cerró y volvió a acercar la nariz a la cubierta anterior y a la posterior. Después al canto del frente. Nada, nada, na… espera. El canto

exudaba una tenue, muy tenue fragancia. ¿Sería posible? Deslizó la nariz sobre el canto e inhaló. Sí, ¿el laboratorio habría detectado el aroma que aún quedaba en el diario y lo habría recreado para la réplica genuina? Finn solicitó una muestra del aroma y preguntó si se trataba de un perfume llamado Infinitissimo. Luego volvió a levantar el libro para acercárselo a la nariz y lo olfateó rápida y entrecortadamente…

—¿Pero qué cosa estás haciendo?

Finn se asustó y levantó la cabeza. Detrás de la puerta entreabierta se veía la cabeza de Renko Hoogeveen.

—No me escuchaste tocar, ¿verdad? —dijo Renko—. Demasiado ocupado en olfatear, ¿eh? ¿Acaso es algo que te va a expandir la mente?

—Lo siento —dijo Finn con una sonrisa, al mismo tiempo que se levantaba—. Pasa. —Era verdad que a Finn no le encantaban las sorpresas, pero Renko casi invariablemente era bienvenido—. ¿Alguna vez escuchaste de Infinitissimo? ¿Un perfume? ¿Del siglo XXI?

Renko se acercó al atril de Finn, colocó en él un pesado volumen de piel y luego inclinó la cabeza hacia la derecha. Siempre que ingresaba a su BC hacía eso. Era un comportamiento raro, pero Finn ya se había acostumbrado. Renko revisó varias pantallas de su memoria. —Nop —contestó finalmente—. Este bibliotecario cree que nunca se ha topado con Infinitissimo. ¿Ya lo pasaste por el Cíclope?

—No, todavía no.

—Clopéalo. Seguramente encontrarás algo —dijo Renko, y luego señaló el libro forrado en piel—. Aquí hay una referencia a Hubba Bubba. No nos permiten escanearla sin permiso, pero a este bibliotecario se le ocurrió pasar por aquí y enseñártela. —Renko bajó la voz—. Por supuesto, esto tiene que mantenerse estrictamente confidencial. —Volteó y miró el esterilizador de manos de Finn—. ¿Puedo? —preguntó.

Finn asintió.

Renko se limpió las manos y las pasó por debajo del aparato, y luego volvió al libro forrado en piel. Hojeó cuidadosamente la revista hasta que encontró lo que buscaba.

—Aquí está.

Finn se inclinó sobre el libro. Era un anuncio en una revista danesa de 1981. En él aparecía una jovencita de largo cabello rubio, con sombrero de vaquero. Estaba soplando en una enorme burbuja rosa. El eslogan decía: *Stort, blødt og supersaftigt*!

—¡Ah! —exclamó Finn—. Es goma de mascar. Este historiador alguna vez leyó sobre la goma de mascar. Por supuesto, suena lógico. Hubba Bubba. Grande, suave y súper jugoso.

Renko se rio y Finn miró hacia arriba. Vio que en los lentes de su amigo se reflejaba la luz del sol tratando de atravesar las nubes del exterior. Renko se lesionó el ojo derecho cuando era niño (¿sería esa la razón por la que siempre inclinaba la cabeza hacia ese lado?, se preguntó Finn), pero apenas recientemente le realizaron otro trasplante ocular. Le advirtieron que debía protegerse de la luz del sol por varios días, y por eso llevaba gafas oscuras. Aquí estaba la humanidad explotando las minas de Marte, cargando y descargando recuerdos, clonando humanos de izquierda a derecha, prácticamente reviviendo a los muertos con corazones, extremidades y bazos nuevos, pero no podía solucionar el problema del globo ocular derecho de Renko. No era lógico. No obstante, se podía decir que las antiguas gafas de colección, fabricadas en carey y con vidrios oscuros, le daban a su amigo un aire encantador y misterioso.

—Con esas gafas pareces actor de celuloides —dijo Finn.

—Tú también, «barbita de tres días» —dijo Renko.

En la cuadrícula de Finn apareció el parpadeo de sonido metálico. Lo movió un poco para abrirlo. Era la imagen de un hombre bronceado de ojos oscuros, con cabello extremadamente corto y ligeramente encanecido; en su rostro se veía la tenue sombra de la barba del día. El hombre caminaba por uno de esos antiguos salones de juegos de un casino de Las Vegas.

—¿Quién es? —preguntó.

—Podrías ser tú, ¿no? —contestó Renko—. Acabamos de encontrar fragmentos de un celuloide en el que aparece este hombre. Fue en una caja de cartón que no ha sido catalogada, en las Catacumbas. No sabemos el nombre del actor, pero el del personaje es Ocean.

Finn resopló.

—Este PA no tiene cabello canoso.

—En veinte años lo tendrás si no empiezas a cuidarlo de la manera adecuada.

Naturalmente, Renko tenía razón. Por lo general iban juntos a los tratamientos de cabello, pero la semana del accidente de su familia, Finn faltó a varios. También le ensombrecían las mejillas con la barba del día: la tendencia del momento en moda facial, proveniente del continente sudamericano. Era un procedimiento al que también se le llamaba «embarbamiento ligero». Estaba diseñado para hombres a los que les había aburrido la apariencia depilada NudeDude, y que deseaban recuperar el cabello facial, pero que no querían tomarse la molestia de dejarlo crecer y cuidarlo. Renko fue quien convenció a Finn de someterse al procedimiento, y a este le había gustado bastante el resultado.

Renko entrecerró los ojos y miró la barbilla de Finn.

—Realmente deberías cuidarte ese pelo lacio y burdo que tienes ahí —dijo, al mismo tiempo que levantaba la mano hasta el rostro de su amigo y jalaba un vello que era más largo que los otros—. ¿Trataste de cortártelo?

Finn asintió.

—Sí, pero no funcionó.

—Sobresale mucho —continuó Renko—. Le puedes pedir al barbero que se deshaga de él. O que te devuelva tu dinero.

—Es solo una ligera imperfección —dijo Finn—. Dime, por favor, ¿qué sería de la belleza sin defecto alguno?

—¿Shakespeare?

—Nordstrom. Bueno, en fin —dijo, y luego se tocó ligeramente la cabeza para hacer referencia a la imagen del celuloide—, no nos parecemos.

—Pregúntale a Rouge.

Finn se quedó un poco extrañado al escuchar el nombre de Rouge. Sonaba tan incongruente en medio de la superficial charla que sostenían.

—Se fue —dijo.

—¿Ah, sí? ¿Y a dónde fue esta vez?

Finn se encogió de hombros.

—Va y viene.

—Tal vez no se alejaría tanto si le prestaras más atención.

—¡No! ¿Tú también? Doc-Doc me preguntó sobre ella. ¿Se pusieron de acuerdo?

—Ya es hora, Finn —le dijo Renko con sinceridad—. Eso es todo. Y es obvio que le gustas.

Finn puso los ojos en blanco.

—¡Imagínate! ¡Su mente y tu cuerpo! ¡Tendrían hijos asombrosos! —Renko le dio a su amigo un irreverente y fuerte caderazo. Finn lo aventó riéndose, y Renko se dejó caer en un sillón.

—Noticia de último momento: este bibliotecario fue ascendido a Curador en Jefe de la colección de libros Coffee Table.

—¡Excelente! Has anhelado ese puesto desde hace mucho tiempo.

—Noticia de último momento, dos: los fiscuans han estado bastante activos en las Catacumbas. El IOZ fue a ordenar todo, desde *Las anomalías cuánticas de Sterneborg*, hasta una réplica genuina del catálogo Quelle de 1992.

—¿Qué demonios buscan los físicos en un catálogo de ventas por correo?

El sol por fin atravesó las nubes y, de pronto, se reflejó en las gafas de Renko, quien le dio la espalda a la ventana. Finn se sentó frente a él.

—¿Cómo te ha ido con la recuperación de tu ojo?

—Todavía está un poco sensible pero ya tengo visión perfecta, gracias. Lo más importante es que el BC no lo rechazó, así que estamos satisfechos. Excepto mi madre. Ella cree que los ojos no son iguales. —Renko se inclinó hacia Finn y se quitó las gafas—. ¿Tú qué opinas? —Entonces sacó la lengua e hizo ojitos de enamorado, pestañeando como si fuera niño de kínder. Finn solo se quedó mirando el nuevo ojo azul de Renko.

—Mmm, interesante. ¿Pediste que te pusieran un ojo amarillo?

—¿Qué? —preguntó Renko espantado, pero luego se dio cuenta de que Finn solo estaba bromeando y le dio un puñetazo en el brazo.

—¡Ouch! —gritó Finn, fingiendo dolor.

¡Finn disfrutó mucho del Iceberg! La mayoría de los historiadores trabajaban en casa o en cualquier lugar donde les tocara estar físicamente, sin embargo, él prefería realizar sus actividades en la biblioteca. Se sentía cómodo en la oficina a pesar de que era pequeña, y se deleitaba en pasear por las Catacumbas y respirar el rancio y mohoso aroma de los libros antiguos. Pero sobre todo le gustaba que Renko, cuyas funciones exigían que trabajara en la biblioteca, llegara de sorpresa, o que se reuniera con él a platicar en el área para beber té, en la *cafestaff* del séptimo piso a la hora del almuerzo. De hecho, Finn se empeñaba en esa amistad, ¿por qué? No lo sabía. ¿Sería por el aislamiento que vivió en Fire Island en su juventud? ¿Porque extrañaba la calidez de su vida familiar? La mayoría de los niños crecían en grandes *familias extendidas*, como parte de los dormitorios masivos llamados *Cerca y Querido*, que se solían manejar de una forma muy burocratizada. Cuando Finn terminó su educación intermedia y partió para estudiar en la universidad, le sorprendió descubrir lo peculiar que había sido en realidad la crianza que recibió en su núcleo familiar. Renko, en contraste, creció en un Cerca y Querido con la familia extendida, pero nunca desarrolló vínculos cercanos con sus padres. A menudo, Finn había querido conversar con él acerca de las diferencias entre las maneras en que fueron criados, pero la oportunidad nunca surgía. No era el tipo de asunto que se presentaba en sus conversaciones, las cuales, en su mayoría, tenían que ver con trabajo, libros, historia y las mejores fuentes bibliográficas para buscar información. De hecho, si Renko hubiera sido mujer, él y Finn habrían sido una buena pareja. Afortunadamente, jamás se sintieron atraídos el uno al otro de esa manera. A pesar de que las relaciones entre personas del mismo sexo no eran del todo raras, tampoco eran bien vistas debido a que la tasa de crecimiento en el mundo había disminuido drásticamente, en particular en el continente europeo. Esto, a su vez, aceleró las investigaciones interdisciplinarias en el campo de la fertilidad médica. En el subcontinente ya se estaban realizando, aunque sin mucho éxito, pruebas de implantes en el útero y reproducción del mismo sexo. Según los rumores, el siguiente paso sería la autofertilización. Era difícil de imaginar: ¿los humanos reproduciéndose a sí mismos

como lombrices solitarias? Las cosas podrían salirse de control si demasiada gente se reproducía. De hecho, ya se predecía que la generación de Finn tendría una esperanza de vida de, por lo menos, 150 años. Algunas personas incluso decían que para 2400, en menos de 140 años, su generación podría seguir viviendo aún. A él realmente le habría gustado estar seguro de que eso sería verdad. Porque en ese caso todo cambiaría, y podría posponer su doctorado por al menos un par de décadas, ¿no?

—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó Renko.

Los pensamientos de Finn se vieron interrumpidos de pronto.

—Oh, no es nada.

—¿Y entonces? —insistió Renko.

Finn solo se le quedó viendo.

—¿Y entonces? ¿Quieres ir a comer algo mañana después del juego de *slapback*?

—¿A comer algo? Sí, seguro —contestó Finn—. ¿Dónde?

—Hay un nuevo lugar en Leipzig, es el Bar Beta. Tendremos que reservar una unidad.

A diferencia de muchos bibliotecarios que preferían andar solos y apegarse a los viejos hábitos, Renko siempre estaba al tanto de las tendencias de actualidad en cuanto a bares, juegos, aparatos para el hogar y moda. No solo era distinto a los bibliotecarios, sino a la gran mayoría de la gente que Finn conocía. De hecho, era distinto a toda la gente que lo rodeaba en aquel momento. Renko era muy abierto y, sí, parecía disfrutar más de todo; en especial, de las nuevas modas. Fue el primero del Iceberg en usar los zapatos transparentes (lo hizo incluso antes que Doc-Doc), y en ensombrecerse el rostro para lograr la apariencia de la barba de un día. Y también fue quien le dio a conocer a Finn el cristalino estimulante «zing», descubierto en los capullos de la flor de las nieves, o edelweiß mutante del Himalaya. Por desgracia, algunos de los apetitos del DPA BAD, como alcoholacción-drogas, a veces lo metían en problemas. Dos años atrás había perdido la pierna izquierda porque se lanzó a corrientes de agua disparadas a chorro bajo la influencia del fármaco recreativo U4ic, un gas en spray al que a veces se le llamaba JumbleJet. Tuvo suerte de no cercenarse la cabeza porque en la *Tienda de Cuerpos* no habrían podido darle

una nueva como lo hicieron con la pierna. Por desgracia, a Gemma, la expareja de Renko con quien planeaba tener hijos, fue justamente lo que le pasó. No pudieron salvarla; sus padres la revivieron como memoclón, pero salió imperfecta y proclive a la depresión y al carácter agresivo. Gemma se suicidó seis meses después. Eso fue un año antes, y Renko llevaba todo ese tiempo buscando pareja.

—Leipzig está bien —dijo Finn.

—En la parte trasera del bar hay un maravilloso centro de juegos.

—¡Renko!

—Está bien, está bien, olvídalo. Olvida siquiera que lo mencioné.

Renko sabía que Finn estaba harto de la mayoría de los juegos neuroestimulantes, aunque ambos disfrutaban de la serie «Follow Me», con la que podían viajar a Italia con Goethe en 1786 y a Heidelberg con Mark Twain, en 1878. Fuera de eso, Finn se mantenía alejado de ese tipo de recreación. Su renuencia venía desde la infancia. En una ocasión, él y Mannu fueron catapultados, sin saberlo, a Triunfos de Muerte: un drama de realidad virtual que recreaba el Invierno Negro. El juego era una meticulosa réplica realizada con base en documentos y reportes de testigos oculares. Se decía que era uno de los juegos neuroestimulantes de realidad virtual más brutales para mayores de veintiún años. Pero Finn y Mannu solo tenían seis y ocho cuando lo experimentaron.

Un día de verano estaban chapoteando inocentemente a la orilla del agua cerca de su casa cuando, sin advertencia alguna, fueron lanzados a una ciudad frígida y oscura, distinta a todo lo que conocían. A lo largo de un canal había cuerpos alineados; el lugar estaba infectado por la plaga; en los callejones se podían ver esqueletos caminando, con las ratas mordiéndoles los dedos de los pies. Los hermanos no tenían idea de que habían aterrizado en Ámsterdam en febrero de 2019. Finn se puso histérico cuando Mannu fue atacado por una manada de adolescentes que parecían zombies y que lo dejaron tirado, muriendo en un charco de su propia sangre.

Sea como sea, la culpa fue de un grupo de pre-adultos. Ese grupo era liderado por Maxim Capri, de diecisiete años, y era bien

conocido por aterrorizar, golpeándolos con toallas mojadas, a los adolescentes que nadaban en la playa. Ese día, específicamente, a Maxim Capri se le ocurrió hackear los BC de Finn y Mannu para ver qué pasaba cuando a dos niños desamparados y sin armas se les soltaba en una arena de juego de Triunfos de Muerte. Más adelante la investigación policiaca reveló que Sabine Ironhard, una adolescente tonta y plagada de acné que sustituyó ese día a la nana de los Nordstrom, era culpable en parte. La chica estuvo un rato con los PA en la playa y, estúpidamente, dejó abiertos los archivos BC donde estaban guardados los códigos de entrada de Finn y Mannu. Maxim, quien estaba conectado a la red de Sabine, encontró los códigos y los aprovechó. Por suerte, cuando Sabine vio a Mannu flotando en el agua como si estuviera muerto y a Finn gritando como histérico junto a él, se dio cuenta de que algo andaba mal y se encargó, por todos los medios, de sacar del agua a los pobres niños en alucinación, antes de que se ahogaran.

Se habló mucho sobre el terrible incidente. A los pre-adultos se les castigó con severidad y el debate sobre los juegos de realidad virtual cobró ímpetu.

—Sin juegos, por favor —dijo Finn—. Y tomémoslo con calma porque no tenemos tiempo de hacer crecer un brazo nuevo y cosérnoslo antes del viernes, que es día de labores —dijo Finn, al mismo tiempo que señalaba su lugar de trabajo.

El nuevo globo ocular azul de Renko se enfocó en la monstruosidad rosada que yacía sobre el escritorio de su amigo.

—¡Rosa! ¡Qué adorable! —dijo, y levantó el objeto.

Finn sintió un agudo golpe, como si le hubieran punzado el corazón con uno de esos desfibriladores del Museo de Medicina. Renko abrió el diario.

—Ah, sí, está escrito a mano.

Finn quería arrebatarle el libro a Renko, por lo que dio un paso hacia él.

—Por favor, no…

Renko miró a su amigo con incertidumbre.

—Lo lamento. ¿Es clasificado?

—No. Doc-Doc no dijo que lo fuera, pero…

Renko se quedó viendo a Finn un instante, y luego cerró el

diario y lo volvió a poner en el escritorio. «Scusi». Sí, pensó Finn con alivio: ahí es donde pertenece. Renko espero a que su amigo dijera algo, pero como no lo hizo, se adelantó.

—¿Y bien? ¿Qué tal está?

El corazón de Finn seguía palpitando a toda velocidad.

—Es difícil decirlo, la autora es muy joven. Probablemente del norte de Alemania. Preparada y con un buen manejo del idioma.

—Y mastica Hubba Bubba.

Finn logró sonreír.

—Sí, ese sería el resumen hasta esta mañana. Ajá. Ah, y gracias por el dato del *supersaftigt*.

—Fue un placer —dijo Renko y luego volteó al atril, pero entonces se detuvo de golpe y dio la media vuelta—. Oh, sí, también me preguntaste sobre DSDS. Este bibliotecario sigue trabajando en el término. Ahora bien, lo siguiente es solo intento respetuoso, pero este bibliotecario cree que, como se trata de la cultura adolescente, tal vez la palabra se refiera a alguna droga para la expansión de la conciencia, como LSD, DMT o DOM. Suena a eso, ¿no crees? DSDS.

—¿Un alucinógeno? —preguntó Finn, levantando un poco la voz.

—¿Oh, no te parece posible? —preguntó Renko con naturalidad.

—¡Por supuesto que no! ¡Solo tiene trece años!

—Esos niños eran bastante sagaces a principios del siglo XXI; no estaban tan sobreprotegidos como ahora y…

—¡Es absurdo! —dijo Finn—. Además, ¡a ninguna droga se le puede considerar objeto de colección!

Renko abrió muy bien los ojos.

—Pero no tienes por qué levantar la voz. —Se quedó viendo un instante a Finn, y luego añadió—: Este bibliotecario no sabía que se trataba de un objeto de colección.

Finn no se había sentido tan confundido en muchísimo tiempo. ¿Por qué tenía la necesidad de proteger tanto a aquella chiquilla? Fuera lo que fuera, su amigo no era culpable de nada, ¿verdad? Hizo un esfuerzo para calmarse.

—Lo siento. Doc-Doc hizo mucho énfasis en que quería un reporte pronto. Todo esto me pone muy nervioso.

—No dejes que te presione. Acabas de pasar por algo muy difícil.

Finn asintió.

—Tienes razón. Disculpa.

—Envía todas las solicitudes de información que gustes —añadió Renko—. A este bibliotecario le dará mucho gusto ayudarte. Entonces, ¿quedamos ya de vernos en el gimnasio de *slapback* mañana? ¿A las cinco?

—Perfecto —dijo Finn, y acompañó a Renko hasta la puerta para despedirlo.

Luego volvió a su escritorio, le dio otro sorbo a su té de jengibre y abrió el diario. ¡Ay, demonios!, pensó. Demonios. Se levantó y abrió la puerta.

—¿Renko? —gritó.

Al final del corredor, su amigo volteó de golpe.

—¿Sí?

—¿Barbie? —gritó Finn—. ¿Sabes lo que es Barbie? ¿O Ken?

6

INFINITISSIMO

Finn estaba recargado en la cabecera de su cama, haciendo modificaciones a la traducción del diario. Su cuarto estaba oscuro y las cortinas estaban cerradas porque era de noche. Le agradaba trabajar cuando todos los demás dormían. Sin embargo, había alguien despierto porque de pronto percibió el parpadeo de sonido metálico que destelló varias veces con rapidez: ¡Abre! ¡Esto! ¡Ahora!

Finn hizo clic en el mensaje. Era Renko.

—¡Un hallazgo! —exclamó.

Tenía el cabello despeinado, y en la mesa a su lado había un vaso del que salía vapor. Tal vez se acababa de levantar.

—Un colega de Johannesburgo encontró una referencia a un Alexander Landuris. Estaba en unos registros no catalogados de la provincia de Sudáfrica.

Según estos documentos, Landuris, un ingeniero con especialidad en sistemas, nacido el 27 de julio de 1989 en Berlín, Alemania, fue arrestado en la frontera entre Sudáfrica y Namibia el 17 de abril de 2020. Más adelante se le permitió entrar al país, donde se perdía el rastro. No se sabía qué más pasó con él.

¿Sería el mismo Alexander Landuris que le dio el frotón de nudillos a E. cuando cumplió trece años? El hombre de la referencia habría tenido catorce años en 2003; muy bien podía ser él. Y

además, parecía que fue berlinés. ¿Querría eso decir que E. también era berlinesa? Tal vez. Estas eran muy buenas noticias.

Finn le envió una señal de encendido a la cámara de su habitación, y le ordenó enfocarlo. Luego le envió un parpadeo metálico a Renko. Casi de inmediato, su amigo apareció en su cuadrícula cerebral.

—Gracias —dijo Finn.

—¡Por nada! —exclamó Renko—. ¿Y adivina qué más? ¡Noticias de última hora! Conocí a alguien en el swuttle. Gao Dongsheng-Johnson. Es genial. Estudia ingeniería marítima en la UE, en Copenhague. Nos vamos a volver a ver el viernes en el Blue Lagoon para comer.

—¿Vas a ir hasta Islandia para verla?

—Está trabajando en un proyecto de la costa, allá.

—¿Para comer?

—Espero que también sea para algo más —aclaró Renko, y luego silbó inocentemente.

—Bueno, solo ten cuidado con el ojo. El sol islandés puede ser muy cruel. *Sjáumst*!

—¿Qué?

—Quiere decir «adiós» en islandés.

Después de colgar, Finn escuchó el suave caer del agua que provenía de la regadera de su unidad. Luego su mirada reposó en el estuche de madera que contenía el equipo de su madre. Estaba en el suelo, junto a la puerta de la regadera. Había planeado conservarlo en la casa de Fire Island, pero no podía soportar separarse de él. Y ahí estaban también el osito de Lulu, los Binoculunares de Mannu a un lado y la raqueta de *slapback* de su padre, recargada junto a los demás objetos. Parecía una instalación de arte de las que había en el Museo de Cultura Europea.

El osito era uno tradicional, de los que no hablaban, caminaban, cantaban ni pensaban, y alguna vez fue de Mannu, luego de Finn, y por último de Lulu. Antes de eso también perteneció a su madre. Estaba un poco desgastado por el uso, pero la cubierta exterior de peluche aún conservaba su suavidad. ¿Tendría él algún día hijos que lo reclamarían como propio?

Finn se acordó de aquel día que él tenía once años y Lulu ni

siquiera había cumplido uno. Él y Mannu estuvieron jugando con ella, la regordeta y babeante bebé, en la cama de Finn. Estaba parada y se reía de las caras que hacían ellos, pero entonces vio algo más allá de los juguetes y trató de alcanzarlo y se cayó. Luego se puso de rodillas, apoyándose en sus rollizas manos y bracitos y empezó a gatear por primera vez. Se dirigió al osito en línea recta, lo tomó y se negó a soltarlo. Finn interpretó el gesto como la proclamación de Lulu de que ahora el oso le pertenecía. Registraron todo el suceso; cómo gateó Lulu, abrazó al osito, ¡y apretó la cabecita del juguete contra la suya! También todos los ruiditos y gorjeos de bebé y…

Finn se dio cuenta de que el dolor crecía en su interior. Era en su pecho y subía por la garganta, presionando hacia arriba. Y luego ese mismo dolor llenó sus ojos y los inundó.

Se aterrorizó. Estaba llorando, y eso no lo había hecho desde que era niño. ¿Cómo podía…?

Se sentó; tenía que concentrarse en algo más.

Levantó las cortinas y vio que la ventana estaba totalmente mojada por la lluvia.

Comenzó a respirar de nuevo. Y a pensar. A planear. El diario estaba acabado. Tenía cita con el Doctor Doctor Sriwanichpoom a las tres en Greifswald. Tendría que ir en bicicleta hasta la estación del SwiftShuttle. No. En un día como aquel, lo mejor sería tomar un *robotaxi*. Llovía de nuevo en Berlín pero eso no le molestaba. Cuando se mudó sabía que así sería. Regularmente el clima era tedioso y difícil; además no había necesidad alguna de convertir a Berlín en un soleado paraíso vacacional. Llevaría su traje café a prueba de agua y los zapatos del mismo color. Y un sombrero.

Ahora se sentía más calmado; había recuperado el equilibrio.

Rouge estaba terminando de bañarse. Finn escuchó el shuu-shuu-shuu del esterilizador de manos, pero de inmediato también escuchó varios bip-bip-bip chillones. Oh, no, estaba volviendo a suceder. Finn le envió a JoeJoe, el intendente del Rubik, una solicitud de reparación. Esta se fue en un instante, ¡ping! Luego volvió a trabajar en el diario rosa. Sospechaba que la reunión con Doc-Doc tendría que ver con el descubrimiento en el Bodden. ¿Habría otra parte del diario? Ojalá la hubiera. Ahora se sentía muy

apegado a E. y sus divagaciones. A Sriwanichpoom le iba a encantar enterarse de que la autora era berlinesa.

Finn levantó la vista y se dio cuenta de que Rouge estaba descalza en la puerta de la cocina, y que solo tenía puesta una brevísima tanga y un brasier casi inexistente. Detrás de ella vio a Jaydeep Makhijani, su colega fiscuan y también compañero de cama por algún tiempo. El colega estaba jugando con algunos utensilios de la cocina.

—¿Estás soñando despierto? —le preguntó Rouge a Finn.

—No, para nada —le contestó con una sonrisa.

—Finn, algo le pasa al…

—Sí —interpuso Finn—. Es un chillido. JoeJoe vendrá más tarde a revisarlo.

—Te ves contento por alguna razón —dijo ella.

—Noticias de último momento. Lo más probable es que E. sea de Berlín.

—¿E.?

—La chica.

—¿Cuál chica?

Finn sacudió la cabeza. ¿Alguna vez lo escuchaba cuando hablaba de su trabajo?

—¡El diario!

—Ah, por supuesto —dijo ella cuando recordó—. La entidad desconocida. ¿Todavía no tienes el nombre?

—No, pero encontramos una referencia para un chico de su escuela al que menciona.

Rouge dio un paso, entró a la habitación de Finn y se recargó en la pared.

—¿Cómo es? ¿Esta niña, E.? —El repentino interés de Rouge sorprendió a Finn.

—Joven —contestó—. Escribe primordialmente acerca de asuntos de niñas. Tonterías. Pero podría ser una buena incorporación a la sección infantil de los archivos alemanes. Habla mucho sobre chicos. ¿Te gustaría escuchar? Es muy gracioso. Aquí hay algo de principios de septiembre de 2003. ¿Está bien?

Rouge asintió.

—«Primero vi a Jona en la escuela, y me dijo que no le gusto a

Alex.» —Finn había elevado la voz una octava para sonar como la niña—. «En el gimnasio le dije a Joya que Jona me había dicho que no le gustaba a Alex. Luego Johanna me dijo en francés que Ben le había dicho que, en realidad, sí le gusto a Alex. Y luego, a la hora del almuerzo, Joya me dijo que le había dicho a Jona que me gustaba Alex, pero que él, Jona, había dicho que no le gustaba a Alex, y Jona le dijo que yo había entendido mal y que, en realidad, sí le gusto a Alex. Ay, dios, es un verdadero desastre» —Finn comenzó a reírse—. Y luego escribe: «Estaba pensando que, quizá, solo debería preguntarle a Alex si le gusto, pero ahora ni siquiera estoy segura de que él me guste porque tal vez me gusta más Ben. Y Jona también es como guapo, aunque a Jill le gusta Jona a pesar de que a Jona le gusta Johanna.»

Rouge sacudió la cabeza.

—Vaya, y entonces uno se pregunta por qué, para empezar, se habrá salvado el diario. La posteridad realmente no lo necesita, ¿verdad?

—¡Pero es divertido! —Finn la miró—. No te estás riendo.

Rouge se encogió de hombros.

—Sriwanichpoom sugirió que había más material aparte de este —añadió Finn—. Tal vez entre ese material haya algo que pueda aprovechar la posteridad.

—¡El té está listo! —gritó Jaydeep.

Finn vio que en la cocina también estaban sus compañeros del DPA, Severin Boxberg y Yolanda Abbas, preparando su desayuno. Esa era la única comida que los PA cocinaban por sí mismos. La comida y la cena siempre eran *robopreparadas*.

—¿Gustas té? —le preguntó Rouge a Finn. Él asintió y ella volvió a la cocina.

Finn llevaba varios días preguntándose qué más sabría el director de la Biblioteca de Europa sobre el diario del Bodden que no le hubiera dicho. Seguramente había alguien más leyendo el documento, y si había más de una réplica, ¿por qué no le habrían permitido a él revisarlo todo para darse una idea general del mismo? La regla de «un paso a la vez», instituida por el Triple G, tenía razón de ser y todo, pero lo más probable era que el nombre de E. estuviera en algún sitio de los otros documentos. ¿Por qué

desperdiciar toda esa energía, tanto de hombre como de poder robótico, para indagar pistas que se podrían despejar con tan solo examinar esos otros documentos? Finn se preguntaba si Sriwanichpoom lo estaría poniendo a prueba para ver cómo enfrentaba la misión. ¿Pero para qué?

—¿Eso crees? —preguntó Rouge cuando regresó con dos tazas de té—. ¿Que hay más de un diario?

—Quizá. Sí. Y el resto podría ser el Real McCoy.

—¿El Real McCoy?

Finn sonrió y se recostó de nuevo con la taza de té.

—Frase norteamericana de finales del siglo XIX. Posiblemente se originó en Escocia y quiere decir «el original», «el artículo legítimo», «lo que hemos estado esperando».

Rouge colocó el té de Finn junto al libro que estaba en la mesa de noche. Lo levantó.

—¿Y por qué necesitas la versión física del diario? ¿Qué no puedes simplemente leerlo en tu BC? ¿Para qué quieres todo el papelerío?

—¿Tú lees libros en el BC? —preguntó Finn, a pesar de que sabía cuál sería la respuesta—. ¿Novelas, por ejemplo?

—¿Novelas? —preguntó ella en un tono divertido.

—Exactamente. Piensa que si tuvieras una frente a ti podrías hasta tomarla. Lo acabas de hacer. —Finn le sonrió—. E incluso podrías abrirla.

Rouge solo se le quedó viendo.

—Es difícil de explicar —continuó, tratando de encontrar las palabras adecuadas. Sostuvo el libro como si lo pesara—. Si este lector te dijera que le gusta el peso, la contundencia de un libro sobre su mano, ¿podrías entenderlo?

Rouge se encogió de hombros y él deslizó los dedos sobre la cubierta anterior del libro.

—¿O podrías comprender lo que se siente?

Ella solo seguía observándolo.

Finn colocó el libro en la mesa y recogió otro. Era blanco y tenía un grabado en relieve sobre la portada, con figuras eróticas, ornamentos y un laberinto.

—Este se llama *Wasserzeichen der Poesie*: *La filigrana de la poesía*.

—Volvió a deslizar sobre la tapa las puntas de los dedos y se lo entregó a Rouge—. Inténtalo.

Ella pasó con desgano los dedos sobre el grabado.

—¿Y? —preguntó Finn.

—Es interesante. —Rouge clavó su mirada en los ojos de Finn—. Pero seguramente no lees un libro solo porque la portada es bonita.

—Eso es verdad —dijo él—, aunque sí forma parte de la experiencia. Pero bueno, es cierto, este lector se ha preguntado a veces por qué lee, por qué pasa con tanto entusiasmo de una página a la siguiente, por qué es tan reconfortante volver a encontrarse con los personajes una y otra vez, como si se les llamara a los antiguos amigos de la escuela; o por qué se emociona al descubrir a nuevos personajes. Al parecer, la única respuesta es que, además del mero deleite, la lectura de las historias logra, de alguna manera, que este lector sienta que no está solo, que sus ideas y sentimientos ya fueron pensadas y sentidos. La lectura hace que uno se sienta vinculado a la experiencia de los demás y, por lo tanto, que se descubra menos peculiar.

Rouge le sostuvo la mirada un momento y luego extendió la mano y le acarició la mejilla.

—Eres un poeta, ¿verdad?

Finn estaba seguro de que lo decía con buena intención, pero de todas maneras sintió como si lo estuviera regañando.

—Es posible —le contestó.

—Hoy nos vamos a Odessa, a las instalaciones centrales del IZO.

Finn se sentó.

—Hace una o dos semanas Renko mencionó que algunos fiscuans estaban saqueando las Catacumbas, que revisaron catálogos de venta por correo y libros similares.

Rouge se rio.

—Podría ser, ¿por qué lo preguntas?

Finn trató de leer su mirada, pero le fue casi imposible. Era como tratar de decodificar la escritura Kurrent del alemán antiguo.

—De hecho —explicó—, este amigo tiene curiosidad acerca de qué es, con exactitud, lo que haces allá en el instituto.

—¿Con exactitud? —preguntó ella riéndose—. ¿Quieres saber con exactitud lo que hace un fiscuan? ¿Estás seguro? ¿No me dijiste

que la ciencia y la tecnología eran tu némesis en la escuela?

—En ese caso, solo di algo aproximado —dijo Finn—. ¿Puede ser?

El timbre de la puerta sonó.

—Te salvó la campana —dijo Finn, agitando el dedo frente a ella. Luego buscó algo debajo de la cobija—. Es JoeJoe. Por aquí había unos *boxers*.

—A ti es a quien salvó la campana —agregó Rouge mientras recogía un par de *boxers* del suelo y se los arrojaba. Luego se dirigió a la puerta.

—Deberías ponerte algo antes de que abramos. —Finn señaló la bata que colgaba cerca de la puerta.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Era cierto. JoeJoe, el Intendente-BER-MV-Rub1g, era solamente una máquina más. No había necesidad de sentirse avergonzado por los códigos de vestimenta, ya que tratar con androides era solo como usar enseres domésticos. No obstante, los androides de esta última remesa eran tan parecidos a los humanos que todo el asunto daba miedo. Finn no podía acostumbrarse a ellos, no podía tratarlos como a cualquier lavadora vieja. Por todo lo anterior, le parecía que un poco de decoro y, al menos, un par de *boxers* en presencia del robot era lo mínimo que debía exigirse. Oh, ¿pero Rouge? No, a ella no podría importarle menos. Una máquina es una máquina, y nada más que una máquina. ¿Qué más se debería esperar de una fiscuan?

Rouge abrió la puerta.

—Buenos días, JoeJoe —dijo en ese volumen y precisa voz que usaban los humanos para hablarles a los robots y a los niños—. Gracias por venir.

El intendente entró.

JoeJoe era un individuo de apariencia ruda, de unos treinta y cinco años, dos metros de altura y barba tupida, que vestía con camisa a cuadros rojos y negros, overol y botas. A Finn le recordaba a los leñadores de Sternwood Forest, la colonia Forester canadiense que visitaba cada año con su padre y con Mannu cuando era niño. Los Forester se mantenían, principalmente, de la industria de productos de madera. Fabricaban papel, imprimían libros bajo pedido, y manufacturaban muebles con la madera que producían. A

Finn le intrigaban de manera particular los leñadores que vivían en la colonia, y el contraste entre su amable trato y su evidente fuerza física.

—Hola, Rouge Marie Moreau —dijo JoeJoe.

Su voz era un poco entrecortada, sus movimientos sutilmente espasmódicos, y alrededor de la cintura usaba un cinturón para herramientas lleno de botones que titilaban. Fue construido de esa forma a propósito, para que no lo confundieran con un humano y para poder identificarlo bien como inteligencia artificial.

Rouge le dio la espalda a JoeJoe para cerrar la puerta.

—Vaya, vaya —dijo JoeJoe, al mismo tiempo que contemplaba su casi desnudo trasero—, ¿acaso no lucimos adorables hoy? —Rouge se volteó y la mirada del androide se paseó por sus senos, que casi se desparramaban del brasier—. ¡Vaya que sí! —añadió JoeJoe.

Rouge se rio.

—Gracias —le dijo.

Finn salió disparado hacia el frente, al mismo tiempo que aclaraba la garganta.

—Eh… buenos días, JoeJoe.

—Oh —dijo JoeJoe algo distraído, al mismo tiempo que volteaba a ver a Finn—. Hola, Finn Nordstrom. —Miró por un momento el pecho desnudo del joven—. Vaya, vaya —agregó entonces—, ¿acaso no lucimos adorables hoy, también?

Finn corrió a toda velocidad a lo largo del paseo que llevaba hasta la estación de SwiftShuttle, a veinte minutos de distancia. Antes de salir del Rubik pidió un *robotaxi*, el único vehículo de tránsito rápido que tenía autorización para ingresar al DPA BAD, pero todavía no se topaba con él en el camino. Las áreas verdes estaban repletas de PA que se dirigían al trabajo, a estudiar o a algún entrenamiento, como era el caso de Rouge, quien estaba camino a Odessa, en la provincia rusa, para asistir a una conferencia fiscuan. Todos querían librarse de la lluvia y conseguir un taxi, pero no había suficientes.

A pesar de que era muy popular y la energía se desparramaba ahí, el Märkisches Quarter no estaba bien cuidado del todo. Era el

área más transitada de Berlín porque sus jóvenes residentes iban y venían. Muy pocos se establecían, y por eso el Triple G invertía poco para mantenerlo en buenas condiciones. La falta de robotaxis era tan solo la prueba de la negligencia del gobierno local. El esterilizador descompuesto de Finn era otra. Tendría que usar toallas hasta que el Rubik reuniera un poco de dinero para comprar otro.

A Finn se le había hecho tarde porque JoeJoe lo entretuvo. Al robot lo aquejó una repentina falla y se quedó repitiendo una sola frase: «Vaya, vaya, ¿acaso no lucimos adorables hoy? Vaya, vaya, ¿acaso no lucimos adorables hoy?», hasta que Finn lo apagó y lo llevó arrastrando hasta el Centro de Reparación de Robots que quedaba a una cuadra de distancia. Si no se apuraba ahora, perdería el SwiftShuttleX y se vería forzado a tomar el *transbordarapidor* local. Cuando miró alrededor vio que todas las bicicletas para compartir ya estaban ocupadas y compartidas. Programó su navegador para que lo sacara de la estación de la manera más rápida posible, con una ruta peatonal.

El navegador hizo a Finn internarse en la multitud y luego salir antes de llevarlo a tomar un atajo a través de la exhibición de urbanismo del Museo de Cultura Europea. Atravesó apresuradamente el informal jardín inglés; pasó por los exuberantes prados verdes, la glorieta parcialmente cubierta, los árboles frutales, el reloj de sol y las techumbres de tejas. Detrás de las cercas estaba el Jardín de Versalles, hogar de varias arcadas que resguardaban naranjos, una jaula para animales diversos y un aviario. Finn dio vuelta a la izquierda, en la salida oeste, y entró a la colección alemana Gartenzwerg, donde unos gnomos históricos tomaban la siesta, descansaban y fumaban pipa, y otros no tan famosos, más bien parodias, en realidad, estaban de fiesta, fornicaban, y quién sabe qué más. Finalmente se subió de un salto a la banda peatonal subterránea… que lo llevó hasta una cuadra antes de la estación de SwiftShuttle.

Durante todo ese tiempo, Finn se dedicó a corregir el diario. Había quedado en enviárselo a Doc-Doc antes de su cita para tomar el té a las tres. Cuando llegó a la fecha en que E. escribió sobre Infinitissimo, registrada dos días después de que recibiera la botella

de perfume, se preguntó por qué no le habría leído esa parte a Rouge, en lugar de aquel tonto fragmento acerca de los chicos que le gustaban a E. A Finn le agradaba el lado reflexivo y perceptivo de la niña.

Miércoles 28 de mayo, 2003

La semana, en la clase de alemán, hablamos acerca de los anuncios y de la forma en que nos persuaden, a nivel subconsciente, de comprar cosas con sus ingeniosas frases publicitarias y nombres. Entonces pensé en Infinitissimo y en lo que se supone que podría significar para alguien que lo compre. Robert dice que solo es una cursilada disfrazada con una palabra extranjera. Se supone que debes pensar que, si usas el perfume, alguien se enamorará de ti y te prometerá amor eterno, infinito. Además, dice que ni siquiera es una palabra real, que en italiano el sufijo «issimo» convierte a un adjetivo en un superlativo absoluto, pero la palabra infinito ya expresa ese significado, por lo que «Infinitissimo» es una redundancia o un pleonasmo.

No tengo ni idea de si está en lo cierto, pero, ¿a quién le importa lo que pueda decir Robert? Lo que yo pienso que se supone que debe significar Infinitissimo, es: que la mujer que use esta fragancia tendrá oportunidades vastas e infinitas, que sus prospectos en la vida jamás se terminarán y, lo más importante, que para ellos que la amen, ella continuará existiendo como un recuerdo, más allá de las fronteras del tiempo.

Por supuesto que me gustaría pensar que cuando encuentre al chico indicado, nuestro amor será eterno, pero, más que eso, me gusta la idea de que el tiempo no tenga límites. Me gustaría que fuéramos inmortales y que la vida jamás terminara, que continuara por siempre. ¿No sería reconfortante ser inmortal? Me gustaría pensar que yo y toda la gente que me importa, como mamá (excepto cuando me enojo con ella), y papá, y Madeline (a pesar de que es como una patada en ya sabes dónde), y Robert (aunque sea el señor Sabelotodo), podrán, al igual que las estrellas del cielo, vivir y vivir por siempre y por toda la eternidad.

Le pregunté a Robert qué pensaba de eso, y me dijo que lo

infinito es muy complicado, que las estrellas pueden morir, que yo no era la primera persona que reflexionaba sobre la inmortalidad (¡duh!), y que cuando pase a la preparatoria podría escribir un ensayo al respecto si elijo especializarme en humanidades y filosofía. Gracias, amigo.

Finn se rio. La niña tenía sentido del humor y eso le agradaba.

De pronto divisó la estación de swuttle más adelante. Daba la impresión de que podría alcanzar el expreso. Solo le faltaban algunos cuantos renglones más para terminar de leer lo que E. había escrito ese día.

Bueno, de cualquier forma, sin importar lo que se supone que Infinitissimo deba transmitir, me agrada saber que, desde que atomicé mi diario con el perfume, ya no huele a vinilo, sino a algo que puede durar para siempre. ¿Quién sabe? Tal vez mi diario y los pensamientos que en él plasme, existirán infinitamente y por siempre y será «eternitíssimos».

Qué asombroso, pensó Finn. Es como si la chica intuyera que su diario duraría más que ella; como si supiera que, siglos después de su muerte, sus palabras continuarían vivas. Era sensacional, de hecho. Si resultara ser una figura histórica de importancia, o una escritora —su prosa mostraba cierta calidad lírica—, el diario provocaría bastante bullicio. El Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom…

¡Bip! ¡Bip! La alarma del BC de Finn interrumpió sus pensamientos. Un robotaxi venía directamente hacia él. Finn saltó a la derecha, justo antes de que, sin duda, lo atropellara, y el taxi continuó avanzando por la calle como si nada hubiera sucedido.

Sumamente agitado, Finn se sentó en una banca. ¿Habría algún problema con el sensor de colisiones de su BC? El taxi debió detenerse al detectarlo a él, pero su sensor también debió haberle advertido sobre el peligro inminente. ¡Lo pudieron lastimar! Finn llenó un reporte de choque y recobró la calma. La estación de

swuttle estaba al otro lado de la calle. Eso no sería problema; caminó hasta la esquina.

La avenida Museo estaba congestionada. Finn miró a la izquierda, y luego a derecha e izquierda antes de cruzar; fue algo que aprendió de niño. A todos los chicos se les entrenaba en temas de seguridad y reglas viales porque hasta antes de los seis años no estaban listos para que les implantaran BC, y porque no aprendían a usar el navegador y el sensor de colisiones sino hasta los ocho.

Finn llegó a salvo hasta el otro lado de la avenida y, tal como sospechaba, también pudo abordar el SwiftShuttle local a Prenzlau. Sin embargo, en cuanto se sentó en uno de los cubículos Individual/Silencioso del nivel inferior, su BC le reportó de vuelta el error: «¡Virus desconocido!», decía el reporte. «Tipo: Gusano tipo auditivo. Fuente: Intendente JoeJoe-BER-MV-Rub1g. Procedimiento: cerrar de inmediato. Ir a la clínica más cercana.»

¿Un virus? ¿Cómo sucedió? ¿Quién o qué infectó a JoeJoe? Tal vez nunca lo averiguarían.

Algo contrariado, Finn guardó y almacenó el diario de E., envió su reporte y una copia de la traducción en inglés a Sriwanichpoom y, cuando estaba a punto de iniciar el apagado, de repente su BC se volvió loco contra él. No pudo evitar, sino hasta cincuenta minutos después que llegó a la clínica del Iceberg, que el gusano auditivo entrara y saliera de sus pensamientos, y que martillara en su cerebro sin piedad —mil once veces, para ser exactos— la frase «Vaya-vayaacaso-no-lucimos-adorables-hoy-vaya-vaya-acaso-no-lucimos-adorables-hoy…»

Finn tenía dolor de cabeza —era lo normal después de someterse a un procedimiento quirúrgico de BC—, pero pasados cinco minutos con el Masajeador Mildred-GFW-loe11 en la sala de salud de la biblioteca se sintió, si no bien del todo, por lo menos lo suficiente para continuar con su día de trabajo. No se podía esperar más. Los problemas causados en los Botones Cerebrales por gusanos auditivos a veces eran ligeramente traumáticos.

En cuanto su BC fue reiniciado, Finn recibió un mensaje del laboratorio de réplicas genuinas en el que le avisaban que la orden 231020 se había realizado, y que ya le habían enviado un paquete.

Lo encontró al entrar a su oficina. Con toda la prisa que tenía por traducir el diario, lo olvidó. Era el perfume de E.: una réplica genuina de Infinitissimo, en la botella y empaque de 2003. La botellita era de cristal, sencilla pero elegante; clara, de cuello corto y forma rectangular. Tenía doce centímetros de ancho y cuatro de altura. Infinitissimo, el nombre del producto, se leía al frente de la botella en letras de superficie reflejante, ligeramente levantadas, y en una fuente cursiva que fluía con elegancia. El nombre estaba subrayado con un símbolo de infinito, es decir, el número ocho recostado. El perfume era de color coñac.

Era adorable, pensó Finn, sencillamente adorable.

Cuando extendió el brazo para abrir la botella, le sorprendió notar que le temblaban los dedos. Envolvió con ellos la tapa y la levantó con cuidado. Cuando la retiró se escuchó un suave sonido de envasado al vacío. En el cuello de la botella había un atomizador plateado con un delgado tubo que bajaba por la botella y el perfume.

Finn acercó la nariz al atomizador, donde todavía se percibía la esencia. El aroma era… ¿cómo describirlo? Creyó que no podría encontrar las palabras. Todavía no lo atomizaba, pero la fragancia era tan deliciosa que ya lo tenía bajo su hechizo. Era… ¿embriagante? No, eso sonaba trillado. ¿Misteriosa? ¿Deleitante? ¿Excitante? Sí, todo eso y mucho más. Era… ¡espera! El laboratorio le había escrito un BCmemo que contenía la descripción del perfume. Entró para leerla.

«Infinitissimo comienza con una nota fresca y de cítricos —decía la gente del laboratorio—, a la que le sigue una nota media de violeta rosada y ciclamino. El jazmín es lo que le otorga al perfume su matiz floral. Suave y gentil, termina en una nota de cedro y ámbar musgoso con un ligero toque de almizcle.» Sonaba como si hablaran de un vino, y no de esta cautivante fragancia. Definitivamente la descripción no le hacía justicia. Tal vez si lo atomizara y respirara la esencia al máximo, ¿podría él describirla mejor?

Finn levantó la botella rectangular, oprimió la bomba con el pulgar y… el atomizador hizo *zzsscchhtt* y descargó un delicioso rocío de Infinitissimo justamente en su rostro. ¡Achú!

7

«EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO»: EL JUEGO

Con una mezcla de incomodidad y emoción, Finn abordó el Sacacorchos a la cafestaff del séptimo piso para tomar el té con el Doctor Doctor Sriwanichpoom. A su llegada lo recibió la Anfitriona Henriette GFW-loe22, una mujer morena de baja estatura con un delantal color pastel de damasco floreado que evocaba recuerdos de Provençe. La anfitriona condujo a Finn al comedor francés privado número 5 y lo sentó a la mesa.

A Finn jamás lo habían invitado a un apartado en el Iceberg, por lo que comenzó a moverse con nerviosismo en su asiento. Mientras esperaba, observó el lugar. La luz del sol todavía entraba y el mobiliario era rústico y agradable. Finn seguía esperando que llegara el director de la Biblioteca de Europa, pero de pronto recibió en su BC un menú de postres y refrigerios. Había de todo, de madalenas a merengues y *mousses*.

—¿O preferiría pasteles y tartas, *monsieur*? —preguntó Henriette al percibir su indecisión—. Si se desplaza hacia abajo, verá que también servimos pastelitos, hojaldres y postres helados, así como sorbetes y escarchados. —Aunque tenía cierta intermitencia robótica, el acento de la anfitriona era encantador.

—Tal vez deberíamos esperar a que llegue el director antes de

ordenar —dijo Finn.

—Por favor —se escuchó una voz de hombre—, siéntase libre de ordenar.

Finn volteó y vio a Rirkrit Sriwanichpoom vestido impecablemente con un traje de seda blanco y sentado a la mesa frente a él, con una tetera de té recién hecho y una selección de pastelitos en un exhibidor de pisos. O, mejor dicho, no era el director sino su holograma, cuya imagen dejaba bastante que desear, por cierto. El brillo con los colores del arcoíris era lo que delataba lo pobre de la calidad. Finn se levantó para estrechar la mano de su superior.

—No, no —dijo Sriwanichpoom—, siéntese, por favor. Si se mueve mucho, hará que la imagen parpadee aún más.

Finn se sentó.

—Lamentamos este asunto de la holotransmisión —dijo el director—: nos convocaron a una reunión en el subcontinente.

Finn sonrió como un gesto comprensivo.

—Además, algo anda mal hoy con la recepción acá. No podemos recibir su imagen; es por eso que este director está comiendo con usted en Greifswald. ¡Vaya! Ya es hora de que comercialicen la teletransportación, ¿no cree? Pero hasta que eso suceda, esta será la única tecnología que tendremos. —El director se inclinó hacia el frente—. Luce pálido. ¿Es usted o la transmisión? —dijo, y luego le gritó a alguien que estaba a su izquierda pero no se alcanzaba a ver —. ¿Podrías revisar el color de esto? El interlocutor de este director se ve terrible. —Volteó a ver a Finn, extendió la servilleta de tela de golpe y se la colocó al cuello como babero.

Y en ese momento, Finn supo a quién le recordaba el director: a Maxim Capri, aquel cruel chico de Fire Island que solía pegarles a él y a Mannu con una toalla mojada, el mismo chico que hackeó sus BC y los lanzó al juego Triunfos de Muerte.

—¿Ya escogió su postre? —preguntó el Doctor Doctor Sriwanichpoom.

—Aún no, señor. —Finn escaneó el menú lo más rápido que pudo. Pensó que probaría el té energético de canela y…

—Un té energético de canela —le dijo Sriwanichpoom a Henriette, la anfitriona de Finn. Luego volteó a mirarlo, y preguntó

—: ¿No es así?

Finn se sonrojó. Era demasiado perturbador que aquel hombre pudiera leer sus pensamientos.

—Descuide —dijo Sriwanichpoom—, este hombre no puede leer sus pensamientos. Fue solo una suposición bien fundada. —El director se rio y, cuando estiró los labios hacia atrás y dejó ver los dientes, dio la apariencia de un caballo relinchando. Finn notó que los dientes eran largos y afilados como los de un carnívoro; eran muy blancos y parecían absolutamente perfectos. Algunas personas, de hecho, preferían algo de imperfección dental, como fisuras entre los dos incisivos del frente o un primer premolar doblado, incluso la falta de algún colmillo, y mandaban a hacer estas fallas, que se fabricaban bajo pedido. Era gente que creía que la imperfección les añadía algo de encanto. Pero no era el caso de Sriwanichpoom. El encanto no era su fuerte—. ¿Por qué no prueba la crema bávara de fresa? —le preguntó a Finn—. Aquí la preparan con un fino licor de *kirsch*.

Finn titubeó un momento mientras ordenaba sus pensamientos, pero el director era muy impaciente.

—Continuemos con la reunión, ¿de acuerdo? —añadió, en ese chillón y nasal tono que le caracterizaba—. Henriette, tráele a este joven los siguientes postres: la crema bávara de fresa, una rosca con chantilly, el relámpago de crema de café, la delicia de menta, el…

—Por favor —dijo Finn agitado, al mismo tiempo que levantaba la mano en son de protesta. No era un niño, y estaba perfectamente capacitado para elegir un postre por sí mismo. ¡Qué bueno que el holograma no podía pararse y colocarle un babero en el cuello también!

¿O sí podía? No había prestado mucha atención en sus clases de ciencia y tecnología, pero desde una perspectiva lógica, parecía imposible. Después de todo, el holograma era solo una proyección.

—¡Oh! ¿No quiere probar la delicia de menta? —preguntó Sriwanichpoom con tono incisivo. Finn manejó el dejo de condescendencia del director con la mayor elegancia posible.

—No, no, está bien. Gracias, señor. Es que cuatro pastelitos son más que suficiente.

—Que así sea entonces. —El director le hizo un gesto de

despedida a la anfitriona Henriette.

Finn se movió con nerviosismo en su asiento.

—¿Le importa? —preguntó el director, al mismo tiempo que señalaba su té.

—Por supuesto que no —contestó Finn.

Sriwanichpoom levantó la delicada taza y bebió un sorbo. Su meñique derecho se levantó y emitió un brillo rojo. Era algo que sucedía con los hologramas de baja calidad. Y con los meñiques.

Finn estaba muy consciente del silencio que reinaba en la pequeña habitación.

Sriwanichpoom levantó su tenedor, fijó el objetivo, pinchó la tartaleta de naranja que yacía indefensa en el plato y la devoró completa.

Finn sintió que la nuca se le quebraba de pánico.

Henriette volvió con los postres y el zing de Finn.

Sriwanichpoom se limpió los labios con ligeros toques de la servilleta, y luego miró a Finn como si solo estuviera esperando tener toda su atención.

—¿Sí? —preguntó Finn con nerviosismo.

—Seguramente se está preguntando usted, joven, por qué se le pidió venir.

La forma en que dijo «joven» fue como un golpe de toalla mojada en el oído, pero Finn trató de ignorar el embate.

—Le tenemos una propuesta —dijo Sriwanichpoom.

¿Sería ese el momento en que el director de la Biblioteca de Europa le ofrecería a Finn realizar la traducción de todo el descubrimiento del Bodden? La ansiedad era insoportable. Sintió vértigo y la boca se le secó por completo. Aclaró la garganta.

—¿Tiene sed? —preguntó Sriwanichpoom—. ¿Desea beber su té?

—Oh, sí —dijo Finn, quien ya había incluso olvidado que tenía la bebida frente a él. Luego bebió un sorbo. El té le aclaró la mente —. ¿Una propuesta? —preguntó.

Sriwanichpoom asintió y luego pinchó la crema bávara de fresa con el tenedor y comió el bocado.

Finn interpretó el gesto como una invitación a probar sus postres también. Cortó la esquina de la delicia de menta y, ciertamente,

estaba deliciosa.

—Sí —agregó Sriwanichpoom, mientras se limpiaba nuevamente la boca con la servilleta de tela—. Una propuesta. La Biblioteca de Europa acaba de coproducir un juego nuevo.

—¿Un juego, señor? —preguntó Finn, desconcertado.

El director se inclinó hacia delante. Se encontraba tan cerca que si hubiera estado ahí en persona, Finn habría podido oler en su aliento el licor de *kirsch* de la crema bávara.

—Sí —explicó el director—, se trata de un juego. Las ciudades universitarias de Greifswald y Berlín han estado trabajando por bastante tiempo en una nueva línea de entretenimiento neuroestimulante, diseñada con la tecnología más avanzada. Con este juego se piensa brindarles a los estudiantes de historia, y a cualquier otra persona interesada en el pasado, entendimiento detallado y sensorial de algunos periodos seleccionados. Estos juegos serán más reales, fidedignos, satisfactorios y entretenidos que cualquier otra experiencia que hayan tenido los usuarios.

Finn estaba confundido. ¿Exactamente hacia dónde iba el director con toda esa información?

—Tal vez se esté preguntando exactamente hacia dónde se dirige este director —dijo Sriwanichpoom.

Ahí estaba otra vez, leyéndole la mente. Finn sonrió ligeramente y terminó de comer la delicia de menta.

—Necesitamos gente que haga las pruebas —dijo el director después de beber otro sorbo de té—. Necesitamos que alguien verifique la precisión histórica de los paisajes y las interacciones. Además, para asegurarnos de que los juegos son seguros, evaluaremos las reacciones que presenten, en las diversas situaciones y estímulos, quienes prueben los juegos. Mediremos la presión arterial, niveles de adrenalina y otros parámetros similares. En pocas palabras, creemos que esta experiencia podría interesarle.

Finn seguía confundido. No era raro enterarse de historiadores que trabajaban como asesores para el desarrollo de juegos, pero, evidentemente, esa no era su línea de trabajo y él jamás se había sentido atraído a una actividad como esa. La mayoría de los juegos virtuales estaba muy lejos de ser material con valor educativo, y él era un académico muy serio.

—Estamos conscientes —dijo Sriwanichpoom— de que hasta ahora este tipo de asesoría no forma parte de su CV, pero sí ha podido disfrutar algún juego desafiante de vez en cuando, ¿no es verdad? ¿Como «Vete con Goethe»?

El director tomó a Finn por sorpresa. ¿Cómo era posible que supiera los juegos que jugaba? ¿Habría ingresado a sus archivos personales?

—Bueno, sí, ciertamente —dijo Finn tartamudeando—, pero…

—¿Entonces por qué la duda? —El director enterró su cuchara en un cremoso *mousse* de chocolate.

«Duda» no era la palabra adecuada. Finn sintió que era algo mucho más oscuro que eso. Era un profundo sentimiento de… temor. Sí, un mal presagio. ¿De dónde surgía? ¿Sería de la experiencia tan cercana a la muerte que tuvo en Triunfos de Muerte, el juego del Invierno Negro? ¿O se debía al hecho de que Sriwanichpoom, por sí mismo, era ya demasiado amenazante? Tal vez las dos cosas.

—Este historiador no tiene experiencia ni es un ambicioso jugador de juegos de realidad virtual neuroestimulantes —comenzó a explicar con bastante tacto—. La opción de «Regreso a casa» siempre ha sido su parte favorita. —Finn sonrió para ocultar la desagradable sensación de miedo.

—La experiencia y la ambición no son necesarias para nuestro nuevo juego —acotó el director—. ¿Es eso todo lo que le preocupa?

—Nadie está preocupado —dijo Finn, lleno de preocupación—. A este jugador no le agradan los juegos en los que a gente inocente se le dispara, se le corta en partes o se le hace estallar, tan solo por diversión.

Sriwanichpoom dejó caer la cuchara al plato y solo se escuchó el golpeteo.

—El juego es educativo y tiene como objetivo capturar la vida cotidiana del pasado —dijo con vehemencia—. Finn Nordstrom, usted tiene habilidades y características que hemos estado observando por algún tiempo. Uno de los juegos tiene como escenario el Berlín de entre siglos. Termina inmediatamente después de la Era del Invierno Negro, en 2018. Su excelente traducción del diario de la niña nos ha demostrado que el juego

coincide con sus capacidades y talentos, y que usted podría transformarlo en una mejor herramienta.

Sriwanichpoom tenía talentos maquiavélicos, pensó Finn, porque ahora se sentía incluso halagado por el hombre. Pasó tres años subestimado e ignorado por sus superiores, pero ahora, al fin, la gente comenzaba a notarlo.

—A este historiador le gustaría recibir más información —se atrevió a decir Finn.

—En ese caso, información será lo que recibirá —respondió Sriwanichpoom con una amplia sonrisa que dejó entrever sus grandes y afilados dientes. Comió un poco más de su *mousse* de chocolate—. Mmm, interesante. En verdad debería probar esto. ¿Gusta que Henriette le traiga *mousse*?

—No, en serio, este comensal está muy contento así —dijo Finn, y luego hundió su cuchara en la crema chantilly que coronaba la rosca para mostrar con exactitud cuán feliz estaba.

—El nuevo juego se llama «En busca del tiempo perdido» —explicó Sriwanichpoom.

—Muy proustiano.

—Sí, mucho —asintió el director—. Lo abreviamos «Proyecto Tiempo».

—¿Y la arena de juego? —preguntó Finn.

—Berlín, principalmente, pero también un poco de la costa báltica de Alemania. El periodo es entre 2000 y 2018. El jugador hace una visita cronológica. Inmersión total absoluta.

—La mayoría de los juegos prometen «inmersión total absoluta».

—Aquí usted no será capaz de diferenciar entre el juego y la realidad. Estará profundamente involucrado en todos los sucesos, sin embargo, nunca olvidará quién es.

Finn estaba intrigado. El problema que encontraba en la mayoría de este tipo de experiencias era que, en cuanto uno aprendía las reglas y entendía los rasgos esenciales, se sentían como juegos. Eran repetitivos; o uno simplemente chocaba con un muro invisible donde el juego terminaba, te desincronizaban, y luego te lanzaban de vuelta al último punto de revisión. En algunos de esos juegos el riesgo era bastante, pero en el fondo siempre había algo que se veía vago o borroso; era como una mancha gris que el ojo mental

detectaba, y que te lo decía todo: se trata de un juego.

—¿El jugador tiene superpoderes? —preguntó Finn.

Sriwanichpoom se rio. Ahora sus impecables dientes blancos estaban manchados de *mousse* de chocolate.

—¿Superpoderes?

A Finn le parecía que la pregunta era perfectamente aceptable.

—Sí, ¿el jugador se puede hacer invisible?, ¿puede volar, escalar edificios o…?

—¿O leer mentes? —agregó Sriwanichpoom—. Su pregunta revela su edad, Finn Nordstrom. No, el jugador no tiene superpoderes, solo es humano y, además, el BC no sirve para nada en el juego. —El director se tomó un instante para terminar otro de sus postres; era algo amarillo, adornado con delgadas rodajas de pistache—. Sin embargo, cuenta con una pareja que lo puede ayudar.

—¿Una pareja?

—Sí, un amigo. El jugador no entra solo a la arena, tiene un amigo que le ayuda a mantenerse en el camino. —El director se recargó sobre su elegante sillón, cerró los ojos y jugó por un instante con su cola de caballo; partió las puntas de algunos de los cabellos. Luego volvió a sentarse erguido—. Si aceptara trabajar con nosotros, Finn Nordstrom, ¿a quién elegiría como pareja? Debe ser alguien que lo conozca muy bien.

La primera opción de Finn habría sido, si estuviera vivo, Mannu, su hermano. Tenían un vínculo fuera de lo común. Pero no tenía caso considerarlo siquiera. Elegiría a Renko, por supuesto.

—Y debe ser alguien —continuó explicando el director— que esté en perfecto estado de salud. —Después de decirlo, el director le sonrió a Finn con picardía—. Por desgracia, su buen amigo Renko Hoogeveen —dijo, inclinándose hacia el frente—, por desgracia, Renko Hoogeveen convalece de un trasplante ocular: no puede probar juegos.

Finn y el director se miraron fijamente hasta que Rirkrit Sriwanichpoom abrió la boca para decir:

—¿Qué hay de…?

—No —interpuso Finn—, este hombre no cree que ella lo haría.

—Ah —dijo el director, complacido—. ¿Ahora es usted quien lee

la mente?

—Fue solo una suposición bien fundada —aclaró Finn con un tono muy enfático—. Ella es fiscuan, tiene cosas más importantes que hacer.

—Le sorprendería saber lo mucho que aprecian los fiscuans un buen juego. Rouge Marie Moreau es una mujer ocupada y muy trabajadora, es cierto, pero tomarse un respiro de vez en cuando es bastante benéfico. —Hubo un ligero toque de lascivia en el tono del director y, por vez primera, le dio la impresión a Finn de que Rouge y el director de la biblioteca podrían conocerse mejor de lo que él suponía.

Una vez más se miraron durante algunos segundos, como retándose a hablar. Finalmente, Finn rompió el silencio.

—¿Cuál es el verdadero objetivo de este juego? —preguntó, y Sriwanichpoom retomó su actitud fría de negociante.

—Recuerde que es educativo. El objetivo es disfrutar de la experiencia, al mismo tiempo que se llevan a cabo ciertas tareas.

—¿Qué tipo de tareas?

—Las tareas son sencillas al principio: caminar por la calle, comprar un mapa. El juego tiene siete niveles; cada uno de ellos toma más tiempo que el anterior, y va siendo más complejo. Como ejemplo de tareas más difíciles, tenemos: iniciar una conversación, hacer un amigo, preparar una comida de tres tiempos, hacer un viaje.

—¿Preparar una comida de tres tiempos? —exclamó Finn casi riéndose—. ¿Sin *roboayuda*? ¡Vaya, eso sí que es educativo!

—*Monsieur*? —interrumpió Henriette.

—¿Sí? —dijo Finn, volteando a verla.

—¿Le gustaría otro zing o más pastelillos?

—Gracias, Henriette —dijo Rirkrit Sriwanichpoom—, eso será todo por el momento. —Henriette dio un giro de ciento ochenta grados, y Sriwanichpoom volvió a concentrarse en Finn—. ¿Y bien? ¿Qué dice?

Era obvio que la Biblioteca de Europa quería que Finn hiciera este trabajo. Y, ciertamente, se trataba del periodo histórico con el que más estaba familiarizado: era perfecto para el puesto. Si Rouge también era perfecta para trabajar con él… esa era una pregunta

completamente distinta. Pero, en general, no había nada de malo en el juego *per se*. De hecho, incluso sonaba intrigante, en particular porque el periodo de cambio de milenios había recibido hasta ahora muy poca atención por parte de los diseñadores de juegos. Pero… ¿pero qué? ¿Qué era lo que le preocupaba?

Era E., por supuesto. ¿Qué había con E. y los documentos Bodden? ¿Qué pasaría con su verdadero trabajo?

—¿Le preocupa que esta misión lo pueda alejar de… su verdadero trabajo? —preguntó el director, adivinando una vez más, bueno, no: más bien, completamente al tanto de sus pensamientos.

La sensación de temor volvió a Finn. ¿Por qué lo conocía tan bien aquel hombre?

—Hizo usted un excelente trabajo con la traducción, jovencito —dijo Sriwanichpoom—. Si decide ayudarnos, le aseguro que el juego no lo distraerá del trabajo que ya comenzó.

¿Sería un soborno? Finn no estaba seguro de si debía sentirse ofendido o no.

—Este director le asegura —continuó Sriwanichpoom con un gran despliegue de sinceridad— que si nos ayuda, usted será quien decodifique el diario de Eliana.

La emoción que embargó el cuerpo de Finn fue tan violenta que por un momento pensó que lo dispararía de su asiento hasta el techo del Iceberg, como si fuera un crucero espacial. El director acababa de decir su nombre: Eliana. Cada sílaba era como un golpe de electricidad. E-lia-na. Finn sintió la descarga eléctrica del nombre, desde el dedo pequeño del pie hasta cada uno de los folículos de cabello que tenía en la cabeza. Eliana: la autora del diario tenía nombre.

—¿Podemos suponer que su silencio significa «sí»? —preguntó el director.

Rirkrit Sriwanichpoom se volvió a limpiar la boca meticulosamente por última vez con la servilleta, y luego tomó esta y la dobló a la mitad, en cuartos, octavos, y después la colocó en la mesa.

Se puso de pie.

También Finn se levantó.

Estrecharon las manos en el aire y el holograma desapareció.

Finn caminó hacia la puerta, y solo entonces se le ocurrió que tal vez Sriwanichpoom supo el nombre de la propietaria del diario desde el principio. ¿Por qué no le dijo nada antes?

—¡Oh! ¡Finn Nordstrom! —gritó el director.

Sorprendido, Finn volteó con rapidez.

El director había vuelto. Levantó su hologramada nariz y olfateó en el aire.

—Qué fragancia tan maravillosa trae hoy.

¿Qué?, pensó Finn. ¿Ahora los hologramas también pueden oler?

8

VIAJEROS POR ACCIDENTE

—Te estás moviendo con mucho nerviosismo —señaló Rouge, al mismo tiempo que ajustaba la correa de su mochila negra para luego pasársela por encima del cuello y a lo largo del pecho. Ella y Finn caminaban a paso veloz mientras eran arrojados a la Carretera Peatonal 5, en el piso del subnivel 9 del Instituto Olga Zhukova de Física Aplicada, en Berlín.

—Son los *jeans* —dijo Finn, y se levantó un poco los pantalones —. No me quedan bien. —En cuanto los soltó, los pantalones volvieron a caer, dejando ver sus *boxers* a cuadros. No pudo evitar reírse.

—La cintura es demasiado ancha y la entrepierna muy profunda —dijo Rouge.

—Buena observación, Einstein, buena observación. Según los vestuaristas, el estilo se llama «pantalones flojos».

A la derecha vieron el Pasaje-22 P3.

—Dos intersecciones más —reportó Rouge—. R3, y aquí estamos. —La chica miró el cinturón de Finn—. ¿No puedes apretarlo más para que los pantalones se mantengan arriba? —Rouge pasó los dedos por la superficie del cinturón como si buscara un botón secreto, oculto entre los adornos de metal—. ¿Qué son estas cosas? Parecen balas, como las que tienen en el museo.

—Tachones, se llaman tachones. De cono o asesinos. Hacen que el cinturón sea bastante pesado.

—Tachones asesinos, ajá. Este cinturón podría usarse como arma. —Rouge volvió a tironear el cinturón y sacudió la cabeza—. Se supone que los pantalones deberían quedar colgando así.

—Sí, eso es lo que nos daba miedo, ¿no? —Finn le sonrió con prisa y, distraídamente, se rascó un grano que le había salido en la cabeza. A veces sucedía cuando le descargaban los recuerdos.

Se quedaron callados por algunos minutos, perdidos en sus pensamientos. Ambos se preguntaban por qué demonios habían aceptado entrar al juego. Cuando se acercaron a Q3, Finn empezó a rascarse debajo de la camiseta negra.

—Deja de moverte, Finn —dijo Rouge.

—Es la tela, es demasiado áspera. —Finn volvió a acomodarse la camiseta y Rouge inspeccionó las palabras impresas al frente: «La gente cool anda en eléctricos».

—Entonces ya sabían sobre los autos eléctricos, ¿verdad? —preguntó Rouge—. ¿Por qué elegiste 2003? ¿Por el diario?

—Sriwanichpoom lo sugirió. Estuvimos de acuerdo en que sería el mejor año para el trabajo. Inmersión total. —Finn volvió a rascarse debajo de la camiseta—. Da comezón.

Rouge se encogió de hombros. Sobre la minifalda de mezclilla —los *jeans* de Finn estaban fabricados con el mismo material burdo y grisazulado— también llevaba una camiseta negra. Pero a ella no parecía molestarle. Tampoco a Finn. De hecho, le agradaba ver el ombligo de Rouge entre la camiseta recortada y la falda, que se sostenía en la cadera. La gruesa tela negra que cubría sus piernas era, por otra parte, una desgracia.

—Me dijeron que son mallones —explicó Rouge al seguir la mirada de Finn.

—Y esos… —dijo él, señalando su calzado blanco y negro.

—¿Los tenis de tela? —preguntó ella.

—…el término correcto es «Chucks» —explicó Finn, orgulloso de su conocimiento.

—Chucks —repitió ella.

Finn miró su atuendo y notó que no tenía cinturón.

—No tienes arma, no es justo.

—Tienes razón —respondió ella, al mismo tiempo que sacaba una cartera de piel de su bolsa. Se veía pesada—. Tú tienes tachones asesinos, pero esta jugadora tiene monedas asesinas. Podría usar todo esto para golpear en la cabeza a un atacante. —Rouge volvió a abrir la cartera, sacudió las monedas y miró entre los billetes—. Monedas y papel moneda. Qué cosa tan extraña. —Le entregó a Finn un billete de quinientos euros—. Guarda esto en tu bolsillo, nos recomendaron llevar dinero.

Finn deslizó el billete en el bolsillo derecho de sus pantalones.

Rouge devolvió la cartera a su mochila, sacó un grueso brazalete de piel con tachones y se lo puso.

—Ah, ahora está mejor —dijo Finn—, un arma de verdad.

Rouge fingió un movimiento de karate en forma de corte y Finn se agachó. El movimiento hizo que se le volvieran a caer los pantalones, pero se los acomodó de nuevo. —Esto es lo que sacamos por haber ido a Fashion Type y vestirnos al estilo «urbano, casual, rebelde» —dijo Finn.

—La próxima vez deberíamos elegir «conservador, casual, cómodo».

—O «corporativo, sensible, adinerado» —dijo él, al mismo tiempo que miraba los desaliñados tenis negros que traía puestos.

Finn y Rouge caminaron en silencio. A su izquierda, él vio sus reflejos pasar con rapidez por un espejo. A Rouge le quitaron los rizos, le cortaron un poco el cabello y le hicieron picos. Lucía todavía más estricta de lo que ya era, pero eso no se comparaba en nada con lo que le hicieron a él. Era verdaderamente extraño mirarse en el espejo. El estilista le llamó «mohawk falso»: Finn tenía una franja de cabello levantada que le atravesaba la cabeza, de la frente a la nuca. El cabello estaba erizado y erecto como pelaje de jabalí. Por suerte, en los costados todavía tenía el cabello grueso y ondulado, pero no podía dejar de pensar que parecía nativo norteamericano; que se veía como los indios del celuloide «El rastro de los iroqueses», que vio con Renko no mucho tiempo atrás.

Un hombre de mediana edad con traje de pana color café pasó al lado izquierdo y tapó la vista de Finn, quien seguía mirándose en el espejo. Chocaron por accidente y la mochila se le deslizó a Finn por el brazo hasta caer.

—Discúlpeme, por favor —dijo el hombre, al mismo tiempo que se agachaba a recoger la mochila. Entonces vio a Rouge—. Ah, *mademoiselle* Moreau.

—Profesor Grossmann —dijo ella, sorprendida de verlo—. Le presento a Finn Nordstrom. Finn, el profesor Judd W. Grossmann.

Los hombres estrecharon manos.

Finn miró al profesor y notó que abría los ojos sorprendido al ver sus atuendos.

—Vamos a la sala de juegos —dijo Finn a modo de justificación.

—Excelente —contestó el profesor con tono divertido—. Excelente.

Finn notó que el profesor usaba una corbata de cordón. Estuvieron de moda veinte años antes, cuando él era un niño, pero se les veía poco desde entonces. Esta tenía cintas de piel con puntas de bronce y en el marco, también de bronce, había un camafeo deslizable de concha nácar. En el camafeo se veían dos flamencos rosados sobre un estero azul, y un árbol verde en la parte trasera.

—Lo siento —dijo el profesor Grossmann—, ¡pero es tarde! –Entonces salió disparado.

—Francamente —le dijo Finn a Rouge cuando el hombre estuvo lejos y ya no podía escucharlos—, este jugador no entiende por qué tenemos que usar los atuendos para ir a la sala de juegos. ¿Por qué no decidimos cómo queremos lucir y qué accesorios queremos usar cuando ya estemos jugando? Así es como se hace por lo general.

Rouge levantó los hombros en un breve gesto que indicaba: «No lo sé».

—¿Y por qué tenemos que jugar aquí en el IOZ? Pudimos haber probado esto en el Rubik —agregó Finn mientras observaba el área prohibida del IOZ. Jamás había estado ahí. De hecho, nunca había entrado al edificio siquiera. De cariño, los berlineses le llamaban «La Medusa». El techo del nivel inferior era transparente y tenía forma acampanada; estaba fabricado con vidrio y velas de tela que, en conjunto, hacían que se pareciera a las medusas marinas. En la parte interior de la zona baja del IOZ, las deslumbrantes luces, los ductos, los colores brillantes y la tubería eran tan asimétricos que quitaban el aliento pero también intimidaban.

—Estamos jugando aquí porque nos están supervisando —

contestó ella, como si fuera la décima vez que escuchaba la queja—. Además, nuestra sala de juegos tiene la tecnología más avanzada de todo Berlín y aquí se realizó la supervisión de las pruebas anteriores. —Rouge señaló al profesor Grossmann alejándose a lo lejos—. Él es uno de los supervisores.

—¿Un fiscuan?

—Su pasatiempo son los juegos.

—¿En serio? ¿Ya has trabajado con él?

—Sí, en varias ocasiones.

—A este amigo le sorprendió muchísimo que hubieras aceptado jugar uno de estos juegos, y ahora descubre ¡que eres profesional! Qué discreta eres. ¿Quién habría pensado que ustedes los fiscuans tenían una actitud tan *gung-ho* respecto a los juegos, que el IOZ tenía su propia sala y que…

—¿*Gung-ho*?, —preguntó Rouge. Finn sonrió.

—Término de uso norteamericano desde la Segunda Guerra Mundial —comenzó a explicarle—. Utilizado por los marineros; significa entusiasta o dedicado. Originalmente proviene de las palabras chinas para «trabajo» y «juntos», aunque estas palabras…

Pero Rouge no estaba prestando atención. Su mirada divagó hasta el Pasaje que tenía frente a sí.

—Ya llegamos —murmuró.

Ambos descendieron de la Carretera.

Y ahí estaba el Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom.

Finn y Doc-Doc estrecharon manos. Piel contra piel. Al parecer, en esta ocasión Sriwanichpoom no envió su holograma para que lo sustituyera. El director de la biblioteca sonrió y, una vez más, exhibió sus inmaculados y afilados dientes.

—Bienvenidos —dijo, y por un instante Finn tuvo la impresión de que, tal vez, estaba cometiendo el error más grande de su vida.

—Y finalmente, por favor recuerden —dijo el profesor Grossmann— que deben permanecer en el área designada para el juego. En el caso del Nivel Uno, se trata de la zona comercial para peatones en… —el profesó bajó la mirada para leer sus notas—, en Berlín-Charlottenburg. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué fecha es? —preguntó Finn—. Nuestros atuendos parecen

indicar que estaremos en verano.

—Muy acertado. Es jueves 14 de agosto de 2003.

—¿Y la hora?, —volvió a preguntar Finn.

—Cuatro y media de la tarde.

—¿Y los sucesos del presente? ¿Hay algo de gran relevancia que haya sucedido ese día y debamos saber? Un reactor atómico que haya estallado o…

—¡Señor Nordstrom, por favor! —exclamó Sriwanichpoom con impaciencia—. Solo se trata de un juego. Juegue de oído. —El director volteó a ver al profesor Grossmann y dijo—: ¡Válgame con los historiadores!

Finn se sentó en una sencilla silla metálica de la sala de juegos del IOZ. Rouge, a su lado, en un banco, también metálico pero ligeramente más alto. De pronto se coló a la sala algo de luz, proveniente del estudio de supervisión y monitoreo. Las paredes eran negras como en la mayoría de los salones de juego pero el techo era algo… inusual. De hecho no había nada ahí. O al menos, Finn no podía asegurarlo. Lo único que podía ver en la parte superior era una profunda cavidad negra.

—¿Estamos listos? —preguntó Sriwanichpoom.

—Una pregunta más, por favor —interpuso Finn—. ¿Qué podría realmente suceder si no permanecemos en la arena designada? Digamos, si nos alejamos sin querer. ¿Nos arrojan de vuelta al cuadro uno? ¿O nos sacan por completo del juego y despertamos acá?

El profesor Grossmann era un individuo amable. Le dio a Finn una palmada en el hombro, y explicó:

—Este coordinador de proyecto entiende que ustedes son jovencitos y necesitan romper las reglas, pero…

—¿Jovencitos? —preguntó Finn—. ¡Casi tenemos treinta años!

—Sí, pero siguen siendo pre-adultos —señaló el profesor Grossmann, al mismo tiempo que volteaba a ver a Sriwanichpoom. Ambos sonrieron en complicidad, y luego el profesor le habló directamente a Finn—. Entendemos su deseo de romper las reglas, pero no les recomendamos hacerlo. Podría abrirse una nueva arena para la cual tal vez no estén equipados, y eso provocaría un número infinito de problemas que los llevarían a experimentar dolor físico

y/o emocional.

Finn frunció el ceño.

—Eso suena riesgoso.

—Para resumir: sí, podría ser riesgoso —asintió el buen profesor—. Pero francamente no lo será. De todas maneras debe entender que en este juego la realidad virtual se convierte en su realidad verdadera y física a tal punto que las situaciones que son potencialmente peligrosas en él, podrían tener repercusiones en la vida real. —El profesor miró a Rouge—. Por suerte, su compañera está aquí para guiarlo. Su personaje está programado para mantenerlo en el camino correcto, y el de usted, para prestarle atención.

—¿Pero por qué? —Finn quería saber. Por el rabillo del ojo alcanzó a ver a Sriwanichpoom cambiar de posición y apoyarse distraídamente en la otra pierna en cuanto escuchó la nueva pregunta del historiador junior—. ¿Por qué no correr riesgos? —insistió Finn—. ¿Acaso no jugamos para poder experimentar el peligro? ¿No es eso lo que le infunde emoción a todo esto?

—Tiene razón, mucha razón —dijo el profesor Grossmann con gentileza—. Jugamos juegos para sacar a los demonios de nuestro sistema. En los juegos vivimos lo que en la vida real sería demasiado peligroso: la emoción yace ahí precisamente. No obstante, en este juego en particular, no deben arriesgarse sino hasta el Nivel Tres. Primero tienen que aclimatarse al nuevo entorno y aprender a divertirse.

—Y todo ese tiempo usted deberá tomar notas mentales sobre las posibles imprecisiones históricas —añadió Sriwanichpoom—. Recuerde que ingresará a esta arena en primer lugar, y sobre todo, como historiador. —Después de decir eso le sonrió a Finn y agregó—: Como historiador junior.

—Sí —dijo el profesor—. Y por favor recuerden que no deben iniciar conversaciones con otros personajes que pudieran encontrarse. También regresen al punto de inicio treinta minutos a partir de la hora de llegada.

—¿Qué pasa si no volvemos al punto de inicio en treinta minutos? —preguntó Finn—. ¿Qué tal si…?

—¡Finn! —gritó Rouge, exasperada. Hasta ese momento se había

mantenido en silencio, pero ahora agitaba la cabeza con impaciencia—. Los profesores ya quieren comenzar.

—¡Este jugador solo tiene curiosidad! —dijo Finn—. ¿Por qué no podemos jugar más de treinta minutos?

—Sus cuerpos necesitan acostumbrarse al juego. Pero no se preocupe, no pasará nada con lo que no pueda lidiar —explicó el profesor Grossmann.

—Pero…

—¡Finn Nordstrom! —La voz del director sonó tan crispada, que Finn creyó que se rompería—. El Proyecto Tiempo se encuentra en la etapa Alpha. Necesitamos que obedezca las reglas para que podamos entender mejor cómo desapegarnos de ellas en el futuro. —El profesor se volteó y caminó hacia la salida. Al llegar a la puerta, giró de nuevo—. ¿Estamos listos?

—Oh, por cierto —les dijo el profesor Grossmann a Finn y a Rouge, como recordando algo un poco tarde—: deben conseguir una bebida o un refrigerio en el juego. *Mademoiselle* Moreau, usted tiene una cartera llena de cambio. —El profesor miró a Finn y luego a Rouge para asegurarse de que ambos le prestaban atención—. Si ya no quedan preguntas, comencemos. A partir de este momento, por favor absténganse de hablar hasta que estén seguros de que ya están en la arena de juego. —Después de decir lo anterior, el profesor les brindó una cálida sonrisa a ambos—. ¿Comenzamos?

Finn perdió la noción del tiempo. ¿Cuántos minutos pasaron desde que cerraron la puerta y luego la sellaron? ¿Sería un minuto? ¿Cinco? ¿Rouge todavía se encontraba a su lado? ¿O lo habrían movido a él? Al principio pensó que se estaba levantando, pero en realidad algo lo elevaba. Aunque claro, se sentía desorientado. No podía ver nada, todo era oscuridad; el lugar era impenetrable, como un vacío. No se escuchaba nada, ni adentro ni afuera. No había luz, movimiento ni aire. Finn pensó que era como si estuviera suspendido a la mitad de la nada, de un vacío.

Sabía que algo estaba a punto de suceder; tenía esa mezcla de miedo y emoción que llegó a sentir cuando surfeaba las olas de Fire Island. Le llamaba «el momento previo». Era ese alarmante instante en que una ola furiosa —a la que primero vio en el horizonte— se

acercaba a paso constante en su dirección para luego alcanzarlo, convertida en un aterrador muro de agua que cernía sus fauces sobre él. ¿Se montaría en la ola o esta lo aplastaría?

Un sonido. Finn volteó para confrontarlo. Era un silbido tenue, como si por algún pequeñísimo orificio alguien extrajera el aire. Se enfocó en el ruido y este aumentó de volumen. Finn tenía la impresión de que era algo que giraba, que daba latigazos alrededor como en una espiral. Y luego tuvo la certeza de que, en realidad, el sonido estaba en él, y que algo lo estaba estirando —estirando, estirando— para convertirlo en una extraordinariamente larga hebra de espagueti. Luego, ¡swoshhh!, el agujero lo succionó.

Y de pronto estaba en el agujero, en un túnel sin pies ni cabeza. Sin profundidad. Una violenta sacudida le recorrió el cuerpo… y sintió que caía. Trató de asirse a algo, a cualquier cosa; la silla, el banco, Rouge… pero solo había espacio. Bajó, bajó y siguió bajando. Moriría. Lo supo. Pero de pronto algo lo arrastró y, como si fuera un milagro, voló hacia arriba y planeó en un espacio sin peso y tan suave como el terciopelo. Era como flotar en una de las botellas de tinta color índigo de su madre. Ahí moriría con gusto.

De pronto apareció un destello cegador que titiló como cuchillos que rompían el espacio que lo rodeaba, y luego hubo una explosión de colores vibrantes. En todos lados. Pero los muros se comenzaron a cerrar sobre él. Desde la derecha, la izquierda; el techo estaba bajando y el piso se elevaba. ¡Lo iban a aplastar!

Abrió los ojos.

Finn vio plata. No. Era…

Le dieron ganas de vomitar. Cerró los ojos.

Luego los abrió.

Era blanco. Veía algo blanco.

Sí, Finn estaba mirando una pared blanca con una franja negra atravesada al centro. A la mitad, a la izquierda y a la derecha de la franja había… ¿hendiduras? Enfocó los ojos. Era una puerta, o mejor dicho, dos puertas que se abrían al centro. La franja era el lugar de unión. Había dos manijas a la derecha e izquierda de la abertura. Finn se quedó viendo la puerta durante lo que pareció un largo, largo rato.

De repente estaba sentado y agazapado, con la cabeza sobre las

manos y los codos recargados en el regazo. Escuchó un tenue y rítmico golpeteo cerca de sus oídos. Entonces se dio cuenta de que el sonido provenía del reloj de segunda mano del siglo XXI que le habían dado.

… los ojos. Miró hacia abajo. Todavía llevaba los *jeans* y los tenis negros. El piso era de color gris y se veía mojado, manchado. Manchado con… porquería. Vio un disco perforado en el suelo.

¿Dónde estaba?

¿Y qué era ese aroma? Era agrio y picante. Bastante desagradable. Le recordaba a… las medusas. Sí, a las medusas muertas que eran arrastradas por el oleaje y terminaban en la bahía de Fire Island. Discos translúcidos pudriéndose en la arena, con las entrañas expuestas y blandas en un caluroso día de verano.

Finn levantó la cabeza y se puso de pie. Se sentía mareado. Vio que Rouge estaba sentada junto a él, a la derecha, ligeramente más arriba, y lo contemplaba. Al parecer había un espejo detrás de ella. Daba la impresión de que esperaba algo. ¿Estarían en el IOZ o en el juego? ¿Ya tendría permitido hablar?

¿Dónde estaban?

Miró a su izquierda. La cabeza volvió a darle vueltas. Junto a él, a la altura de su cadera, había una barra de aluminio. Se sujetó a ella con fuerza. A medio metro de distancia había un letrero en la pared en el que, con letras grandes, se leía «Sanitario de la ciudad».

Miró abajo. Estaba sentado en algo que, efectivamente, parecía un sanitario. Bastante primitivo, por cierto. Era blanco y estaba hecho de plástico. Era…

Alguien tocó. Alguien estaba tocando a la puerta.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —escuchó a una mujer gritar. Y ahora golpeaba la puerta con fuerza—. ¿Se fue usted por el excusado o qué?

Hablaba en alemán. ¡Al otro lado de la puerta había alguien que hablaba en alemán extinto!

Finn miró a Rouge, quien ya estaba parada. ¿En qué había estado sentada? ¿En un… lavabo?

—Es hora de irnos, Finn —dijo ella.

—¿Estamos en el juego?

—Al parecer. —Rouge señaló un enorme botón rojo con dos

flechas azules.

Finn leyó: «Abrir puerta».

—Deberíamos presionarlo —dijo Rouge.

Finn se levantó y apretó el botón.

Las puertas comenzaron a deslizarse.

—¡Vaya, al fin! —gritó la voz en el exterior.

Las puertas se abrieron por completo.

—¿Qué demonios…? —gritó la mujer, boquiabierta—. ¿Dos…?

La mujer se parecía a Hildburg, el Ama de Llaves-BER-MV-Rub3, el robot que cuidaba el Rubik. Era bajita, de pechos grandes y ancha. Y muy anaranjada. Usaba un overol de color naranja brillante con vivos blancos de alta visibilidad en las mangas y el frente. Sus botas eran de hule negro. A su lado había una caja que le recordó a Finn el estuche de madera donde su madre guardaba su equipo. La única diferencia era que este era de metal. Con las manos enguantadas sostenía un palo de madera como de un metro de largo, que al final tenía largas y gruesas cuerdas de algodón que parecían de soga o cáñamo. ¿Era un trapeador?, se preguntó Finn. La mujer también tenía una cubeta azul. ¿Y llevaba un rollo de…? Finn leyó la envoltura. «Papel higiénico», decía.

—¿Está ciego o qué? —preguntó la mujer—. ¿Qué no puede leer? Aquí dice «sanitario», no «cubículo para drogarse».

En sus dientes había fragmentos plateados. También tenía un diente de oro. Oro. Era asombroso, pensó Finn.

—¿O qué estaban haciendo aquí? —preguntó con suspicacia, a la vez que revisaba el cubículo con la mirada. Pero entonces, las puertas comenzaron a cerrarse.

La mujer metió el pie entre las puertas deslizables y sacó un racimo de llaves de metal que tenía en una cadena. Insertó una al lado del cubículo y las puertas volvieron a abrirse.

—¿Qué tanto mira? —vociferó con desprecio—. ¡Si acaso alguien debería mirar, tendría que ser yo!

—Finn —dijo Rouge en voz baja, al mismo tiempo que lo jalaba del brazo—. Vámonos.

—¿Les importaría dejarme pasar? —La mujer del overol anaranjado los empujó a codazos y se metió al cubículo—. ¡En serio!

Swoooossshh. Las puertas se cerraron detrás de ella.

Y de pronto, Finn se encontró justo en medio del Berlín de entre siglos.

¡El ruido! Era demasiado. ¡Y tan fuerte! A Finn le zumbaba la cabeza. Sentía como si tuviera los oídos retacados de una densa cera. Y tantas conversaciones. Tan desenfadadas y rápidas. Una explosión de música lo tomó desprevenido. Las notas graves le perforaron el corazón como perdigones de metal. Un perro ladró. Se escucharon bombas detonar.

Finn y Rouge caminaron un poco y de pronto se encontraron en la zona comercial para peatones. Estaba abarrotada. Finn jamás había visto tanta gente en una calle europea. ¿Y por qué todos lo miraban? Un grupo de compradores le abrió el paso como si fuera el mar Rojo ante Moisés. Finn recordó haber visto eso en un celuloide.

—¿Por qué todo mundo nos mira? —le preguntó a Rouge.

—¿No será solo nuestra imaginación? Fuera de eso, ¿cómo te sientes?

—Con un poco de mareo. ¿Y tú?

Rouge encogió los hombros y se sentó en una banca. Finn también se sentó.

—Respira —le sugirió Rouge.

Finn respiró hondo por la nariz. Los aromas eran abrumadores. En algún lugar, alguien cocinaba pan. La húmeda y dulce fragancia de flores en plenitud llegó como una bocanada hasta él desde un puesto. Dos adolescentes peleaban entre risas por una botella café. La botella cayó, se hizo añicos y los chicos huyeron, chillando de risa. Finn vio al líquido dejar un rastro efervescente sobre los adoquines, y percibió el amargo olor de la cerveza.

Luego notó que los edificios eran bajitos y estaban pegados los unos a otros de forma desordenada y sin plan alguno. Eran amasijos de vidrio, metal, ladrillos, cemento y madera. Se preguntó si esa imagen sería precisa para el periodo en que estaban. Hizo una nota mental para investigar la arquitectura de la zona comercial cuando terminara el juego.

Finn sintió el calor del sol en su rostro.

—Ponte las gafas, Finn —le dijo Rouge, sin gran emoción.

—Muy bien.

Finn abrió su mochila, tomó las gafas y se las puso.

Rouge ya se había puesto las suyas también.

Un joven —un muchachito, en realidad—, con el cabello en picos y en una línea sobre la cabeza, igual al falso mohawk de Finn, pero con el resto rasurado (¡él sí lucía de verdad como los indios de «El rastro de los iroqueses»!), se dejó caer junto a Finn y lo empujó groseramente hacia Rouge.

—Oye —gruñó—, ¡dame algo de espacio aquí!

Finn se sintió amenazado y volteó a ver a Rouge. Ella lo tomó de la mano.

—Es un juego —murmuró ella.

De acuerdo, pensó Finn. Es solo un juego. No hay nada que temer.

Pero se sentía tan real. Finn podía oler la piel de los pantalones del chico y su sudor. La luz del sol se reflejaba en la joyería de plata que llevaba. Tenía un anillo que le perforaba la nariz. Y muchos más en las orejas. También usaba un cinturón con tachones como el de Finn.

El chico encendió un cigarro. Finn conocía los cigarros gracias a los celuloides. El humo se elevó en círculos a su alrededor. Lo inhaló y sintió que le picaba la nariz. Tosió. El chico le lanzó una mirada fulminante.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Tienes algo contra el cigarro?

—Vámonos —le dijo Rouge a Finn—. Nos quedan solo unos minutos.

Finn se levantó y de repente los oídos se le destaparon, la cera se derritió, la cabeza se le aclaró… y los pantalones se le cayeron. Todo al mismo tiempo.

—¡Tus pantalones! —gritó el chico, divertidísimo.

Finn se subió los pantalones como pudo y caminó hacia el norte con Rouge. Notó que había basura en el camino. Colillas de cigarro, envolturas, periódicos, bolsas de plástico. Una niña pasó a toda velocidad; era una pre-adolescente. Se deslizó como si tuviera ruedas escondidas en los zapatos.

A unos cuantos pasos, en un elefante mecedor, un bebé saltaba y

se carcajeaba. La persona que lo cuidaba estaba hablando a través de un celular. Finn los había visto en los celuloides y, además, los Forester los usaban. «Estaba pensando en espagueti», dijo la cuidadora al celular. «Y una ensalada. ¿Puedes conseguir leche? Sí, baja en grasa.»

Entonces Finn escuchó un tambor. Frente a él, a unos veinte metros, estaba sentado en el suelo un hombre con la cabeza rapada y vestido con una bata color azafrán. Cantaba y golpeaba con ritmo un tambor ornamental de madera. Lucía exactamente como los monjes tibetanos que a veces iban a la tienda de su padre a buscar muebles. ¿En verdad no cambiaron en todos esos siglos? Tal vez se trataba de una imprecisión del juego, pensó, y deseó que su BC estuviera activado y en funcionamiento para poder anotarlo. Había otra cosa que quería recordar. ¿Qué era?… Oh, sí, la arquitectura. ¿Era adecuada? Sin el BC encendido era difícil recordar cosas.

Finn se detuvo para escuchar al monje. El canto meditativo, el pulso constante del tambor, las campanas… lo inundaron. Fue reconfortante en medio de todo el revuelo.

En ese momento un hombre con barba y cabello largo y tupido se acercó a él. Llevaba puesto un saco grueso, sombrero de piel y botas altas de color café, como si estuvieran en pleno invierno. Empujaba una canasta gigante de metal sobre ruedas que le llegaba a la cintura. Dentro de la canasta había montones de bolsas de plástico de entre las que se desbordaban ropa y otros objetos. El hombre tenía un olor acre. «¿Me regala algo de cambio?», le preguntó a Finn, extendiéndole un vaso de plástico. Finn no sabía cómo reaccionar y cuando volteó a ver a Rouge, se dio cuenta de que ella estaba tan desconcertada como él. Volteó de nuevo al hombre de barba y pensó que podría preguntarle qué vendía, pero el hombre ya se había ido caminando hacia el sur, en dirección a los Sanitarios de la Ciudad. Finn se quedó viendo la estructura por un momento.

—Qué inicio tan extraño para un juego —le dijo a Rouge—. ¿Por qué crees que los baños públicos sean un cubo?

—Esta jugadora se estaba preguntando lo mismo —respondió Rouge—. ¿Será porque son privados?

—¿Pero para qué necesitaríamos privacidad? Pudimos tan solo

aparecer y ya, ¿no?

Rouge se encogió de hombros.

—Tal vez a la gente de aquí le parecería extraño.

—¡Pero es un juego! —Finn volvió a ver al hombre de barba—. ¿Qué crees que venda ese hombre? ¿Por qué pide dinero?

Rouge se encogió de hombros otra vez.

—Tal vez no vende nada y, por lo tanto, no debería pedir dinero. Podría ser otra imprecisión del juego.

Más allá del baño público, una calle llena de gente atravesaba la zona peatonal. Ahí un coro atrajo la atención de Finn. Grandes vehículos con ruedas —autobuses y camiones— se arrastraban por la calle. Los más pequeños, los automóviles, quedaban apretados entre ellos.

—¿Crees que deberíamos ir allá? —preguntó Finn—. Para ver por qué cantan. Tal vez es un desfile.

—Seguramente huele mal ahí. —Rouge frunció la nariz—. A combustible de fósiles.

Finn vio que el hombre de barba se aproximaba a una anciana que caminaba con demasiado trabajo y, al igual que él, iba empujando un aparato en cuatro ruedas. No obstante, el de ella era mucho más pequeño y no tenía canasta. Finn pensó que podía ser un artículo que ayudaba a la movilidad. Se quedó observando y la vio sentarse en el aparato, abrir su bolso, sacar algo y dárselo al hombre. Era dinero, al parecer, sin embargo, un grupo de gente pasó frente a ella y Finn no pudo ver lo que el hombre de barba le dio a cambio. Finn le habló a Rouge.

—¡Es asombroso! En serio. Los detalles son increíbles. ¿Cómo hicieron esto? Quien haya desarrollado este juego es un genio.

—Greifswald y Berlín estarán felices de escuchar eso.

—¡Charlottenburg! —exclamó—. ¡Es impresionante!

Finn estuvo en Charlottenburg en una ocasión, en 2256. Era un barrio de Berlín que la gente no visitaba con mucha frecuencia. Se trataba de una enorme zona industrial de diez kilómetros cuadrados que albergaba cientos de fábricas. Entre ellas se encontraba SprintX, posiblemente la fábrica de vehículos de transporte más grande de todo el continente europeo. Finn visitó SprintX en su primer año en la Universidad Europea Greifswald. Recordaba con cariño la

exposición de automotores clásicos del Museo del Vehículo, en KFZ Road, una importante estructura y punto de referencia que sobrevivió al Invierno Negro. No obstante, el Charlottenburg del juego no tenía nada que ver con el que él conocía.

Finn notó a una pareja que se acercaba. Cada uno traía un cono de color café con una sustancia semisólida en la parte superior. Una era amarilla y la otra verde, y la pareja lamía la sustancia.

—¿Qué crees que sea? —preguntó Rouge—. ¿Yogurt? ¿Queso de granja? ¿*Mousse*?

—Este historiador cree que podrían ser helados. Solían comerlos así. Podemos preguntar.

Finn se acercó a la pareja.

—¡Finn! —gritó Rouge—. No inicies ninguna conversación. Aún no. Vamos por acá —dijo, y señaló al norte.

Finn y Rouge rodearon una zona de construcción donde descubrieron una calle a su derecha. El letrero decía Goethestraße.

—Vaya —dijo Finn—. Un nombre conocido.

—¿Goethe? —preguntó Rouge con los ojos bien abiertos y mucho énfasis.

Finn resopló.

—Realmente deberíamos hacer algo respecto a tu educación, Einstein. Goethe fue el Shakespeare alemán.

—¿Shakespeare? —preguntó ella.

Finn se quedó boquiabierto.

Rouge se rio.

—Finn, esta amiga solo te está molestando. Aunque, francamente, Shakespeare ya no es importante, y tampoco Goethe. Tenemos que volver pronto, solo nos quedan unos cuantos minutos.

Finn miró al final de Goethestraße.

—¡Oh, mira! —exclamó, al mismo tiempo que empezaba a caminar.

—Finn, ¡se supone que nos debíamos quedar en la zona peatonal! —le gritó Rouge.

Finn se detuvo frente a un pilar de casi cuatro metros de alto en el que había pinturas y texto. Volteó a ver a Rouge, quien ya lo iba siguiendo.

—Es un Litfaßsäule. Se usaba para anunciar productos y

servicios. En la portada de un libro infantil alemán de la década de los treinta que pertenecía a nuestros padres, había uno. Mamá nos lo leyó: *Emil y los detectives*, se llamaba. —Finn se quedó inmóvil al recordar la dulce y sonora voz de su madre. Cuando eran niños, él y Mannu se sentaban en su regazo y ella les leía. ¡Y cómo leía! Cada palabra tenía su propio timbre y tono, una intensidad propia y…

—¿Finn?

Finn miró a Rouge.

Ella le habló con amabilidad.

—Esta jugadora insiste en que regresemos a la zona peatonal. Debemos hacerlo.

—Un momento —dijo—, por favor. —Finn miró otra vez la columna y luego deslizó sus dedos sobre la imagen de cinco hombres. Leyó el texto en voz alta—: Deep Purple. En vivo, en concierto. Columbiahalle. 20. Agosto. —Parte de la hoja había sido arrancada, y abajo se leía: «Robbie Williams. En vivo, en Wuhlh…» —Finn volteó de golpe a ver a Rouge. —¡Asombroso! Este historiador sabe quién es Robbie Williams. La chica fue al concierto. —Finn arrancó más papel del primer póster para ver lo que había abajo—. ¡Mira! ¿Lo ves?

Y ahí estaba: Julio 8. Wuhlheide.

—¡El detalle! —dijo Finn—. ¡Es extraordinario!

Rouge lo haló del brazo.

—Vamos, ¡ahora!

De vuelta en la zona comercial para peatones descubrieron un puesto de comida donde tenían cubetas llenas de la sustancia amarilla y verde que habían visto. El letrero decía «helado».

—¡Tenías razón! —dijo Rouge—. Es helado, pero luce distinto al nuestro. ¿Crees que deberíamos probarlo?

—Sí —dijo Finn. La boca se le hacía agua, y pensó que era simplemente fabuloso que el juego incluso pudiera hacerlo salivar con tan solo mirar el helado.

—*Prego* —dijo el hombre detrás del mostrador. Era de baja estatura y sólido; tenía cabello oscuro y piel morena.

Finn no le había solicitado comida a una persona real en muchos años. Cuando era niño, en Fire Island, lo hizo, pero ahora, incluso ahí, los vendedores y meseros eran completamente automatizados.

—Buen hombre —dijo Finn, esforzándose en ser cortés—, apreciaríamos inmensamente que nos diera helado. —El hombre miró a Finn como si fuera un memoclón demente, de los que ya habían sido enviados al Hogar para Clones.

—Por supuesto —contestó—, no hay nadie que lo impida —dijo y sonrió—. ¿Turista?

—Sí —dijo Rouge—. Eso es lo que somos exactamente, turistas.

—¿De dónde? —preguntó el vendedor de helados. Su alemán era imperfecto.

Ellos no iniciaron aquella conversación, ¿o sí? En ese caso, Finn tenía permiso para responder.

—Del continente de Norteamérica.

El hombre miró a Finn con suspicacia.

—Quiere decir, ¿de Estados Unidos?

—Sí, sí, naturalmente —contestó Finn al darse cuenta de su error.

—Ah, América. Tengo un primo allá, en Chicago —agregó el vendedor—. ¿Ustedes conocen Chicago? Hay mucho viento allá.

—Finn —interpuso Rouge—, en verdad tenemos que apresurarnos. —La chica miró al hombre—. De cereza, por favor.

—*Signorina*, ¿tiene prisa? ¡Pero si está de vacaciones!

Rouge le lanzó una de sus fulminantes miradas.

—¿Cuántas bolas? —preguntó, completamente enfocado en su trabajo.

—Solo una —contestó ella.

—¿Y usted, *signore*? —le preguntó a Finn mientras le entregaba a Rouge su cono.

—Una bola. De chocolate —dijo Finn, y mientras tanto Rouge ya caminaba hacia el Sanitario de la Ciudad.

El vendedor le entregó a Finn su cono. Finn le dio una gran lamida en espiral.

—Delicioso —señaló.

—Finn —gritó Rouge—. ¡Vamos!

—Será mejor que se apure —le dijo el vendedor de helados entre risas—. Podría perder el vuelo a casa.

Finn le agradeció y fue detrás de Rouge. Más adelante vio que el hombre de la canasta metálica y el vaso de plástico se acercaba a él.

—*Signore* —gritó el vendedor de helados—. *Signore*!

Finn giró de inmediato.

—¡No tan rápido! No sé cómo sea en su Norteamérica, ¡pero me tiene que pagar el helado! ¡Son tres euros, por favor!

—Oh, *scusi* —dijo Finn, y el rostro se le puso tan rojo como el helado de cereza de Rouge. ¿Cómo pudo olvidar que el servicio bancario de su BC no funcionaba en el juego? Le entregó al hombre el billete de 500 euros que tenía en el bolsillo.

—¿No tiene un billete más chico? —le preguntó el vendedor.

—No, lo siento.

—*Mamma mia*! —exclamó el vendedor mientras buscaba en la caja registradora y maldecía entre dientes.

Finn esperó con impaciencia, pero Rouge no; corrió hasta él.

—Finn, ¡debemos irnos ahora! ¡Pronto!

Había una urgencia en su voz que Finn jamás había escuchado. Volteó para irse, pero el hombre con el saco de invierno se interponía en su camino.

—¿Tendrá algo de cambio que me dé? —le preguntó a Finn, y le extendió el vaso de plástico.

—¡Ahora! —gritó Rouge, halando a Finn.

—*Signore*! —gritó el vendedor de helado con un fajo de billetes en la mano—. ¡Su cambio! ¡Su cambio!

—Déselo a él —gritó Finn, señalando al hombre de barba—. Déselo a ese hombre.

Y mientras Rouge lo empujaba al Sanitario de la Ciudad y las puertas comenzaban a cerrarse, escuchó al hombre de barba gritar:

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! ¡Jamás lo olvidaré mientras viva!

Pero no fue sino hasta que Finn fue lanzado de nuevo a través del túnel del juego que lo cegó la explosión de vibrante color, que flotó, voló, cayó al vacío y pasó por el Momento Previo; no fue sino hasta que, de alguna manera, aterrizó de nuevo en el IOZ, en 2264, que se dio cuenta de que todavía no sabía qué era lo que vendía el hombre de barba. Estaba seguro de que el juego tenía un error.

9

CIENCIA FICCIÓN PARA ENAMORADOS

Finn se relajaba frente al ventanal mirador con un libro en la mano. Estaba leyendo o, en realidad, esperaba que cayera la nieve de las 4:22 p.m.

Salió a esquiar temprano y aquel fue como se suponía que debían ser todos los días de diciembre en los Alpes: perfectos. La nieve que cayó fue de un blanco inmaculado, y la luz, fulgurante, casi cegadora. Y a medida que el día fue pasando, el azul del cielo se hizo cada vez más profundo hasta volverse de un tono tan atrevido que le recordó los cielos pintados de las postales de la Colección Manuscrita del Siglo xx, que se conservaba en el Iceberg. El joven historiador gozó en particular de esquiar a través del bosque de pinos, de la inmovilidad y de que solo se escuchara el zumbido de sus esquís, el crujir de sus bastones, una rama que aquí y allá se quebraba por el peso de la nieve, y el sonido apagado del burbujeante riachuelo bajo la delgadísima veta de hielo que fluía a su lado.

Al terminar el almuerzo, Finn prefirió no salir. Decidió quedarse a leer, por quinta vez, uno de sus libros favoritos, *A Bongo Afloat on the Kwango*, escrito en 2199 por Arnaud Djateng. El libro contenía una historia épica sobre el proceso de madurar. Libros como ese, impresos especialmente para él, eran uno de los pocos lujos que se

permitía (esquiar era otro). Aquel, en particular, era un regalo que recibió de sus padres cuando cumplió dieciséis años. Lo había leído en su BC, y lo disfrutó tanto que quería sentirlo en sus manos y no solamente volver a leerlo en la cuadrícula cerebral. Sus padres le ordenaron el libro a Raoul Aaronson. Raoul, quien en aquel tiempo tenía veinte años, acababa de regresar de un internado de seis semanas en la Boutique de Regalos Forester. Se encontraba justo en medio de su entrenamiento para aprender el oficio de impresión de su padre desde el principio: la actividad como leñador, restauración de libros, ventas en la tienda e impresión de libros.

Finn conocía a Raoul prácticamente desde siempre. Siempre que Artu Nordstrom realizaba su viaje anual a Sternwood Forest, la colonia Forester canadiense, llevaba a Finn y a Mannu con él, y los dejaba con Lilly y Marty Aaronson y su hijo Raoul. Los chicos se volvían inseparables por días enteros. Jugaron de niños y, a medida que fueron creciendo, empezaron a pasear y nadar juntos en uno de los muchos lagos de la región; veían celuloides y coqueteaban con chicas Forester. Raoul, cuyos ancestros venían de Austria, podía leer y hablar alemán como los hermanos Nordstrom. Y fue ahí que Finn y Mannu escucharon a la gente utilizar el anticuado pronombre en primera persona del singular. Los Forester utilizaban *yo*, *mí*, *mío*. Los hermanos se acostumbraron a escuchar esas palabras pero, por supuesto, jamás se sintieron tentados a usarlas.

Finn escuchó al viento silbar afuera del ventanal mirador. El cielo se veía de un salpicado color azul al que atravesaban franjas anaranjadas y rojo seda. El *alpenglow* comenzaría en cualquier minuto, pensó, y entonces la nieve caería. Lola, su bisabuela materna, solía decir que la nieve que conoció en las Rocallosas de niña era más fina que la que cayó a partir de que los Trabajos Climáticos Mundiales empezaron a planearla. «Hay tres cosas que nunca debes dominar», le dijo en una ocasión a Mannu, «un caballo salvaje, un bebé que aprende a caminar, y el clima». La bisabuela Lola sabía, sin embargo, que no podía detener el progreso. La mayoría de las catástrofes naturales se habían convertido en cosa del pasado, y eso era bueno. Había, por supuesto, muchas regiones donde era totalmente innecesario manipular el clima, pero un centro vacacional como los Alpes siempre estaba bajo control en

ciertos meses del año. A los vacacionistas se les consentía con sol en el día y nieve en la noche, a pesar de que en un día como aquel —pleno solsticio de invierno— nevó al atardecer —a las 4:22— como sorpresa especial.

Afuera, en la creciente oscuridad, Finn vio a una familia que regresaba de las colinas; madre, padre y dos niñas. Apenas los escuchaba, pero alcanzó a notar que balbuceaban con felicidad.

—¡Chocolate caliente! —dijo la niña más grande—. ¡Con crema batida! —dijo la pequeña al mismo tiempo que saltaba y aplaudía. Riendo, corrió en círculos alrededor de sus padres y su hermana, hasta que su padre la levantó y la sentó sobre sus hombros.

Finn sintió que la garganta se le cerraba. Ya habían pasado casi cuatro meses, pero otra vez estaba ahí: la herida. Ocultó su dolor —necesitó tragar saliva varias veces—; luego dirigió su atención de vuelta al libro que tenía en las manos.

Pensó que las ilustraciones de Djateng, sus atrevidos trazos anaranjados y turquesa, cobraban vida en el papel, que eran más luminosos que en el BC. Raoul Aaronson y su padre, el impresor Marty Aaronson, habían hecho un trabajo excelente. Le gustaba particularmente la portada. Las letras y el bongo que flotaba sobre el río estaban grabados. Pasó las puntas de los dedos sobre el relieve y este le provocó cosquillas.

Finn volvió a abrir el libro. Le reconfortaba saber que Mannu y Lulu, e incluso Majida —amiga de la infancia y primera pareja sexual— llegaron a pasar aquellas hojas. Ahora eran parte del libro, y gracias a eso este poseía una historia que ningún documento BC podía llegar a tener. Abrió el lugar donde estaba la mancha hecha por una taza de té condimentado, en la página 47. Fue en aquel extraño café Beijing, cerca del DPA de estudiantes, cuando Mannu lo visitó y se emborrachó… También estaban ahí las marcas y subrayados que hizo Lulu. Y ahí. Y allá. Tres años atrás fue a casa y descubrió que Lulu había destacado, con color amarillo fluorescente, sus párrafos preferidos en el libro. El marcador amarillo provenía del estuche de su madre. El enojo de Finn fue desmesurado. «¡Esto es vandalismo!», recordó haberle gritado a su hermanita de trece años en un tono santurrón. La hizo llorar; no debió dejarse llevar por la ira. De cualquier forma, ahora le daba

gusto saber que a Lulu le agradó el libro, e incluso creía que las marcas amarillas estaban justamente donde debían.

Finn percibió un repentino cambio del otro lado del ventanal. Fue el silencio, como cuando el director de orquesta levanta la batuta y el público deja de moverse y espera que los músicos empiecen a tocar. Miró hacia arriba y un instante después la cima de la montaña se iluminó con el *alpenglow*: era una luz rosada tan intensa y hermosa que dolía. Finn se maravilló al ver el color que bañaba la parte superior de la montaña.

Y luego comenzó a caer la nieve. Al principio los menudos copos se dejaron llevar como plumas, pero después se tornaron más densos y cayeron con rapidez y grosor a medida que la tormenta arreciaba. Finn observó el espectáculo del torbellino por un par de minutos, y luego colocó el libro sobre el diario de Eliana y el libro de Jane Austen; se arropó bien con una frazada y cerró los ojos…

…Cuando despertó estaba oscuro afuera. La tormenta de nieve había amainado y al paisaje lo iluminaba un tono aterciopelado de azul. Los árboles y arbustos tenían toscas formas fantasmales y estaban cubiertos de nieve. Finn escuchó el raspar de una pala. Hennig-BAY-Elm-Sch123, el mozo del hotel, estaba marcando un camino entre la nieve.

Entonces levantó la mano para activar la luz, pero se dio cuenta de que había olvidado reportar que no pudo sincronizar la red de su BC con los servicios del hotel. Tuvo que encender la luz manualmente.

Abrió el diario de Eliana.

Una semana después de jugar el Nivel Uno del Proyecto Tiempo, fue a trabajar y encontró un nuevo diario en su escritorio. Recibió también una nota del Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom en la que este le explicaba brevemente que se había programado una prueba del Nivel Dos del juego para la primera semana del año o tal vez antes. Primero necesitaban incorporar al juego la información recibida de la experiencia de Rouge en el Nivel Uno, pero, ¿podría Finn continuar trabajando por favor en el diario del Bodden mientras tanto? A Finn le pareció un poco raro, pero vaya, jamás había probado juegos antes y no estaba familiarizado con el

procedimiento de evaluación. Y, naturalmente, le alegraba continuar trabajando en el diario de Eliana.

Tal como la chica lo había deseado, el segundo diario estaba encuadernado en piel. Era piel fina de becerro, color vino tinto, pero estaba ligeramente desgastada. El diario tenía una hebilla para cerrarse y era elegante y sobrio, muy distinto al juvenil primer diario de la niña. El papel era de excelente calidad, libre de ácido, de buen grosor y a prueba de tinta. Se notaba que la chica disfrutó escribir en él. Su caligrafía había adquirido carácter, y lucía más adulta y relajada. Además, a partir de mediados de diciembre de 2003, cada nota escrita la firmó como Eliana, lo cual le transmitió a Finn la idea de que se había convertido en una jovencita más sensata; su firma era sorpresivamente sencilla y no presentaba los extravagantes círculos y florituras que uno podía encontrar a veces en los documentos del mismo periodo. De hecho, había dejado de usar casi todas las caritas felices y corazones. Era una pena, pensó Finn: ya se había acostumbrado a ellos.

Antes de empezar la traducción —que ya casi terminaba, por cierto—, Finn se había dado a la tarea de leer el diario tres veces en busca de indicios sobre el apellido de la chica y su entorno, pero casi no encontró datos que le ayudaran a resolver el misterio. Ni siquiera se mencionaban los nombres de pila de sus padres.

Finn esperaba que Renko encontrara algo acerca del nacimiento de la chica, el 22 de mayo de 1990, en los registros oficiales. El nombre «Eliana» no era muy raro, pero sí lo suficientemente original para aquel tiempo, y para encontrar un registro sin apellido en un día y ciudad específicos. No obstante, la Gran Devastación por Calor destruyó tantas bases de datos que resultaba casi imposible. Finn incluso realizó una búsqueda con los nombres de los compañeros de clase de su hermana: una tal Vivi Lindenberg que molestaba a Madeline. La búsqueda no arrojó nada, pero la nota en el diario era una de las favoritas de Finn, y si alguien lo obligara a señalar en qué momento surgió aquel vínculo con la chica, sería precisamente ahí:

Miércoles, septiembre 17, 2003
Acabo de ir a la habitación de Madeline por mi goma Súper

Sheriff porque no la encontraba y estaba segura de que ella la había tomado, y nunca la vuelve a poner en su lugar, y eso realmente me enoja porque es mía, así que entré corriendo a su cuarto sin tocar y ella estaba llorando en la cama. ¡No podía creerlo! Madeline nunca llora, ella es la feliz de las dos, la bonita, la divertida; a la que todo mundo quiere. ¡Hasta yo la quiero! Y me sentí mal al verla llorando así. Es decir, es mi hermana y todo eso, y me dijo que había una niña en su escuela, una niña corpulenta llamada Vivi Lindenberg, que la molestaba en el gimnasio, que la acosaba y que le escondió los tenis en el cesto de la basura y que cuando los encontró (Madeline), Vivi le puso el cesto (a Madeline) en la cabeza y todas las niñas del salón de Vivi se rieron, y luego Vivi dijo que si ella (Madeline) la acusaba, ella y Kevin, su hermano mayor, la golpearían. Ahora bien, conozco a Kevin porque está en mi grupo, y él cree que es muy buena onda, y es más grande que yo, como casi dos metros (!), pero no me importa porque puedo con él y con Vivi, y voy a defender a Madeline, y eso fue lo que le dije (a Madeline). Y definitivamente la hice sentir mejor, pero la cosa es que Madeline tiene que aprender que ella también puede enfrentar a Vivi, así que ahora mi misión es hacerla ruda (a Madeline). Pero no le voy a decir que eso es lo que estoy haciendo porque ella tiene que descubrirlo por sí misma. Así que le prometí que ya nadie la iba a molestar y luego le di un pañuelo para que se limpiara los ojos y se limpiara los mocos que le escurrían de la nariz y entonces todo estuvo mejor. Luego le grité por lo de mi goma Súper Sheriff y le dije que cómo se atrevía a tomarla sin pedírmela primero y le pregunté en dónde diablos estaba y luego ella se levantó y me corrió de su cuarto así nada más. ¿A ti te parece que eso es gratitud?, ¿eh?

Finn sonrió. La chica sabía manejar la ironía. Esperaba que, al terminar aquel diario, hubiera más de Eliana para leer.

Había mucho de lo que quería enterarse, en especial de lo que pasó con ella y aquel chico Teichgräber que, todo indicaba, apareció en su vida en algún momento de 2004. Alexander

Landuris, el que le dio el frotón con los nudillos el día que cumplió trece años, había desaparecido desde mucho tiempo atrás. También Ben, aquel que ella creía que también le gustaba. Ahora estaba interesada en Moritz Teichgräber (a quien, por desgracia, también había sido imposible rastrear).

Marzo 23, 2004

El Concierto de Primavera estuvo increíble, todo mundo pensó lo mismo. Herr Petersen dijo que era la mejor orquesta de música de cámara de secundaria que había dirigido —sí, muchas gracias. Cuando nos dio las partituras nadie creyó que lo lograríamos. O sea, es Vivaldi, no «María tenía un corderito». ¡Pero salió bien! Fue emocionante escucharnos tocar juntos, esforzándonos por oírnos unos a otros y, al mismo tiempo, ser parte de algo más grande. Pero lo mejor sucedió después, cuando Moritz Teichgräber se acercó y me dijo que le había gustado mucho cómo toqué. Me quedé un momento sin saber qué decir y estuve a punto de voltear atrás para ver si le hablaba a alguien más. Es un chico muy popular y tiene como un año más que yo, acaba de cumplir quince y yo cumpliré catorce en mayo. De cualquier manera, sentí como que me perdía en sus ojos. Son muy oscuros. Se parece un poco a Robbie Williams pero en más joven. Le pregunté si iba a ir a la fiesta de Joya el sábado porque sabía que lo había invitado, pero me contestó que lo iba a intentar pero no estaba seguro. ¡Oh, por favor! Que vaya a la fiesta de Joya. ¡¡¡¡¡¡¡¡Es precioso!!!!!!!!!!

La palabra «precioso» desconcertó a Finn; jamás había escuchado que se usara para describir a un chico o un hombre. Hizo una nota para recordar que debía clopear la palabra para aprender cómo evolucionó su uso a través de los siglos.

Domingo, marzo 28, 2004

Moritz no fue anoche a la fiesta de Joya, pero Victor, su mejor amigo, estuvo ahí y dijo que Moritz estaba en Postdam porque participaría en una competencia de nado, y que por eso

no había ido a la fiesta. Johanna dijo que yo debería estar contenta de que estuviera en una competencia, y no en alguna cita con alguien más. Pero ahora no lo veré como en tres semanas y, ¿quién sabe lo que puede pasar en todo ese tiempo? Su grupo irá a Londres el lunes y estará allá una semana, y luego vamos a tener dos semanas de vacaciones de Pascua. (¿Te dije que vamos a ir a casa de Oma Uschi y que luego voy a visitar a mi prima Miriam en Frankfurt?) Johanna está de acuerdo en que tres semanas es mucho tiempo, pero dijo que no debería preocuparme porque me va a invitar a su fiesta el 23 de abril, y ahí voy a tener otra oportunidad. Con la suerte que tengo, seguramente Moritz tendrá que ir a otra competencia de nado. O peor aún, estaré enamorada de alguien más para entonces.

Finn se carcajeó. Ahí estaba de nuevo, esa comprensión de la ironía. Era raro encontrar a alguien que la manejara siendo tan joven. De hecho, era extraordinario. Y encantador… ¿O todos los jóvenes se expresarían así en el siglo XXI? ¿Sería, sencillamente, que en la época que él vivía se necesitaba más tiempo para desarrollar ese elemento de la retórica?

Miércoles, abril 21, 2004

Hoy, al fin, vi a Moritz en la escuela, a la hora del recreo, pero solo fue un segundo porque me dijo que tenía que ir al laboratorio de matemáticas porque iba a tener un examen el jueves. Me preguntó si iba a ir a la fiesta de Johanna el sábado… y yo le contesté: «¿Es mi mejor amiga o es mi mejor amiga?» Y él se rio y dijo: «Creo que también puedo ir». Y luego yo dije: «Genial», y él me dijo: «Hueles bien», y entonces yo le dije: «¿En serio?», y él como que se inclinó y olfateó un poco y dijo: «Mmm», y luego yo le dije: «Infinitissimo», y él dijo: «¿Qué?, y yo le dije: «Es mi perfume, se llama Infinitissimo», y él dijo: «tengo que irme», y yo le dije: «Hasta luego».

Creo que estoy enamorada.

Finn cerró el diario. ¿Cree que está enamorada? ¿Qué es esto del amor? ¿Qué tiene que ver con todo lo demás?

Se levantó, se preparó una taza de té fuerte, volvió a sentarse, bebió un sorbo, luego otro, miró afuera un momento, vio que había empezado a nevar otra vez, tomó otro sorbo más, abrió el diario, lo cerró, volvió a levantarse, sacó su neceser de artículos personales de la cómoda y tomó una pequeña y delgada ampolleta. Volvió a sentarse en la silla larga, abrió con cuidado la ampolleta e inhaló el fluido color coñac… Infinitissimo… Ese adolescentito Mortiz Techgräber no sabía nada. Infinitissimo era más que solo «Hueles bien». Era absolutamente… irresistible… era una bocanada de eternidad.

Finn olfateó sobre la ampolleta por uno o dos minutos más, la volvió a guardar en el neceser y se acabó el té. Luego se recargó en la silla larga y abrió el diario en las dos últimas páginas. La escritura era minúscula y se sentía apretada. Era probable que Eliana supiera, desde el principio, que tendría mucho que decir sobre ese día y por eso se hubiera sentido obligada a apretujar todo en las dos últimas páginas en blanco del diario. Finn todavía no traducía ese texto. Lo guardó para el final, pero no solo porque fuera el último o porque le hubiera costado trabajo leerlo, lo hizo porque era el más difícil de traducir en el aspecto emocional. Todo ese entusiasmo, pensó, toda la ilusión.

Sábado, abril 24, 2004

Moritz fue anoche a la fiesta de Johanna. Y esto es lo que sucedió:

Al principio como que nos ignoramos. Él hablaba con los otros chicos, y yo con mis amigas. Pero luego, cuando me senté en el sillón de color rojo oscuro, él fue a sentarse junto a mí. Quedamos apretados, o sea, nuestras piernas se tocaban y toda la cosa porque el sillón en realidad es solo para una persona. Así que hablamos sobre todo, de nada en especial, como de Londres y lo que hicimos en las vacaciones de Pascua y otras cosas, y de repente David, el hermano mayor de Johanna que era el DJ de la fiesta, tocó «A Moment Like This», la canción de Kelly Clarkson. Y a mí me fascina esa canción y dije: «Ay, me fascina esta

canción», y entonces Moritz me preguntó si quería bailar y yo me empecé a reír porque no recordaba haber bailado una canción lenta con ningún chico antes. Supongo que él creyó que mi risa significaba que sí aceptaba, porque entonces me tomó de la mano. Yo tenía las manos sudorosas y me sentí incómoda, pero luego pensé que tal vez a él también le estaban sudando las manos y entonces pues no importaba. Luego me tomó de la cintura y yo coloqué mi mano izquierda sobre su hombro para bailar, y antes de que pudiera darme cuenta ya estábamos bailando muy, muy cerca y entonces supe que el corazón me latía rápido, pero el de él también, y fue extraño saber que había dos corazones latiendo a toda velocidad uno tan cerca del otro. Y luego me dijo algo y no pude escuchar, y me acercó a él para murmurarlo en mi oído. Y yo sentí que su aliento ardía cerca de mi oreja, pero ardía de una buena forma, como ardor de emoción. Creo que mi oreja nunca sintió algo tan ardiente y emocionante como sus labios. «¿Infinitissimo, eh?», dijo, y luego deslizó sus labios sobre mi cuello. Y a mí se me puso la piel de gallina de inmediato como en todo el cuerpo, no solo el cuello y dije: «Eh, eh, me lo dio mi Oma Uschi el año pasado en mi cumpleaños», y él dijo: «Tienes una abuela agradable», y yo dije: «Ajá», y Kelly Clarkson cantó: «Oh, no puedo creer que esto me esté pasando a mí», y luego yo tampoco podía creer que me estuviera sucediendo a mí también porque entonces me besó.

En una escala del uno al diez donde diez es «morirse del asombro» y uno «nunca jamás en un millón de años», al beso de Moritz lo calificaría tal vez con un seis punto cinco. En primer lugar, como que se inclinó hacia el frente cuando me besó y me hizo perder el equilibrio, y luego fue un beso algo torpe, como que con mucha saliva, mucha lengua, muchos dientes golpeándose y demasiado sabor a la cerveza que él había bebido. Así que me desilusioné un poco. Bueno, no, me desilusioné mucho. Después le conté a Johanna, y ella me dijo: «Qué lástima, porque de verdad que es precioso», y yo dije: «Debí imaginarlo. ¿Qué puedes esperar de alguien con un nombre como Moritz Teichgräber?

Pero ya basta. Ahora tengo que concentrarme en conseguir un

diario nuevo porque este ya casi está lleno, y también tengo que comprar el regalo de cumpleaños de Robert. Saldremos de compras en un rato. Madeline y yo nos encontraremos con mamá en el mercado donde pasea con sus amigas, las Mujeres de Negro que beben café latte todos los sábados. En serio: ¡jamás las veo vestidas de otro color! Negro, negro, negro y, a veces, un poco de gris.

Bueno, el caso es que mamá va a ir conmigo y con Madeline a Dusenhuber para ver si podemos encontrar algo para Robert. Ella dice que deberíamos hacernos clientas de las librerías pequeñas y no de las grandes cadenas que monopolizan el mercado, pero yo le dije que en Dusenhuber hay unos lindos sofás de piel en los que puedes estirarte y leer libros. «¡Y también tienen café latte!», dije. «Genial», dijo mamá y puso los ojos en blanco. «Y», también dije, «tienen una sección de ciencia ficción». Aunque debo decir que no puedo creer que Robert lea todo eso; a mí me dan escalofríos solo de ver las portadas, en especial de los cuentos estadounidenses, y esos son los que Robert siempre lee. En todas las portadas aparecen hombres con los músculos saliéndoseles de la camisa, y siempre están apuntando con la pistola o batiendo espadas y además siempre algo está explotando al fondo. Y si hay una mujer, está medio desnuda y tiene pechos grandes que siempre se le están desparramando de un corsé medieval comprado por correo.

De pronto Finn se descubrió carcajeándose. ¡Tenía razón! Él también había visto esos libros. Había varios en el Iceberg y en la Nueva Biblioteca del Congreso, en Washington. Había que admitir que no tenían nada de artístico y, además, prácticamente nunca acertaron sobre cómo sería el futuro.

Y hay otra cosa más que no entiendo: ¿por qué tienen todas estas imágenes medievales en libros que toman lugar en el futuro? Espadas, armadura y correo. ¿Y por qué tienen que tratarse siempre de la guerra? Una vez se lo pregunté a Robert y me dijo: «Porque la ciencia ficción es para hombres y a los

hombres les gusta pelear». Y quizá sea verdad. «Pero no es justo», le dije, «porque a mí no me molestaría leer sobre el futuro y sobre cosas como de ciencia. ¿Pero quién quiere leer sobre guerra y juegos bélicos y naves y monstruos del espacio que raptan a mujeres terrestres?» Y Robert dijo: «Tú piensas así porque eres una chica». «Bueno, creo que sería agradable leer una novela de ciencia ficción sobre gente que se enamora», le dije. Y Robert se rio y me dijo: «A ver, vamos, escríbela, a ver si alguien la lee». Tal vez lo haga. La llamaría Ciencia ficción para enamorados, o algo así.

Pero mientras tanto, tenemos que comprarle un regalo a Robert. Dijo que le gustarían algunos libros o películas de ciencia ficción para su colección; algo como «Terminator» y «2001 Odisea del espacio:», así que se me ocurrió comprarle «El diario de Bridget Jones» y «Notting Hill».

Lo cual me recuerda: finalmente empecé a leer el libro que me regaló mamá cuando cumplí trece, Orgullo y prejuicio. ¡Me sorprendió darme cuenta de que en realidad me gustaba! Adoro a Elizabeth Bennet y al señor Darcy. Solo espero que terminen juntos. Le dije a mamá: «Si no se hacen pareja al final, ¡no quiero leerlo!» Y mamá me dijo: «¡Léelo!». También me contó que la BBC había hecho una serie de seis capítulos sobre el libro y que se podía comprar en DVD. Bueno, ¡tal vez eso es lo que debería comprarle a Robert de cumpleaños!

¡Pum! Algo golpeó en la ventana. Finn miró hacia arriba. ¡Otro pum! Era una bola de nieve.

Se acercó a la ventana. A las cercas bajas las cubría un grueso manto de nieve y detrás de ellas estaban Renko y su nueva amiga, Gao Dongsheng-Johnson. Ambos le hacían señas con los dedos y sacaban la lengua como niños tontos. Finn tomó el control remoto y abrió la ventana.

—¡Noticias de última hora! —dijo Renko—. Hay…

Pero Gao lo interrumpió.

—¡A las nueve sale un rapidito a Múnich!

Finn siempre se reía cuando escuchaba la palabra «rapidito». Los

asiáticos, en especial los de la provincia china, insistían en llamarle «rapidito» al SwiftShuttle, en lugar de «swuttle» o transbordarapidor.

—Pensamos que podríamos comer aquí en el hotel —continuó Renko—, y luego ir a conocer ese nuevo club, «Citas y Parejas» en Múnich.

Finn titubeó. Prefería quedarse a leer o traducir, despertar temprano y…

—Ay, Finnkins, ¡no te atrevas a decir que no! —exclamó Gao.

Gao vio el diario de Eliana sobre la silla larga.

—Si no vienes con nosotros, Finn Nordstrom, comprobaremos que una adolescente que lleva por lo menos doscientos años muerta es más importante para ti que…

—¿Que qué? —preguntó Finn desafiante, y con una sonrisa en los labios.

—¡Que emborracharte con nosotros! —añadió Renko.

Finn se rio con ganas.

—Expresado de esa manera, solo puedo responder de una manera —dijo, y se cerró el cárdigan. Con la ventana abierta había entrado el viento helado.

—Vaya, este bibliotecario trae un zapato abierto —dijo Renko, y se agachó detrás de la barda para cerrarlo.

—¿Y esa respuesta es…? —preguntó Gao, al mismo tiempo que inclinaba la cabeza con un toque seductor.

A primera vista Gao parecía europea porque era rubia, pero al mirarla de cerca se podía ver que su cabello era grueso, lacio y brillante como el de muchos chinos. Además, sus pómulos marcados, la nariz recta y los ojos en forma de almendra también le recordaban a uno a la gente asiática.

—¿Y entonces? —preguntó Gao con una gran sonrisa—, ¿vendrás con nosotros?

Finn estaba feliz de que Renko hubiera encontrado una amiga. Gao era dulce y divertida, aunque a veces se pasaba un poco de la raya porque se excedía con el entusiasmo como las coquetas anfitrionas que siempre asistían a sus conferencias anuales como traductor. Pero, naturalmente, a las anfitrionas las entrenaban por años en el arte de animar a otros porque en eso consistía su trabajo.

A esta mujer, por otra parte, parecía que se le había pasado la mano con la dosis de JollyBeans, o alguno de los otros fármacos sintéticos que la mayoría de los PA consumían en aquellos días para trabajar más tiempo y con mayor eficiencia. Había, por supuesto, gente con mucha energía, altos niveles de testosterona y otras disfunciones relacionadas con la hostilidad, como sucedía en general con muchos adolescentes y PA varones. A ellos se les prescribían otro tipo de drogas: tranquilizantes y bálsamos sedantes. Finn era una de las pocas personas de su edad que prácticamente no ingerían nada; excepto, claro, por un té condimentado de vez en cuando, sus bebidas energéticas y la ocasional Pastilla de la Diversión que Renko conseguía a través del amigo de un amigo en Colombia, al sur del continente americano.

—¿Y tu respuesta? —insistió Gao con una bonita sonrisa—. ¿Vienes o no?

—Pues… —comenzó a decir.

Renko dio un salto, y ¡zuuum!, le arrojó a Finn una bola de nieve que lo golpeó en el hombro derecho.

—¡Ouch! —gritó Finn, al tiempo que se arrastraba para tomar el control remoto de la ventana. Demasiado tarde. ¡Zuuum! Otra bola de nieve, pero en esta ocasión de Gao, lo golpeó en la nuca—. ¡Ay!

Renko volvió a apuntarle.

Entre risas, Finn levantó los brazos a modo de rendición.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Trato hecho! ¡Vamos a Múnich!

Finn se quedó dormido leyendo *Orgullo y prejuicio*. Eso rara vez le sucedía cuando tenía un libro entre las manos, pero este libro de Jane Austen lo estaba leyendo en su BC. Por alguna razón no pudo agrandar el número de la fuente. La pequeñez de las letras le resultó extenuante y eso, combinado con el embriagante aire alpino, la salvaje forma en que bailó en el Club Citas y Parejas, la bebida en exceso y el ligero aburrimiento en general de la tarde, no ayudaba en nada a mantenerse despierto y alerta. Algunas horas después, sin embargo, cuando despertó a otra excesivamente soleada mañana de cielo azul imposible, pudo terminar la novela.

Ya había leído el libro años atrás en la escuela. Fue para la

materia de «Clásicos ingleses», para la que también tuvo que leer a Shakespeare, Charles Dickens, J.K. Rowling y Oscar Wilde. En aquel tiempo le pareció que la novela de Austen era un poco frívola, que se trataba de un cuento de hadas de principios del siglo XIX, sin embargo, esta ocasión le pareció que tal vez se escribió como una sátira del amor romántico y el matrimonio. Dio por hecho que a una chica tan joven y sin experiencia como Eliana no le habría sido posible captar el tono irónico de la novela. Lo más probable era que se hubiera sentido atraída irremediablemente al guapo señor Darcy y, al igual que la señorita Elizabeth Bennet, heroína de la novela, esperara encontrar el amor verdadero y diez mil libras al año. O su equivalente en euros, claro.

Amor verdadero. Qué tontería, y sin embargo… cuán intrigante. ¿De verdad una joven de ágil pensamiento y espíritu fuerte como Elizabeth Bennet pudo haber tenido un efecto tan devastador en un hombre sensato, racional y pragmático como…?

Entre sus pensamientos apareció un parpadeo metálico. Era un mensaje del Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom. El Nivel Dos estaba listo. Era hora de volver a Berlín.

10

CÓMO HACER BOMBAS CON GOMA DE MASCAR

Finn continuaba intrigado ante la necesidad de usar prendas temáticas en el juego, sin embargo, en esa ocasión tuvo, al menos, la comodidad de usar ropa confeccionada a su medida. Él y Rouge escogieron tipo de moda «conservador, casual, cómodo», aunque Finn no podía imaginarse cómo no llamar la atención, tanto como un pulgar rojo e hinchado, con esa chamarra de cuero tipo blusón, con hombreras que lo hacían parecer atleta de futbol americano de mediados del siglo XX. Los pantalones de algodón color caramelo con pliegues al frente eran, no obstante, sumamente cómodos por su amplitud. Por suerte no se colgaban ni dejaban ver su ropa interior, lo cual era también muy afortunado porque la minitrusa que le dieron era bastante rara en verdad. Estaba salpicada de labios rojos y la palabra «¡Bésame!» impresos en todos lados.

—¿También tu ropa interior dice «bésame»? —le preguntó Finn a Rouge.

—¡Ay, claro que no!

—Qué bueno.

—Dice «Aliméntate de comida orgánica» —agregó Rouge.

Finn se quedó pensando en lo raro de la frase mientras esperaba que el profesor Grossmaun iniciara el juego en la sala contigua.

La chamarra de parches de piel hacía que Rouge también pareciera jugador de futbol americano, lo cual era muy desconcertante. Fuera de eso, a Finn le pareció que lucía muy atractiva con aquella corta falda negra. Admitía, por otra parte, que no entendía cómo era posible que consideraran que una falda tan corta pudiera ser conservadora y mucho menos cómoda, pero mientras a Rouge no le molestara, a él tampoco.

A ambos ya les habían informado qué debían esperar en el Nivel Dos. Dos semanas antes Finn aceptó que el año de entrada en esa ocasión fuera 2004. El Cuadro Uno volvería a ser un cubículo sanitario en Berlín, aproximadamente a veinte minutos caminando de la entrada y punto de salida del último nivel. A Finn le dieron la instrucción de comprar un mapa y luego volver a Wilmersdorfer Straße, la zona comercial para peatones en Charlottensburg que visitaron en el Nivel Uno. Él y Rouge debían conseguir algo para comer, iniciar tres o más conversaciones y hacer dos amigos antes de salir por el Sanitario de la Ciudad del Nivel Uno. Esta vez tendrían dos horas para jugar.

—¿Listos? —preguntó el profesor Grossmann a través del sistema de sonido.

El estudio se oscureció por completo, y antes de darse cuenta a Finn lo succionó el juego «En busca del tiempo perdido.»

Su primer pensamiento fue que aquella seguramente era una zona de la ciudad con bastante tránsito. Incluso desde los confines de las cuatro paredes del Sanitario de la Ciudad podía escuchar el sonido de vehículos motorizados: los cláxones, el rechinido de frenos, sirenas aullantes, motores que rugían y escupían ruido. En cuanto salió y dejó atrás el asqueroso olor a orina, también pudo percibir el de los vehículos, o mejor dicho, del combustible de fósiles que estos quemaban: el petróleo. Si no, ¿qué otra cosa podría producir ese hedor químico? Estaba por todas partes. Finn se dio cuenta de que tenía náuseas y solo deseó no vomitar. Les dio la espalda a los automóviles e inhaló profundamente. También se siente la primavera en el aire, pensó en cuanto detectó una dulce frescura al respirar. A pesar de que el clima era fresco y llovía un poco, pudo ver que los árboles se tornaban verdes con sus hojas

nuevas. Esperaba un cálido día primaveral de mayo o junio, pero vio que la estación apenas comenzaba.

—Tenemos un paraguas —dijo Rouge, al tiempo que metía la mano en su bolso para sacar uno de aquellos antiguos protectores plegables con varillas de metal—. *Voilà*! —exclamó, y oprimió un botón pero no sucedió nada. Volvió a oprimirlo, y nada—. Ay, ¿qué pasa? —dijo—. Funcionó bien en el IOZ.

Mientas Rouge se peleaba con el mecanismo del paraguas, Finn miró a su alrededor y se quedó azorado ante la precisión y deslumbrante autenticidad del juego. Sus ojos saltaron de un restaurante a un café, a una *boutique* y a un bar. ¡Y los autos! ¡Los autobuses de dos pisos! Lo había visto todo antes en incontables fotos, celuloides, videos y juegos, pero aquí se veían tan reales. Y esas tiendas, ¿serían de verdad?, ¿o solo estaría el frente como en los antiguos escenarios de las películas? ¿Qué mundo se abriría si entrara a aquella tienda Gucci o a ese café llamado, de entre todos los nombres posibles, Einstein? Y había tanta gente caminando con prisa por ahí. ¿Los habrían programado a todos con necesidades, deseos, gustos y desagrados? Pensó que le gustaría iniciar conversaciones con todo mundo, y se preguntó si cada conversación sería distinta. Y en ese caso, ¿cómo habían logrado los diseñadores del juego tal nivel de complejidad? La emoción de averiguarlo lo estaba aturdiendo.

—A este jugador le gustaría iniciar una conversación —dijo Finn.

—Un paso a la vez —contestó Rouge—. Primero necesitamos un mapa —por fin había logrado hacer funcionar el paraguas, aunque dos de las varillas quedaron mal dobladas y otra de ellas se salía peligrosamente, lista para picarle el ojo a alguien. Rouge se asomó desde atrás del paraguas y señaló una pequeña tienda a la mitad de la acera—. ¿Crees que ahí tengan mapas? —preguntó.

—¡Un puesto de revistas! —exclamó él.

En la parte trasera del Sanitario de la Ciudad —¿o sería en realidad el frente?— se veían revistas y diarios acomodados en exhibidores; también había anuncios de helado y bebidas embotelladas. Finn podría haberse quedado las dos horas ahí, en el mismo lugar, y no moverse ni un centímetro. Así de emocionado

estaba por los detalles. En la tiendita había de todo, desde chocolate y revistas de historietas hasta goma de mascar: ¡Hubba Bubba! También había banderitas alemanas, osos con camisetas con temas berlineses y, sí, mapas. Finn contempló boquiabierto la variedad de periódicos. —¡Qué extraño! —exclamó.

—¿Qué? —le preguntó Rouge.

—Mira la fecha —le dijo, señalando uno de los diarios—. ¡Es 24 de abril de 2004!

Rouge lo miró sin entender.

—¡Es la fecha de la última anotación que hizo Eliana en su diario! Se supone que hoy se va a encontrar con su madre en el mercado y luego irá a una librería para comprarle un regalo de cumpleaños a su hermano. ¿No te parece una coincidencia asombrosa?

Rouge se rio.

—Has pasado demasiado tiempo con ese diario. Mantengámonos en curso, por favor. El profesor Grossmann cuenta con nosotros. Necesitamos un mapa. —Rouge señaló el puesto—. ¿Podrías comprarlo? El alemán no es la carta más fuerte de esta mujer.

—¿Y qué? Es solo un juego.

Rouge sacudió la cabeza.

—Sería una pérdida de tiempo.

—Como gustes —dijo Finn, encogiéndose de hombros. Fue a la ventana del puesto, donde había una mujer de aproximadamente cincuenta años con cara de aburrimiento.

—¿Sí? —preguntó la mujer.

—Este viajero quiere comprar un mapa —dijo Finn. Habló con claridad y precisión, y quedó satisfecho por su empeño.

La mujer se le quedó viendo y luego se inclinó hacia adelante sobre el mostrador como si buscara algo frente a Finn y estuviera fuera de su vista.

—¿Cuál viajero? —preguntó entonces.

—Este viajero.

La mujer entrecerró los ojos.

Finn se ruborizó.

—Oh, lo lamento —dijo, al darse cuenta de su error—. Este hombre quiso decir… quiso… *Yo*… —Finn se calló por un instante,

aclaró la garganta y ordenó sus pensamientos. Se sintió como un niño que se queda mudo cuando debe contestar una pregunta cuya respuesta desconoce. Así de perturbador era usar el pronombre «yo»—. Quise decir que yo quiero…

—¿Quiere un mapa? —preguntó con impaciencia la mujer.

—Sí —contestó él con una sencilla afirmación.

—¿De qué tipo? ¿Un mapa de Berlín? ¿Del metro? ¿Mapa de Alemania? ¿De los autobuses nocturnos?

—Este comprador… Quiero decir, sí, por favor, un mapa de Berlín. De la ciudad.

La mujer se estiró, tomó un mapa y lo dejó caer groseramente sobre el mostrador.

—Este es el único tipo que tenemos. —Finn notó que parecía un libro y que también se abría como tal.

—¿Algo más? —preguntó la mujer.

Finn fijó la mirada en la selección de goma de mascar.

—Sí, a este comprador… eh… Yo quiero Hubba Bubba, por favor.

—¿De qué sabor? —preguntó la mujer mientras marcaba el precio del mapa en la caja registradora.

—¿Sabor? —preguntó Finn.

La mujer suspiró.

—¿Rojo o amarillo?

Finn se sintió abrumado. Además, esos eran colores, no sabores.

—Tal vez… ¿el rojo?

—¿Tal vez o sí?

—Sí, por favor. Gracias.

La mujer marcó el precio de la goma de mascar y la colocó sobre el mostrador.

—Son siete euros con treinta.

Finn sacó su cartera, le pagó a la mujer y se reunió con Rouge en la esquina.

—Ya somos poseedores de un mapa de Berlín —le informó con orgullo, a la vez que le entregaba la compra como si fuera un perro de caza que deja caer el ave muerta a los pies del amo—. Y, damas y caballeros, nos da gran alegría presentarles… Escuchemos unos redobles de tarola, por favor —dijo, imitando el sonido—. Da-

dadruuuuum… un par de paquetes de ¡goma de mascar Hubba Bubba! —exclamó, y le enseñó a Rouge la goma.

—Oh —dijo ella, y tomó los paquetes. Miró la envoltura, leyó los ingredientes, olió los paquetes, frunció la nariz y se los regresó a Finn.

Finn también los olió. Emitían un dulce aroma químico, no muy apetecible.

—¿Crees que debamos abrirlos? —preguntó y en ese momento, a su lado derecho, un automovilista hizo sonar su claxon con fuerza. Finn miró alrededor de la congestionada intersección—. ¿Dónde estamos, por cierto?

—Estamos en la esquina de Kurfürstendamm y Schlüterstraße —contestó ella—. ¿Y qué es exactamente la goma de mascar?

Finn se encogió de hombros.

—Algo dulce. Puedes hacer burbujas con ella cuando la masticas. Una amiga de Eliana le regaló Hubba Bubba el día de su cumpleaños. ¿Crees que deberíamos abrir los paquetes más tarde? ¿Después de comer? ¿De postre? —Finn se guardó la goma de mascar en el bolsillo derecho del frente de su chamarra y abrió el mapa.

De vez en cuando había trabajado con mapas, por lo que imaginó que debía haber un índice de calles en el interior. Eso, claro, si es que los diseñadores de Proyecto Tiempo fueron minuciosos hasta en el menor detalle.

Y así era. El índice estaba en la parte trasera.

Finn encontró el bulevar «Kurfürstendamm» en el índice pero tuvo problemas para descifrar la mecánica del mapa. Estaba doblado como acordeón, en líneas horizontales y perpendiculares. Se podía leer como un libro si se pasaban las hojas apoyándose en el eje este-oeste, o también se podían halar las hojas hacia abajo para ver el eje norte-sur. En el índice vio que Kurfürstendamm se ubicaba en la posición KL11, pero KL estaba justamente en el corte entre los dobleces, y era difícil leer esa sección. El joven historiador tuvo que mantener los paneles doblados hacia arriba y hacia abajo para encontrar Kurfürstendamm, y luego hacia los lados, pero no pudo dar con el número 11, así que bajó dos dobleces más y el mapa se desdobló por accidente. Se fue abriendo por partes, blop-

blop-blop, y a él y a Rouge les tomó diez minutos, en medio de la lluvia de abril, volver a doblarlo de la manera correcta. Para cuando terminaron se encontraban tan desesperados que querían tirar el maldito mapa a la basura de cualquier forma. Y lo habrían hecho de no ser porque en ese preciso momento Finn descubrió, entre todas las calles del mapa, una que conocía. Loco de emoción miró hacia arriba.

—¡Kantstraße! —exclamó—, ¡aquí está Kantstraße! ¡Y está muy cerca! Es a unas cuantas cuadras.

Finn le mostró a Rouge una prolongada calle que cortaba la zona poniente de la ciudad en dos.

—¡Tenemos que ir ahí!

Kantstraße no era agradable. Era una calle sin árboles, y a ambos lados había filas de grises y desgastados edificios habitacionales. No obstante, el vecindario tenía la vitalidad que le infundían las apretujadas tienditas a lo largo de la acera y muchas otras cosas que ver: un restaurante chino con patos muertos colgando en la vitrina; una biblioteca de renta de videos con, literalmente, miles de celuloides en disco; y un centro de manicura donde, sobre sus uñas viejas, les pegaban unas nuevas a las mujeres.

—Qué cosa tan rara —comentó Rouge.

Finn se quedó atónito cuando descubrió el edificio que, en su tiempo, era el Museo del Vehículo, en KFZ Road. Al parecer, KFZ Road alguna vez se llamó Kantstraße. ¿O sería un error? Tendría que investigarlo más adelante.

El edificio era oscuro y lucía húmedo y pegajoso. La estructura estaba salpicada de grafiti y en la planta baja había una gasolinera y un taller mecánico. Los pisos de arriba eran un estacionamiento de varios niveles. En un letrero al que le hacían falta letras, se leía

KA T GAR G N

Finn se preguntó si aquel edificio tan importante, una de las pocas estructuras de Berlín-Charlottenburg que sobrevivieron al Invierno Negro, realmente se habría visto así en 2004.

Sin embargo, el descubrimiento más asombroso que hizo mientras caminaba sobre Kantstraße hacia la zona comercial para peatones —su punto de salida— fue una tienda en la que se vendían

artículos importados de Asia: lámparas vietnamitas, pantuflas camboyanas, joyería oriental, trinquetes de Hong Kong, kimonos japoneses y bolsos y saquitos de seda chinos. La tienda estaba repleta de artículos y también la acera hacía las veces de mostrador, ya que había productos sobre mesas e incluso tirados en el piso como si fuera un mercado de la provincia china. En medio de todo aquel desbarajuste Finn descubrió, para su propio asombro, una bolsita como la que Eliana recibió en su cumpleaños número trece: rosa, azul y rojo, con pagodas y cerezos en flor bordados.

Fue justamente ahí, en el preciso momento que su mirada cayó en la bolsita bordada, que Finn entendió cómo funcionaba «En busca del tiempo perdido»: era obvio que sus pensamientos eran el combustible que alimentaba al juego, de la misma manera en que el subconsciente de quien sueña evoca imágenes y crea historias raras con ellas. Su imaginación fabricó la bolsa, Kantstraße, la goma de mascar e incluso la fecha del día: ¡abril 24 de 2004!

¿Pero cómo era posible que Rouge, la Jugadora Dos, también percibiera el juego de la misma manera que él? Ella veía igualmente la bolsita, la goma y la calle.

A pesar de que aquellos descubrimientos fueron sorprendentes, la atención de Finn pronto se desvió para concentrarse en un aparador donde se exhibían artículos ortopédicos, prótesis de silicón para el busto, y de otros tipos. Para Finn y Rouge, que solamente conocían partes orgánicas del cuerpo generadas a partir de células madre, las prótesis de madera que estaban en el aparador lucían como las torpes extremidades de una marioneta gigante, más que como brazos y piernas humanos. Se quedaron boquiabiertos hasta que el sonido de un organillo captó su atención. Entonces divisaron más adelante, en la esquina, a un organista que giraba la manivela de su instrumento. Detrás de él se veía el alboroto de un mercado sobre ruedas.

Finn y Rouge dieron la vuelta y siguieron la música. En la esquina había gente sentada en las mesas exteriores de un café, donde grandes sombrillas la protegían de la llovizna de abril.

—Tres café *latte* y un *espresso* —les dijo una mesera a cuatro mujeres vestidas de negro y con lápiz de labios rojo. Todas llevaban botas negras y conversaban animadamente al mismo tiempo. A Finn

se le revolvió el estómago. ¿También habría su mente creado aquella escena? ¿No mencionó Eliana en su diario que su madre iba a un café con sus amigas, las Mujeres de Negro, y bebía café *latte* con ellas en un mercado? Finn no estaba seguro de si el juego se volvía cada vez más intrigante o aterrador. Se le ocurrió que incluso podía inventar a Eliana en algún momento de la siguiente hora pero, por suerte, no pasó por ahí ninguna jovencita. ¡Gracias a dios!

En realidad no le entusiasmaba encontrarse con la Eliana que pudiera producir su mente. La prefería tal como era: la voz literaria de una niña de entre trece y catorce años de dos siglos y medio atrás.

Finn y Rouge pasaron caminando junto al organista, quien tocaba «Para Elisa» de Beethoven, una melodía que la madre de Finn a veces silbaba mientras estaba trabajando. Luego pasearon por uno de los pasillos del mercado y Rouge se detuvo a mirar unas flores.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo funciona este juego? —preguntó Finn. Rouge lo miró perpleja.

—No, ¿por qué?

—Este jugador sospecha que el juego se alimenta de la mente del Jugador Uno para construir y darle forma a los eventos y a la gente que está en sus pensamientos. Hay una estructura, pero el subconsciente del jugador principal es el que provee los accesorios y ornamentos.

—Eso suena muy intrincado.

—Hemos vivido tantas coincidencias que cualquier persona en su sano juicio se daría cuenta. Este historiador acaba de traducir el pasaje de un diario que tuvo lugar el 24 de abril de 2004 y, abracadabra… es la misma fecha de hoy. Eliana mencionó los Hubba Bubba en su diario, y ahí los tienes. Y Kantstraße. Y el hecho de que su madre y sus amigas usaran ropa negra y se sentaran toda la tarde en un café a beber *latte*. Y ahí están —explicó Finn, señalando el café al otro lado de la calle.

—Pero también vemos muchas cosas más que Eliana no mencionó, ¿no es verdad?

—Sí, pero todo esto tal vez ya forma parte de la estructura del juego o está profundamente enterrado en el subconsciente de este

hombre, y por eso ahora se vuelve parte del entorno.

Rouge lo miró azorada.

—¿Entonces crees que estos pensamientos son solo una sarta de fruslerías, puro *baloney*? —le preguntó Finn.

—Sí, quizás. Pero por favor, primero explícame qué quiere decir *baloney*.

Finn sonrió.

—Palabra coloquial norteamericana que significa tontería, basura, estupidez. *B-a-l-o-n-e-y*. Es una pronunciación incorrecta de la palabra Boloña, salchichón italiano de baja calidad. El término se popularizó en la década de los treinta y empezó a usarse como interjección: *Baloney*! El gobernador de Nueva York, Alfred E. Smith, a veces lo usaba.

—Gracias. La información se añadirá al diccionario personal del BC de esta novata en cuanto volvamos a casa —dijo ella—. La respuesta a tu pregunta es sí. Tu interpretación del juego es *baloney*. —Rouge contempló a Finn por un largo rato y luego entrelazó los dedos detrás de su cuello y lo atrajo hacia sí—. Tienes una imaginación salvaje, Finn Nordstrom. A esta amiga le gustas precisamente por eso y tal vez esa es la razón por la que te eligieron para jugar este juego. Pero no dejes que tu imaginación te arrastre consigo.

El sol alcanzó a asomarse entre las nubes y, al brillar sobre Rouge, hizo que su pálida piel luciera casi translúcida. Ella le sonrió a Finn y sostuvo su mirada. Él levantó la mano y la deslizó con ternura sobre su mejilla. Uno de sus dedos alcanzó a tocar los labios de Rouge y ella lo besó. Finn vio su propia imagen como una sombra oscura que se reflejaba en los verdes ojos de la chica, y se acercó más y más hacia ella.

—¡Jacintos! —gritó la vendedora de flores que se encontraba junto a ellos—. ¡Narcisos! Tulipanes… ¡Cinco euros la docena!

Finn y Rouge se rieron y se separaron. El encanto se había roto.

—Vamos a comer algo caliente —dijo Rouge, y miró su reloj—. Tenemos que estar en el punto de salida en setenta y siete minutos.

Fue más sencillo hacer el plan de almorzar algo que encontrar qué almorzar. Había una amplia variedad de fruta y vegetales en el mercado, pero la mayor parte de la comida caliente contenía carne:

salchichas, hamburguesas y cerdo asado. Y dado que Finn y Rouge eran como tantos europeos modernos, vegetarianos que solo comían pescado de vez en cuando, no se les antojaron las opciones disponibles. No obstante, en cuanto estuvieron a punto de darse por vencidos y comprar algo de pan y queso para luego regresar a un puesto donde una mujer les había dado a probar mermelada casera —«De cinco frutas exóticas», les había dicho—, escucharon a un hombre exclamar: «Habibi. ¿Un chai?»

El hombre usaba lentes redondos de montura metálica y su cabello era largo y rizado. Estaba detrás del mostrador de una cabina color azul brillante. La cabina tenía impresa la palabra «Hammurabi» en letras amarillas. Debajo de esta había una señal que indicaba «falafel».

—Qué buena idea —dijo Finn—. Bolitas de garbanzo y vegetales frescos.

Finn eligió el falafel con salsa de ajonjolí, y Rouge falafel con aderezo de mango picante. Era el mejor falafel que jamás habían comido. Cada uno de ellos bebió el chai incluido en la comida y, para cuando terminaron, Finn ya le estaba prometiendo al dueño, de ascendencia árabe, regresar a comer otro pan con falafel la siguiente vez que visitara el mercado.

—Amigo número uno —le dijo complacido Finn a Rouge mientras se dirigían al pasillo del mercado que llevaba a Wilmersdorfer Straße, punto de salida del juego.

Rouge solamente le sonrió.

—Te veo muy callada desde hace rato —dijo Finn—. ¿Te sientes mal?

—En absoluto. Hay mucho que sentir y contemplar. Además, esta jugadora debe permanecer alerta; tu seguridad es un asunto de primera importancia. Sin embargo, hay algo angustiante. Esta mujer ha observado a otras en la calle y aquí en el mercado, y ninguna lleva chamarra de parches de cuero con hombreras. ¿Has visto chamarras como las nuestras?

—Quizás no.

—Exacto. Esta jugadora tiene la impresión de que están pasadas de moda.

—¿Estás pensando en la moda? —exclamó Finn.

—Lucir anticuados podría resultar desventajoso.

—¡Qué tontería! Es solo un juego.

—Pero es un juego extremadamente sensible y peligroso en potencia.

Finn tenía otras cosas en mente. Necesitaba hacer otro amigo.

—Tal vez veamos otra vez al hombre de barba —dijo—, el que tenía una canasta con ruedas y las bolsas, y que nos pidió dinero. ¿Lo recuerdas? Quizás él podría convertirse en otro amigo.

—Es posible —dijo Rouge con aire reflexivo.

Siguieron caminando por la calle. Era Pestalozzistraße, y para cuando llegaron al Sanitario de la Ciudad, en la zona comercial de Wilmersdorferstraße, ya solo les quedaban cincuenta y cinco minutos para explorar el área y hacer otro amigo.

Finn miró al sur, hacia Kantstraße, y luego al norte, a Goethestrße. El monje budista seguía ahí cantando y tocando el gong, pero Finn pensó que no era pertinente interrumpir su meditación solo para hacerse su amigo.

—Ya no está el área de construcción —dijo Rouge—, la que estaba allá.

Finn y Rouge caminaron hacia Goethestraße, donde ahora había un nuevo edificio de cinco pisos cubiertos con una fachada de vidrio. En él había una óptica bastante espaciosa y a un lado, donde se veían entrar y salir montones de clientes, había…

—¡Una librería! —exclamó Finn. Y entonces fue cuando vio que las enormes letras con el nombre de la tienda le gritaban: «Dusenhuber».

Finn jamás se habría imaginado una librería como aquella. En la escuela aprendió que los libros perdieron su importancia en el cambio de milenio, pero ahí había demasiados clientes. ¡Y libros! Estaban por todas partes: en libreros, en atriles sobre las mesas, en aparadores, en mostradores junto a las cajas registradoras. Libros en oferta, libros con récords de ventas, libros para regalar, ediciones de tapa dura, de tapa blanda, de bolsillo; libros de fotografías, de viajes, de cocina. También había una escalera eléctrica que conducía a los clientes hacia arriba, arriba, arriba, y más, y más y más. La tienda no tenía ese aroma a humedad, polvo y moho que

Finn conocía por las bibliotecas. Olía por completo distinto; como… ¿como qué? Olía como a… papel nuevo. Sí, olía a nuevo. A limpio y virgen. Como las tiendas de libros que alguna vez visitó una vez al año con su padre y Mannu en Canadá, en Sternwood Forest, la colonia Forester. Era como…

De pronto algo interrumpió sus pensamientos. ¿Qué era ese otro aroma? Percibió algo más. Era la esencia de…

Finn giró de golpe. Un paso atrás, en la escalera eléctrica, había un hombre cargando a un bebé. No, no era él; el aroma venía de arriba. Finn subió por los escalones, empujó un poco a Rouge para pasar y siguió el aroma. Sí, era allá arriba. Olía como…

Velozmente recorrió todo el primer piso con la mirada. Era un lugar bastante grande, como de unos seiscientos metros cuadrados.

—¿Finn? —preguntó Rouge—. ¿Estás bien?

Pero él casi no la escuchó porque seguía persiguiendo el aroma. Era la esencia de un… perfume. De Infinitissimo.

Pasó por un escaparate con novelas de suspenso, clásicas y de literatura femenina, y había más de…

Y ahí estaba ella.

A solo unos cuantos metros, junto a un librero lleno de libros de inglés. No era lo que esperaba, y el aroma se había apagado un poco, pero en realidad no importaba.

Caminó hasta estar detrás de ella.

Y en cuanto sintió a alguien detrás de sí, giró casualmente.

Era una mujer de unos cincuenta años, o de lo que Finn imaginó que sería tener cincuenta años en 2004. Tenía unos hermosos ojos de color café y cabello lacio, oscuro y brillante, con un corte *bob*. Usaba una capa de lana gruesa, cerrada con un broche grande de plata. Llevaba falda negra, también de lana y botas del mismo color. Sobre el hombro le colgaba un gran bolso de piel. En una mano también llevaba un elegante paraguas; en la otra, un libro. Notó que la mujer tenía las uñas largas y manicuradas. Ella le sonrió.

—No tienen mucha variedad, ¿verdad? —dijo ella—. Pero supongo que la sección sería más amplia si más gente comprara libros en inglés. Abrieron la tienda apenas hace dos semanas.

Finn no tenía idea de qué hablaba la mujer. Solo asintió e inhaló el aroma de Infinitissimo que parecía haberse quedado impregnado

en la capa. Sí, definitivamente era Infinitissimo.

La mujer volteó hacia las repisas y continuó revisando los libros. Finn hizo lo mismo. Sabía que Rouge estaba de pie junto a él, a la izquierda. Pasó un minuto en silencio y luego la mujer sacudió la cabeza.

—¡Qué pobre selección! —exclamó—. Tan solo algunos libros de suspenso y literatura para chiquillas. Algunos clásicos. —La mujer miró a Finn y a Rouge—. Bueno, al menos encontré esto. No lo he leído. —Les mostró el libro que tenía en la mano: *Matar a un ruiseñor*—. ¿Ustedes lo conocen?

—Sí —dijo Finn, encantado de contestar afirmativamente—. ¡Sí! De hecho, este lector está bastante familiarizado con el libro.

La mujer se le quedó viendo. Entrecerró los ojos pero había una tenue sonrisa en sus labios. Finn se dio cuenta de que otra vez se había referido a sí mismo en tercera persona.

—Sí —agregó, confundido y molesto consigo mismo—. Yo lo leí hace muchos años, pero…

—¡Mamá! ¡Ahí estás! —se escuchó.

Era una voz joven.

Una voz adorable.

Era la voz de una adolescente, de una chica.

—¡Vaya! —agregó la voz—. ¡Te buscamos por todos lados!

Finn supo de quién se trataba, incluso antes de voltear y mirar.

Y entonces giró.

Ahí estaba ella.

Era delgada. Ni alta ni baja. Tenía el largo y brillante cabello dorado sujeto en una coleta. Algunos mechones encrespados le molestaban sobre la frente y las mejillas, y se movían con la ligereza con que lo harían los hilos de seda con el viento. De ella manaba el perfume, ella era la fuente. Infinitissimo, por supuesto. La esencia encontró su camino hasta él y le provocó vértigo.

—Silencio —dijo la mujer—, no grites tanto.

—No es una biblioteca, mamá —respondió la chica llanamente.

Unos metros detrás de ella apareció otra niña. Tenía las mejillas rojas por la carrera. Era más chica y evidentemente era la hermana. Era bonita pero no tan carismática.

—¡Elli! —gritó la más chica—. Ya los tengo, los encontré. ¡Mira!

—exclamó al mismo tiempo que levantaba dos DVD.

Elli. La llamaba Elli. Era ella, Eliana, o mejor dicho, su visión de Eliana.

—¡Te dije que no me llamaras Elli! —la reprendió la mayor—. No me gusta.

—Lo siento, Elli —respondió la más chica y luego puso los ojos en blanco con un dejo de teatralidad—. ¡Ups!

La mayor le dio un ligero coscorrón en la cabeza que enfatizó con un «¡poing!». Era evidente que no estaba molesta.

La más chiquilla se rio.

—Excelente trabajo, Sherlock —dijo Eliana mientras veía los DVD.

—¿Puedo verlos? —preguntó la mujer y los tomó. Leyó los títulos.

—¿Está bien? —preguntó la hija menor.

—¿Esto fue lo que pidió Robert? —las cuestionó la madre.

Robert, pensó Finn, su hermano mayor.

—¡Sí! —contestó Madeline.

La mujer notó que Eliana tenía otro libro en la mano. Era grueso y estaba forrado con tela. Tenía líneas horizontales de varios grosores y atrevidos colores como turquesa, rosa, amarillo, anaranjado, verde.

—¿Qué es eso? —preguntó con curiosidad la mujer.

—Nada —contestó Eliana encogiéndose de hombros, y se lo pasó a la otra mano para ocultarlo de la mirada fiscalizadora de su madre.

—Bueno, entonces vamos a pagar. —La mujer volteó a ver a Finn y a Rouge; no los había olvidado—. *Ciao* —dijo, y dio la vuelta.

De pronto Eliana cobró conciencia de la presencia de Finn y lo miró. Sus ojos, de una oscuridad intensísima, recorrieron su rostro, y él se quedó ahí, transfigurado. Era perturbador ver a alguien de cabello tan claro y ojos de un negro tan profundo.

—¿Eliana?, ¿ya vienes? —preguntó su madre. Luego colocó la mano sobre el hombro de la chica y la condujo en la dirección correcta, al mismo tiempo que miraba a Finn como diciendo: «Mi hija, la soñadora».

Mientras el trío de mujeres se dirigía a la caja registradora, Finn escuchó a la más joven decir:

—¿Puedo tomar una malteada arriba?, ¿en el café?

—Yo quiero café *latte* —dijo Eliana.

—Eres demasiado chica —señaló su madre.

Luego ya no pudo escucharlas más.

Finn notó que no estaba respirando.

Y entonces vio que Rouge estaba a su lado.

—Eso fue bastante intenso —dijo ella.

—¿Ahora me crees? —preguntó él, a modo de respuesta.

Finn ya no pudo concentrarse en los libros. Por algunos minutos fingió que buscaba, pero dejó de hacerlo poco después.

—Tal vez también podríamos subir y beber algo —dijo—. Este jugador debe admitir que tiene mucha curiosidad por ver qué inventará si las vuelve a encontrar.

—Pues ya lo dijiste —exclamó Rouge y tomaron la escalera eléctrica hacia el piso superior.

—¿Deberíamos hablarle al profesor Grossmann acerca de nuestras sospechas? —preguntó Rouge—. Tal vez les sirva de algo la información. Deberíamos hacerlo, ¿no crees? Es nuestro trabajo, ¿no es cierto? Hacerles saber cómo sentimos el juego.

Al llegar al piso superior siguieron los señalamientos hacia el café. Antes de llegar pasaron por una sección donde se exhibían calendarios de 2004 en rebaja. Todas las mesas del frente estaban ocupadas y no se veía por ningún lado a la mujer con sus hijas. Detrás de la barra había más mesas, pero no se alcanzaba a ver hasta allá porque se interponían el refrigerador y las repisas del café. Finn esperaba que estuvieran sentadas allá y que hubiera una mesa disponible cerca de ellas.

Tuvo suerte en ambos casos.

Finn y Rouge se sentaron en la única mesa disponible del café, junto a la mujer y sus dos hijas.

—Nos topamos de nuevo —dijo la mujer—. ¿Encontraron algo que leer?

—Me temo que no —dijo Finn.

—No les gusta la literatura para nenas, ¿eh?

La mujer hablaba con un agradable tono irónico, pensó Finn.

—Todavía no —contestó él sin entender a qué se refería con «para nenas», pero hizo una nota mental para buscar el término después del juego.

—Ay, mamá —dijo la hija mayor—, ¡eres tan delicadita!

—¡Eliana! —exclamó la madre, al mismo tiempo que volvía a ver a Finn y a Rouge con cara de «disculpen a mi hija»—. ¿Dónde quedaron tus buenos modales?

—Debo haberlos dejado abajo, en la sección de literatura para nenas —contestó Eliana, y luego miró a Finn—. Es que si un libro no tiene por lo menos doscientos años, no es suficientemente bueno para mi madre. Aunque no quiero decir que no debamos leer a los clásicos.

—Claro que no —dijo él, mientras pensaba que esta jovencita que había inventado era demasiado cautivadora.

La hermana menor ya había terminado de beber su malteada y se entretenía haciendo desagradables ruidos al succionar el fondo del vaso con su popote.

—¡Madeline! —le dijo su madre.

Y ahí estaba también su nombre: Madeline.

La niña dejó de sorber y miró a Finn.

—Estoy leyendo *Harry Potter* —dijo—. Ese es un clásico, ¿no?

—Lo será —dijo él—. Te lo aseguro. No tengo la menor duda.

Rouge le dio una patadita a Finn por debajo de la mesa.

¿Cuál era el problema? Se trataba solo de un juego.

—¿Cuál fue el último libro que leíste? —preguntó Madeline.

—*Orgullo y prejuicio* —contestó Finn.

—¿En serio? —preguntó Eliana abriendo bien los ojos, llena de deleite—. ¡Yo también lo estoy leyendo ahora!

—Lo sé —dijo él—. Lo sé.

Nadie se movió. Todas se quedaron viéndolo. Todas.

Oh, no, pensó Finn, había ido demasiado lejos en esta ocasión. Fue un error revelar tantos datos. Hubo un momento, tal vez medio segundo, en que casi sintió que estaba desincronizado y que era arrojado al principio del Nivel Dos. Se quedó esperando el golpe del rechazo.

Pero no hubo rechazo. Ahí seguían ellas, mirándolo y esperando que continuara.

—Claro que lo sé —dijo—. Todas las niñas bien informadas de tu edad leen a Jane Austen.

—Muy cierto —dijo la madre.

Y Finn comenzó a respirar de nuevo.

Eliana se estiró y tomó un sorbo del café *latte* de su madre.

—Mmm.

—Eliana —exclamó la madre—, puedes poner tu crecimiento en peligro.

—Tienes goma de mascar —dijo Madeline, y señaló el bolsillo del frente de Finn.

—Oh, sí —dijo él. Había olvidado que traía la goma consigo. La sacó para compartirla con la niña—. ¿Quieres? —le ofreció.

Madeline se estiró para tomarla.

—¡Madeline! —dijo la madre—. No tomes todo el paquete.

La niña se ruborizó.

—Tal vez solo uno, gracias —dijo, tratando de adoptar los buenos modales de su madre.

Finn abrió el paquete y de él cayeron las cinco piezas.

Las chicas se rieron.

Le entregó una a Madeline.

—¿Tú también quieres? —le preguntó a Eliana.

—Sí, gracias —dijo, y tomó otra pieza.

Luego Finn le ofreció goma de mascar a la madre.

—¡Ay, no, cómo cree! —dijo ella.

Rouge frunció la nariz. Como la mayoría de la gente de ascendencia francesa que conocía, era bastante quisquillosa respecto a lo que se metía a la boca.

—Pero yo sí quiero —dijo Finn con un dejo de temeridad.

Observó a las niñas masticar los rectángulos rosados y hacer bombas con ellos. Desenvolvió el suyo y se metió la goma de mascar a la boca.

Era agridulce; demasiado dulce en realidad. Y también bastante ácida. Parecía de plástico; era como si estuviera masticando una de esas gomas que tenía su madre en el estuche de su equipo. Eliana se rio.

—Es muy ácida, ¿verdad?

—Sí, lo es —dijo Finn, pero las palabras se le atascaron en la boca con aquel montón de… lo que fuera. Trató de hacer una bomba, pero no pudo y además falló con mucha torpeza. Las chicas se rieron.

—¿Cómo hacen esas bombas? —les preguntó.

—Primero tienes que masticar la goma hasta que quede suave —le explicó Eliana.

Finn masticó con más ahínco.

—Sí. Pásala por toda tu boca —prosiguió—. Deshazte de los cristalitos ácidos. —Eliana miró a Finn por un instante—. ¿Ya desaparecieron?

—Sí, ya casi se acaba el sabor agridulce. Y los cristales también.

—Muy bien. —Eliana masticó la goma de mascar y se la pasó por toda la boca, tratando de encontrar la manera de explicar el procedimiento paso a paso—. Ahora haz una pelotita con la goma usando la lengua. El paladar la tiene que mantener en su lugar. ¿Sí puedes?

—Creo que sí —dijo Finn mientras reía, masticaba y rodaba la goma—. Sí, creo que se está formando.

—Ahora mueve esa pelotita hasta que quede detrás de tus dientes. De los dientes frontales, claro. Ahora la tienes que aplastar con la lengua para alisarla. —La chica abrió la boca y le mostró.

—¡Fuchi! —exclamó Madeline.

Eliana infló una bomba.

—¡Ups! A veces solo sucede automáticamente.

Finn empezó a reír de nuevo.

—Este masticador cree que no puede hacerlo.

Eliana y Madeline dejaron de masticar y lo miraron otra vez.

—¿Qué dijiste? —dijo Eliana, entre risas.

—Que este masticador… —empezó a decir Finn, pero luego se detuvo y volvió a articular la frase—. Yo creo. Yo estoy seguro de que no puedo hacerlo. —Contó los pronombres en primera persona como si cada uno fuera una bofetada—. Yo creo que no puedo hacer bombas de goma de mascar.

—Sí puedes —dijo Eliana—. Solo tienes que aprender a presionar la goma con la lengua y luego…

Finn atravesó por completo la goma con la lengua.

—Ahora tienes que volver a empezar —dijo Eliana, entre risas.

—Y nosotras tenemos que irnos —dijo la madre, al mismo tiempo que le daba unos toquecitos a su reloj.

—Gracias por la lección —dijo Finn—, les prometo practicar, pero me temo que es más que suficiente por hoy. —Y tras decir eso, solo se deshizo de la goma al tragarla de golpe. Gulp.

—¡Oh! —exclamaron Eliana, Madeline y su madre.

—¡Se tragó la goma de mascar! —gritó Madeline, asombrada.

—No debes hacerlo —le dijo Eliana, y como si le preocupara tragarse la suya, se la sacó de la boca, la colocó en la envoltura y la tiró en el cenicero.

—No sabía —dijo Finn, pálido.

—Oh, no —dijo Rouge—. ¿Es peligroso? —Había permanecido tan callada que su preocupación fue particularmente intensa.

—Oh, no se preocupe —dijo la madre—. Solo no lo convierta en un hábito. —La mujer le guiñó a Finn—. No es que crea que pudiera volverlo a hacer. —La madre terminó su café—. Muy bien, niñas, es hora de salir corriendo de aquí. —Entonces volteó a ver a Finn y a Rouge—. Fue un placer conversar con ustedes. —Se puso de pie—. ¿Están de visita en Berlín?

—Sí —contestó Finn, al mismo tiempo que se ponía de pie también—. Así es.

—Somos estudiantes de intercambio —dijo Rouge—. De Greifswald.

¿Estudiantes de intercambio? ¿De Greifswald? Finn miró a Rouge, pero ella evitaba el contacto visual mientras jugaba a hacer girar el cenicero con el dedo y veía cómo la goma de mascar de Eliana en su envoltura daba vueltas y vueltas.

Finn volteó a ver a Madeline.

—¿Te gustaría llevarte los dos cuadritos de goma de mascar que quedan?

—¿De verdad? —preguntó ella.

—Por supuesto. ¿De qué sirven los amigos si no comparten la goma de mascar?

—Gracias, amiguito —dijo la niña y todos rieron. Luego estrechó la mano de Finn—. Soy Madeline, mucho gusto.

—Finn —contestó él. Volteó hacia la madre y también estrechó su mano. Ella se presentó como Angelika. Por último giró para ver a Eliana—. ¿Hasta luego…?

—Eliana —dijo ella con una sonrisa.

Va a ser una belleza, pensó Finn. O mejor dicho, ya lo era. O lo fue. ¿O…? Olvidémoslo, era demasiado confuso y, además, esa chica era solamente producto de su imaginación.

—Hasta luego… Finn —dijo Eliana—. La próxima vez que nos encontremos quiero verte haciendo bombas de goma de mascar.

—Es un trato.

—¿Lo prometes? —preguntó Madeline. Finn asintió y todos se despidieron.

Rouge volteó a verlo en cuanto las chicas y su madre se perdieron de vista.

—Entonces —dijo, bastante aliviada—, misión cumplida. Ya hiciste otro amigo.

—De hecho, fueron tres amigas —dijo él, corrigiéndola.

11

FELIZ AÑO NUEVO

Finn eructó con el sabor de la goma de mascar. Fue muy desagradable. El profesor Grossmann le dijo que era de esperarse.

—¿Pero cómo es posible? —preguntó Finn—. Fue solo una visión. Si bebemos una copa de vino en un sueño, no nos despertamos ebrios.

—Se debe tomar en cuenta el poder de sugestión de Proyecto Tiempo —explicó el profesor—. Por eso es tan importante tener cuidado. —Entonces le guiñó un ojo a Finn con ese aire paternal de siempre, y se aflojó la corbata de cordón. La corbata que traía ahora era más elegante. Tenía un broche de topacio pulido, montado sobre una pieza de oro y las cintas de cuero beige terminaban en puntas doradas. Combinaba muy bien con su traje de pana café.

Finn le comentó al profesor Grossmann sus teorías sobre el juego, y sonrió mientras las escuchaba, pero se negó a admitir que las sospechas de Finn tuvieran fundamento. Este, por su parte, estaba demasiado cansado para insistir. Cuando el juego terminó, se dio cuenta de que había sido demasiado extenuante y confuso. La Eliana del juego y la Eliana del diario se mezclaban en sus pensamientos. Por si fuera poco, se quedó dormido en la sala de evaluación mientras lo examinaba la asistente del profesor. Yuka Shihomi era una tímida pre-adulto, tal vez uno o dos años mayor

que él. El profesor Grossmann interrumpió la entrevista, envió a Finn de inmediato a que le descargaran los recuerdos en el laboratorio de memoria, y luego lo mandó a casa en un robotaxi.

Finn se acostó y durmió un largo rato. Pero cuando despertó a la mañana siguiente en lugar de sentirse fresco tenía una profunda sensación de incomodidad. Le habría gustado platicar con Rouge para organizar sus pensamientos acerca del juego pero ella no estuvo disponible. Casi inmediatamente después de terminar el Nivel Dos, la enviaron a una misión con Jaydeep Makhijani. A Finn le desagradaba mucho la idea de contactarla. Le preocupaba que hubiera malinterpretado su comportamiento y creyera que estaba tratando de cortejarla. En el juego estuvieron a punto de besarse, lo cual lo perturbó bastante y se sumó a su incomodidad. Qué bueno que no lo hicieron. Había cierta frialdad y distancia en Rouge que… Sí, tal vez esa era la mejor manera de describirla: distante. Pero era precisamente esa misma capacidad de distanciarse, ese genial don que tenía para la observación crítica, lo que podría ayudarle a él a terminar con su ansiedad. Esperaría hasta Año Nuevo para hablar con ella. Rirkrit Sriwanichpoom la había invitado a la fiesta anual del Iceberg.

Finn pasó los siguientes dos días en su DPA leyendo acerca de Buchhandlung Dusenhuber (la librería Dusenhuber de Berlín); buscó información acerca de la literatura «para nenas» y la historia de Kantstraße; y analizó como sabueso los cabos sueltos en el diario de Eliana. También practicó su alemán con celuloides y grabaciones antiguas. Sentía que, durante el juego, su alemán se escuchó un poco forzado, y le habría gustado sonar más natural y relajado.

En medio de toda la actividad continuaba en sus pensamientos. ¿Qué cantidad del juego habría inventado él? ¿Y qué cantidad habría sido generada por los diseñadores del mismo? Entre más lo pensaba, más convencido se sentía de que se trataba de una visión, de algo como un sueño. Era la única conclusión lógica. Pero entonces, ¿cómo lograron extraer todas aquellas imágenes de su subconsciente, moldearlas para que formaran parte de la historia y luego transmitirlas a la visión de Rouge? Porque era evidente que ella había percibido su sueño. Todo indicaba que, además de la «inmersión total» garantizada, este rasgo de la experiencia era, en

realidad, la verdadera novedad.

Finn siguió reflexionando sobre todo lo anterior en su camino a Greifswald para la fiesta de Año Nuevo. Era una tarde oscura y de frialdad inclemente. Los pocos minutos que tuvo que caminar de la estación del SwiftShuttle al Iceberg fueron brutales; los dedos le dolían demasiado por el frío. Algo le pasaba a sus guantes… de nuevo. Ahora tendría que llevarlos a la estación de reparación solartérmica. Llegó a la biblioteca con algunos minutos de sobra antes de que comenzara el primer brindis de la festividad, por lo que se le ocurrió entrar en calor con un zing.

En cuanto llegó a su oficina sacó el té y el jengibre y elaboró la bebida caliente. La dejó reposar para que se hiciera la infusión, y se preparó para responder algunos correos que le fueron enviados al BC. Estaba por sentarse cuando de pronto su mirada se encontró con lo que había sobre su escritorio. Finn se descontroló tanto que incluso no calculó bien la posición de la silla y cayó al suelo. Se quedó ahí unos instantes. O tal vez fueron minutos. Sabía que estaba hiperventilando y, de hecho, hasta se escuchó jadear y respirar con dificultad. Tenía las manos sudorosas y la oficina le daba vueltas. Cerró los ojos y se quedó ahí, en el piso, luchando contra las náuseas. Estaba seguro de que se trataba de una broma o una mala jugada de la última luz gris de la tarde, que todavía se alcanzaba a colar por la ventana. Esperó a que el corazón dejara de palpitarle con tanta rapidez, y luego se levantó y miró de nuevo.

Pero seguía ahí. El libro de Eliana, el que tenía en la mano en la librería Dusenhuber, en el juego.

Era un libro grueso, tal como lo había notado anteriormente. Estaba forrado con tela, con líneas horizontales de varios grosores y atrevidos colores como turquesa, rosa, amarillo, anaranjado y verde. Sin embargo, ahora lucía descolorido por el paso del tiempo.

¿Qué significaba? ¿Cómo pudo un libro, que fue solo una visión en un juego, llegar hasta ahí? ¿Sería una broma de Rouge? ¿O tal vez del profesor Grossmann? ¿Habrían revisado sus recuerdos? ¡Eso estaba absolutamente prohibido! ¿Qué juego estarían jugando… él, ella, ellos, quien fuera? ¿O habría alguna otra explicación?

A Finn le temblaron las manos al abrirlo. Sí, era su diario, y en él había una pulcra escritura.

Comenzó a leer.

Domingo, abril 25, 2004

Adoro este diario nuevo. Tal vez el papel no es tan fino y suave como el del diario de piel de papá, pero pesa y brilla más. Mi pluma fuente se desliza sobre él como cuando patino temprano por la mañana en el Eisstadion antes de que llegue todo mundo y el hielo de la pista comience a derretirse. La superficie del papel es sumamente suave y pareja. Y me encanta el sonido de las hojas cuando las paso hacia atrás o hacia delante, o cuando las rasguño. Levanté el diario, lo coloqué cerca de mi cabeza y escuché el sonido de las hojas cuando las pasé como abanico. Robert dice que soy una fetichista. Tuve que buscar la palabra en el diccionario, y ahora creo que sí, tal vez el papel es mi fetiche.

Ayer fui a la nueva librería Dusenhuber para comprarle un regalo de cumpleaños a Robert, y ahí fue donde encontré esta libreta. Después subimos al café y bebí un smoothi de fresa. Conocimos a gente extrañísima. Estudiantes de intercambio. Su alemán era muy…

Finn sintió que le subía la temperatura en todo el cuerpo. Y luego se puso a temblar incontrolablemente. Las rodillas le bailaban como si tuvieran vida propia. Trató de detenerlas con las manos pero los espasmos musculares continuaron. Se sentó y vio que sus rodillas siguieron moviéndose hasta que, finalmente, se puso de pie y abrió la ventana de golpe. El viento frío entró y le golpeó el rostro. Finn se quedó ahí parado por unos instantes y respiró el aire helado, luego volteó con prisa y se lanzó sobre el diario.

Conocimos a gente extrañísima. Estudiantes de intercambio. Su alemán era muy gracioso, como demasiado formal y forzado. Ella casi no habló, pero era muy hermosa, aunque algo seria. Tenía un fabuloso cabello rojo; color cobre. Y rizado. Él era…

No era posible. No podía serlo.

Él era raro. Agradable, muy lindo, pero súper intenso. Y se me quedó viendo todo el tiempo. Ok, no todo el tiempo pero sí mucho. Y luego le enseñé cómo hacer bombas con la goma de mascar, ¡y él se la tragó! Mamá dijo…

Finn estaba temblando. Cerró la ventana y recargó la frente en el marco de *glazex*. Miró hacia abajo y vio que los techos rojos de Greifswald brillaban bajo la luz crepuscular. Estaba despierto. De eso estaba seguro. No era un sueño, y tampoco se encontraba en un juego. Tenía que haber una explicación razonable. *Tenía* que haberla. Era una broma, una broma demasiado compleja, pero una broma al fin y al cabo.

Mamá dijo que él era adorable. Odio que use esa palabra. Solo porque trabaja en el negocio del cine, cree que sabe lo que a las chicas les parece adorable. «Adorable», le dijo a papá poco después, «pero como de otro mundo. Había algo etéreo en él. Era como un alma vieja. Muy triste, por alguna razón. Enternecedor. Y su ropa. ¡Vaaaaya!» Luego entró a su estudio y salió con un catálogo de Quelle, primavera/verano de 1992, que está usando para ayudar a diseñar el vestuario para esa película este-oeste que está haciendo, la que empieza en 1989 y termina en 2003. Nos mostró una chamarra de parches de cuero que tenía hombreras de aquí a Reykjavik, y yo no podía creerlo, pero en verdad era la mism que llevaba la mujer pelirroja. Y después, ¡mamá encontró la chamarra de él en el catálogo! Era una chamarra de piloto, también con hombreras. Y su camisa polo a rayas. ¡Qué gracioso!

Después mamá dejó que Madeline y yo revisáramos el catálogo. No creerías todas las cosas que en él aparecen. Nuestra sección preferida fue la de ropa interior para hombre. Nos dio un ataque de risa cuando vimos la trusa bikini para hombres que decía «bésame» por todos lados, sobre un estampado de labios rojos. Vaya, ¡creo que ese sí habría sido el mejor regalo de

cumpleaños del mundo para Robert!

Finn cerró el diario y salió de su oficina.

Tal como se lo esperaba, el Salón de Recepción estaba repleto. El Iceberg era muy famoso por su fiesta de Año Nuevo, por lo que la gente codiciaba las invitaciones. Grandes multitudes llegaban temprano y se iban tarde. Finn se perdió las palabras de bienvenida del Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom y de hecho, para cuando llegó, la gente ya estaba abriendo las botellas y el champán burbujeaba sin cesar. Finn recorrió el salón con la mirada. No sería sencillo encontrar a Rouge entre los cientos de personas que se entretejían frente a él, pero como presintió que estaría con Doc-Doc y él siempre vestía de blanco y llamaba mucho la atención, también creyó que tendría suerte en cualquier momento. Por desgracia no vio a ninguno de los dos, así que se fue al siguiente salón, el Salón Internacional de Conferencias, que había sido transformado en una pista de cadencia silenciosa. Los asistentes se balanceaban, giraban y ondulaban más o menos en silencio, al ritmo de un popurrí de Año Nuevo que estaba siendo *simultransmitido* en todo el globo a través de los BC. Los cuerpos se movían juntos como si fueran un paracaídas enorme de seda ondeando en el viento.

—¡Finnkins! —gritó Gao, quien bailaba con Renko. Este trató de halar a Finn de la parte trasera del saco cuando pasó junto, pero falló; ni siquiera estaba seguro de que su amigo lo hubiera notado. Finn sí se dio cuenta de que Renko estaba ahí pero no podía desviarse, no ahora porque al otro lado, más allá del salón de conferencias, alcanzó a ver una deslumbrante entidad blanca en la terraza con calefacción: el director de la biblioteca. Se acercó y descubrió que conversaba con Rouge, Jaydeep y el profesor Grossmann. Llegó hasta donde estaban.

—Buenas tardes —dijo Finn, asintiendo ligeramente. Luego miró a Rouge—. ¿Podemos hablar un momento?

—Pero es que estamos… —comenzó a explicar, pero se detuvo.

Finn imaginó que Rouge habría visto algo en su rostro o escuchado alguna inflexión peculiar en su voz porque miró a

Jaydeep, al director y al profesor, y solo dijo:

—Nos vemos más tarde.

Finn fue por delante y Rouge caminó con prisa para alcanzarlo. Sus botas transparentes de tacón de aguja produjeron un fuerte repiqueteo sobre el duro piso de mármol blanco. La gente volteó y vio a la pareja pasar de prisa. ¿Dónde es el incendio?, parecían preguntar con la mirada.

—¿Qué sucede, Finn? —preguntó Rouge.

Él tenía miedo de hablar, de que la voz se le quebrara. O peor aún, de empezar a llorar.

Pasaron a través de varias habitaciones, tomaron el Sacacorchos, bajaron un par de vueltas y luego se subieron a la Jaula de Cristal, que iba bajando. Se quedaron en el piso de Finn y él abrió la puerta de su oficina.

El lugar estaba oscuro. Finn encendió la luz. El diario seguía precisamente en el mismo lugar en que lo había dejado. Se acercó al escritorio y lo recogió. Le temblaban las manos.

—¿Qué sabes tú acerca de esto? —le preguntó a Rouge.

Ella se quedó inmóvil y Finn vio cómo se elevaba su pecho para luego descender. Rouge inhaló y exhaló. Él tragó saliva mientras esperaba.

—No era un juego —dijo una voz.

Finn y Rouge miraron hacia la puerta. El profesor Grossmann estaba bajo el marco.

—No estaban jugando un juego, señor Nordstrom —agregó el profesor—, estaban viajando en el tiempo.

12

OBEDECE A TU CORAZÓN

El sol calentaba con fuerza el rostro de Finn mientras él yacía sobre la arena. Era uno de esos locos días de enero que recordaba de su niñez: un repentino pero breve y cálido encanto de primavera, apretujado en medio del helado invierno. Su padre llegaba en *planeador* a casa para almorzar y luego organizaban un día de campo en la playa. Se quitaban los calcetines, metían los dedos de los pies al mar y ¡gritaban! El aire estaba caliente pero, oh, el agua estaba taaaaan helada.

Al día siguiente habría un frente frío; fuertes vientos de la costa, incluso nieve, tal vez. Escuchó a las gaviotas graznar y recordó que Lulu solía perseguirlas. Corría detrás de cualquier cosa que tuviera alas solo para verla volar. Recordó cómo gritaba con la mera alegría de solo ser, de solo ser una niña, una niña que corría y aullaba y deseaba poder volar. Qué ironía que muriera en un vuelo, aunque, cuando Finn lo pensó un poco más, el gozo que alguna vez sintió ya se lo habían empezado a arrancar. A partir de los seis años se les enseñaba a los niños a restringirse; se les adoctrinaba para que se imbuyeran en el sosegado pragmatismo de su sociedad. Dicho proceso terminaba a los treinta años, por lo general.

Finn se sentó y giró para mirar hacia al norte, a la bahía. No quería que el sol le llegara de frente.

¿Qué iba a hacer con todo aquello?

Él y Rouge no estuvieron en ningún juego.

Viajaron en el tiempo.

—¿Viajar en el tiempo? —exclamó Finn. Aún tenía en las manos el diario a rayas de la chica.

—Así es, señor —dijo el profesor Grossmann—. En pocas palabras, ustedes viajaron en el tiempo.

—Pero… —interpuso Finn, al tiempo que se dejaba caer en una silla.

—¿Sí?

—Pero…

Grossmann y Rouge se sentaron frente a él.

—Pero… ¿cómo? —preguntó Finn.

—¿Quiere saber cómo funciona? —lo interrumpió el profesor.

—Sí, eso también, pero…

—No es tan sencillo expli…

—No, me refiero a ¿cómo es posible?

—¿Quiere decir que le cuesta trabajo creerlo?

—¡Sí!

—Es física, señor Nordstrom —contestó el profesor Grossmann, visiblemente ofendido—. Física demasiado avanzada. ¿Qué no le enseñaron nada en la escuela? ¿Qué no aprendió acerca del espaciotiempo, la cuarta dimensión, hoyos negros y…

—Sí, pero… —masculló.

—¿Qué no está al tanto de las noticias? ¿Qué demonios cree que hemos estado haciendo en el IOZ todo este tiempo? —preguntó el profesor entre risas.

Finn levantó los brazos en un gesto de rendición.

Rouge solo se quedó ahí sentada, esperando a que Finn analizara los pensamientos que le estaban provocando una revolución en la cabeza. Sabía que no era sencillo para él.

—Señor —dijo Finn finalmente—, es solo que este hombre jamás pensó que durante su tiempo, él mismo…

—¿Él mismo qué?

—Él mismo viajaría.

—Como se podrá dar cuenta, la vida está llena de sorpresas.

—Pero… ¿por qué?

—¿Por qué qué? —preguntó el profesor Grossmann.

—¿Por qué…? —Finn empezó a hablar, pero se dio por vencido. Había demasiados «por qué».

—¿Por qué usted? —preguntó el profesor con amabilidad, al mismo tiempo que trataba de intuir los pensamientos de Finn—. ¿Es eso lo que quiere saber? ¿Por qué lo elegimos?

—¡Sí! —exclamó Finn—. ¡Sí! ¡Precisamente eso! —Su voz se había elevado dos octavas—. ¿Por qué no conseguir a alguien que entendiera física? Como usted o Jaydeep Makhijani; o… —Volteó a ver a Rouge—. Tú lo sabías, ¿verdad? —Finn sintió un ataque de rabia.

Rouge se movió en su asiento y evitó el contacto visual.

—Es su trabajo —dijo el profesor—. Estoy seguro de que usted puede entender eso, ¿no es verdad? A Rouge se le pidió que jurara que no diría nada. —Le sonrió a Finn—. Estaba usted preguntando por qué…

—¿Por qué usted? —se escuchó que preguntaba una voz nasal—. ¿Es lo que quiere saber?

Todos voltearon a la puerta, donde ahora se encontraba el Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom. Tenía consigo una botella de champán y cuatro copas de base larga.

—Jovencito —dijo al entrar a la habitación—, seguramente usted no cree ni por un instante que solo se trató de un capricho de nuestra parte, ¿verdad? —Su voz era tan quebradiza y fría que seguramente haría añicos las copas—. Tuvimos nuestras razones. ¿Por qué demonios lo habríamos enviado si no lo hubiéramos necesitado? —El director miró alrededor y frunció la nariz—. Esta oficina es bastante pequeña, ¿no es cierto? ¿Ni siquiera tiene mesa de conferencias?

Finn solo se le quedó viendo.

—Bueno, el escritorio bastará. —Sriwanichpoom colocó las copas en el escritorio de Finn. Este alcanzó a ver, por la ventana que estaba detrás del director, que había empezado a nevar—. ¿Brindamos? —preguntó el director al tiempo que alzaba la botella y les sonreía a todos, mostrando su deslumbrante sonrisa.

—Por favor contenga un momento las burbujas, Rirkrit, si no le

molesta —dijo el profesor Grossmann, y luego volteó hacia Finn—. A usted le gustaría saber por qué lo elegimos. —El profesor se aflojó la corbata de cordón, pero batalló un poco para abrir el broche, lo cual hizo a Finn preguntarse si estaría nervioso. Las cintas de la corbata de hoy eran de cuero color turquesa; tal vez era piel de iguana, pensó Finn. Y tenían puntas de plata. El ornamento también era de plata. Se trataba de un objeto nativo norteamericano con un motivo intrincado. Era la silueta de un guerrero que dormía sobre un caballo, grabada en lapislázuli oscuro, y montada sobre un fondo de coral y turquesas que representaban el atardecer marino—. En el IOZ —continuó el profesor— hemos estado trabajando durante bastante rato en un proyecto que se enfoca en viajes por el tiempo al pasado, y en la forma en que se pueden utilizar estos para beneficiarnos en el presente y el futuro. El Doctor Doctor Sriwanichpoom nos ha ayudado en el aspecto histórico y se mantiene al tanto de nuestra investigación. Asimismo, *mademoiselle* Moreau escribirá una tesis de doctorado con la información de nuestros experimentos. Si accede a colaborar con nosotros, ella se reunirá con usted y juntos realizarán un resumen de la operación cuando esta haya terminado. Naturalmente, al publicar la tesis, su participación permanecerá anónima. —El profesor le sonrió a Rouge e hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. Nuestro trabajo es especulativo —continuó—, y por desgracia, al igual que en todos los experimentos científicos, hemos tenido algunos imprevistos. No obstante, hace poco comenzamos a tener razones para creer que nuestras hipótesis todavía podían ser probadas. Para realizar una investigación más profunda nos vimos obligados a buscar a alguien que realizara las pruebas, pero que poseyera varias características muy específicas. Fue entonces que lo notamos a usted, señor Nordstrom.

—¿Y esas características son…? —preguntó Finn, a quien le seguía incomodando el tono condescendiente de la explicación.

El amable profesor se desabrochó el cuello de la camisa. Definitivamente estaba nervioso, pensó Finn.

—Nuestra zona de estudio es Berlín y el norte de Alemania, en los años que precedieron inmediatamente el estallido del Invierno Negro. La Alemania de principios del siglo XXI es un sujeto

fascinante para la investigación histórica, arqueológica, cultural y científica, pero como ya estará usted al tanto, no está de moda. En estos tiempos muy pocos académicos se dedican a estudiar la Alemania de entre siglos. Usted, señor Nordstrom, es uno de los poquísimos que, además de entender la cultura popular alemana de aquel tiempo, también habla el idioma. Y eso era vital para nuestro proyecto.

—¿Y qué hay del doctor Beyer en Stralsund?

—El doctor Beyer es un hombre excelente —interpuso el Doctor Doctor Sriwanichpoom—, pero por desgracia este proyecto exigía juventud. Necesitábamos a alguien que todavía fuera pre-adulto.

—¿Y por qué no llamaron a Rina Stehn o Chrissi Nowman, que están en Hamburgo? —preguntó Finn.

—¡Son mujeres adorables! —dijo el director de la biblioteca—. Pero este trabajo era para un varón.

—Además, podríamos añadir —interpuso Rouge— que se necesitaba un hombre de buena presencia y cierto *savoir faire*…

Finn se ruborizó; se consideraba a sí mismo demasiado ordinario.

—¿Y por qué no Renko Hoogeveen? —insistió.

—Por desgracia —explicó Sriwanichpoom—, otro de los prerrequisitos era tener salud impecable. Como le mencioné anteriormente, en nuestra primera reunión para Proyecto Tiempo, su amigo tiene serios problemas médicos. —El director levantó la botella de champán—. ¿Brindamos?

El profesor asintió y volteó a ver a Finn.

—En resumidas cuentas, pensamos que usted era «el Elegido».

Ahora hacía más frío al borde del agua. Estaba mucho más fresco. Había nubes, franjas rosadas que se trazaban hasta más allá de la puesta de sol, sobre un cielo violáceo. La arena había perdido el calor del día y a la playa la bañaba una capa de luz púrpura. Al fondo, las crestas de las olas brillaban con un tono lavanda. Era tan hermoso, pensó Finn… tan hermoso, que dolía.

La brisa sopló y Finn se envolvió en el suéter tejido.

Podría volver, ¿no? A Fire Island. Renunciar a su empleo en Greifswald, volver a abrir la tienda de su padre en la costa

Rockaway y venderles muebles de madera del siglo XXI hechos a mano a monjes tibetanos y viudas adineradas. O podría conseguir un empleo de maestro de alemán en una escuela de alguno de los pueblos. En Nueva York o Boston. Incluso en Washington. Sería fácil transportarse hasta allá. Pero, ¿quería dar clases?, ¿existían siquiera los empleos para enseñar? El alemán no era el idioma favorito de las masas. Hasta el latín le entusiasmaba más a la gente.

Miró al mar.

¿Qué iba a hacer con todo lo sucedido?

Era de noche en Greifswald. Por la ventana Finn vio hacia abajo, al pueblo espolvoreado de nieve. Escuchó, apagadas, las voces de algunos de los invitados a la fiesta de la Biblioteca de Europa que ya se iban. Cantaban una alegre canción de Año Nuevo.

—Sí, señor Nordstrom —dijo el profesor Grossmann—, pensamos que usted era el Elegido.

—¿El elegido? ¿Para hacer qué?

—Para salvar nuestro proyecto. Ciertamente es un trabajo peligroso, pero el esfuerzo es heroico.

—Qué idea tan absurda —dijo Finn llanamente—. Este hombre no es un héroe y tampoco desea convertirse en uno.

—Se subestima usted —dijo el profesor.

¡Pop! La botella estaba abierta y el champán manó burbujeante de su verde cuello hasta la copa que sostenía el Doctor Doctor Sriwanichpoom.

Rouge volteó a ver a Finn.

—Sabemos que no es fácil para ti, solo te pedimos que confíes en nosotros.

—¿Confiar en ustedes? Eso es demasiado pedir. Enviaron a este amigo a una misión de tontos… a un sanitario público en el año 2003. —Finn notó que la voz se le estaba quebrando—. ¿Y piden que confíe en ustedes?

—No fue una misión de tontos —dijo Grossmann.

—Pero sí fue en un sanitario público.

Rouge, Grossmann y Sriwanichpoom se rieron. De hecho, Grossmann se carcajeó tanto que su corbata de cordón se balanceó hacia atrás y hacia delante.

—Tiene usted sentido del humor —dijo Sriwanichpoom—, de verdad lo tiene. Y alguien así siempre es bienvenido.

—No te traicionamos, Finn —dijo Rouge sin mayor aspaviento, y él volteó a verla.

—Ustedes… pusieron la vida de este amigo en peligro. Lo vistieron como si fuera una muñeca, le pusieron un *mohawk* falso y además…

—¿Un qué? —preguntó el profesor Grossmann—. ¿Un mosco qué?

Finn ignoró al profesor y continuó hablando.

—Lo copiaron célula por célula, lo transportaron, teletransportaron, reconstruyeron, célula por célula, de nuevo…

—Finn —interrumpió Rouge—. ¿Quieres saber cómo lo hicimos? Porque no es tan…

—¡No! —dijo él, con un salto—. ¡No! ¡Este hombre no quiere saber! Es demasiado confuso y aterrador. —Finn dio vueltas en la oficina.

—No podemos negarlo —dijo el profesor—. Es un poco aterrador, pero el mayor peligro radica en el pasado, no en el proceso de llevarlo allá y traerlo de vuelta. Aunque, claro, eso también tiene su nivel de riesgo.

Sriwanichpoom continuó vertiendo el champán en las copas, pero levantó la mirada un instante.

—¿Dónde está su espíritu de aventura, jovencito? Nosotros nos dejamos convencer por su… ¿cómo le llamaremos? Su «peculiar naturaleza poética»; porque tenía un poco más de espíritu. ¿Acaso no dijo usted mismo, en su primera junta de información para el Proyecto Tiempo: ¿«¿Por qué no correr riesgos?»? ¿Y no preguntó: «¿Acaso no jugamos para poder experimentar el peligro?»? ¿No recuerda haber dicho: «¿No es eso lo que le infunde emoción a todo esto?»?

A Finn no le agradó en absoluto que le echaran en cara sus propias palabras.

—Pero esto no es un juego —dijo—, así que, ¿para qué todo este *baloney* de que se trataba de un juego cuando en realidad no era así?

—¿*Baloney*? —preguntó Sriwanichpoom.

—¡Me engañaron! —dijo Finn. ¿Tendría que traducirles lo que significaba *baloney*? Estaba seguro de que lo intuirían. O de que Rouge se los enviaría en un mensaje por BC—. ¡Este hombre se siente embaucado!

—Lo sentimos —dijo el profesor en un tono bastante sincero, por cierto—. Tal vez debimos ser honestos desde el principio, pero uno nunca sabe. Ya en retrospectiva, la visión siempre es de 20/20. —Hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas—. El problema es que algunas personas no responden bien al viaje por el tiempo si saben lo que están haciendo. Se preocupan demasiado y regresan fragmentados, ansiosos. Les dan dolores de cabeza, sufren de problemas estomacales; les duelen las articulaciones… Nada letal, por supuesto, pero son problemas que obstaculizan nuestra investigación y ocasionan retrasos innecesarios. Es por eso que a veces lo mejor es que los viajeros ni siquiera se enteren. —El profesor se enjugó la frente con un pañuelo arrugado que sacó de su bolsillo—. Pensamos que lo mejor era asegurarnos de tomar el camino más adecuado antes de revelar la verdad. Queríamos mantener abiertas nuestras opciones. Y, además, no deseábamos asustarlo.

Sriwanichpoom pasó las copas de champán.

—Ni emocionarlo demasiado —dijo el director—. ¿Para qué dejar que se hiciera ilusiones con algo que podría no llegar a ningún lado al final?

—¿Ilusiones?

—Casi todos los jóvenes de su edad enloquecerían por la oportunidad de viajar en el tiempo —señaló Sriwanichpoom—. Francamente no entendemos por qué a usted no le causa emoción.

Finn, quien no había dejado de dar vueltas en la oficina, se detuvo un momento. Tenían razón, casi a todos los jóvenes les encantaría viajar en el tiempo. Debía admitir, además, que la experiencia fue relativamente indolora, bastante placentera, e incluso educativa. Pero ese no era el punto, ¿verdad? Todo el asunto le había dejado un mal sabor de boca. Estaba lleno de contradicciones y quedaban demasiadas preguntas sin contestar.

—Pero —continuó Rirkrit Sriwanichpoom— hicimos lo correcto al mantener nuestras opciones abiertas. Es evidente que usted no

está a la altura de la misión.

Rouge miró a Sriwanichpoom como reprochándole algo.

Sriwanichpoom fingió no verla y levantó su copa para brindar. Algunas gotas de champán se derramaron sobre el diario. Finn se lanzó al escritorio. En el camino tiró una silla, y luego abrió un cajón, sacó un paño y secó el diario. Grossmann, Sriwanichpoom y Rouge se quedaron boquiabiertos, bastante sorprendidos ante la demostración de angustia de Finn. Por algunos minutos hubo silencio y miradas en todas direcciones. Había tanto silencio que se podía escuchar la efervescencia del champán en las copas.

Finn fue quien acabó con la incómoda situación.

—¿Y qué hay acerca del diario? —preguntó—. ¿De qué se trata? ¿Sabían que ella escribió sobre nuestro encuentro?

—Lo sospechábamos —dijo el profesor—, por su comportamiento. En cuanto supimos que se habían encontrado en aquella librería pensamos que tal vez sucedería. ¿Qué le podemos decir? Fue una coincidencia, el destino. Estas cosas pasan. Puede culpar a la librería Dusenhuber.

—¿Dusenhuber?

—Con un nombre tan rarito como ese —dijo Sriwanichpoom—, se merece que la culpemos.

A Finn le pareció que, de toda la gente del universo, Rirkrit Sriwanichpoom era el menos indicado para burlarse del nombre de algo o alguien más. También creyó que no debían tomar el asunto con tanta ligereza. —¿Cuál es el vínculo entre el diario y su proyecto? —preguntó.

El profesor Grossmann lo miró con intensidad.

—Esperábamos esa pregunta. —El profesor respiró hondo—. Mire, señor Nordstrom, vamos a ser totalmente honestos con usted. Esta es una situación muy intrincada.

La marea estaba subiendo, la noche había llegado. Finn miró al cielo. Era como si cada una de la infinita cantidad de estrellas fuera la respuesta a su pregunta. ¿Y ahora qué?

Tal vez debería unirse a los Forester de Sternwood Forest, en Canadá. Pero tendría que estar muy seguro de la decisión, porque los «convertidos» les hartaban. Si Finn eligiera quedarse con ellos,

tendría que renunciar a su vida y comodidades: al Cíclope, a los esterilizadores de manos, a los swuttles, a robotaxis, probablemente al zing, a su BC la ropa, e incluso a su barba de un solo día. No era un hombre superficial, pero le gustaba aquella barba recién formada en sus mejillas, incluso si eso implicaba batallar con aquel solitario, lacio y burdo pelo. ¿Podría acostumbrarse a afeitarse todos los días si descontinuara sus tratamientos? Tendría libros y una cabaña de madera con chimenea, una computadora y algún artefacto manual de comunicación. Sin embargo, estaría más o menos alejado de toda la gente que conocía y de todo aquello con lo que creció, como esa casa donde habitaba el espíritu de su familia, y la isla que tanto amaba. ¿Y estaría preparado para convertirse en leñador? ¿O en vendedor en una *boutique* de regalos Forester?

Demasiadas preguntas, demasiadas respuestas. Demasiadas estrellas.

Finn se levantó y caminó de regreso a la casa.

—Sí, es una situación muy intrincada —dijo el profesor Grossmann mientras se ponía de pie y se quitaba el saco. En la camisa tenía marcas de sudor debajo de las axilas. Volvió a sentarse y se secó la nuca con el pañuelo.

—¿Abrimos una ventana? —preguntó Finn al tiempo que levantaba la mano. La ventana se entreabrió solo unos centímetros y el aire fresco entró a la oficina. Afuera se veía un planeador que aterrizaba en la pista de aterrizaje de la biblioteca. Más de diez pasajeros desembarcaron de la nave, y todos hablaban conspicuamente en italiano.

—Ah —exclamó el Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom—. Llegaron nuestros invitados de la Biblioteca de Europa en Bolonia. ¿Les importaría si terminamos esta reunión? Este director tiene otros compromisos.

—¿Por qué es una situación muy intrincada? —preguntó Finn—. ¿Porque si vamos al pasado cambiamos el curso de los acontecimientos? ¿O porque…?

Sriwanichpoom resopló con arrogancia.

—¡No sea ridículo, jovencito! ¡Esas son tonterías de la ciencia ficción del siglo XX!

Rouge suspiró. Evidentemente, le parecía que Doc-Doc se estaba extralimitando.

—Señor Nordstrom —dijo el profesor con amabilidad y tratando de explicar el incisivo comentario del director—, ese siempre ha sido un mito común, pero ahora sabemos que existen leyes físicas que protegen al pasado. No podemos cambiarlo, no importa lo que hagamos, siempre nos veremos restringidos para revertir lo que, ciertamente, ya sucedió. Podría parecer que algo se modificó de forma momentánea, pero el planeta siempre lo arreglará. Incluso si fuéramos al pasado para cambiarlo a propósito, las leyes de la física moderna sencillamente no lo permitirían.

—Entonces, cuando vamos al pasado e interactuamos allá, ¿solo nos convertimos en parte de ese pasado?

—Excelente —dijo el profesor— Sí, así es, este profesor no podría haberlo dicho mejor. De eso se trata en…

—¿En pocas palabras? —dijo Finn, quien ya se había dado cuenta de que «en pocas palabras» era una de las frases preferidas del profesor. Tal vez era el resultado de pasar tanto tiempo simplificando fenómenos complejos.

—¿Brindamos por ello? —preguntó Sriwanichpoom, al mismo tiempo que tomaba su copa.

—¿Pero qué tal si, por ejemplo —preguntó Finn, más curioso que sediento—, le hubiéramos dicho a alguien de Berlín, en 2004, que éramos del futuro? Eso habría modificado su visión de las cosas, ¿no es cierto?

—¡Por supuesto! —dijo Sriwanichpoom, y volvió a bajar la copa —. ¡Ahora esa persona pensaría que ustedes eran unos lunáticos! Y si por alguna razón les hubiese creído, entonces alguien más la consideraría una lunática también.

Rouge y Grossmann sonrieron ligeramente ante el intento del director por ser gracioso.

—Pero —continuó Finn, tratando de seguir la lógica— si alguien de nuestro futuro, digamos del año 3000, viajara hacia acá ahora, a Berlín, el primero de enero de 2265, y dijera que él o ella es del futuro, ¿creeríamos que está loco?

—Señor Nordstrom —dijo el profesor con una sonrisa de hartazgo—, apreciamos sus opiniones sobre este fascinante tema. Si

le sigue intrigando la teoría de la posibilidad de viajar en el tiempo, le puedo recomendar alguno de los talleres que ofrece el IOZ a principiantes. Pero tratemos de enfocarnos en este momento. Al Doctor Doctor Sriwanichpoom le agradaría volver a la fiesta.

—Es cierto —dijo el director de la biblioteca mientras se apretaba la coleta de caballo.

—Debemos repetirle que este proyecto estudia el pasado para encontrar la forma de beneficiar nuestro futuro. —El profesor miró a Finn—. ¿No comparte usted nuestro interés?

—Sí —dijo Finn.

—Entonces, volviendo a esa situación intrincada —dijo Sriwanichpoom—, la chica…

A Finn no le agradó que el director dijera «la chica». ¡Ella tenía nombre! Y entonces el director le hizo un guiño.

—No le gusta que le llame «la chica», ¿verdad?

Finn se alteró. Maldito hombre, ahí estaba otra vez, escarbando en su cerebro.

—Su reacción es, precisamente, un ejemplo de por qué esta situación es tan intrincada —dijo el profesor Grossmann—. Aquí estamos tratando con seres humanos y sensibilidades. Somos gente extremadamente lógica y pragmática pero, aunque discretos, también tenemos sentimientos. Cuando nosotros, como usted, señor Nordstrom, conocemos a alguien, siempre nos preguntamos respecto a esa persona. En este caso, es evidente que usted siente cierto vínculo con la jovencita, lo cual lo hace protegerla tanto. De la misma manera, ella incluso escribe acerca de usted en su diario. A eso nos referimos con «intrincada».

Sriwanichpoom jugaba con su cola de caballo y, una vez más, se separó las puntas.

—*Mademoiselle* Moreau mencionó que la chiquilla es un caramelito ardiente.

—¡Rirkrit! —exclamó Rouge—. ¿Por qué lo tiene que provocar? —Luego volteó a ver a Finn—. La palabra que usé fue «adorable».

Sriwanichpoom lanzó la cola de caballo hacia atrás y sonrió con sus enormes y carnívoros dientes.

—Por suerte, ella lo olvidará —le explicó el profesor a Finn—. Y usted a ella. En algún tiempo ninguno recordará lo que sucedió,

pero lo más importante es que también la Tierra se olvidará del asunto. —El profesor se recargó en su asiento—. Estas cosas pasan todo el tiempo. Son fallas técnicas, pequeñas imperfecciones que se solucionan a sí mismas. No hay de qué preocuparse.

Finn se disgustó al escuchar al profesor hablar de Eliana como si se tratara de un vil hipo cósmico. Por alguna razón le parecía inapropiado.

—Pero —intervino Sriwanichpoom— el hecho de que la situación se haya tornado un poco intrincada o «aterradora», como dijo usted, no significa que no pueda ayudarnos con este proyecto.

—¡Absolutamente! —dijo el profesor con emoción renovada—. La oferta continúa abierta, así que si decide ayudarnos tendrá que estar consciente de que estas cosas suceden, y aprender a desapegarse.

Finn estaba abrumado. Era demasiada información al mismo tiempo.

—¿Qué implica su «ayudarlos»? —preguntó—. Todavía no han explicado con claridad lo que se supone que debe hacer este viajero al llegar allá.

—Una vez más, señor Nordstrom, recuerde que seremos francos con usted —dijo el profesor con mucha seriedad—. Es una misión peligrosa no solo en el aspecto físico, sino también porque va en contra de mucho de lo que usted ha aprendido y lo que representamos en general.

Nervioso, Finn tragó saliva.

—Esa es la misión, en pocas palabras. —El profesor le sostuvo la mirada a Finn—. Obedezca a su corazón.

Finn se le quedó viendo. ¿Qué tipo de misión sería? Era lo más estúpido que había escuchado.

—¿«Obedecer al corazón»? —dijo, y se dio unos golpecitos en el lado izquierdo del pecho—. ¿Y cómo hace uno eso?

—Es precisamente lo que queremos averiguar, señor Nordstrom. Suponemos que significa actuar de manera congruente con los instintos de uno mismo.

—¿Instintos?

—Por ejemplo, la mayoría de los europeos no come carne, pero si usted llega a percibir el aroma de un corte de res y empieza a

salivar, entonces deberá, naturalmente, probarlo. Ver adónde lo lleva la experiencia. Pongamos otro ejemplo. Usted camina por una calle y el mapa le indica ir a la derecha, pero usted piensa que sería más interesante ir a la izquierda. Entonces, dé vuelta a la izquierda. —El profesor Grossmann volvió a inclinarse hacia el frente—. Creemos que hay que ser apasionado respecto a las decisiones que se tomen.

—¿Apasionado?

—Muestre su entusiasmo —dijo el Doctor Doctor Sriwanichpoom.

—Entréguese a sus emociones —agregó el profesor, y luego colocó su brazo con una actitud paternal sobre el hombro de Finn —. Nosotros creemos que puede hacerlo, pero la pregunta es: ¿usted lo cree también?

—¿Pero por qué? —preguntó Finn—, ¿cuál es el propósito?

—Confía en nosotros, Finn —intervino Rouge—. Te lo diremos cuando llegue el momento.

—Queremos que lo piense —dijo el profesor—. Tómese un tiempo, unas vacaciones breves. Si quiere, vaya a Norteamérica algunos días —el profesor volteó a ver al director de la biblioteca—; si el Doctor Doctor Sriwanichpoom lo permite.

—Por supuesto —dijo Sriwanichpoom—. El señor Nordstrom ya forma parte de nuestra nómina, podemos reportar su viaje como preparación para trabajo de campo. —Le sonrió a Finn—. Y solo imagínese, estaremos muy contentos de recibir este trabajo de campo como la entrega principal de su investigación para una tesis doctoral sobre historia del siglo XXI.

—Piénselo, señor Nordstrom —dijo Grossmann.

—¿Pero qué pasa si este hombre no se cree capaz de hacerlo? —preguntó Finn, con un gran interés en conocer sus opciones—. ¿O si no desea ser… apasionado?

—Es obvio que no podemos forzarlo a ayudarnos —dijo Grossmann.

—No que no nos gustaría —dijo Sriwanichpoom otra vez con una sonrisa, el demonio aquél.

—Rirkrit —intervino Rouge—. ¡Por favor!

El director de la biblioteca no le prestó atención a Rouge y solo

continuó sonriendo al hablar.

—Bueno, si usted no accede a trabajar con nosotros en este proyecto, solo le pediremos que termine de traducir este diario, y ahí terminará el asunto. Y… —señaló el diario a rayas de Eliana que estaba sobre el escritorio de Finn— también será el fin de Eliana. Y luego… —la voz del director se fue perdiendo.

—¿Y luego? —preguntó Finn.

—Y luego volvemos al tema comercial, por supuesto. —El director levantó su copa—. Tenemos muchísimos informes financieros del Deutsche Bank a la mano. —Le sonrió a Finn y se llevó la copa a los labios—. Salud.

13

¿Y AHORA QUÉ?

La arena estaba fría. Finn se levantó y caminó a la casa. Todavía no tenía que tomar una decisión. El «¿Y ahora qué?» podía esperar un poco más. Por lo menos hasta después de la cena, ciertamente.

El chef Carlo Canelli fue muy amable en preparar los alimentos de Finn. Un grupo de habitantes de Fire Island compartía y cuidaba al androide porque lo consideraba un verdadero tesoro. Su forma de cocinar, y en particular el talento que tenía para la cocina italiana, eran alabados por muchos. En esta ocasión preparó escalopas, fideos y ensalada fresca del huerto.

Finn llevó su cena al piso superior y se sentó a la mesa de nogal con los girasoles pintados. En medio de la misma, donde estuvo el sol un cuarto de milenio antes, se encontraba la réplica genuina del diario rayado de Eliana. No lo había visto desde el día de Año Nuevo, casi una semana atrás. Le tomó un rato descubrir por qué titubeaba tanto en abrirlo y leerlo, pero al final se dio cuenta de que tenía miedo. Sentía que la respuesta a su pregunta «¿Y ahora qué?» se encontraba entre aquellas páginas, y no quería encontrarla. No aún. Sería demasiado perturbador.

Pero al estar ahí, cenando solo, sucedió algo inquietante. De repente el último rayo de sol atravesó una nube e iluminó el diario. Y por un instante fue como si un portal se abriera en Finn, quien

sintió que algo peculiar y amoroso lo embargaba y llenaba cada rincón de su cuerpo, que lo elevaba más y más y más, como un globo que se cierne sobre el océano y salta con gozo entre la brisa. Entonces supo que aquel sentimiento era de alegría y que, por primera vez, se había permitido tener un pensamiento extraordinario: que la chica que conoció vivía. Y ese conocimiento de que Eliana en verdad vivía, o había vivido —si no exactamente ahí, por lo menos en algún lugar—, lo llenaba de felicidad.

Finn comió la pasta y luego la ensalada. Bebió una copa de vino y contempló el diario. Sintió el miedo, pero también el gozo, y entonces se estiró para recogerlo y lo abrió.

Volvió a leer la primera anotación sobre su encuentro en Dusenhuber y luego fue a la siguiente.

Martes, abril 27, 2004

Robert cumplió dieciséis ayer. Después de cenar dijo que iba a salir a tomar una cerveza con unos amigos. A mamá no le agradó la idea, en especial porque era noche de entre semana. «¡Ya tengo dieciséis! ¡Es legal! ¡Ya puedo hacerlo!», gritoneó. Y luego papá dijo: «Uy, uy, aquí vamos. Dieciséis, ya casi llegando a veintiuno». Y después le dijo a Robert: «Tienes que regresar aquí a las once, ¿entendiste?» Pero Robert no llegó sino hasta después de la medianoche. Tocó el interfón —¡me despertó!, pero Madeline siguió durmiendo como si nada. La puerta de abajo tenía echado el seguro y no la pudo abrir ni siquiera con la llave: ¡así de ebrio estaba! ¡Debiste ver cómo salió del elevador tambaleándose hasta el departamento! «¿Dieciséis casi llegando a veintiuno?», le dijo mamá. «¡Más bien pareces de dieciséis casi llegando a seis!» De hecho fue muy gracioso porque Robert se veía igual a quienes salen fingiendo que están ebrios en las películas o en televisión; no podía caminar en línea recta, arrastraba la lengua y se esforzaba demasiado por demostrar que no estaba ebrio, lo cual hacía que todo mundo se diera cuenta de que sí lo estaba. Además era obvio que se hallaba a punto de vomitar. Se fue dando tumbos hasta el baño, pero no fue suficientemente rápido y vomitó sobre toda la alfombra Gabbah de la sala. Papá lo metió a la regadera, lo bañó y lo metió a la

cama. Sobra decir que lo castigaron… ¡de por vida! Además, esta tarde tuvo que llevar la alfombra a la tintorería. Y tiene que pagar el servicio con su propio dinero. Prometo que cuando cumpla dieciséis no me voy a emborrachar con cerveza. Además, de todas formas me gusta más el vino.

Jueves, abril 29, 2004

No pasó nada especial ayer ni hoy, aunque nos devolvieron el examen de inglés. Saqué 2-. Fue la segunda mejor calificación. David Kaplan sacó 2+ (¡pero es que su padre es de Inglaterra!). Papá dijo que si tanta gente lo reprobó se debía a que era un examen demasiado difícil, y mamá dijo que la pregunta de los jeans era capciosa. Teníamos que traducir al inglés la oración «Wann hast du dir die schöne Jeans gekauft?» y yo escribí: «¿Cuándo compraste ese lindo jean?», pero la respuesta era: «¿Cuándo compraste ese par de lindos jeans?», pero cómo íbamos a saber que «jeans» se cuenta como par en inglés? Es solo un pantalón, ¿no? «Pero tiene dos piernas», dijo mamá, «y además, esta es una palabra que más te vale aprender si quieres ir a Estados Unidos cuando estés en preparatoria». Y luego yo le dije: «Pero un hombre también tiene dos piernas, y no decimos «esos hombres». Y ella me dijo: «Apréndelo y ya». Gracias por tu apoyo, mamá.

Finn se sirvió otra copa de vino. ¿Estaba desilusionado? Sí, suponía que sí. Se dio cuenta de que en el fondo esperaba leer más sobre sí, haber dejado una impresión más fuerte en Eliana cuando se conocieron en Dusenhuber. Pero era obvio que no era así. Lo mencionó en la primera anotación y eso fue todo. Ya lo había olvidado, tal como el profesor Grossmann dijo que pasaría.

Pasó rápidamente las páginas. Notó que la caligrafía de Eliana iba cambiando de estilo. A veces era pequeña y redonda, y luego más grande y sinuosa; o inclinada a la derecha y luego a la izquierda. Un día era pequeñita y difícil de leer, y al siguiente era perfectamente legible; o garabateada y malhecha, luego puntiaguda. Parecía estar probando distintas personalidades en su escritura, como si estuviera en busca de la que le quedaba mejor. Finn pensó,

¿y por qué no? Los años de la adolescencia estaban reservados para esas exploraciones, ¿cierto? Cada vez que tocaba la página con la pluma, se imbuía en la búsqueda de su identidad.

Finn pasó todas las páginas para ver en qué fecha escribió por última vez. La escritura era difícil de leer ahí. Logró descifrar… junio, 9… de 2005. Ahí ya tenía quince años y dos semanas. El diario cubría un periodo de un año y casi dos meses, pero todavía quedaban veinte páginas en blanco en la libreta. ¿Por qué dejó de escribir? ¿Habría renunciado al diario por completo? ¿A eso se habría referido Doc-Doc cuando dijo «Y ahí terminará el asunto»? ¿Eso también significaba que el director leyó el diario?

Finn entrecerró los ojos y se enfocó en la página. La escritura de Eliana era casi ilegible. Eso no era común en ella. Se veía… descuidada, como si ya no le importara su diario. En realidad no debería saltarse páginas, pero empezó a separar las letras, en pequeños fragmentos. La lectura era muy lenta.

> *Junio 9, 2005*
>
> *Ya no hay nada más que escribir. Todo está dicho. Estamos esperando. Oma Uschi dice que escribir podría ayudarme, pero no puedo. Me duele la cabeza.*

Algo pasó. ¿Qué esperaban que sucediera? Finn le dio vuelta a la hoja, pero luego se detuvo. Debería leer cronológicamente, una página a la vez. Paso por paso. Volvió a abril de 2004. Leyó algunas otras anotaciones: más escuela, más enamoramientos, más ensayos de conciertos escolares; películas que Eliana vio, un CD que compró pa… Dejó de leer.

¿Por qué Eliana solo escribió hasta junio 9 de 2005?

Finn no pudo contenerse y fue hasta la última página. «Todo está dicho. Estamos esperando.» ¿A qué se refería? Finn dio vuelta a la hoja para ir a la fecha anterior.

> *Junio 8, 2005*
>
> *Mamá y papá acaban de volver a casa. Mamá dijo que solo venía por ropa limpia y que volvería al hospital. No llevaba*

maquillaje y noté las arrugas debajo de sus ojos. Me sentí mal por ella.

Papá se sentó frente al televisor y sintonizó el Tagesthemen, pero en realidad no lo estaba viendo. Solo dejó fija la mirada en la pantalla. Fui a mi habitación y, poco después, escuché a Oma Uschi dirigirse a la sala. «Te hice un sándwich de liverwurst», dijo. Y luego ya no escuché nada. Después añadió: «Tienes que comer algo, Rudi». Salió de la sala, y escuché un sonido extraño. Al principio no supe qué era, sonaba como un animal, pero luego me di cuenta de que era papá. Estaba llorando. Jamás lo había escuchado llorar. Fue terrible, no podía…

Finn dejó de leer y retrocedió una página más.

Martes, junio 7, 2005

Hoy no fuimos a la escuela. Papá, Robert y yo recogimos a Oma Uschi en el Zoológico Bahnhof y fuimos directamente al hospital. Cuando llegamos, mamá estaba en el pasillo hablando con un doctor, pero asintió para hacernos saber que podíamos pasar. Papá y Oma Uschi se quedaron afuera y Robert y yo…

Finn dejó de leer a medio párrafo. ¿Quién estaba en el hospital? ¿Madeline? Pasó varias páginas hacia atrás y le dio una hojeada aquí y allá al texto.

Sábado, junio 4, 2005

Hoy estuvo helando. Johanna y yo no hemos ido a nadar a Lochowdamm ni una sola vez este… de hecho, encendió la calefacción… Así que, cuando nos fuimos en patineta a… Olvidé por completo que tenía que terminar Romeo y Julieta… cocinamos en uno de sus… debí dar por terminado mi registro. Tengo que estudiar para…

Besos y abrazos, Eliana.

Lo que haya sucedido, pasó después del 4 de junio. Finn pasó las páginas febrilmente hacia el final, hasta el domingo 5 de junio, y luego leyó el texto con premura.

¡Más lluvia!… Philipp, el amigo de Robert, vino y… en el equipo de natación. …porque es de verdad muy lindo y… Renée, su exnovia… para ir por helado a Adenauer Platz…

No, algo debió haber pasado al día siguiente. Finn estuvo a punto de rasgar la página cuando llegó al 6 de junio.

6.6

Madeline tuvo un accidente. Fue en la bicicleta, cuando volvía a casa de la clase de piano. Pero eso es todo lo que sabemos. Mamá y papá están en el hospital. Dijeron que llamarían en cuanto hubiera noticias. Robert dice que, si las noticias son malas, no llamarán.

Finn se sentó. ¿Qué tan herida habría quedado Madeline el lunes 6 de junio? ¿Le habría dolido? ¿Se habría recuperado? O, ¿habría terminado trágicamente el asunto? ¿Y qué pasó después del 9 de junio? ¿Existiría otro diario que lo explicara? Si así fuera, ¿se lo daría el Doctor Doctor Sriwanichpoom? Tal vez no. Y ahora, ¿cómo podría averiguar lo que sucedió? Quizá Renko le ayudaría. Pero ni siquiera saben el apellido de la familia. No se le ocurrió preguntárselo a Eliana cuando estuvieron en Dusenhuber. Y es que, en ese momento, no había razón para hacerlo: ella era solamente producto de su imaginación.

Finn volvió al martes 7 de junio. Ahí había más que leer.

Cuando llegamos, mamá estaba en el pasillo hablando con un doctor, pero asintió para hacernos saber que podíamos pasar. Papá y Oma Uschi se quedaron afuera y Robert y yo entramos solos.

Madeline se veía tan chiquita ahí con todos esos cables y

cabestrillos, con todo el equipo y los aparatos haciendo ruiditos. Le dije: «Oye, Madeline, somos nosotros; yo y Robert», y ella abrió los ojos y nos miró. Nos contempló en silencio, pero era como si sus ojos estuvieran enfocados en algo más. Me estiré para tomar su mano, pero la tenía debajo de la sábana y esta se encontraba bien apretada. Me dio miedo jalarla porque pensé que podría lastimarla. Por eso mejor me agaché y le di un beso en la frente. Robert también lo hizo. Y, por un segundo, se enfocó en nosotros y me dio la impresión de que tenía miedo. Mucho miedo. Y me sentí tan triste de verla así, que empecé a llorar. Robert también.

Y luego Madeline cerró los ojos.

Robert y yo nos quedamos ahí un rato abrazándonos, y luego papá, mamá y Oma Uschi entraron, y todos nos abrazamos mientras Madeline dormía.

Finn cerró el libro, encendió su BC y llamó a Renko Hoogeveen. Tres días después, Renko ya había encontrado un obituario en la edición del 15 de junio de 2005 de *Der Tagesspiegel*, un periódico de Berlín. Era de Madeline Lorenz (14.noviembre 1992-9.junio 2005).

Dos semanas después, el 22 de enero de 2265, Finn se encontraba de nuevo en un Sanitario de la Ciudad.

14

LA MOSCA EN LA PARED

A Finn le daba terror el funeral. No era que no se les conociera en su época sino, sencillamente, que jamás había asistido a uno. Su mayor fuente de información acerca de estos acontecimientos provenía de los celuloides, pero sabía que eran situaciones con una gran carga emocional.

A pesar del miedo, Finn creía que el funeral de Madeline era la respuesta a su «¿Y ahora qué?». Escuchaba una voz que parecía un virus gusano tipo auditivo en el BC, y que le decía: «Ve-y-te-enterarás. Ve-y-te-enterarás». No tenía idea de lo que haría al llegar ahí, de lo que pasaría si buscara a Eliana y le hablara. Pensó que, quizá, ni siquiera lo recordaría. Dio por hecho que él tan solo se quedaría en algún lugar al fondo, observando todo.

El profesor Judd Grossmann fue quien cuestionó la decisión de Finn cuando le explicó que, si volvía a ver a la jovencita de nuevo, la situación podría tornarse «intrincada». Finn tuvo que admitir que su decisión no era racional y que, de hecho, era una locura que rayaba en lo místico. «Es un misterio», dijo, pero también explicó que sabía que era algo que tenía que hacer.

Y el Instituto Olga Zhukova estuvo de acuerdo con la respuesta, incluso feliz.

Con el objetivo de prepararlo para ese y los futuros viajes en el

tiempo —realizaría cuatro más en total—, Finn tuvo que aprobar una larga serie de pruebas y ejercicios. Algunos de ellos fueron bastante terribles. El ejercicio de simulación llamado «fumado pasivo», por ejemplo —que consistía en cenar en una pequeña habitación en la que una de cada dos personas estaba fumando—, fue demasiado desagradable. Le lastimó los ojos y fue una tortura para los pulmones y la garganta, sin mencionar que el aroma le impregnó el cabello y la ropa. No obstante, era necesario pasar la prueba. Otros de los ejercicios no fueron tan desagradables, pero sí extenuantes. Entre ellos, andar en una bicicleta que dependía de la energía humana ¡por una hora continua! A pesar de todo, Finn los soportó con mucha paciencia porque sintió que ninguna de esas cosas era tan insufrible como volver a la futilidad y al aburrimiento de los informes financieros del Deutsche Bank.

Asimismo, recibió un curso relámpago sobre las leyes de la física involucradas en la transportación de seres vivos y objetos inanimados en el tiempo. El curso se llamó «El estado de los viajes en el tiempo en la actualidad», pero Finn casi no entendió nada del mismo. Además no logró responder por completo ni satisfactoriamente las pocas preguntas que tenía: ¿por qué «aterrizamos» en Sanitarios de la Ciudad? ¿Qué es lo que impide que caigamos sobre alguien sentado en el escusado? ¿Por qué al viajar en el tiempo nuestro portal no se abre justo en medio de, no sé, digamos, el tanque de tiburones de un acuario? ¿Por qué podemos llevar con nosotros objetos al pasado pero no podemos traer recuerdos ni seres humanos al futuro? ¿Podemos viajar a nuestro propio pasado y conocernos cuando éramos jóvenes? ¿Podríamos aterrizar en una tierra paralela?

Como respuesta a las primeras tres preguntas de Finn, el profesor se enfrascó en una larga e intrincada explicación sobre un pequeño instrumento llamado Mosca en la Pared (o FLoW por sus siglas en inglés), que se hace fluir hacia el pasado para registrar la interacción y el movimiento de un espacio específico durante un periodo particular, lo cual hacía que fuera posible programar la entrada y la salida. Sin embargo, Finn entendió muy poco y al final lo único que logró fue reforzar la decisión que había tomado ocho años atrás de no especializarse en ciencia o tecnología. Por otra

parte, las preguntas que quedaron sin responder terminaron en un limbo.

—Lo siento, señor Nordstrom —dijo el profesor—, pero para entender las respuestas a sus otras preguntas, necesitará más entrenamiento en matemáticas y física.

El tercer viaje de Finn al Berlín de entre siglos se planeó originalmente como una excursión de seis horas, pero Rouge, quien volvería a acompañar a su amigo, solicitó una extensión de dos horas que justificó diciendo que tenían que ir de compras.

Y es que, por desgracia, Finn le mencionó a Rouge que la madre de Eliana era diseñadora de vestuario para celuloides y que las prendas que usaron aquel día de abril de 2004 en Buchhandlung Dusenhuber le habían resultado sospechosas. La noticia no le agradó a Rouge en absoluto porque, además de ser perfeccionista en lo que se refería al trabajo, se consideraba una mujer moderna y al tanto de las tendencias de moda. Insistió mucho en vestirse adecuadamente y con estilo para el siguiente viaje.

Asimismo, la física llegó a la conclusión de que necesitaban equipo para comunicarse. Sería un día largo, y ella y Finn podrían separarse en algún momento. Como sus BC no funcionaban durante los viajes en el tiempo, le pareció de suma importancia tener los medios adecuados para contactarse y, por lo tanto, señaló que necesitaban conseguir teléfonos celulares. Todo eso tomaría tiempo, argumentó. El profesor Grossmann les concedió las dos horas y acotó que aunque el incremento no significaría un problema para una viajera experimentada como Rouge, resultaría difícil para Finn e incluso podría ocasionarle fatiga excesiva, migraña, episodios de vértigo y otros malestares peores. Finn se encogió de hombros: cualquier situación en beneficio del proyecto estaba bien para él.

Rouge y Finn llegaron a Berlín a tiempo, al Sanitario de la Ciudad de Kurfürstendamm y Schlüterstraße, un calidísimo 21 de junio de 2005 a las 10 a.m. Eligieron artículos rápidamente, pero con buen gusto, en dos tiendas de ropa y una de zapatos que visitaron. Se pusieron las prendas nuevas de inmediato pero perdieron tiempo en el local de celulares. Gracias a Jil Sander y Hugo Boss, el ambicioso representante de la compañía celular creyó que Finn y Rouge eran jóvenes e inexpertos —y por lo tanto

crédulos— turistas rusos. Los presionó para que compraran *smartphones* de 600 con contrato de dos años cada uno. Les explicó en detalle varios de los rasgos de los equipos, así como una multitud de planes (más complicados, pensó Finn, que las explicaciones del profesor Grossmann respecto al viaje en el tiempo), hasta que un frustrado cliente que esperaba formado su turno les suplicó que solo fueran a un expendio de café en la esquina donde vendían celulares prepagados a un precio de risa. ¿Por qué un productor de café también vendía celulares? Nunca se enteraron, pero Rouge quedó muy contenta con la compra, y Finn con su recién adquirido mejor manejo del alemán cotidiano, así como con el uso de la primera persona del singular. Y claro, ambos quedaron muy satisfechos con el vaso de café colombiano que bebieron para relajarse.

A pesar de que Finn clopeó y memorizó la ruta al Zoológico Bahnhof, donde las exploraciones de Grossmann indicaban que encontrarían casilleros para guardar la ropa con que viajaron en el tiempo, el asunto fue lento. El sol pegaba con furia, los zapatos nuevos les empezaron a sacar ampollas y, además, tuvieron que detenerse a beber agua en dos ocasiones. Para cuando dejaron sus prendas en el casillero y compraron dos ensaladas para llevar, ya iban bastante retrasados. Tomaron el tren a Bahnhof Wannsee y disfrutaron lo más que pudieron del recorrido lleno de topes. Comieron las ensaladas y cuando prepararon los celulares se quedaron estupefactos ante lo rudimentario de la tecnología. Luego, afuera de la estación de Wannsee, encontraron pronto un taxi que los llevó al cementerio en Stahnsdorf. Por desgracia, llegaron cuarenta y cinco minutos tarde. A ninguno le agradó el retraso, pero supusieron que ya no quedaba nada por hacer al respecto. Además nadie los esperaba. Desde el punto de vista de Finn, él sería solamente una mosca en la pared.

La capilla estaba repleta. Todas las bancas de madera se encontraban ocupadas y la parte trasera estaba llena de asistentes. Solo se podía permanecer de pie.

Las capillas todavía existían en la era de Finn, pero solo bajo protección por ser sitios históricos. Él no recordaba haber entrado a

alguna jamás. En la Era Dorada del Pragmatismo no había mucho espacio para Dios. A pesar de que seguramente aún había hombres y mujeres que creían —era un mundo inmenso—, estos practicaban su religión de una manera discreta.

Cuando Finn y Rouge entraron a la capilla, desde el púlpito estaba hablando una mujer de unos cuarenta años con un vestido sencillo. El interior estaba en penumbras; todo el mobiliario era de madera oscura y las ventanas eran diminutas. A pesar de que se sentía fresco, el aire pesaba. Todo se debía al aroma de la excesiva cantidad de flores y a la brutal fuerza del dolor de los asistentes, un dolor tan monstruoso que Finn tuvo que usar toda la energía que poseía para protegerse. Pero era una fuerza muy superior, cada sollozo quebraba sus defensas un poco más.

Prácticamente no pudo escuchar las palabras de la mujer, hasta que notó que estaba a punto de concluir su discurso. Ella comenzó a hablar más despacio y la voz se le quebró. «Fue una niña maravillosa y gran amiga de sus compañeros de escuela», dijo. Se estaba esforzando tanto en terminar el discurso sin llorar, que la boca se le retorcía. «La banca vacía de Madeline en nuestro salón será un recordatorio constante de su alegría y generosidad de espíritu. Nunca la olvidaremos.» En su prisa por abandonar el púlpito, la mujer, quien parecía ser la maestra de Madeline, estuvo a punto de caer. Regresó a una banca donde sus estudiantes la esperaban apiñonados para recibirla al centro.

Y luego, como de la nada, se escuchó música. La congregación se puso de pie y miró hacia el pasillo central, donde Finn vio a la madre de Eliana caminar junto a su esposo. Él era altísimo, su cabello era muy canoso y caminaba tan derecho que a Finn le dio la impresión de que, debajo del traje, se ocultaba una regla.

Detrás de ellos venía Eliana con un chico de cabello oscuro. Finn pensó que debía de ser Robert.

Eliana había crecido, por supuesto. Ya no era una niña. Pero tampoco era una mujer todavía. A primera vista se le veía tranquila al pasar entre los dolientes, pero luego Finn notó que su mirada estaba fija en un punto al frente, y eso le hizo pensar que tal vez tenía miedo de ver a los demás, de encontrarse con los rostros de su familia y amigos. Y entonces percibió su vulnerabilidad.

La música inundó la capilla y también los rincones de cada banca, las células de cada cuerpo. Finn se dio cuenta de que era el Aria de la Suite Número 3 de Bach. La había escuchado antes, pero nunca de esta manera, nunca con tanto abandono ni de una forma tan lastimera; nunca con toda la fuerza de una congregación de dolientes infundiéndole su pena.

Estaba atrapado. En cuanto se dio cuenta, en el momento que entendió que no había manera de evitarlo, algo en él cedió, y tuvo que rendirse. La música lo invadió, lo llenó, se apoderó de él. Y con ella, también su luto personal.

De alguna forma supo entonces por qué había ido: para lamentar a sus propios muertos.

Hacía calor, le dolía la cabeza. De pronto vio que tenía la corbata húmeda por las lágrimas. Encontró una banca de piedra a un lado del pasillo, y se sentó ahí a llorar.

Solo.

Por siempre.

Por fin lo entendió.

Se habían ido. Todos.

Para siempre.

Su familia lo había dejado solo.

Jamás volvería a escuchar a su madre leer un libro, ni jugaría *slapback* con su padre. Jamás volvería a arrojar piedras con Mannu en la playa ni vería a Lulu correr detrás de una libélula.

Se habían ido.

Y los extrañaba. Inmensamente.

Lloró, consciente de los pájaros que revoloteaban de un árbol a la lápida y a un arbusto, de las moscas que pasaban zumbando cerca de su oído, de los rayos de sol que pegaban con fuerza. Escuchó las voces apagadas y el crujir de los pasos detrás de los árboles. Y sobre él, al igual que el pesado, caliente y sofocante aire de junio, se cernía la espantosa pregunta: ¿qué iba a hacer ahora que estaba solo?

Se sentó, respiró, adoleció… hasta que un *glissando* de arpa llegó a sus oídos. ¿Se lo estaría imaginando? ¿Sería un mensaje de los cielos? Miró alrededor y notó que una luz parpadeaba en el bolsillo de su saco. ¡Ah!, el celular.

—¿Hola? —preguntó titubeante como si esperara que del otro lado contestara un fantasma: Madeline o tal vez Lulu, su propia hermana.

—Finn —dijo Rouge—, si miras al final del pasillo verás a esta amiga.

Finn se asomó y vio a Rouge al fondo. Ella lo saludó con la mano.

—Deberías ofrecer tus condolencias —dijo ella—, ya casi es hora.

La familia Lorenz estaba parada bajo la sombra de un roble y los dolientes ya habían formado una fila. Finn y Rouge se formaron detrás de dos jovencitos. Y atrás de ellos se formaron unos niños; eran compañeros de Madeline.

—*Frau* Martin dice que la cremaron —explicó una de las niñas.

—Eso es escalofriante —susurró su amiga—. Todo su cuerpo cupo en ese… en ese jarroncito.

—«Urna», *Frau* Martin dijo que era una «urna». La colocan debajo del árbol, donde están las raíces.

—Qué escalofriante —volvió a decir la niña, al mismo tiempo que se estremecía.

Finn vio que más adelante los dolientes subían hasta el pie del árbol, arrojaban flores a un pequeño agujero en el suelo y después estrechaban la mano de la mamá de Madeline o la abrazaban, y luego a su padre, a Robert y a Eliana.

—No tenemos flores —le dijo Finn a Rouge.

—No todo mundo trae.

El corazón de Finn latía a toda velocidad. Le preocupaba que Eliana no lo reconociera y que eso lo desilusionara. O no saber qué decir y que la desilusionada fuera ella. O…

Llegó el turno de los viajeros para pasar al lugar de sepultura. Se acercaron juntos. El agujero era angosto y la urna apenas se alcanzaba a ver debajo del manto de flores.

Finn le extendió la mano a la madre. «Nuestras condolencias», dijo. Ella lo miró y asintió, pero no lo reconoció. Luego estrechó la mano de Rouge y asintió brevemente al ver sus rizos rojos. Estaba a punto de saludar a la siguiente persona cuando de pronto en sus ojos apareció una chispa que indicó que la reconocía. Volteó a ver a

Finn y lo ubicó también. Volvió a darle la mano. «Gracias», dijo. Finn asintió y se acercó al padre de Madeline, pero él estaba de espaldas hablando con alguien más. Entonces Finn le extendió la mano a Robert y este se la estrechó sin mirarlo. Y luego, ahí estaba ella, Eliana. Lo miró y le extendió la mano.

Entonces pasó un terrible segundo de incertidumbre…

No hubo ninguna señal en el rostro de Eliana.

Finn estaba a punto de caminar… «¿Finn?», preguntó ella en voz baja. Había un toque de sorpresa en su voz. Y de calidez y… asombro. «Finn.»

¿Cómo era posible que lo recordara? Finn sintió que la sangre le corría hasta llegar a las orejas y por un instante el silbido lo ensordeció.

Eliana seguía sujetando su mano. «Viniste», dijo.

Finn pensó que sus ojos se veían más oscuros de como los recordaba. Y su cabello más dorado.

Eliana miró hasta el fin de la fila, y luego volvió a posar su vista en él. «Podrías esperar un momento», dijo, «ya casi terminamos.»

Eliana les consiguió un aventón a Finn y a Rouge. Los dos jóvenes que estaban frente a ellos en la fila los llevaron de vuelta a la ciudad. Eran amigos de Robert. Los muchachos —el conductor era Leopold y Philipp era el más chico— hablaron sobre las vacaciones escolares que estaban por venir. Philipp iría a Creta con dos amigos, y Leopold a Toscana con la familia de su novia. Al escuchar a los chicos conversar, Finn se dio cuenta de que él también estaba en un viaje; uno muy sorprendente, por cierto. Estaba viviendo el sueño de todo historiador: visitar el mundo que vio en su mente y que ahora, gracias a un golpe de suerte, podía investigar de primera mano.

Finn y Rouge hablaron poco. Hacía mucho calor y, además, les daba miedo revelar información clasificada sin querer. Además, Rouge estaba muy ocupada viendo la carretera. Las habilidades de Leopold como conductor la ponían nerviosa y no confiaba mucho en un vehículo operado manualmente y con aroma a combustible de fósil.

Eliana había invitado a Finn y a Rouge al departamento de los Lorenz para almorzar, pero ambos rechazaron la invitación. Les

pareció que no tenían derecho a estar con la familia en aquella ocasión tan solemne e íntima y aunque Angelika, la madre de Eliana, fue muy amable, percibieron que en realidad no quería que estuvieran ahí. Rudi, el padre de Eliana, parecía distante y además no habían tenido la oportunidad de conocerlo aún.

Pero Eliana insistió. «Viajaron desde lejos», dijo, «tienen que venir.»

Finn se preguntó lo que habría dicho si en verdad supiera cuánto habían viajado.

—Además —agregó Eliana—, tengo algo que mostrarte.

¿Qué podría querer mostrarle?, se preguntó Finn al mismo tiempo que veía el *autobahn* alemán pasar zumbando junto a ellos a 140 kilómetros por hora.

—Oigan, ¿quieren algo de mierda? —les preguntó Philipp, el más joven, a Finn y Rouge de una forma bastante inesperada.

—¿Mierda? —preguntó Finn. No tenía la menor idea de por qué diablos ese muchacho les estaba ofreciendo algo tan crudo como…

—Qué tristeza lo del funeral —continuó el chico—. Qué maldita tristeza. Ella era un encanto de niña —añadió y luego miró a Finn —. ¿No quieres? Yo sí.

Finn vio al muchacho sacar una bolsa de plástico transparente con tabaco y forjar un cigarro.

Ah, en lenguaje coloquial al tabaco le llamaban «mierda», pensó Finn. No lo sabía. De pronto se sintió agradecido de que Rouge hubiera sido tan diligente y realizara el ejercicio del fumador pasivo. Se preparó para la prueba.

Sobra decir que a Finn le sorprendió mucho ver que el delgado y serpenteante cigarrito que forjó Philipp no olía para nada como el tabaco que él había probado. De hecho olía bastante bien, como a hierba quemada pero con un toque picante. Y sí, ¡era como un té condimentado!

—¿Eh? —preguntó el chico después de inhalar el humo y extenderle el cigarro a Finn.

Finn y Rouge lo rechazaron. Eran cuarto para las tres, lo que significaba que ya solo tenían tres horas antes de volver y debían permanecer alertas. Ambos se recargaron en el asiento e inhalaron la mierda de forma pasiva, tal como les habían enseñado en el

Instituto.

El auto dio vuelta en una agradable y silenciosa callecita de Charlottenburg. En la esquina había una pequeña y sombreada plaza con algunas bancas, un cine, un café, un expendio de periódicos y una tienda de abarrotes. Finn vio el nombre de la calle en un letrero: Giesebrechtstraße. Lo clopearía a su regreso. Recordó que cuando Renko encontró el obituario de Madeline clopearon el nombre «Eliana Lorenz», pero no obtuvieron resultados. Renko seguía trabajando en el asunto por su lado pero no tenían muchas esperanzas de encontrar algo, ya que se había perdido demasiado. Eso, sin embargo, no significaba necesariamente que Eliana no hubiese sobrevivido al Invierno Oscuro. Tal vez se cambió el nombre, se casó, viajó al Oriente, hasta Shanghái. Quizá Gao era una de sus descendientes.

Era posible.

Los Lorenz vivían en el último piso de un edificio en muy buen estado, de entre siglos. Bajo techo hacía calor, quizá mucho más que afuera, pero había bastante agua embotellada enfriándose en dos tinas, y un poco más en el refrigerador.

—Hay demasiado silencio aquí —dijo Philipp cuando entraron al departamento, pero a Finn le pareció agradable. Era el mismo tipo de ambiente de una fiesta DPA, pero sin la roboayuda.

Philipp condujo a Finn y a Rouge hasta la habitación de Robert, donde se habían reunido los adolescentes. Algunos eran primos que venían de Hamburgo, y otros, amigos de Robert y Eliana. Finn conoció a las «Tres J», Joya, Johanna y Jill, y a dos amigas de Madeline. A pesar de que era una ocasión triste, a Finn le agradó bastante estar ahí conviviendo con todos esos jóvenes. También vio cómo se encendía la pantalla de una computadora antigua, bebió de un vaso que de verdad había sido fabricado con vidrio, y se sentó en una de aquellas sillas giratorias que se exhibían en la colección permanente del Departamento Escandinavo, en el Museo de Cultura Europea.

—¿Finn?

Finn volteó al escuchar su nombre. Era Eliana. Ahora traía el cabello recogido pero algunos mechones luchaban por liberarse de su broche.

—¿Te puedo mostrar algo? —dijo—. Es en la habitación de Madeline.

Finn miró a Rouge. Ella estaba conversando con Philipp y Leopold en francés, pero al ver a Finn asintió.

Las paredes de la habitación de Madeline estaban tapizadas con imágenes de caballos, un par de actores que Finn reconoció porque los había visto en los celuloides, y algunos jóvenes tocando instrumentos musicales. El lugar estaba lleno de adornos apiñonados por todos lados; predominaba el color rosa y discrepaba mucho de la sobria funcionalidad que poseían las habitaciones infantiles que Finn conocía.

Eliana caminó hasta la ventana y cerró las cortinas de flores con dos rápidos movimientos.

—Por la tarde el sol siempre pega directo aquí —dijo. Luego se dirigió al escritorio de Madeline, donde había varios cuadernos y papeles apilados, libros abiertos con algunas esquinas dobladas para marcar, y dos tazas de recuerdo de Londres. La primera tenía un guardia con un abultado sombrero de peluche, típico de los alabarderos, y la segunda, un reloj Big Ben (como lucía antes de su reconstrucción, por supuesto). Ambas estaban llenas de plumas y lápices.

—Mira, esto es lo que quería mostrarte —dijo Eliana. Tomó una cajita de cartón tan pequeña que cabía sobre la palma de su mano. Tenía la forma de un arcón en miniatura, o tal vez se trataba de un cofre de tesoro. Por fuera era negra y tenía delicadas ilustraciones en varios colores: un carruaje halado por un caballo, un caballero con sombrero de copa, una dama con cofia—. Era una caja de chocolates praliné en miniatura —agregó Eliana—. De Viena. Madeline guardó la caja cuando se terminó los chocolates, y luego puso esto en ella —Eliana abrió la caja y Finn vio en el interior los dos cuadritos de goma de mascar Hubba Bubba, bien acomodados en el pequeño espacio—. ¿Recuerdas? —preguntó Eliana.

Algo más que solo asombro se apoderó de él.

—¡Por supuesto que recuerdo!

—Ella los guardó y los colocó aquí. Alguna vez le pregunté por qué y me dijo que no estaba segura. «Tal vez para cuando nos

vuelva a visitar», dijo. —Eliana miró a Finn—. Hiciste un trato con nosotras, ¿recuerdas? Que la próxima vez que nos viéramos harías bombas con la goma de mascar.

Finn sonrió.

—Sí, también lo recuerdo.

—¿Puedes hacerlo?

—¿Qué?

—Bombas de goma de mascar.

—Oh, me temo que no —dijo él—. ¿Quieres que lo intente? —le preguntó con deseos de complacerla, y Eliana lo pensó por un momento.

—Sí, tal vez me haga reír.

Finn estaba dispuesto a hacer muchas cosas por verla reír.

—Será un placer. ¿Con uno de estos? —preguntó, señalando la goma de mascar en la caja.

Repentinamente, la voz de Eliana perdió la fuerza.

—Supongo que sí. Está bien, adelante.

Finn metió el pulgar y el dedo índice en la cajita, y batalló un poco para sujetar bien la goma. No era sencillo para la mano de un hombre, pero por fin lo logró. Volteó a ver a Eliana con una sonrisa de triunfo… Pero entonces se quedó asombrado al ver que tenía el rostro lleno de lágrimas. Por completo.

—Lo lamento —dijo ella—. De verdad lo siento. —La chica sacudía la cabeza de atrás hacia adelante—. Perdóname, no quería llorar, lo siento mucho.

Finn no tenía idea de lo que había sucedido, solo esperaba no haber hecho nada malo. Eliana seguía sacudiendo la cabeza con tanta fuerza, que su cabello comenzó a salirse del broche. Finn quería acercarse y acomodarlo, pero no se atrevió.

—No sé cuál cuadrito —dijo ella, al mismo tiempo que sollozaba sin control—. No sé cuál.

Finn no entendía.

—¿Tomo el otro? —preguntó con delicadeza—. ¿Este no?

Eliana comenzó a sacudir los hombros también.

—No, no sé. —Trató de enjugarse las lágrimas, pero estas no dejaban de correr—. Ya no sé.

La aflicción de Eliana era alarmante. Finn pensó que la chica

debería sentarse, así que dejó la caja y la goma otra vez sobre el escritorio, y la condujo a la cama de Madeline. Se sentó junto a ella. Un reloj en forma de ratón les sonreía desde el buró.

Y ahí se quedaron, sentados. Uno al lado del otro. Ella olía a coco, no a Infinitissimo. ¿Sería su champú? Eliana se le quedó viendo un instante, pero luego desvió la mirada.

—Me siento horrible —dijo—, sencillamente horrible.

Finn asintió para que continuara.

—Hace un mes o dos —explicó— me quedé sola en casa. Estaba enferma; tenía un resfriado. Y… y de repente sentí unas ganas tremendas de algo dulce. —Respiró hondo y luego exhaló con fuerza por la boca. Las lágrimas seguían rodando por sus mejillas como riachuelos—. No encontré nada en la casa, nada dulce. —Eliana lo miró y sorbió las lágrimas—. Mi madre estaba a dieta. —Puso los ojos en blanco, y por un instante Finn creyó que se reiría. Pero no fue así—. Así que tomé de la goma de mascar de Madeline. De la tuya. No debí, pero lo hice. —Se levantó y buscó en sus bolsillos. Luego sacó la mano; en ella tenía una servilleta. Volvió a sentarse. Se quedó viendo la servilleta y luego miró a Finn—. La goma de mascar estaba demasiado dura, casi me rompo los dientes. —Eliana se rio un poco, al tiempo que retorcía la servilleta entre los dedos—. Pero luego me sentí demasiado culpable, así que bajé, compré un paquete y coloqué un cuadrito en la caja de Madeline. —Empezó a llorar de nuevo—. Pero nunca se lo dije. Ella siempre pensó que los dos eran los tuyos. —Se sonó la nariz—. Por eso ahora no sé cuál debes masticar.

Finn se le quedó viendo. ¿Qué podría decir para hacerla sentir mejor?

Había tanto silencio en la habitación, que Finn escuchó el sonido de la manecilla grande del reloj cuando se movió de la oreja a la nariz y luego a la boca del ratón.

—Supongo —dijo Finn— que entonces tendré que masticar los dos cuadritos. Uno de ellos es el mío.

Fue asombroso ver cómo el dolor se desvanecía del rostro de Eliana.

—¡De acuerdo! —La chica reía y lloraba al mismo tiempo. Sacó otro pañuelo de su bolsillo y se secó las lágrimas de los ojos—. Por

supuesto, solo toma…

Entonces alguien tocó a la puerta, esta se abrió y el padre de Eliana asomó la cabeza.

—Papá —exclamó ella.

Finn se paró de prisa en cuanto entró *Herr* Lorenz.

—Me pareció escuchar voces aquí —dijo el hombre. Eliana se acercó a él.

—Le estaba enseñando a Finn la habitación de Madeline. —Eliana se limpió la nariz—. Me puse un poco sentimental.

Finn avanzó más. No estaba seguro de si debía estrechar la mano del padre, pero como *Herr* Lorenz no la extendió, creyó que no era necesario.

Ambos hombres se miraron. Finn pensó que el señor Lorenz era un hombre bien parecido. Sus ojos eran tan intensamente azules como los de Eliana eran negros. Finn sabía que era un hombre amable e inteligente. Era lo que la chica escribía sobre él, y también lo que Finn veía en su rostro. No obstante, también detectó algo de dureza; su expresión era adusta e inamovible. Seguramente el dolor, pensó. Perder una hija debía ser algo terrible, verla morir; saber que sufrió y tuvo miedo.

—¿Nos conocimos antes de hoy? —preguntó *Herr* Lorenz, con los ojos entrecerrados.

—No lo creo —respondió Finn.

El hombre dio un paso hacia él.

—Disculpe, ¿cómo dijo que se llamaba?

—Finn.

—¿Finn?

Eliana tomó del brazo a su padre.

—Conocimos a Finn y a su novia Rouge el año pasado en Dusenhuber. Mamá, Madeline y…

Finn se puso nervioso.

—No, ella no es mi…

Ambos lo miraron y Finn tragó saliva con nerviosismo.

—Ella no es mi novia. Solo… somos… compañeros de la escuela.

—¿Rouge? —preguntó *Herr* Lorenz.

Finn asintió. *Herr* Lorenz se frotó la frente. En ese momento, Finn sintió que había cruzado la frontera, que no debía estar ahí.

Tenía que irse. Se acercó a la puerta.

—Tal vez es hora de que…

—Espere —dijo *Herr* Lorenz con una sonrisa incompleta—. Usted fue quien se tragó la goma de mascar en la cafetería de la librería.

—Me temo que sí —dijo Finn. Sintió que comenzaba a sonreír, pero se contuvo. ¿Sería correcto hacerlo en una ocasión tan solemne?

—Impresionó usted mucho a las chicas. Madeline guardó la goma de mascar que le dio. En esa cajita. Ella… —Los ojos se le humedecieron tanto al señor Lorenz que Finn creyó que lloraría, pero entonces el hombre solo se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el índice, y se paró aún más erguido de lo que estaba—. ¿Ya vio el libro de condolencias? —le preguntó al joven.

—¿Libro de condolencias? No, creo que no.

—Está en mi estudio.

—¡Cuántos libros! —exclamó Finn sin pensar.

El estudio de *Herr* Lorenz era un paraíso de libros. Tapizaban todas las superficies de la habitación.

Robert, el hermano de Eliana, y otro chico de su edad, estaban inclinados sobre un atril de madera, pero en ese momento miraron hacia arriba.

—¡Jamás había visto tantos libros en una casa! —dijo Finn, al tiempo que su mirada viajaba con rapidez de una repisa a otra.

—Sí, pero trata de buscar uno —dijo Robert.

El chico tenía un rostro amplio, pensó Finn. Como las chicas y su madre.

—Robert. Max. Él es Finn… eh —dijo Eliana y miró a Finn—. ¿Cómo te apellidas?

—Nordstrom.

—Muy bien, señor Nordstrom —interpuso *Herr* Lorenz, señalando el gran libro que reposaba sobre el atril—, ¿podría firmar el libro de condolencias?

—¿Firmar el libro de condolencias? —¡Finn jamás había firmado nada en toda su vida! Pero después de un momento de pánico, se dio cuenta de que tal vez podría salirse con la suya. ¿Acaso no todas

las firmas que había visto en su trabajo eran garabatos ilegibles, de todas maneras?

Se acercó con aplomo al atril y miró el libro.

Oh, vaya. ¡Vaya que estaba en problemas! Problemas con P mayúscula. Los asistentes no solamente habían firmado el libro. En él había espacio para escribir con claridad el nombre completo y dirección. Había nombres y más nombres; todos ellos eran legibles y estaban escritos con pulcritud. Algunas personas habían escrito con letra manuscrita, y otros, con letra de molde. ¿Podría él hacerlo? Quizá. La letra de molde era más sencilla que la cursiva que, según él, estaba llena de curvas.

Cuando tomó la pluma se le tensó el estómago. Sintió cuatro pares de ojos sobre él. Comenzó a sudar. ¡Sus orejas! No recordaba que las orejas le hubieran sudado jamás.

Le quitó la tapa a la pluma.

Era una pluma fuente. Le recordaba a la que perteneció a su ancestro y que guardaba en la caja de ónix. Tenía el mismo peso, era negra y también tenía el mismo acabado pulido. Finn trató de recordar cómo sujetaban las plumas los actores en los celuloides. Se la colocó entre el pulgar y el dedo índice. Era todo lo que sabía. Pero, ¿tendría que sostenerla derecha?, ¿en un ángulo de noventa grados? ¿O tal vez inclinada? Derecha parecía ser lo mejor. Se agachó sobre el atril y en su mente vio la imagen de una guillotina a punto de caerle.

Finn colocó la punta sobre el papel y garabateó una firma. Iba bien hasta el momento. Ahora necesitaba escribir su nombre. Primero hizo una «F». Una línea vertical larga y dos horizontales cortas. Luego la «i». Era una línea vertical y corta, con un punto encima. Sintió que las miradas seguían todos sus movimientos. Los oídos empezaron a zumbarle. Zumbidos, orejas sudorosas, habría que imaginarse. Miró hacia arriba y vio que los chicos y Eliana lo veían con ojos redondos e hinchados; boquiabiertos. Entonces miró a *Herr* Lorenz.

—Se debe tener cuidado con las plumas fuente —dijo con sonrisa juguetona.

—Es cierto —dijo *Herr* Lorenz—. No se debe presionar demasiado fuerte. Esa punta es sensible. —Finn se ruborizó—. Lo

siento.

—Tengo un poco de hambre —les dijo Eliana a los muchachos —. ¿No quieren ir por algo de comer? —Luego volteó a ver a Finn —. Te vemos en un ratito.

Finn sintió alivio cuando se marcharon. Se preguntó si Eliana había percibido su incomodidad y alejó a los chicos a propósito para no avergonzarlo.

Finn terminó de escribir su nombre y luego miró su obra. Las letras comenzaban sobre el renglón pero luego se iban hacia arriba, como si subieran por una escalera. No era perfecto pero bastaría. ¿Pero qué haría respecto a la dirección? Decidió escribir la de Fire Island. Comenzó a escribirla pero hizo demasiada presión y la tinta hizo una mancha. Luego escribió las palabras «Ocean Bay Park», pero como hizo las letras demasiado grandes, tuvo que apretar todo lo demás. Al final lo logró: Ocean Bay Park-Fire Island, Brookhaven, Nueva York.

Terminó, al fin. Aleluya. Volvió a tapar la pluma.

Sudaba profusamente. Y de todas partes, no solo de las orejas.

Herr Lorenz sopló sobre el papel, y cuando lo hizo, la mirada de Finn volvió a los libreros.

—Parece que le gustan los libros —dijo el hombre.

—¡Oh, sí!

—Deje que le muestre algunas cosas que tengo aquí. Me ayudará a pensar en algo más.

—Por favor no me deje perturbarlo —dijo Finn rápidamente.

Herr Lorenz comenzó a bajar algunos libros de las repisas.

—No se preocupe, no me molesta. —Colocó los libros sobre el escritorio—. Diseño letras y fuentes. Tipos de letras. Le sorprendería saber cuántas fuentes distintas existen. La misma letra se ve distinta de fuente a fuente, pero aún así la reconocemos.

—Sí, lo sé.

—La mayoría de la gente no sabe mucho al respecto. —Miró a Finn, y este notó que *Herr* Lorenz esbozaba el principio de una sonrisa—. Es muy raro que en los *shows* de entretenimiento nocturnos entrevisten a tipógrafos.

Abrió un libro, luego otro, y señaló los tipos de letras. Le pidió a Finn que leyera en voz alta para ver cuán fácil o difícil era descifrar

las distintas fuentes. Finn lo complació con gusto. Luego *Herr* Lorenz abrió un panfleto con columnas de números.

—¿Ve estos dígitos? Son fáciles de leer, ¿no es cierto? —Le sonrió a Finn con orgullo—. Son los que se usan para los horarios de los autobuses en las paradas de Berlín.

—¿Y son suyos?

El hombre asintió.

A Finn se le ocurrió que, tal vez, la caligrafía de Eliana era tan legible porque su padre estaba muy interesado en la escritura.

—Estos podrían interesarle —dijo *Herr* Lorenz, y de un cajón sacó algunos libros grandes de tapa blanda. Abrió uno y pasó las páginas. Finn vio letras con flechitas que indicaban en qué dirección trazarlas—. Es un libro para la escritura germana —dijo el padre de Eliana.

»Para niños de tercer grado. Se llama *Caligrafía simplificada*. —Miró a Finn como cuestionándolo—. Así es como escribe Eliana, ¿no es cierto?

Finn sintió que le subía la temperatura. Era como si *Herr* Lorenz supiera que Finn había estado leyendo el diario de Eliana. Pero el momento fue breve porque de repente ya estaba abriendo otro libro de trabajo.

—*La Caligrafía D'Nealian*. —Pasó las páginas—. Muchos niños norteamericanos como usted aprendieron a escribir con este método. —Volvió a ver a Finn—. ¿Correcto?

Finn sonrió titubeante.

—Pero prefiero este —dijo *Herr* Lorenz—. *Cursivas básicas y ligadas*. Tiene sus orígenes en la Europa del siglo XV. Fue redescubierto recientemente y comenzó a utilizarse en algunas escuelas de Estados Unidos. —Abrió el libro. Se llamaba *Escribir ahora*—. Es simple, elegante y muy legible. —Se lo entregó a Finn —. ¿Gusta verlo?

Finn estaba seguro de que *Herr* Lorenz sospechaba que no podía escribir. Tal vez pensaba que era un tonto sin remedio. Hojeó el libro. Esas cursivas no tenían ganchos, lo cual facilitaba la lectura. Por experiencia sabía que los ganchos le provocaban dolores de cabeza.

—Así es —dijo Finn—, se lee muy bien. —El hombre asintió.

—Bien, pues estoy seguro de que usted podrá encontrar este mismo libro en algún lugar. En una librería. De segunda mano, en Internet. ¿Tal vez en una biblioteca? O…

La puerta se abrió. Era Angelika Lorenz.

—Rudi —dijo—, Gesine y mi madre ya se van.

¿Oma Uschi?, pensó Finn.

Herr Lorenz asintió con severidad y luego volteó a ver a Finn.

—Los suegros. Luego continuamos.

Cuando salió del estudio, Angelika trató de sonreírle a Finn, pero realmente no pudo. De toda la familia, ella era quien se veía más consternada, pensó él.

—Fue un lindo gesto que vinieran —le dijo ella—. Cuando lo vi esta tarde, no lo reconocí al principio. Pensé que era de la Mafia.

Ah, ahí estaba, la esperada sonrisa.

Finn le devolvió la sonrisa a pesar de que no estaba seguro de lo que era la Mafia. Era algo que tenía que ver con el crimen, pero ¿qué era con exactitud? De todas maneras pudo inferir que ella solo bromeaba.

—Muy chic —agregó ella—. Traje negro, camisa negra, corbata negra. Le sienta bien Greifswald.

A Rouge le encantaría escuchar aquello, pensó Finn.

—¿Y cómo se enteró del funeral? —preguntó la madre de Eliana.

—Lo vimos en el periódico —dijo una voz en la puerta—. Reconocimos sus nombres, Angelika y Eliana.

Era Rouge, hablando en alemán. Angelika volteó a verla.

—¿En serio? Ustedes son muy jóvenes para leer obituarios.

Rouge se encogió de hombros.

—Debemos irnos pronto, Finn —dijo en inglés. Luego miró a la madre de Eliana y volvió a hablar en alemán—. Hay un tren que debemos abordar.

—Coman algo primero —dijo Angelika Lorenz—. Y llévense algo para el viaje. No sé qué vamos a hacer con toda esta comida.

Finn empezó a cabecear a medio gazpacho.

—Imaginamos que esto sucedería —le dijo Rouge en voz baja para que nadie escuchara—. Es el desfase temporal. Necesitamos sacarte de aquí.

Finn miró por todos lados buscando a Eliana. La última vez que la vio fue cuando hablaba con las Tres J. en la terraza, pero ya no estaban ahí.

—Vamos —dijo Rouge—. Encuéntrala y despídete.

Finn se puso de pie y le dio vértigo. Tuvo que apoyarse en la mesa.

—Eso no está bien —dijo Rouge—, tendremos que ir juntos. —Lo tomó del brazo—. Si te sientes peor, tengo algo que nos dio el profesor y que debes tomar.

Caminaron tomados del brazo por todo el departamento. Era grande y confuso. Finn volvió a marearse. Escucharon voces de chicas en una de las habitaciones del corredor, en la parte trasera. La puerta estaba abierta cuando llegaron ahí, pero Finn tocó de todas maneras. Las muchachas se sorprendieron y voltearon a ver al mismo tiempo. Eliana se levantó y se acercó. Finn notó que se había vuelto a acomodar el cabello en el broche.

—Me temo que debemos irnos —dijo Finn.

—¿Y la goma de mascar? —preguntó Eliana.

—Tendrá que esperar.

Ella asintió.

—Está bien. Ahora está bien cuidada. —Se acercó a su buró y abrió el cajón—. Aquí.

Finn la siguió. Y ahí estaba la cajita. Pero junto a ella había una sorpresa todavía más grande: sus diarios. ¡Todos estaban ahí! El rosa de vinilo, el de piel color vino. Y el nuevo a rayas. La realidad de que existieran, a tan solo unos centímetros de distancia, desarticuló a Finn, y fue tan surrealista que pensó que se desmayaría o se perdería en el incomprensible azul del cielo. Incluso dejó de escuchar. ¿Cómo era posible que aquellos diarios existieran ahí, en esa habitación, en junio de 2005, pero también en su tiempo, en las Catacumbas en enero de 2265?

—¿Estás bien? —preguntó Eliana.

Finn volvió a escuchar. Y a respirar. Estaba de pie.

—¿Nos puedes dar un vaso de agua? —le preguntó Rouge, quien no dejaba de buscar algo en su bolso. De repente sacó una pastilla.

Una de las Tres J. fue corriendo por el agua.

—Toma esto —le dijo Rouge a Finn, y le entregó la pastilla.

Él la tragó y notó que las chicas no dejaban de verlo.

—Es el calor —aclaró—. Estaré bien.

—Ya recobraste el color —dijo Eliana—. Deberías aflojarte la corbata. —Miró a Rouge por un instante, pero luego dijo—: Vamos, déjame hacerlo. —Se acercó a él y tomó la corbata, pero justo antes de aflojarla hubo un momento, de no más de un segundo o dos, en que se miraron cara a cara, directamente a los ojos. El uno al otro. Y en ese instante de confusión, Finn sintió una repentina y profunda ternura por ella. Reconoció el sentimiento como algo que ya había sentido por su familia, pero nunca lo había experimentado con nadie más. La intensidad lo aturdió pero todo volvió a la normalidad cuando Eliana aflojó un poco el nudo y Rouge lo abrazó.

—Finn —insistió Rouge—, tenemos que irnos.

Eliana lo miró y él asintió.

—Sí, tenemos que irnos.

—Escríbannos —dijo Eliana—. Ya tienen la dirección. O, esperen, aquí tienen mi número. —Tomó una pluma y una hoja de papel; escribió el número, dobló la hoja y la colocó en el saco de Finn.

Él la miró. Era solo una niña, pero era adorable. Le gustaría recordar aquellos ojos, su húmeda negrura enmarcada en las gruesas y doradas pestañas.

—¿Cuál es tu dirección de correo electrónico? —le preguntó ella.

¿Su dirección de correo electrónico?

—Eliana —le dijo con amabilidad—, yo te encontraré, no te preocupes. —Luego se dirigió a la puerta y la cabeza le volvió a dar vueltas por un segundo. Se apoyó en Rouge y ambos salieron de la habitación.

Mientras iban por el corredor hacia el frente del departamento, Finn alcanzó a escuchar las voces de las chicas.

—Dijiste que no era su novia —dijo una de las Tres J.

—Bueno, eso es lo que él dijo —contestó Eliana.

En el camino a Kurfürstendamm para tomar el taxi que los llevaría al Zoológico Bahnhof, al casillero y a la ropa que usarían

para el viaje de vuelta, Finn y Rouge se detuvieron en la sección de alimentos congelados de un supermercado para refrescarse. Recargarse sobre las zanahorias y los chícharos helados les hizo bastante bien. Ya que estuvieron más frescos volvieron a casa, a enero de 2265.

15

FINN SE DEDICA A LAS CURSIVAS

Finn lo encontró en lo más profundo del Iceberg, Subnivel 9 de las Catacumbas. Estaba en un cuarto casi olvidado donde había libros de referencia del siglo XXI que no habían sido catalogados y que tenían que ver con la impresión, creación y manufactura de libros. En filas, sobre los estantes había de todo, desde abecedarios para niños y guías de tipos de letras hasta manuales para diseñar libros con imágenes en tercera dimensión. Finn descubrió carpetas de presentación con muestras de papel fino, cartón y papel de China junto a fólders con marcadores de seda que alguna vez pertenecieron a libros, papeles con diseños impresos para guardas, y varias trenzas de colores para encuadernación. Los cajones estaban repletos de panfletos en los que se explicaba cómo calcular costos de impresión, y en los gabinetes había montones de muestras de portadas en tela, algodón y vinilo, todos ellos en libros de elaborados diseños que se abrían de maneras ingeniosas. ¡Qué tesoros! Finn se sintió como niño enjuguetería.

Pasó horas en los estantes hojeando fascinado, pero sin mucha suerte. Pero entonces, apretado entre *Sammlung der Feinen Papiere* y *El Libro Pantone del Color*, notó una primera edición de *Escribir ahora* de 1991, o mejor dicho, lo que quedaba de ella. El adhesivo de encuadernación del libro de 275 años se había disuelto y las

páginas estaban despegadas, algunas de ellas arrugadas, desvanecidas y manchadas de moho. Sin embargo, se les podía leer. En cursivas sencillas leyó: «A los niños se les exige usar escritura manuscrita todos los días en la escuela, y la mayoría de los adultos la usan en su trabajo diario y vida personal. La escritura siempre se necesitará.»

¡Por supuesto! Él la necesitaba ahora. Bueno, *la quería* ahora. Si le preguntaran por qué, daría la misma respuesta que le dio al profesor Grossmann respecto a su asistencia al funeral. Era un misterio, algo que sencillamente sabía que tenía que hacer.

Finn estaba consciente de que lo había embargado una especie de felicidad febril. Le urgía comenzar. ¿Pero por dónde? Necesitaba una herramienta para escribir. Podía usar una pluma o un lápiz de la caja de equipo de su madre. Ahí también había tinta, aunque la botella estaba prácticamente vacía. Pero luego se acordó de la pluma fuente de su ancestro en la caja de ónix, la que tenía estrellas y punta de platino. De inmediato supo que aquella sería su herramienta para escribir. Necesitaría más tinta. Y papel.

Los autores del libro de trabajo le sugerían al lector que trazara las letras sobre los ejercicios y que, cuando tuviera más soltura, copiara las letras, palabras y oraciones en los espacios con renglones que el libro de trabajo incluía debajo de los ejemplos. Sin embargo, no era posible ni trazar las letras ni escribir en el libro de trabajo que ya se estaba desmoronando. Tan solo la presión de la pluma lo haría deshacerse y lo convertiría en inútiles hojuelas de papel.

¿Podría mandar a hacer un facsímil del libro para escribir directamente sobre él? Pero en ese caso, lo más seguro era que el laboratorio le pasara la orden al Doctor Doctor Sriwanichpoom para que la autorizara. Algo le decía a Finn que debía ocultar su pasatiempo. Tal vez debería hablar con Renko para que escaneara las páginas en el equipo especial de bibliotecas. ¿Pero cómo se lo explicaría? Los viajes en el tiempo tenían que permanecer como información clasificada. ¿Se daría Renko cuenta de algo? ¿Querría entonces saber más?

Al final, le envió a Raoul Aaronson una orden destinada a Sternwood Forest en la que solicitaba tinta, papel para calcar, papel

rayado para practicar y 80 gramos de papel blanco para algunas posibles copias de escaneado.

¡Finn iba a aprender a escribir!

Mientras esperaba que llegaran el papel y la tinta, trabajó obsesivamente en el diario rayado de Eliana, que era el documento de su vida de abril 25 de 2004 a junio 9 de 2005. Eliana tenía trece años y once meses al inicio del diario, y quince años y unas cuantas semanas al final… cuando murió su hermana Madeline. Le resultaba difícil separar a la Eliana de quince que ahora conocía de la Eliana de entre trece y catorce que narraba el diario que estaba leyendo.

En él se enteró de que a Robert lo castigaron por un mes tras la aventura que corrió cuando cumplió dieciséis, y de los efectos colaterales: incrementó su promedio de 2.8 a 1.6. «Un logro sorprendente», escribió Eliana. «Y lo todavía más asombroso: no ha estado trabajando tanto como para no tener tiempo para enamorarse de Lisa Anders, su compañera de laboratorio.» El viaje que realizó la familia a Whitsun en 2004 se describía a detalle: los chocolates liliputienses exquisitamente envueltos que compraron en Graben, la Rueda de la Fortuna gigante del Parque Prater y la emocionante tarde que Eliana y Madeline pasaron viendo escaparates, después de que «por accidente/a propósito» se separaron de sus padres y Robert. Otro de los sucesos de importancia fue el viaje de verano que hizo la familia al Báltico. Fueron a la península de Fischland-Darß, en Wustrow, donde Eliana le enseñó a Madeline a arrojarse clavados en el Bodden, con la cabeza al frente «y sin partirse el cráneo». Eliana también escribió sobre su vida escolar, las riñas con sus amigas y sus muchos enamoramientos. No obstante, los sucesos familiares eran lo que más destacaba en el diario. Y eran precisamente esos acontecimientos, escritos con tanta sencillez pero con la peculiar ironía de la chica, lo que tanto hacía que Finn se encariñara con ella y, tal vez incluso más, con su familia. Pensó que le gustaría conocer más a Robert; hablar con él acerca de ciencia ficción tal vez. Y le encantaría mostrarle a *Herr* Lorenz que ya podía escribir «cursiva». No le importaba que las situaciones se tornaran «intrincadas». Solo sabía que eso era lo que quería, lo que *necesitaba* hacer. Era un

misterio, y le estaban comenzando a gustar esos nuevos enigmas.

Pero Finn era impaciente. Quería escribir. Ahora. Buscó entre los pocos libros que tenía en Berlín para ver si al final de los mismos había hojas en blanco que pudiera usar. Tenía una copia antigua de pasta blanda de *El guardián entre el centeno* de J.D. Salinger, de 1969. Su madre la había restaurado. Al final había dos páginas en blanco. Con eso bastaría por el momento.

También encontró una herramienta para cortar en el estuche de su madre. Con ella cortó las dos páginas del libro y afiló un lápiz. Se llevó todo a Greifswald, donde se encontraba el libro de trabajo. Estaba prohibido sacar del edificio artículos de la biblioteca sin permiso. Tendría que practicar la escritura en su oficina.

Siguió las instrucciones del libro de trabajo respecto a la postura adecuada para sentarse en el escritorio y la posición del lápiz, a cuarenta y cinco grados del papel. Solo recordar el ángulo de noventa grados que hizo en el estudio de *Herr* Lorenz lo hizo estremecerse.

Decidió trabajar cronológicamente con el libro, paso a paso, comenzando con las familias de minúsculas de las cursivas básicas. Eran ocho, de la Familia 1 y las letras de trazos verticales, a la Familia 8 y las «f» y «t» cruzadas. ¡Qué divertido era! Imaginó que sería mucho más difícil para los niños que apenas estaban aprendiendo a leer, pero para los adultos que ya sabían, escribir era bastante sencillo. ¿Por qué no se le habría ocurrido hacerlo antes? ¿Por qué la mayoría de la humanidad había perdido aquella habilidad? A pesar de que los Forester escribían menos a mano de lo que lo hacían los hombres de los siglos XIX y XX, además de escribir textos con computadoras y artefactos de comunicación manuales, también seguían usando la escritura.

¡Pero ya era suficiente! Finn hizo una nota mental para recordar que debía reflexionar más sobre aquel tema en el futuro, pero primero tenía que descifrar y traducir el diario más reciente de Eliana.

Era un poco extraño volver en el tiempo, ahora que Madeline había fallecido y que conocía a la Eliana de quince años, pero el Doctor Doctor Sriwanichpoom y la Biblioteca de Europa esperaban

el diario. Y él también. Porque en cuanto terminara ese, esperaba recibir el siguiente. Y el siguiente, y el siguiente…

Julio 6, 2004

Ayer Madeline y yo trabajamos como extras en «La leyenda de Frank y Franzi», porque mamá está realizando el vestuario. La película se enfoca en el periodo entre 1989 y 2002, y cuenta la historia de Frank —quien es de Berlín Occidental y tiene quince años al principio—, y de Franzi —de catorce, procedente de Berlín Oriental. En la película se explica que se conocieron en el Muro un día después de que lo tiraron, que se hicieron amigos, luego se convirtieron en amantes, y terminaron su relación trece años después. Madeline y yo salimos como las amigas de Franzi del barrio de Prenzlauer Berg, en 1989. Tuvimos que usar unas espantosas chaquetas de esquí. La mía era rosa y verde, y la de Madeline morada. También nos dieron botas, como las botas de nieve, pero no había nieve ni necesidad de usarlas. Lo único que había era un muro falso que construyeron para la película. Yo, de hecho, dije una frase. Cuando Frank abraza a Franzi, tuve que decir: «Es tarde, ¡vamos, tenemos que irnos!». Lo tuve que repetir como cien veces. ¡No es broma! Cada vez que lo decía, venía alguien y medía la luz y la distancia entre mi nariz y la cámara. Mamá dijo que hice un buen trabajo, pero yo le expliqué que fue mi nariz fue la que se encargó de todo. De hecho me aburrí después de un rato, y en ese preciso momento decidí que no seré actriz de cine cuando crezca. ¡Es muy aburrido! Seré escritora. Y prometo que jamás escribiré la frase: «Es tarde, ¡vamos, tenemos que irnos!». ¡Nunca, jamás!

De repente Finn reía sin miramientos. Cuán encantadora era. Tan…

—¡Te atrapé con las manos en la masa! —dijo Renko.

Finn volteó.

—Siempre me espías. ¿Con las manos en cuál masa?

—Carcajeándote —Renko se dejó caer en un sillón individual—. Eres un chico travieso, mírate riendo en horas de trabajo.

—Fue solo una *risita* —dijo Finn y cerró el diario. Sobre el escritorio también estaba su cuaderno de trabajo de caligrafía, pero era demasiado delicado para tan solo cerrarlo de golpe como el diario.

—Risita o carcajada —dijo Renko—, es lo mismo. Cualquiera de ellas es mejor que tu enfurruñamiento. —Luego señaló el diario con un gesto—. Otra vez esa chiquilla, ¿no es cierto?

—Toma nota: los informes del Deutsche Bank no hacen reír a este lector.

—Entendido. —Renko contempló el diario—. Pero, en serio, ¿qué puede ser tan fascinante acerca de una niña de trece años? Es algo que está más allá del entendimiento de este hombre.

—Al final de este diario ya tiene *quince* —dijo Finn como para defenderla (y para defenderse *a sí mismo* también, luego notó). Después, con los codos sobre el escritorio, apoyó la cabeza en las manos y pensó en la pregunta de Renko por un momento—. Lo fascinante no es tanto *qué* hace o sobre lo que escribe (fue a la escuela, se acostó, discutió con mamá…). Es más bien el *cómo*. Se apasiona por todo. Y te lo dice todo en la cara.

—«Te lo dice todo en la cara» —repitió Renko—. A este bibliotecario le gusta esa frase.

—Pero hay algo más. Cada mancha de tinta, cada palabra que tacha, cada falta de ortografía, lo que inserta, la forma en que intercala información, todo lo que escribe en los márgenes… Todo eso lleva a este lector directamente a su mente.

—Suena bastante íntimo —dijo Renko al mismo tiempo que hacía una cara rara, como si estuviera chupando un chocolate amargo.

Finn no había pensado mucho en eso antes, pero Renko tenía razón.

—Sí, estás en lo cierto. Lo es. Es algo íntimo. Este lector siente una extraña cercanía a ella. Es una intimidad emocional que este hombre solo había experimentado con su familia. Es algo peculiar, ciertamente.

Ambos se sentaron en silencio y escucharon el tenue zumbido del esterilizador de manos. Finn percibió que su amigo había ido a contarle algo importante.

—¿Sí, dime? —preguntó.

—Gao creyó que estaba embarazada —dijo Renko.

Finn sabía que Renko y Gao habían estado tratando de concebir desde sus vacaciones de invierno. Sin embargo, la repentina confesión de su amigo fue bastante inesperada.

—¿Creyó? ¿Gao creyó?

—Por desgracia el resultado fue negativo. Pero nos dijeron que tenemos otra oportunidad; con probabilidad de una en cuatro. Y si no funciona, vamos a tratar con la fertilización *in vitro*. Y si eso tampoco sirve… ya veremos. Comoquiera que sea, lo vamos a hacer oficial.

—¿Matrimonio? —le preguntó Finn, y de inmediato se dio cuenta de que la noticia le provocaba sentimientos encontrados. Notó que la alegría lo embargaba por su amigo, pero también sintió enorme tristeza por sí mismo. Renko lo dejaría.

—Es lógico —dijo Renko—. Ella tiene buenos genes, es inteligente, tendrá un buen empleo. ¿Qué más podría pedir un bibliotecario con malos genes, una mente sosa y un empleo aburrido?

Finn sonrió. Extrañaría a Renko.

—Entonces, ¿ella es la elegida?

—¿Qué se supone que significa eso? ¿La elegida? —preguntó Renko con asombro—. Seguramente hay otras, pero sí, claro, ella llena el perfil y es adecuada.

—¿Y dónde vivirán? —preguntó Finn.

Renko le contestó con una gran sonrisa.

—¡Descuida! Este bibliotecario se quedará en el Iceberg. Vamos a vivir en Struckum con las familias extendidas, en el Cerca y Querido, donde siempre han vivido los Hoogeveen. Hay un planeador que va de Flensburg a Greifswald cuatro veces al día.

Los Hoogeveen, la familia de Renko, vivían en un Cerca y Querido para familias extendidas cerca del Mar del Norte. Compartían un complejo con varias familias extendidas más del norte de Alemania: los Kuddendiek, los Hansen, los Jensen y los Klotze. Una vez Finn lo visitó allá, y las cuatro generaciones de la familia de Renko lo recibieron con cariño. No obstante, a los otros residentes les pareció bastante extraño que Finn se hubiera criado

en una familia con núcleo, y en un solo hogar. Todos lo trataron con mucho cuidado, y Finn lo notó.

—Tenemos muchas ganas de casarnos —señaló Renko.

A Finn le pareció que su amigo sonaba como si estuviera tratando de convencerse de que tenía muchas ganas de casarse, pero el mismo Renko no parecía darse cuenta de ello. Miró a Finn.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo es? —le preguntó.

—¿Quién?

—Ay, Finn —dijo Renko, y señaló el diario.

—¿Eliana?

—Hola, ¿hay alguien ahí?

—¿Que si me lo he preguntado? —repitió Finn para sí mismo—. No, en realidad no. —Lo cual era cierto. Finn no tenía que preguntarse cómo era Eliana porque, de hecho, ya lo sabía.

Exasperado, Renko se recargó.

—Bueno, *si acaso* te lo preguntaras, ¿cómo crees que sería? ¿Tendría cabello oscuro como el tuyo?

—¡Por supuesto que no! —dijo Finn muy alterado—. Definitivamente es rubia. Tendría un grueso y exuberante cabello rubio. Largo. Con caída en rizos.

Renko se interesó más.

—Cuántos detalles… ¿Y los ojos? ¿Cómo te los imaginas?

—Oscuros. Negros, de hecho. Con pestañas muy claras.

—Es una combinación poco común pero posible. ¿Pequeña?

Finn respiró hondo.

—Renko, ¿por qué quieres saber todo esto?

Renko solo se encogió de hombros.

—Estatura mediana —dijo Finn, al mismo tiempo que se ponía más cómodo en la silla. Cerró los ojos y trató de recordar la apariencia de Eliana—. Hermosa pero de una forma poco convencional. Más carismática que hermosa. Fascinante y cautivadora. Con confianza en sí misma.

—Ese es un perfil bastante difícil de encontrar.

—¡E inteligente! Por supuesto que es muy lista para su edad.

Renko se levantó de un salto.

—¿Inteligente? ¡Genial! Arietta Glorietta Mueller. Es amiga de Gao y tiene el perfil de una chica adorable. Le gustan los idiomas.

Enseña ruso básico en la provincia de Albania. Mira.

Finn puso los ojos en blanco.

Renko inclinó la cabeza a la derecha y envió un mensaje con su BC, el cual apareció en la cuadrícula mental de Finn.

—Ay, Renko —le contestó este—. Hoy no, por favor.

—Muy bien, entonces mañana. Cambio de tema. Buenas noticias.

—Vengan.

—Este bibliotecario —exclamó Renko con mucho orgullo— encontró varios celuloides en los que trabajó Angelika Lorenz como diseñadora de vestuario.

—¡Buen trabajo, Sherlock! —dijo Finn, encantado.

—¿«Buen trabajo, Sherlock»? —preguntó Renko—. ¿Tú inventaste eso?

Finn sintió que se le encendían las mejillas. Las palabras tan solo se le escaparon de la boca. Las sacó de Eliana, quien se las había dicho a Madeline en Dusenhuber. ¿Sospecharía Renko que la frase era de la chica?

—Este lector encontró la frase por ahí.

Renko asintió y continuó hablando.

—En los estantes del Departamento de Celuloide tenemos dos de ellos.

—¿En serio? —El corazón de Finn ya iba corriendo por el pasillo que conducía a los estantes. Doc-Doc estaría encantado con su investigación—. ¿«La leyenda de Frank y Franzi» es uno de ellos?

Renko inclinó la cabeza y echó un vistazo.

—Desafortunadamente no. ¿Por qué?

—Eliana aparece en ese celuloide.

—¡Entonces debemos encontrarlo! —El rostro de Renko se iluminó como el cinturón de herramientas de JoeJoe, el intendente —. Este bibliotecario lo conseguirá de inmediato. —A Renko le fascinaba buscar lo imposible. Ya estaba saltando por todo el lugar —. Tal vez se llevaron el celuloide a la Biblioteca de Europa en Bolonia. O a la Biblioteca del Congreso en Washington. O quizá a alguna de las bibliotecas Forester. —En medio de su entusiasmo, su mirada se posó sobre el libro de trabajo que estaba en el escritorio, lo que lo hizo detenerse abruptamente—. ¿Qué es esto?

Había llegado el momento de Finn.

—Es un libro de trabajo para aprender escritura cursiva. Eliana lo mencionó porque su padre era tipógrafo, diseñador de letras. —Nada de eso aparecía en el diario, pero Renko no lo sabía—. Solo se estaba empolvando en el Subnivel 9.

Renko contempló a Finn por un buen rato, y luego dijo:

—Quieres aprender a escribir.

No era ni pregunta ni afirmación. Renko no parecía estar en *shock*, ni siquiera asombrado. Pero tampoco sonaba intrigado ni encantado con el asunto.

—Sí —dijo Finn, de la manera más llana posible—. Este decodificador pensó que sería conveniente para su trabajo. Para entender mejor cómo leer palabras ilegibles. —Finn no tenía idea de dónde provenía aquella respuesta porque no era algo que hubiera pensado, pero ahí estaba. Y ahora que lo veía desde esa perspectiva, sonaba totalmente lógico. Aprender a escribir con cierto tipo de escritura sería útil para leer otras semejantes. ¡Los decodificadores llevaban demasiado tiempo confiando en los programas de su BC!

—Hmmm —contestó Renko sin dejar de observar a Finn. ¿Sospecharía algo?

Renko giró sobre su propio eje, encendió el esterilizador, se frotó las manos debajo del mismo, se inclinó sobre el libro de trabajo y le dio vuelta a una de las hojas con mucho cuidado. Aún así, una de las esquinas se cayó.

—¡Vaya! Este libro no está en condiciones de ser leído. Deberías pedir al laboratorio que produzcan una réplica genuina.

—Doc-Doc no lo permitiría. Él cree que el diario es trabajo suficiente por el momento —explicó Finn mientras pensaba en lo bueno que era para fabricar mentiras blancas.

—Pues entonces espera un poco antes de seguir con la escritura.

—Pero escribir es muy agradable. De alguna forma, es como un estado meditativo. Sana.

Renko volvió a mirar a Finn con vehemencia, como si tuviera rayos X y pudiera escanear su interior para determinar sus motivos. Finalmente dijo:

—A este amigo le da gusto que hayas encontrado algo que te ayude a pensar en otras cosas. Por supuesto que nos gustaría más

que te distrajeras con Arietta Glorietta Mueller porque eso les haría mucho bien a ti y a Europa. Pero si tu respuesta está en las letras cursivas, pues que así sea.

—Gracias. No me olvidaré de Arietta Glorietta. —Finn bajó la voz—. Renko, tú tienes acceso a equipo de escaneo, ¿podrías…?

—¿Escanear todo el libro? —exclamó—. Pero…

—Solo de las páginas 1 a 69. El resto es sobre historia de la escritura.

—¿«Solo»?

Finn le suplicó a Renko con la mirada.

—Por favor.

Renko suspiró.

—Muy bien, loquillo. Horas extra de trabajo. Enviaré los escaneos a tu bandeja de entrada. —Renko dio vuelta para retirarse —. Entonces me voy…

—¿Renko? —llamó Finn—. Copias *impresas*. En papel de 120 gramos.

—¿Te has vuelto loco, Finn? ¿70 páginas en papel de 120 gramos? No tenemos…

—Raoul Aaronson está fabricando el papel en Sternwood Forest. Debe llegar esta semana.

—¿Y puedes pagarlo?

—Artu tenía una tienda llena de muebles del siglo XXI. Este heredero venderá parte de ellos. ¿Conoces a monjes tibetanos? ¿O tal vez a una o dos viudas adineradas?

El papel llegó de Canadá dos días después, y 35 de las 70 páginas en blanco le fueron enviadas a Renko de inmediato para imprimir los escaneos. Mientras tanto, Finn le solicitó al Cíclope información sobre cómo limpiar su herramienta de escritura, encontró todo lo que necesitaba, tomó la pluma fuente de las estrellas de platino, y se preparó para usarla. Estaba listo para trabajar en cuanto Renko terminara con los escaneos.

Volvió al diario a rayas, a la Eliana de catorce años y a la traducción que tenía que hacer.

Sábado, julio 31, 2004

Pasamos el día en Lockowdamm. Primero papá llevó a Madeline a casa de su amiga Carolin, y luego nos llevó a Johanna, a Joya y a mí a la alberca. Fue muy temprano, antes de que llegara toda la gente. Johanna, Joya y yo estábamos prácticamente solas en la alberca recreativa, y nos lanzamos por lo menos cincuenta veces del tobogán sin tener que esperar. Cuando llegaron todos los niños pequeños y comenzaron a orinarse en el agua, nos fuimos a la alberca para nadadores, y luego a la de clavados.

Ayer Lucas le dijo a Johanna que hoy iba a estar en Lockowdamm con Max y Eric, así que los buscamos cuando llegamos, pero tal vez era demasiado temprano porque no los vimos. A mí me emocionaba mucho ver a Max. Es tan guapo. Me gusta cómo le cae el cabello sobre los ojos y la hendidura horizontal que tienen sus jeans, justamente debajo de su trasero, del lado derecho. Me encanta que, cuando camina, la hendidura se abre y se cierra, como si los pantalones sonrieran y luego fruncieran el ceño. Es de lo más divertido.

Como a las dos de la tarde ya estábamos en los prados, y finalmente vimos a Max, a Eric y a Lucas pasar por ahí. No podía creer la forma en que el corazón empezó a palpitarme. Fue rarísimo, me daba vueltas y vueltas y vueltas, como si fuera una lavadora a todo lo que da. También me reí y no podía parar. Fue muy gracioso.

Seguimos a los chicos sin que lo notaran, y vimos que fueron al trampolín. Compramos helado lo más rápido posible y luego corrimos de vuelta para fingir que nos encontrábamos con ellos por casualidad. «¡Ah, hola, qué coincidencia!», dijimos, y así. ¡Fue genial!

Y también nos formamos. Max estaba detrás de mí mientras yo seguía lamiendo el cono de helado de vainilla. Luego se acercó, se acercó tanto que pude oler el cloro de su cuerpo. Puso su brazo sobre mí y se me puso de gallina la piel de todo el cuerpo. De la cabeza hasta las uñas de los dedos de los pies (que, por cierto, me había pintado de rosa). Y podría jurar que lo sentí junto a mí, de verdad junto a mí. Es decir, sentí que tenía una erección junto a mí. Y grande. Solo teníamos traje de baño, así

que, naturalmente, la sentí. De solo volver a pensar en eso, el estómago me empieza a hacer acrobacias como lavadora otra vez.

Así que solo nos quedamos así. Ahí estábamos mi cono de vainilla (creo que voy a adorar el sabor del helado de vainilla y el aroma a cloro para siempre), y también estaba Max, cada vez más grande y duro junto a mí. Y se sintió muy bien. No solo él ahí. Yo también sentí bien. Por dentro, como si me humedeciera y ablandara. Fue la sensación más emocionante…

Finn cerró el diario de golpe ¡Vayaaaa! Necesitaba una bebida fuerte antes de continuar con aquel pasaje.

Estaba preparándose un té condimentado con un piquete de *lexa* cuando apareció un mensaje que hizo parpadear su cuadrícula. Era Renko, el libro estaba listo.

Finn estaba progresando. La inclinación de las letras y los espacios lucían bien. Trazaba sobre las letras y luego las escribía él mismo en el espacio provisto. Ahora trabajaba en las familias de las mayúsculas. Lo más difícil de aprender fue el *ampersand* (&), pero se emocionó mucho cuando por fin le salió. Y luego empezó a escribir las oraciones completas que los autores incluyeron en el libro. Cuando terminó con todas ellas y con las cursivas sencillas, se enfocó en las cursivas ligadas. Muchas de estas letras tenían, entre una y otra, extensiones llamadas serifas de salida, lo cual facilitaba la escritura de las letras sin despegar la pluma del papel. Algunas otras letras tenían líneas muy finas al principio, es decir serifas de entrada, que hacían que lucieran más ornamentales y ayudaban a que la escritura fuera más fluida y ágil.

Finn avanzó con rapidez en el libro, letra por letra, oración por oración, página a página. Las horas pasaron, luego los días; una semana, dos. Aprendió por sí solo a escribir en cursivas, serifa por serifa. Y también tradujo el diario de Eliana, fecha por fecha, hasta que terminó. Jugó *slapback* con Renko dos veces por semana, salió a tomar unos tragos con Arietta Glorietta Mueller, y té con Morianna Knightley, otra amiga de Gao. Ambas perfectas, pensó Finn, pero no perfectas *para él*.

Soltó la pluma. Se le había cansado la mano y además tenía una cita con Rouge y la centrifugadora.

Estaban en un robotaxi, camino al IOZ.

—¿Por qué crees que tengamos que practicar en la centrifugadora? —preguntó Finn. Rouge se encogió de hombros.

—Qué pena —agregó—, pero encogerte de hombros ya no te servirá con este viajero.

—Por las fuerzas G —contestó ella llanamente—. ¿Te parece mejor respuesta?

—Pero no nos van a lanzar al espacio.

—Al tiempo, nos van a lanzar al tiempo, y por lo tanto estaremos expuestos a fuerzas G extremas.

—Pero nos fue bien en los primeros tres viajes.

—Tuvimos suerte. Sin embargo, en este momento hay algunas perturbaciones atmosféricas que nos podrían exponer a niveles extremos de fuerzas G.

—¿Qué tipo de perturbaciones?

—¿Cómo explicarlo? —Rouge respiró hondo, luego reunió toda la capacidad que poseía para explicarle al lego, y se lanzó de lleno —. Nuestra Tierra comparte cierto espacio con varias otras realidades alternativas; son otras Tierras que fueron arrancadas…

—Sí, sí —interpuso Finn—, en la escuela nos enseñaron acerca de las Tierras paralelas.

—Muy bien, entonces —dijo ella, un poco más serena— ya sabes todo al respecto.

—¿Existe la posibilidad de quedarnos atorados en, digamos, un mundo lleno de dinosaurios?

—No —dijo ella riéndose—. Esa es una idea errónea. Esas realidades alternativas están demasiado lejos de nosotros ahora.

—¿Entonces de qué tipo de realidad alternativa estamos hablando?

—Esta viajera del tiempo nunca ha vivido una. —Rouge comenzaba a impacientarse—. Y tú tampoco la vivirás. Esos inconvenientes los eludimos con lanzamientos que tienen una fuerza G extrema.

—¿Por eso vamos a practicar en la centrifugadora?

—En parte. También existe el problema de que mientras más tiempo permanezcamos en el pasado, más fuerzas G necesitaremos para volver. Por eso requerimos de práctica. Además —señaló, al mismo tiempo que lo miraba con una coqueta sonrisa—, la centrifugadora te hace bien. Te hará un mejor hombre.

Fue la primera vez en mucho tiempo que Finn volvía a percibir la seducción que Rouge ya le había mostrado en el pasado.

—Es urgente que comencemos —dijo él mientras estiraba las piernas, se reclinaba hacia atrás y juntaba las manos sobre su estómago.

Rouge las tocó.

—Esta amiga solo está bromeando —le confesó con suavidad. Había un persuasivo tono ronco en su voz, y su mano tenía una calidez muy grata.

El robotaxi se detuvo en Broken Gate, Pariser Platz, para ceder el paso a una larga fila de vehículos turísticos. Afuera soplaba el viento de principios de marzo, pero el interior del taxi era muy acogedor. Finn volteó a ver a Rouge, quien le restregaba suavemente la mano con los dedos. Sus hombros se tocaban. Sería tan fácil, pensó Finn, tan fácil decir que sí.

—Oh —exclamó Rouge—, ¿qué es esto? —Pasó el dedo índice sobre un pequeño callo que se había formado en el nudillo superior del dedo medio de Finn.

Él miró el callo con interés, pero luego volteó a ver a Rouge y se encogió de hombros.

—Qué pena, pero vas a tener que dar una mejor explicación —dijo ella, imitándolo—. Encogerte de hombros ya no te servirá con esta amiga.

Finn se rio. De corazón.

—¡En serio! ¡Este hombre no tiene idea de dónde salió! —Era verdad. No sabía.

Y entonces llegaron a las instalaciones centrales en Potsdamer Platz.

Más tarde, esa misma noche, después de la desgarradora experiencia en la centrifugadora, en la que Finn creyó que no solamente perdería la vida sino hasta el contenido del estómago, clopeó información sobre el callo. El Cíclope le dijo que se trataba

de un «callo de escritor», y significaba, en esa etapa, que estaba sujetando la pluma con demasiada fuerza. «Imagine que la pluma es un ave recién nacida», escribió la especialista en caligrafía Kate Gladstone en 2011. «La punta de la pluma es el pico, el área del dedo su cuello, el mango es el cuerpo del ave. Su objetivo debe ser escribir sin oprimir al pobre animalito.»

Finn se esforzó mucho al practicar en casa. Estaba casi seguro de que no oprimía al pobre animalito, pero el callo siguió ahí.

De vez en cuando se preguntaba si la gente se daría cuenta de que estaba escribiendo, o si lo habrían visto con las manos enrojecidas. La puerta del frente de su departamento en el DPA se cerraba de forma automática, estuviera él o no, pero como en todos los DPA, las puertas que conducían a la cocina comunitaria y al cuarto de baño permanecían abiertas. No sería raro que Rouge, Yolanda o Severin llegaran inesperadamente. Si Yo o Sev lo descubrieran escribiendo, pensarían que estaba trabajando, pero Rouge entendería todo de inmediato. No era ningún crimen, pero tampoco era algo que ella debería saber. Finn no estaba seguro de cuál era su papel en el Proyecto Tiempo. ¿De verdad era su amiga? ¿Era su enemiga? ¿Tal vez las dos cosas? Decidió que lo mejor sería laborar en casa, en su verdadera casa, en Fire Island. Le había enviado al Doctor Doctor Sriwanichpoom la traducción del tercer diario de Eliana. Esperaba a cambio el cuarto, pero si no existía, lo más probable era que le dieran algo más en qué trabajar. ¿Por qué no ir a Norteamérica y permanecer ahí hasta su siguiente viaje al Berlín del siglo XXI?

—Es buena idea, señor Nordstrom —dijo el profesor Grossmann —. No tenemos ningún problema con que trabaje en casa los próximos diez días. Al IOZ le complace la forma en que se ha recuperado del último viaje. —El profesor revisó la cuadrícula de su BC por un instante—. ¿Está tomando las vitaminas y medicinas que le recetamos, señor Nordstrom?

Finn se sorprendió un poco y miró al doctor directamente.

—Por supuesto —dijo—. Así es.

A Finn lo distrajo la corbata de cordón del director todo el tiempo que duró la comida en Cook «n» Geek, la cafetería del IOZ.

Pero cuando la capa de nubes se abrió y el sol entró por las ventanas, por fin pudo observarla bien. La placa era redonda, de unos cuatro centímetros. Era una pieza plana de ámbar con una abeja cristalizada en el interior. El objeto le hizo recordar el anillo de su ancestro que estaba en la caja de ónix negro, solo que la abeja en la pinza de la corbata era mucho más delgada y estaba en un nivel de descomposición más avanzado.

—Es una pieza formidable, ¿no cree? —dijo el profesor.

—Fascinante —contestó Finn.

Rouge se estiró para ver.

—Esta abeja tiene cuarenta y cinco millones de años de edad —señaló el profesor—. Y un ADN muy interesante.

—Resulta difícil imaginarlo —agregó Finn.

El profesor levantó la mano y llamó al mesero Wozniak BER-IOZcg72. —¿Una bebida antes de irnos? —les preguntó a Rouge y a Finn.

Ambos asintieron.

—¿Señor? —preguntó el mesero Wozniak.

—Una berryola, por favor —dijo el profesor. Luego los miró a ellos.

—Zing de canela —pidió Finn.

—Solo agua —dijo Rouge.

El mesero Wozniak se fue y el profesor volvió a concentrarse en Rouge y Finn.

—Entonces, muchachos, tienen 4 viajes más. Señor Nordstrom, prepárese para que lo contactemos en unos 7 o 10 días para el viaje número 4 a Berlín, a octubre 1 de 2007. Será una excursión de 12 horas. El viaje 5, que quizá se lleve a cabo en la primavera de 2009, será una estadía de 24 horas. Pasarán la noche ahí. Les encontramos un hotel agradable. —El doctor entró a su BC y leyó en la cuadrícula—. Ahí lo tienen, el Hotel Clara, en Wilmersdorf. —Miró a Rouge y a Finn—. No hay alberca, pero sí sauna o algo parecido, con una tina de inmersión en agua fría. Tendrán habitaciones sencillas. Y el viaje 6 será una visita de una semana. Pero aún no hemos ultimado los detalles.

—¡Una semana! —exclamó Finn—. Eso es mucho tiempo.

—No se va a aburrir —dijo el profesor y le guiñó un ojo a Finn

—, se lo aseguro.

—¡Podemos ir a Estados Unidos! —le dijo Finn a Rouge—. A este neoyorquino le gustaría ver la ciudad antes de que…

—Por desgracia, señor Nordstrom, eso no está permitido —interrumpió el profesor—. No lo hemos mencionado porque no queríamos preocuparlo, pero siempre debe permanecer dentro de un radio de 350 kilómetros de su punto de entrada, que en este caso es Berlín. Lo siento. —Al terminar, sin embargo, el profesor se alegró un poco—. Pero por favor salude a Nueva York de mi parte mañana que llegue allá. Es una ciudad hermosa.

Cuando Finn llegó a Fire Island al día siguiente lo esperaba un paquete: era el nuevo diario de Eliana. El cuarto. Todo el tiempo creyó que llegaría, pero no estaba seguro. Ese mismo día, pero más temprano, por la mañana, se había encontrado al Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom en la terminal de esquí de Berlín. Este le había mencionado que en Nueva York le esperaba algo que valía la pena. Finn creía que, si se hubiera tratado de informes financieros del Deutsche Bank, el director de la biblioteca se lo habría dicho con mucho gusto, ya que acostumbraba ser muy franco.

Este diario era el más delgado de todos. Tenía una portada flexible de cartón negro y se veían las costuras del lomo. En él había veinticuatro hojas normales y dieciséis desprendibles en la parte trasera. Una de ellas había sido arrancada. En el interior de la tapa posterior había una especie de bolsillo. Estaba vacío. En la parte exterior de la misma tapa estaba grabado el nombre del fabricante: Moleskine®.

Finn se prometió que esta ocasión leería la breve obra en orden cronológico. Quería saborear el desplegar del tiempo; disfrutar de la vida de Eliana en el orden en que ella la experimentaba, acompañarla de una fecha a la siguiente, y hasta la última. En pocas palabras, no quería echar a perder la lectura adelantándose.

Abrió el diario. En la primera página se podía leer el nombre y la dirección de Eliana y luego, en letras más pequeñas, otra dirección: c/o Weiss, 742 Appletree Lane, Teaneck, Nueva Jersey, 07666, E.U.A.

¿Nueva Jersey?

El diario comenzaba en febrero 6 de 2007. Era un martes. Eliana

tenía 16 años y 9 meses de edad. Su escritura estaba llena de curvas y era difícil de leer.

Martes, febrero 6, 2007

Muy bien, voy a tratar de escribir. Me detuve, pero creo que debería intentarlo otra vez. Así que voy a comenzar ahora. En el avión.

¡Ah! Estaba escribiendo en un aeroplano. Tal vez por eso la escritura era tan dispareja.

Mamá me consiguió los diarios. Vienen en un paquete de tres. Me gusta su sencillez. Estaba pensando que ni siquiera tengo que escribir oraciones completas. Solo una frase. O una palabra. Cuando la mire, recordaré lo que significa, y luego, cuando mamá y papá llamen, tendré una lista muy útil de todo sobre lo que les puedo hablar. Por ejemplo:

Aeropuerto de Heathrow/Infinitissimo

Bailey's

Video personal

Les puedo decir que me tomó casi una hora transbordar en Heathrow; que caminé, caminé y caminé; que cuando estaba esperando en la revisión de equipaje de mano pensé que perdería el vuelo pero que, al final, hasta me dio tiempo de comprar Infinitissimo en la tienda duty-free.

También les puedo contar que el asistente de vuelo me ofreció un Bailey's después de la comida, ¡y que ni siquiera me preguntó qué edad tenía! Me pregunto si una mujer asistente habría hecho lo mismo.

Les puedo decir que tuve mi propia televisión en el avión. ¡En clase económica! Que estaba empotrada en la parte anterior del asiento que tenía enfrente. Vi «Little Miss Sunshine», una sarta de series británicas de televisión y

Ups. Turbulencia. No puedo escri

Finn leyó el diario, oración por oración. Siguió la vida de Eliana como estudiante de intercambio en preparatoria. Pasaron quince meses desde la última vez que se vieron. Él había desaparecido

mucho tiempo en su memoria, pero ella permanecía en la de él. Le gustaba recordar aquel breve momento en que ella le aflojó la corbata.

Eliana escribió acerca de la vida con la familia Weiss en un suburbio de Nueva Jersey. La señora «Por favor llámame Wendy» Weiss, según leyó Finn, alguna vez fue maestra de educación física en una preparatoria de Nueva York, pero ahora dirigía un estudio de yoga en Englewood, Nueva Jersey. Danny Weiss era profesor de psicología en la Universidad Rutgers, y los días que daba clase en el campus, tenía que viajar setenta minutos hasta allá. Y Sarah, su hija de dieciséis años, era la nueva mejor amiga de Eliana.

Mucho de lo que Finn pudo leer sobre los meses que Eliana pasó en Nueva Jersey fue en fragmentos, ya que ella se apegó a su promesa de solo escribir palabras aisladas y frases.

Ensalada con aderezo francés bajo en calorías todas las noches

Perrito cockapoo, Nick, adorable

¡Sarah se depila el vello púbico! ¡Ouch!

Vecinos de junto: kosher

Señor Weiss: piernas flacas. Lentes grandes. Muy listo. Se queda calvo.

De vez en cuando escribía pasajes más largos en prosa: sobre que pasó tres horas en la sinagoga sin entender absolutamente nada; acerca de la deliciosa comida Pésaj a principios de abril y de todos los parientes y amigos que trajeron algo para comer. Describió con asombroso detalle la sopa de bolas de *matzah*, el *kugel* de zanahoria y las copas de merengue con fresas y chocolate. Su recuento de la falda de res que ayudó a cocinar le abrió tanto el apetito a Finn, que habría estado dispuesto a venderle su alma vegetariana al diablo tan solo para probar aquel platillo. Las visitas de Eliana y Sarah al centro comercial también captaron su atención, así como los viajes a Manhattan los fines de semana. En el diario también predominaban los chicos. Algunos eran «totalmente guapísimos». Otros eran «raros». Algunos más eran «muy buena

onda». La mayoría era «*nerds* sin remedio». Pero lo que todos tenían en común era: «¡No saben besar! Demasiado torpes. Sin corazón». Él sabía que para Eliana este era un problema de mucho tiempo atrás.

Los días de Finn estaban repletos de actividad. Por la mañana trabajaba en el diario de Eliana por una o dos horas, luego en su escritura. Estaba a punto de terminar el libro y ahora practicaba la unión de las letras. Después de la comida daba un paseo por la playa, contemplaba cómo rompían las olas y luego se alejaban. Después veía los juncos doblarse hacia atrás y hacia delante. Seguía el vuelo de una gaviota hasta el cielo y después la veía precipitarse hacia abajo. A veces, si se sentía envalentonado, nadaba un poco en las heladas aguas del mar.

Las tardes las reservaba para el diario.

Los días se hacían cada vez más largos. Por la tarde se sentaba en la terraza y veía el sol ponerse. El chef Carlo Canelli le preparaba la cena. Después, Finn practicaba un poco más su escritura. Ya por la noche, más tarde, a veces volvía a salir a caminar a la playa envuelto en una acogedora frazada para ver las estrellas.

Ya casi acababa de leer el cuarto diario. Estaba feliz por Eliana, porque se la estaba pasando bien en el extranjero. De vez en cuando escribía sobre Madeline: «Le habría encantado el centro comercial», o «Me duele pensar que nunca paseó por Central Park en un caluroso día de primavera».

Y luego, de repente, una tarde se conmocionó al leer su nombre:

Domingo, mayo 27, 2007

¡Hoy estuve en Fire Island! Sucedió así:

El día de mi cumpleaños Wendy mencionó que cuando era niña vivió a tan solo unas cuadras del océano Atlántico, en Far Rockaway. Me mostró en un mapa dónde se encontraba, y cuando vi que estaba en la frontera con Long Island, de inmediato pensé en Finn. «¡Conozco a alguien que vive justamente aquí!», le dije. Y en ese momento preciso, apareció la imagen de su rostro frente a mí. Esos ojos intensos. Y la tenue sombra de barba en sus mejillas… tan sexy. Recuerdo que después del funeral, las Tres J. y yo hablamos por días sobre lo bien que se veía; sobre su traje, el cabello, su sonrisa; lo amable

que era. Era tan… no sé… tan… correcto. No lo puedo explicar. De cualquier forma, Wendy Weiss preguntó: «¿Y va a Fire Island en verano?». Yo le contesté: «Creo que vive ahí». Y luego ella me preguntó si su casa estaba adaptada para el invierno, y yo le respondí: «Supongo que sí». Y luego le conté que, casi dos años atrás, unas semanas después del funeral, le escribí dos veces pero no recibí respuesta, y que luego busqué la dirección en Google Maps y encontré el pueblo, Ocean Bay Park, pero no sabía en qué calle vivía. Y que después de eso traté de sacármelo de la cabeza. Entonces Wendy nos preguntó a mí y a Sarah si queríamos ir a Fire Island, porque a ella le gustaría volver al lugar donde vivió (en los veranos trabajó como niñera ahí, me contó). Y por eso fuimos.

Era hermoso a pesar de que había mucho viento y a todas se nos congeló el trasero porque llevábamos ropa de verano. Me recordó mucho al Báltico y a la península de Fischland-Darß porque solo era una delgada franja de tierra que tenía por un lado al océano, y por el otro, una bahía poco profunda.

Me pregunté por qué Finn no habría escrito el nombre de su calle en el libro de condolencias. Era de lo más extraño porque, mientras caminaba por la playa, tuve la sensación de que se me hacían remolinos en el estómago. Sentía que estaba ahí, justo ahí, a la vuelta de la esquina o detrás de las rocas; o comprando goma de mascar en la tienda. Esperaba encontrármelo de repente, cosa que, por supuesto, no sucedió. Pero si lo hubiera visto, estoy segura de que se me habría olvidado lo desilusionada que me sentí porque nunca llamó, y lo habría abrazado con tanta fuerza que lo habría sofocado. ¡Excelente castigo!

Finn se encontraba estupefacto. De verdad había significado algo para Eliana. Y hasta la desilusionó. La situación no habría podido tornarse más intrincada aún, ¿verdad?

Le dio vuelta a la página.

Lunes, junio 4, 2007

Tengo un resfriado. ¡Achú!

Sábado, junio 9, 2007

Segundo aniversario de la muerte de Madeline. Es difíc

Jueves, junio 14, 2007

Volaré a casa el fin de semana. Extraño a mamá y papá; y hasta a Robert. Tengo una maleta llena de historietas de ciencia ficción para él.

El resto de la página estaba vacío. Finn le dio vuelta. Vacía. En la siguiente página leyó:

Lunes, septiembre 24, 2007

Esta mañana tenía prisa y, por alguna razón, tomé el diario negro equivocado; el primero en lugar del segundo. Oh, bueno, ahora puedo escribir en este de todas maneras.

Estoy en Staatsbibliothek como todos los lunes este semestre, a las dos de la tarde. Me encanta estar aquí en la biblioteca porque hay luz por todas partes. ¡Cuántas ventanas! ¡Cuántas nubes! Si pudiera crear el paraíso, lo haría con lo que veo aquí sentada en la sala de lectura del Departamento de Mapas, desde donde se pueden contemplar todos los otros pisos, ver a la gente leer y escribir, buscar en los libros. Un paraíso lleno de luz, de gente, de lectura. Hay mundos por descubrir adondequiera que volteo. Un universo en cada libro. En cada hombre, mujer y niño. Ni siquiera si viviera mil millones de años podría descubrir todo lo que se puede saber de cada uno de ellos.

Y entonces Finn entendió que probablemente él no era la única persona que estaba leyendo el diario de Eliana. El siguiente viaje a Berlín estaba programado para un lunes: octubre 1 de 2007. Le costaba trabajo creer que no se trataba de una coincidencia. Alguien quería que fuera al Departamento de Mapas de la Biblioteca Estatal de Berlín y se encontrara con Eliana ahí. ¿Pero quién? ¿El profesor Grossmann? ¿El Doctor Doctor Sriwanichpoom? ¿Rouge? ¿Todos ellos? ¿Y por qué?

Por desgracia, para cuando se dio cuenta de todo ya era

demasiado tarde para hacer algo al respecto de cualquier forma.

16

TANTAS TIERRAS Y UN SOLO SOL

Finn y Rouge tenían un presupuesto. El profesor Grossmann, director del Proyecto Tiempo, fue castigado por el señor Ciucurescu, administrador del IOZ: «Las reservas del instituto se encuentran peligrosamente por debajo del mínimo. Ya no podemos permitir extravagancias como pagar con un billete de 500 y regalarle el cambio, un billete de 497 euros en efectivo, a cualquier loco en la calle; y tampoco podemos comprar trajes de diseñador como Jil Boss y Hugo Sander. Además, crear réplicas genuinas es demasiado costoso».

A Rouge no le agradó la orden pero aceptó la situación porque, sin duda, tenía que hacerlo. Para compensarla, le dieron acceso al Departamento de Guardarropa y Accesorios Históricos del Museo de Cultura Europea, donde se le permitió elegir prendas para ella y para Finn. Como era de esperarse, aceptó la nueva misión con el meticuloso entusiasmo de siempre.

Para ella misma seleccionó una prenda con capucha de color verde grisáceo. El vestuarista la llamó «sudadera». También eligió una camiseta color menta con mangas a los codos y recortada al abdomen que hacía destacar su delgada cintura, y unos *jeans* ligeramente flojos que habían sido rasgados a la altura de las rodillas con todo cuidado. Sus zapatos de tela eran color verde con

azul.

Rouge le consiguió un atuendo similar a Finn: la sudadera era gris, la camisa azul marino con mangas más cortas que dejaban ver sus bíceps, producto de tanto jugar *slapback*, y el daño ornamental de sus *jeans* se limitó a una rodilla y las bastillas. Como calzado llevó tenis azules de piel. En la cabeza usó una gorra suave y oscura con borde curveado y rígido. Cuando salió del área de vestidores, Rouge lo observó con cuidado. «Deberías solicitar que te permitan conservar el atuendo después de la misión», le dijo a Finn al mismo tiempo que admiraba sus bíceps mientras él se quitaba la sudadera.

Ambos llevarían una pequeña mochila urbana con cartera, identificación, papel moneda, agua embotellada, pastillas para el desfase temporal y réplicas genuinas de un mapa de Berlín que Finn encontró en el Subnivel 5 del Departamento de Mapas, en las Catacumbas. Era más fácil de usar que los mapas plegables que compró en el segundo viaje al Berlín del siglo XXI.

A Finn le pareció que su atuendo era tolerable. Por lo menos era parecido a lo que recordaba de un seminario universitario sobre la vida estudiantil en el periodo intermilenario. Se contempló en el espejo y pensó que lucía como un Forester. A veces ellos usaban ropa parecida a esa. Giró su gorro y el borde curveado quedó en la parte trasera de su cabeza. Rouge se rio. A Finn le pareció que era el tipo de ropa que Eliana Lorenz y su familia esperarían que usara un hombre joven.

Finn ya tenía claro que el IOZ lo estaba manipulando para contactar a Eliana y a su familia, solo que no había descubierto por qué. Creyó que siempre y cuando sus encuentros fueran seguros, agradables e incluso educativos, en realidad no tenía por qué cuestionarse el objetivo de los mismos. Era cierto que él mismo podría terminar siendo atropellado por alguno de esos mensajeros ciclistas que andaban por las calles y que se metían entre los autos como abejas dementes, pero, ¿acaso no había estado a punto de atropellarlo un robotaxi de frente, poco tiempo atrás? Desde esa perspectiva, le estaban pagando por participar en un experimento de importancia social, histórica e incluso hasta científica (o al menos eso era lo que él daba por hecho). Así pues, mientras su vida no estuviera en peligro evidente, ¿por qué no disfrutar la

experiencia?

Después de que se familiarizó con su nuevo teléfono celular (una cortesía más del museo), con el contenido de su mochila y los papeles de identificación, el profesor Grossmann le insistió como por centésima ocasión, en la sesión de preparativos, que hiciera lo que el instinto le indicara. «Recuerde» continuaba diciendo el profesor, «haga lo que guste, siempre y cuando no sea dañino para usted, para *mademoiselle* Moreau ni para nadie más.»

A Rouge, por otra parte, le indicaron que debía darle a Finn algo de espacio, lo cual le agradó porque tenía algunas misiones especiales como abrir una o dos cuentas bancarias, ubicar ciertos lugares para el IOZ, así como hacer algo de investigación para su tesis de doctorado. Para esta última tarea planeaba visitar el Museo Erótico, así como el Instituto de Física de Partículas Elementales de la Universidad Humboldt.

—¿El Museo Erótico? —preguntó Finn—. ¿Investigación?

—Por favor, Finn —dijo ella—. Es demasiado complicado para explicarlo.

De todas maneras Finn tenía mucho en qué pensar. ¿Cómo le iba a explicar su repentina aparición a Eliana Lorenz? Ya no era una niña, tenía diecisiete años. Pensó que lo mejor sería improvisar sobre la marcha. Llegaría a la Biblioteca Estatal a las 2:30 p.m., fingiría sorprenderse al encontrarla, y ya vería qué hacer a partir de ahí.

El lunes primero de octubre de 2007 fue ese tipo de día dorado de otoño sobre el que los poetas escriben: cálido pero con una frescura ligera que prefiguraba la cercanía del invierno. La claridad del cielo y la tenue brisa llenaron a Finn de una sensación de gozo puro. Siempre le gustó el cambio de estaciones.

Finn y Rouge aterrizaron en el Sanitario de Savignyplatz, en Berlín-Charlottenburg, a las 11:45 a.m., y caminaron diez minutos hacia el norte, hasta llegar a la cafetería estudiantil de la Universidad Técnica. Eligieron un bocadillo de mozzarella con trigo espelta, y luego un escalope vegetariano con salsa de champiñones. Sabía tan bien como sonaba.

Después de eso, Finn se quedó solo.

Para cuando estuvo cerca de la Biblioteca Estatal en Potsdamer

Straße, después de dos horas y varios kilómetros de paseo turístico a pie, tenía la impresión de que había visto suficiente de la ciudad para una sola tarde. Ya había escuchado suficiente ruido urbano e inhalado suficiente humo de cigarro y combustible de fósil para toda una vida. Muchas gracias. Ahora tenía enormes deseos de ir a la biblioteca y desahogarse un poco de la contaminación que habían sufrido sus sentidos. ¿Cómo podía soportar todo eso el hombre del siglo XXI?

Pero a solo unos cien metros de su objetivo, de pronto se encontró frente a una inmensa estructura en forma de domo y fabricada con acero, vidrio y velas de tela. Por un momento pensó que se había vuelto loco porque, ¿cómo había podido materializarse el techo inferior del IOZ en el siglo XXI? Pero entonces se le ocurrió que La Medusa del IOZ debía ser una estructura que sobrevivió al Invierno Negro. Se acercó a mirar.

La Medusa se extendía sobre un animado patio abierto que distaba mucho de parecerse a la restringida atmósfera del IOZ. Los edificios a su alrededor albergaban un museo de cinematografía, cines, restaurantes, una juguetería y una tienda de artículos electrónicos que, al parecer, se especializaba en aparatos de sonido porque se llamaba «Sony».

Pero ya casi eran las 2:30 p.m. Hora de buscar a Eliana.

El guardia de seguridad que estaba en la entrada de la biblioteca miró a Finn con recelo e hizo un gesto para alejarlo.

—Lo siento pero no puede entrar, ¡no con todo eso! —El guardia señaló la mochila de Finn—. Los casilleros están allá —le indicó.

A Finn lo ponía nervioso tener que dejar sus pertenencias encargadas.

—¿Sin mochila? —preguntó. El guardia le lanzó una mirada fulminante.

—¿De qué le ves cara a esto?, ¿de biblioteca o de zona para acampar?

Mientras Finn analizaba la pregunta, el hombre lo miró con los ojos entrecerrados.

—¡Espera un segundo! ¿Te conozco de algún lado? —¿De dónde podría conocerlo? Finn lo miró. Estaba bien rasurado; tendría unos cincuenta años, ojos azules y cabello canoso.

—Me temo que no.

—Bueno, por favor deje sus cosas en los casilleros —le pidió el guardia.

Finn hizo lo que se le indicó. Cerró con llave el casillero y volvió a la caseta. Estaba a punto de pasar por una puerta mecánica que consistía en brazos horizontales giratorios pegados a un poste vertical cuando, de pronto, el guardia lo detuvo otra vez.

—¿Y su credencial de la biblioteca?

—¿Disculpe?

—No puede entrar si no tiene credencial.

El guardia envió a Finn a registrarse en un mostrador que estaba del otro lado del vestíbulo. Finn se formó un rato, recibió una forma de solicitud, pero cuando abandonó el mostrador se dio cuenta de que no tenía ninguna herramienta para escribir. Volvió a formarse y pidió una «herramienta de escritura». Una señora de edad le dio un bolígrafo y le sonrió como si hubiera pasado lidiando con universitarios confundidos la mayor parte del tiempo que no dormía. Llenó la forma en una mesa alta, muy complacido con su escritura. Volvió a formarse, y en esta ocasión le dijeron que necesitaba una identificación. Regresó a los casilleros para sacar la identificación de la mochila, corrió de vuelta al mostrador y esperó con paciencia que le entregaran su credencial de la biblioteca. Para ese momento ya se sentía bastante ansioso de que Eliana se fuera. ¡Eran poco más de las tres! Podría haberse ido ya. Volvió a los casilleros, revisó su mochila y se encontró una vez más frente al guardia de seguridad.

—¿Me puede decir dónde está el Departamento de Mapas, señor? —preguntó.

—Suba dos pisos. Al llegar ahí dé vuelta a la izquierda. Hasta el fondo verá otras escaleras; en la parte superior de las mismas hay un inmenso globo azul.

—¿Un globo? ¿De qué?

—¡Es la Tierra, por supuesto! Gigante. Como de metro y medio de diámetro. No hay manera de no verla. —El guardia volvió a inclinarse hacia Finn—. ¿Está seguro de que nunca nos hemos visto?

—Sí, absolutamente —respondió Finn.

El guardia se encogió de hombros y lo dejó pasar.

Cuando estuvo arriba, Finn reconoció de inmediato la enorme estructura llena de luz. Tenía varios niveles y la construcción era en plano abierto. Alguna vez sirvió de escenario para escenas de un melancólico celuloide en blanco y negro que Finn vio. Se trataba de ángeles que vivían en el cielo sobre Berlín. La biblioteca era el lugar preferido de uno de aquellos seres invisibles. Los ángeles podían pasar toda la vida leyendo las mentes de las personas, y se mantenían bajo el hechizo de los pensamientos que tenían los humanos mientras trabajaban y leían.

Y, vaya, ¡cuántos lectores había ahí! Finn sintió que la envidia lo embargaba. Qué lugar tan glorioso sería su propia Biblioteca de Europa si tan solo la gente pudiera visitarla y aprovechar sus recursos, y no solo sirviera como un bar casero el día de la fiesta de Año Nuevo.

Al acercarse a la escalera coronada por el globo azul gigante, Finn se dio cuenta de que le faltaba la respiración, las manos le sudaban y la cabeza le daba vueltas. Era una sensación parecida a la que tuvo la primera vez que flotó en *bungee* en la exósfera de la Tierra. Estaba aterrado… pero de una forma ligera y plena por la ilusión.

Cuando subió por los escalones, con la mirada fija en el globo, notó el aroma en el aire. ¡Era el perfume de Eliana! ¡Infinitissimo! ¡Sí! ¡Estaba ahí! Pero luego pensó que tal vez ya se había ido y que la fragancia solo se había quedado impregnada a su paso por la escalera.

Llegó a la parte superior. En un letrero leyó: «Sala de lectura del Departamento de Mapas». Atravesó una puerta de vidrio.

Y…

… ahí estaba ella.

Se encontraba sola, sentada en medio de una mesa al centro de la sala. Estaba inclinada sobre un libro. Escribía. Y la luz que se cernía sobre su cabeza la hacía brillar con un tono dorado. Al espacio lo flanqueaba, por tres lados, una barandilla no más alta que la cintura de Finn. La sala parecía levitar, como si estuviera suspendida sobre el mar. Y sobre la barandilla había más globos:

eran Tierras de muchos tamaños, Tierras de cristal, madera, bronce y zinc; Tierras iluminadas que rotaban y se cernían con suavidad. La visión mareó a Finn: Eliana al centro de aquel universo, y todas esas Tierras girando alrededor de ella: de su sol.

Finn tenía la sensación de que todo se iba de lado. No se atrevía a moverse, a respirar ni a hablar, porque temía caer del borde de la Tierra donde se encontraba.

Pero entonces Eliana levantó la mirada. Y la forma en que la indiferencia en su rostro se tornó en curiosidad, en reconocimiento y luego en sorpresa y en una sonrisa radiante, le hizo pensar que tal vez no le importaría desplomarse si eso significaba caer a su lado.

Y entonces comprendió que tal vez esa era la razón por la que la gente en Norteamérica le llamaba «*to fall in love*» a enamorarse.

La puerta de la cafetería de la biblioteca se cerró detrás de ellos y, finalmente —sí, finalmente—, ella habló.

—¿Por qué nunca llamaste?

La mitad de los comensales volteó a verlos. Pensaron que Eliana les estaba hablando a ellos, pero de inmediato volvieron a sus bocadillos y bebidas. Lo mismo de siempre: solo dos chicos gritoneando.

Finn seguía mareado. Y aletargado.

Y ella todavía lo llevaba tomado de la mano. Lo había sacudido por toda la biblioteca hasta que pasaron por la puerta y por fin, lo dejó en una mesa vacía.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo?

Finn no podía creer cuán afortunado era. En verdad había aterrizado junto a ella. Estaba agitada, sí, pero sonreía.

—¡Dímelo todo! —vociferó en tono de broma y exigencia al mismo tiempo.

—Estuve en casa. No pude llamar —contestó él, lo cual, por supuesto, era la verdad aunque sonara demasiado tonto.

—¿Por qué no?

—Estamos demasiado alejados —explicó él, lo cual también era verdad—. No tenía sentido. Además, solo tenías quince años.

Ella respiró hondo y la nariz se le ensanchó. Finn pensó que jamás había visto a alguien fruncir el ceño con tanta belleza como

Eliana lo hacía.

—Estuve ahí. En Fire Island, ¿sabes? —dijo ella.

—Sí. —Claro que sabía.

—¿Qué quieres decir con «Sí»? ¿Cómo puedes…?

—Quiero decir, sí, sí, Eliana, te escucho.

—Fue hermoso. Viví seis meses en Nueva Jersey. Iba a la preparatoria. En Teaneck. Y luego… —la voz de la chica divagó.

Finn tenía los codos sobre la mesa y la cabeza recargada en las manos. Podría escucharla así por siempre.

Ella también colocó los codos en la mesa y recargó la barbilla entre las palmas.

Se miraron por un buen rato. Pasaron eones. El periodo Jurásico evolucionó hasta el Cretáceo, y ellos continuaron contemplándose.

—Quiero tu número —dijo Eliana de repente, rompiendo así el silencio—. Quiero el número de tu casa, tu celular, el de tus padres; tu dirección de correo, tu dirección en Europa, la de tu tía y tu tío, quienesquiera que sean y… ¿estás en Facebook?

—¿Facebook?

—¿Quieres beber algo? —Eliana se puso de pie—. Yo voy a tomar un café *latte*. ¿Y tú?

—Seguro.

—Yo invito. —Eliana se dirigió al mostrador y regresó cinco minutos después con los cafés—. Y entonces cuéntame, ¿qué haces aquí? —preguntó y se sentó.

Finn no estaba seguro de si se refería a Berlín o a la biblioteca.

—¿Estás de viaje? ¿Estudiando? —preguntó ella, al mismo tiempo que bebía un sorbo de su café.

—Sí, sí —contestó Finn. Ambas cosas sonaban lógicas. Probó el café. Estaba tibio, como el té condimentado del swuttle.

—¿Por cuánto tiempo?

—Solo hoy.

—¿Volaste desde Nueva York solo para…?

—No, no. —¿Y ahora qué?—. Estuve en… Múnich. —¿De dónde sacó eso? ¿Tendría sentido?—. Haciendo algo de investigación. En Múnich, sí. Solo diez días. Y luego vinimos anoche a celebrar el cumpleaños de un amigo. Solo por hoy. Solo estaré hoy en Berlín.

—¿Solo un día? —preguntó ella, casi entre sollozos.

La gente volteó de nuevo.

Hubo un instante, fue casi un nanosegundo, en el que Eliana lució absolutamente destrozada. Pero pasó pronto.

—¿Entonces qué estamos haciendo aquí? —dijo ella, y se levantó de la silla—. Vamos.

Al acerarse a la salida, Finn notó que el guardia de seguridad lo saludaba con la mano.

—¡Ya recordé! —dijo el guardia— . ¡Es usted! ¡El hombre que me salvó!

—¿Que lo salvó? —preguntó Finn, perplejo—. Debe estar equivocado, señor.

—Wilmersdorfer Straße. Agosto de 2003. ¡Usted me dio 497 euros!

¡Por supuesto que Finn lo recordaba! ¿Cómo no? ¡Era el hombre con barba que olía mal y que tenía una canasta con llantas llena de bolsas! ¡Cómo había cambiado!

Pero Eliana no debía enterarse, pensó asustado. ¿Cómo podría explicar tal cosa…?

—Lo siento —dijo Finn—. Debe estar equivocado.

—No, no —dijo el hombre—. Es usted. Esperé por horas a que saliera, pero desapareció en aquel Sanitario de la Ciudad, con la chica, con…

Finn atravesó la entrada. Si aquel hombre seguía hablando, él estaría en grandes aprietos.

—Adiós —le dijo, y aceleró el paso.

—¡Usted me salvó! —le gritó el hombre—. Ahora soy un hombre distinto, ¡le guste o no! ¡Gracias!

Pero Finn y Eliana ya estaban afuera.

Las hojas verdes, doradas y rojizas crujían debajo de sus pies. El canal estaba a su izquierda. La calle estaba más allá de los árboles, a la derecha. «Y aquí es donde arrojaron el cuerpo de Rosa Luxemburgo», dijo Eliana en su papel de guía de turistas, haciendo gala de las habilidades en su uso del inglés, adquiridas en los meses que estuvo en Estados Unidos. Extendió el brazo sobre el agua del canal, y al hacerlo, de ella se desprendió un poco de la fragancia de Infinitissimo. Cuando Finn la percibió, sintió vértigo por un instante

y pensó que de verdad se desmayaría y caería de cabeza en el canal. Pero en ese momento Eliana lo tocó del brazo y señaló a la derecha.

—Allá atrás están las embajadas, y ahí —volvió a girar a la izquierda, al sur— hay un albergue juvenil. Algunos de mis amigos se quedaron ahí en una ocasión. ¿Lo ves?

—Esa porquería indescriptible; masa gris de concreto barato endeble y…

Ella rio.

—Así es. Pero irónicamente —señaló ella al pasar por la franja de árboles que tenían al lado derecho de la calle—, justo al otro lado del canal, frente a esa masa gris de lo que sea, se encuentra uno de los edificios más bellos de todo Berlín. *Voilà*.

¡Fue asombroso! Finn reconoció la fachada en forma de ola del edificio que estaba al otro lado de la calle.

—Fahrenkamp —dijo él, y Eliana abrió los ojos sorprendida.

—No puedo creer que conozcas el nombre del arquitecto. Los berlineses saben, si acaso, que las oficinas de la compañía de gas están ahí. —Entonces ella retomó el alemán.

En el mundo de Finn, aquel edificio era un punto de referencia: la entrada suroeste al campus del Instituto Olga Zhukova. La estación de swuttle, Fahrenkamp-IOZ, se ubicaba a solo doscientos metros al norte.

—Disculpe, señor Nordstrom —dijo Eliana. Tenía el puño cerrado y cerca de la boca, como si fuera un micrófono. Era como las reporteras que aparecían en los celuloides nuevos—. ¿Qué es lo que hizo que un estadounidense inteligente como usted eligiera la historia alemana como su área de estudio? —preguntó, y le pasó «el micrófono».

—Historia moderna, amiga mía, historia moderna. Los alemanes solo tuvieron la suerte de participar.

—Y muy mal, por cierto. —El micrófono de Eliana desapareció en el aire.

Él asintió. La primera mitad del siglo XX no era su parte favorita de la historia.

—¿Y a ti qué fue lo que te hizo elegir, de todos los lugares posibles, Teaneck, Nueva Jersey, para ir a estudiar? —le preguntó él.

—¡Nueva Jersey! —exclamó ella, imitando su acento. Luego se rio. Su risa era adorable. A Finn le habría gustado grabarla para volverla a escuchar una y otra vez. Debido a la costumbre, le envió un impulso a su BC para registrarla, pero por supuesto no sirvió de nada. Eliana lo empujó a la altura del hombro.

—Dices «Nueva Jersey» como un verdadero neoyorquino, con tanta condescendencia. Pero es gracioso. Porque no suenas como neoyorquino cuando hablas inglés. Mi madre anfitriona, la señora «Por favor llámame Wendy» Weiss, sí hablaba como nativa de Nueva York. Era de Brooklyn pero luego vivió en Queens. Sonaba como taxista de película de Scorsese. Como gis arrastrándose en un pizarrón.

Gis arrastrándose en un pizarrón. Finn se preguntó a qué sonaría eso.

—Pero —continuó Eliana— tu acento es… distinto.

Él se encogió de hombros. Estaba pisando un terreno peligroso. Sin embargo, no podía incluir en la agenda para la tarde una conferencia sobre la evolución del idioma inglés en los siglos XXI a XXIII.

—¿Y tú? —le preguntó a Eliana—, ¿qué vas a ser cuando seas grande?

—Arquitecta. Creo —contestó la chica.

—¿De verdad? —Era asombroso, pensó él. Eliana jamás había dado algún indicio de que le interesara la arquitectura en su diario.

—¿Por qué te sorprende tanto? —preguntó ella.

—No sé, nada más. ¿Y qué construirías?

—No estoy segura —contestó—. Albergues juveniles, supongo.

Ambos se rieron un buen rato después de eso.

Estaban en un parque. Rodeados por todos lados de edificios de departamentos del Berlín de entre siglos, con escaleras de emergencia en espiral, ventanas panorámicas y tragaluces. Había una cancha de soccer, una barra con sogas para colgarse, dos resbaladillas, una bomba de agua y un carrusel que le recordó a Finn la centrifugadora del IOZ.

Ahora que el sol estaba en el oriente y listo para ponerse, el aire se sentía más fresco. Eran los únicos en aquel lugar, y tenían una

banca completa para ellos. Se dejaron caer en ella, exhaustos por la caminata. Finn miró hacia arriba, a las ventanas iluminadas: rectángulos y cuadrados amarillentos en el cielo que oscurecía. Observó las siluetas de los habitantes, las vio entrar y salir de sus habitaciones, preparar la cena, encender las televisiones, alistar a los pequeños para dormir. Todo tenía su propia coreografía y lo hacía sentir como si, de alguna manera, hubiera vuelto a casa.

—Me gusta contemplar las ventanas —dijo Eliana—. Hay algo muy íntimo en ello, ¿no crees?

—Sí. También estaba pensando en algo así.

—Esa es nuestra casa —dijo ella al mismo tiempo que señalaba una fachada blanca deslavada al oeste.

—No me había dado cuenta.

—¿No alcanzas a oler el guisado de papas dulces de mi madre?

Finn olfateó al aire. Lo único que percibía era a Eliana y su Infinitissimo.

—Sí, creo que sí. ¿Con mantequilla? Y… —volvió a olfatear—, ¿papas dulces?

Eliana le dio un codazo en las costillas.

—Ja, ja.

—¿Nos pueden ver desde ahí? —preguntó Finn, mirando la fachada.

—No, esa es la casa de atrás, detrás del patio. Nuestro departamento está al frente. —La brisa pasó soplando y Eliana se abotonó la chamarra—. Madeline y yo solíamos venir aquí siempre. —Sus palabras quedaron suspendidas en el aire por un momento… y luego se alejaron con la brisa. Miró a Finn—. La extraño, muchísimo, todo el tiempo. Creo que siempre habrá una parte de mí que la extrañará.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Finn la alcanzó a escuchar tragando saliva, y se le hizo un nudo en la garganta.

—Me alegra que hayas tenido oportunidad de conocerla —dijo ella.

Él asintió.

La mirada de Eliana viajó hasta la de Finn, y este vio cómo la tristeza se desvanecía de pronto de su rostro.

—¿Sabes? Luces exactamente igual —dijo con una sonrisa—. ¡Te

ves igualito! Es de lo más extraño. Como si no hubieras crecido ni un día.

Para ser precisos, solo tenía dos meses más que la última vez que Eliana lo vio, en tanto que para ella habían pasado dos años y casi cuatro meses. Por supuesto que era algo confuso y prefería no reflexionarlo. Además, ¿quién podría pensar en algo así en una situación como la que se encontraba?

—Tienes esta barbita lisa —dijo ella—. Aquí mismo. Es más larga que las otras —explicó mientras señalaba su barbilla—. Juraría que también la tenías hace dos años. —Eliana levantó la mano hasta el rostro de Finn, y le acarició la barbilla con el dedo índice—. Aquí está —dijo mientras jugaba con cuidado con el vello más largo—. ¿La sientes?

¡Vaya que la sentía!

Y de repente y sin pensarlo, Finn alcanzó la mano de Eliana y la besó. En la palma. Se deleitó con la suave curva que en esta se formaba. Besó cada dedo, cada punta; la cutícula rasgada que le había visto en el dedo índice. También la muñeca, ahí donde la esencia de Infinitissimo era más enloquecedora; un nudillo o dos. Para cuando terminó, conocía la mano a la perfección.

Luego la escuchó respirar profundamente, y la miró.

—Nadie me había besado la mano nunca —dijo—. Nunca.

—Y yo debo confesar que jamás había besado una mano. Nunca jamás. Ciertamente, ninguna tan adorable como la tuya.

Sus cabezas se acercaron cada vez más. Los labios primero, para unirse en un beso. El corazón de Finn estaba a punto de estallar y salírsele del pecho. Iba a abrazarla cuando… su celular cobró vida al timbrar. La sorpresa los hizo separarse. Finn abrió el cierre del bolsillo de la sudadera con desgano. «Ah», dijo cuando miró la pantalla. Rouge le había enviado un mensaje para avisarle dónde y cuándo debían encontrarse. «Es un breve servicio de mensajería», le dijo a Eliana.

—¿Un breve qué?

—Un breve servicio…

—Ah —exclamó ella—, es un mensaje. —Eliana vio el aparato —. ¡Guau! ¡Un iPhone! ¡Aquí todavía no se pueden ni comprar! Papá tiene uno, de prueba. ¡Robert se va a morir de envidia!

—Biología —dijo Robert al mismo tiempo que se acababa la comida del plato—. Creo que voy a estudiar Biología. Genética. Pero primero tengo que acabar con el asunto del servicio civil. Terminará en julio.

—¿Servicio civil? —preguntó Finn.

Todos se rieron.

—Sí, lo elegí en lugar de hacer el servicio militar —dijo Robert, y les disparó a todos en la mesa con una pistola imaginaria—. El ejército no es para mí, así que tengo que realizar trabajos por el bien de la humanidad para compensarlo. Por un año. Estoy trabajando con niños de entre doce y dieciséis años que viven en la calle. En un centro juvenil. Ahora les estamos enseñando a trabajar con madera, a hacer mesas y cosas así. Me estoy volviendo bastante bueno en eso.

Eliana volteó a ver a su madre con impaciencia.

—Mamá, ¿ya le puede enseñar Finn su teléfono a papá?

—Está bien, está bien —dijo Angelika Lorenz con un suspiro. Finn sacó el teléfono y Eliana se lo arrebató de las manos.

—¡Mira! Tiene una cámara de video. Y flash. El tuyo no, ¿verdad, papá?

Rudolf Lorenz levantó la ceja.

—¿Cámara de video? No. Y tampoco tiene flash para la cámara. —Sacó el teléfono de su bolsillo del pantalón y lo comparó con el de Finn. El suyo no era tan delgado como el de su invitado. Y el compartimento para la tarjeta de memoria del de Finn estaba a un lado, no sobre el borde superior. *Herr* Lorenz se le quedó viendo—. Finn, tal vez debas…

—¡Espera! ¡Déjame ver! —dijo Robert, quien tomó el teléfono y comenzó a jugar con él.

Eliana miró de reojo a Finn, y él sintió que la emoción lo recorría por completo. Era una sensación extraordinaria: todo su cuerpo anhelaba acercarse más a ella.

—Papá —dijo Robert y se inclinó hacia él—, mira, el teléfono de Finn tiene servicio de 3G. ¿Es eso posible? Aquí dice 3G, y el tuyo solo muestra la E de «Edge».

Rudolf Lorenz se puso de pie.

—Ven, Finn. Me parece que me querías mostrar tu habilidad en

la escritura.

—¡No! —exclamó Eliana, al mismo tiempo que se levantaba de su asiento—. Finn va a subir conmigo. A la terraza.

—No, no es así —dijo Angelika Lorenz—. ¡Vendrá conmigo! Quiero darle algo de comida para su viaje a casa. —Luego volteó a ver a Finn—. ¿Adónde dices que vas?

Antes de que Finn pudiera contestarle, *Herr* Lorenz ya se lo había llevado.

Eran las diez. La hora de partir llegaría pronto, pensó Finn cuando se asomó y vio Berlín. Rouge se reuniría con él abajo, al final de la cuadra, en aquella placita frente al cine. Tal vez ya se encontraba ahí.

Pero, por el momento, estaría con Eliana.

A Rudolf Lorenz le agradaron las cursivas de Finn.

—Muy bien —dijo—, muy bien. —Y luego le pasó la mano por la cabeza y lo despeinó, de la misma manera en que Artu solía hacerlo, y para mayor sorpresa de Finn lo abrazó y, en un tono muy enigmático, le dijo—: Volverás. Todavía tenemos que ir a navegar juntos. —Pero entonces Eliana entró intempestivamente.

—¿Ahora sí ya acabaron? —preguntó, y sin esperar respuesta, arrastró a Finn por el corredor, donde se encontraron a Robert.

—Voy a ver a Lisa —le dijo Robert a Finn mientras se ponía la chamarra—. La próxima vez que vengas, tú y yo nos vamos a ir a tomar una cerveza. ¿De acuerdo? —pero Eliana no se detuvo y continuó arrastrando a Finn por la escalera de caracol y, antes de que este supiera lo que pasaba, ya estaban en la terraza, contemplando Berlín. Al fin estaban solos. Solos con las luces de la ciudad abajo, y los ángeles en el cielo. Finn tomó a Eliana de las mejillas y la besó.

Y luego ella lo besó a él.

Y él a ella otra vez.

Y luego… bueno… siguieron así por un largo rato. Podrían haberse quedado así para siempre. Y así fue, para siempre.

La eternidad contenida en una hora. Pero luego pasaron de las diez.

Ambos estaban recargados en el parapeto, hombro con hombro.

Sus caderas se tocaban, también sus muslos. Miraban Berlín, un Berlín que Finn casi no entendía, una ciudad que él sabía que sería atacada dentro de once años por un virus letal y se derretiría hasta sus cimientos en 2050; que prácticamente sería borrada de la faz de la tierra. Le habría gustado no saber todo aquello; quedarse ahí, como estaba, para siempre. Pensó que, si muriera en ese momento, no habría ningún problema.

Ambos escucharon pasos en las escaleras de caracol.

—¡Eliana! —le llamó Rudolf desde abajo—. ¡Tienes visitas!

La voz de Rudi Lorenz tenía un tono de nerviosismo, pensó Finn. Les estaba advirtiendo sobre alguien. Y antes de que Finn pudiera seguir analizando la situación, frente a sus ojos se materializó un joven.

—¡Sorpresa! —dijo el recién llegado y con un abrazo levantó a Eliana. La elevó, la meció alrededor y le dio un tronado beso húmedo en los labios. Un beso de verdad sonoro y vulgar.

—Sam —dijo Eliana casi sin aliento, entre risitas y luchando por zafarse—. ¡Bájame! ¡Me estás sofocando!

El joven le dio otro fuerte beso en los labios y luego la bajó, pero no dejó de abrazarla.

Finn sintió un fuerte dolor en el pecho. Eliana no se atrevía a mirarlo.

Él no recordaba haber odiado nunca a nadie en su vida, pero pensó que si le daban la oportunidad, que era justamente lo que estaba pasando, con toda facilidad podría aprender a odiar a este increíblemente bien parecido espécimen de joven que tenía frente a sí. Era Sam el Odioso.

—¡Me dieron dos días de descanso! —le dijo Sam el Odioso a Eliana—. ¿Me puedo quedar aquí esta noche? —le preguntó al mismo tiempo que le pasaba los labios por el cuello.

Finn creyó que vomitaría ahí mismo. O que caería desde la terraza. De hecho, tan solo saltaría.

—Finn —dijo Eliana—, te presento a Sam.

Sam se acercó y estrecharon manos aunque con desgano.

Eliana miró a Finn.

—Sam es un amigo. Él está… eh… filmando una película en Múnich.

—Escuché que eras de Estados Unidos —dijo Sam—; de Nueva York.

Finn no dijo nada. Temía que se le quebrara la voz en cualquier momento.

—Oye —vociferó con osadía Sam el Odioso—, ¿Elli y yo podemos quedarnos en tu casa cuando vayamos en junio? Le voy a regalar un viaje a Nueva York para cuando cumpla dieciocho años.

¿Elli?, pensó Finn. A ella no le agrada que la llamen así.

Sam, desconcertado, volteó a verla.

—¿Este tipo no habla? Tu padre me dijo que sí sabe alemán.

—Sam, por favor no me llames Elli —dijo Eliana—. Y sí, por supuesto, Finn habla alemán.

Sam el Odioso miró a Finn con arrogancia, y luego volteó de nuevo a Eliana.

—A mi no me parece que entienda nada de lo que…

—¿Finn? —lo llamó Rudi Lorenz. Entonces se escucharon pasos en la escalera y el hombre apareció en la puerta. Aclaró la garganta —. Rouge Moreau acaba de llamar. Dice que no has contestado tu celular. Me temo que Robert pudo haber cambiado la configuración por accidente. —Le entregó el celular a Finn—. Dice que tienes que ir ahora mismo. Es urgente.

Finn asintió y miró a Eliana. Ella y Sam todavía estaban juntos, y él la abrazaba. Ambos sonreían trabajosamente. Era como si estuvieran esperando que Finn les tomara una fotografía para una revista del corazón. Pero esa no era su intención en absoluto.

—Debo irme —le dijo Finn a Eliana.

—Te acompaño a la puerta —dijo ella, y dejó solo a Sam.

Finn caminó de prisa. Situaciones intrincadas, pensó. A esto era precisamente a lo que se referían con «intrincada». Intrincada, intrincada, intrincada.

Al llegar a la puerta volteó a ver a Eliana. Era evidente que estaba molesta, pero Finn no sabía si era debido a la repentina llegada de Sam el Odioso o a que ahora él tenía que irse de repente.

Sam los había seguido hasta abajo, pero se quedó jugando con su maleta cerca de la sala.

—Lo lamento —susurró Eliana. No quería que Sam la escuchara —. Lo siento… No sé qué decir.

—Creo que lo que se acostumbra decir es «adiós» —alcanzó a decir Finn, y salió por la puerta.

¿Creo que lo que se acostumbra decir es «adiós»? Ya había escuchado esa frase antes, pensó Finn. En un celuloide. Pero entonces la puerta se cerró detrás de él, y tuvo que hacer uso de toda su energía para no desfallecer.

17

PERTURBACIONES ATMOSFÉRICAS

Rouge se dio cuenta de inmediato de que algo no estaba bien. A Finn no le interesaba ni siquiera escuchar sobre el Museo Erótico. «¿Acaso no tienes por lo menos un interés académico?», le preguntó Rouge.

No lo tenía.

El viaje de vuelta al Berlín de 2265 fue algo accidentado pero Finn casi no lo notó. Eliana amaba a otro, ¿qué podría dolerle más que eso?

El profesor Grossmann y la doctora Yuka Shihomi, su asistente, le realizaron a Finn todos los exámenes de control obligatorios. Tomaron su presión, descargaron sus recuerdos, lo midieron, revisaron su tono muscular y auscultaron sus orejas.

—¿Y qué pasó con esos instintos? ¿Los ha obedecido? —le preguntó el profesor a Finn.

—Es muy difícil cenar buenos cortes de carne con esos recortes que aplicaron, señor —le dijo Finn con un puchero.

—Estamos trabajando en el presupuesto.

Finn se levantó.

—¿Eso es todo?

—Lo noto un poco agitado.

Finn se encogió de hombros.

—El regreso a casa fue un poco rudo.

—También en eso estamos trabajando. En las perturbaciones atmosféricas —dijo el profesor con una sonrisa muy optimista—. Ya puede volver a casa.

Cuando volvió al Rubik, Finn se contempló en el espejo. Miró con detenimiento aquella barbita lacia que tenía en la barbilla como si ocultara el secreto de cómo borrar los sucesos de las últimas horas. La sacudió con la punta de su dedo índice, de la misma forma que lo había hecho Eliana. El recuerdo embargó su corazón. Todo era culpa de él, lo sabía bien. Se lo habían advertido.

Así que se quedó en cama, entre las sábanas, sufriendo, preguntándose: ¿cuánto tiempo duraría una herida como la suya?

A la mañana siguiente, cuando despertó, seguía ahí.

Y al día siguiente.

Y al siguiente también.

A veces, cuando dormía y soñaba, se le olvidaba el dolor. La veía sonriéndole. Dorada, con sus ojos tan oscuros y profundos como lagunas. Y sentía tanta felicidad que, al despertar, solo se quedaba en la cama preguntándose si eso era a lo que alguna vez se refirieron como «bendición».

Pero entonces escuchaba que el esterilizador de manos del baño de junto sonaba *shhhhh, shhhh, shhhh*, o que la lluvia de abril golpeteaba en la ventana; o que JoeJoe, el intendente, batallaba con el polvo del corredor, y entonces su cabeza se aclaraba, los oídos se le aguzaban y se daba cuenta de que se había equivocado, que en realidad estaba solo. Muy solo. Y que Eliana se había ido.

Su corazón, tan inexperto, comenzaba a sufrir de nuevo.

¿Por cuánto tiempo más? ¿Por cuánto?

Era ilógico, lo sabía. Ni siquiera tenía derecho a amarla. ¿Qué podría ofrecerle? Nada. ¿Tenían un futuro juntos? No. ¿Era él un buen amante? Definitivamente no. ¡Le había besado la cutícula! ¡La cutícula rasgada! ¡Un padrastro! Qué vergonzosa muestra de pasión.

Sus amigos también estaban preocupados. Rouge, como era de esperarse. También Severin y Yolanda, de su unidad de PA. Renko y Gao. A Finn incluso le daba la impresión de que JoeJoe andaba de puntillas cuando él estaba por ahí, lo cual no era nada sencillo para un robot, ni siquiera para uno de última generación. Nadie sabía

qué le pasaba y él tampoco lo revelaba. De todas formas, ¿quién lo entendería?

Renko le envió un regalo para alegrarlo.

—¡Lo encontramos! —le avisó—. «La leyenda de Frank y Franzi». Lo rastreamos hasta la colonia Forester del Bosque Bávaro.

Pero en cuanto comenzó a desarrollarse la primera escena, Finn se dio cuenta —¡lleno de horror!— de que Frank, el Fabuloso de la película, era Sam el Odioso en la vida real, Sam el insufrible, Sam, el Increíblemente Bien Parecido, el que acababa con cualquier posibilidad de que Eliana volviera a pensar en él, en Finn, otra vez. O tal vez era (trató de ser lo más racional al respecto) Sam quien había acabado con cualquier posibilidad de que Eliana jamás hubiese vuelto a pensar en él hasta el momento de su muerte, que por cierto no había manera de saber cuántos años y siglos atrás había sucedido.

A Finn lo embargó una emoción tan violenta, tan febril, que le pidió a Hildburg, el ama de llaves, que por favor le llevara una compresa helada lo antes posible, para calmarse.

Y entonces supo de inmediato que eso debía ser lo que significaba estar celoso.

Más tarde clopeó al actor. Sam Maarten se había reubicado en Hollywood en 2012, a los veintisiete años, le dijo el Cíclope. Pero su carrera empezó a decaer a partir de ahí, y terminó haciendo doblaje de voces extranjeras tipo nazi en películas pornográficas *soft-core*. ¡Bien hecho!, pensó Finn. Bien hecho.

Y entonces supo, de inmediato, que eso debía ser a lo que los alemanes se habían referido con «*schadenfreude*», aquella palabra tan maliciosa: la alegría propia ante la infelicidad de otro.

Pero más que nada se sentía desolado. Miserable. Como si hubiera tocado fondo. Partió a casa, a Fire Island. Se sentó en la playa. Los días eran cada vez más cálidos y las estrellas brillaban más por las noches. Pero nada lo consolaba.

En aquel momento supo que eso debía ser a lo que los hombres de la antigüedad se habían referido con «amor no correspondido».

Entonces, una mañana llegó un paquete. Era la segunda Moleskine® de Eliana.

Finn se quedó estupefacto.

Incluso consideró no leerlo.

Pero sabía que debía hacerlo. Tenía que saber. Era interés académico, se dijo a sí mismo, aunque no pudo convencerse del todo. En el fondo sentía algo más; era algo luminoso y agradable que permanecía más allá de todas sus emociones lúgubres.

Y entonces supo que eso debía ser a lo que la gente alguna vez llamó «esperanza».

Abrió el diario.

Domingo, junio 17, 2007

Me afectó el cambio de horario. Zzzzz.

Todo va bien hasta el momento, pensó Finn. Eliana acababa de volver de Estados Unidos. Él no la visita por otros tres meses y medio.

Martes, junio 19, 2007

Estoy contenta de haber vuelto a casa y de poder ir a todos lados caminando. En Teaneck el único lugar adonde se podía ir así era al auto, que estaba en la entrada de la casa.

Empecé a trotar. Mis horarios para dormir son un desorden. A las seis de la mañana estaba despierta, así que decidí levantarme de la cama y salir. El Kurfürstendamm es hermoso a esa hora de la mañana. Casi no hay tráfico y es bastante seguro. Ahora lo recorro trotando hasta llegar a Uhlandstraße, cruzo la calle y regreso. Me ayuda a despertar.

Jueves, junio 21, 2007

Estoy estudiando mucho para los exámenes finales porque no quiero repetir el año. Me perdí de bastante cuando estuve en Teaneck, pero creo que puedo lograrlo. Por cierto, Robert logró graduarse oficialmente de preparatoria. ¡Promedio de 1.4! ¡No es broma!

Sábado, junio 23, 2007

¡Oh! ¡Por! ¡Dios!

¡Me muero! ¡Es increíble! ¡Asombroso! ¡No puede ser verdad! ¡Pero lo es! ¡Auxilio!

¡Ahhhhhhhhhhhh!

¿Una exclamación tan larga? ¿Qué pudo haber pasado?

¡No vas a creer a quién me encontré anoche en el Gold Bar! ¡A Sam Maarten!

Oh, no, ¿ya tan pronto? Finn esperaba que Sam el Odioso hiciera su entrada en alguna parte del diario, pero, ¿tan pronto?

¡Y se acordó de mí! Incluso se acordó de la oración que tuve que decir en «Frank y Franzi», ¿recuerdas? «Es tarde, ¡vamos, tenemos que irnos!». Fue genial. Estuvimos sentados en la barra larga del frente, y luego él bebió un sorbo de su cerveza y dijo: «Es tarde, ¡vamos, tenemos que irnos!», y entonces yo bebí un sorbo de vino y dije: «Es tarde, ¡vamos, tenemos que irnos!». Al final, de verdad era tarde, así que le envié un mensaje a mamá y le dije que me iba a quedar a dormir con Johanna. Y entonces Sam bebió un poco más de cerveza y me besó. Yo bebí vino y lo besé. Después de seguir haciendo lo mismo un rato, él dijo: «Oye, ¿sabes qué? Es tarde, ¡vámonos!», y esta vez sí hablaba en serio, así que nos fuimos.

Y lo hicimos.

¿Cómo no? Es decir, ¡era Sam Maarten!

Adivina quién no fue a trotar esta mañana a las seis. Ejem…

Finn ni siquiera tuvo que pensarlo, fue un reflejo. Aventó el diario hasta el otro lado de la habitación. Lo hizo con toda la fuerza G que tenía. La libreta atravesó el aire como un antiguo platillo volador de juguete y aterrizó en el invernadero, donde tiró el cilantro y la albahaca. La tierra y las hojas se desparramaron por todo el suelo. Fue una cantidad bastante generosa de fuerza G. Y provocó un gran caos.

Poco después Magda, la Mujer del Aseo-NY-FI-Nord7 que estaba

guardada en el clóset del sótano, recibió una llamada de auxilio de la unidad sensorial de control del invernadero. La señal abrió su compuerta y activó el cinturón de herramientas. Magda se apresuró a subir para limpiar el desastre.

Poco después Finn retiró el diario de la barra de la cocina, lugar donde la sabia Magda lo había dejado. Se sirvió una copa de vino y se dejó caer en el sofá de la habitación de arriba.

Para ser justos, Eliana nunca entraba en detalles respecto a su vida sexual. Y Finn lo agradecía. Oh, sí, mencionaba citas con Sam, la ropa que ella había usado, y a quiénes conoció estando con él. También hablaba de lo que comía y de las ocasiones que se había quedado a dormir en casa de Sam (lo cual ya era suficientemente doloroso de leer), pero mientras Finn no tuviera que reflexionar sobre frases como «y entonces lo hicimos», podría continuar con la lectura. En una ocasión, sin embargo, a mediados de julio de 2007, cuando terminó la escuela y ella pasó todos sus exámenes, mencionó que había besado a Sam el Odioso. Para el agrado de Finn, el comentario era negativo.

Ya me estoy cansando de besar un cenicero. Y se lo dije. Prometió dejar de fumar.

Sucedió que, efectivamente, Sam dejó de fumar, pero como Eliana no volvió a mencionar sus besos, Finn quiso pensar que o no se habían besado mucho o que el actor, al igual que todos los otros chicos en la vida de Eliana, no le causaba sensación en ese aspecto.

Finn continuó leyendo. Página por página. Había mucha información sobre un viaje que hizo por Creta en julio con dos de las Tres J. Fue un viaje de tres semanas y en el diario había detalles sobre dónde encontrar el mejor yogurt, la playa más popular y los chicos más guapos. En agosto escribió sobre el viaje anual de la familia al Báltico; a la península de Fischland-Darß. Sam apareció en una breve visita y coqueteó con Lisa, la novia de Robert, lo cual enfureció a Eliana. No obstante se reconciliaron y él la invitó a la *premiere* de una de sus películas. Las clases comenzaron y el clima

cambió.

A medida que leía, Finn se ponía cada vez más ansioso respecto a la fecha en que él llegó, el primer día de octubre. Septiembre ya casi se acababa. Luego, el treinta de septiembre vino y se fue. Al joven historiador se le congestionó el pecho, casi no podía respirar. Le temblaban las manos. Dio vuelta a la página.

Octubre 1, 2007
¡Estúpida!
Estúpida. Estúpida. Estúpida.
¿Cómo pude? ¿Cómo pude?
¡Demonios!

Finn leyó y releyó por un rato esa entrada tan evidentemente explosiva. No estaba seguro de lo que significaba pero sospechaba que Eliana estaba enojada consigo misma. En el papel donde la pluma fuente había marcado el signo de exclamación después de «¡Demonios!», quedó un agujero. Finn le dio vuelta a la página. La tinta se había corrido y hecho una mancha. Eliana cruzó la página de arriba abajo con una gran «X».

Finn pasó otra hoja. La siguiente estaba en blanco pero se sentía rígida y arrugada, como si le hubieran caído gotas de agua y luego se hubieran secado. Pasó otra. También estaba rígida y arrugada. Y luego la siguiente:

Jueves, octubre 4, 2007
Estoy deshecha, ya no queda nada. Robert dice que debería beber un vaso de agua, que tal vez eso me ayude a producir más solución salina. Es un idiota.

Eliana había llorado, ¿pero por qué?, ¿por qué lloró?

Finn se quedó viendo las hojas en blanco. ¿Habrían caído sobre ellas sus lágrimas? ¿Por eso el papel estaba tan crujiente y arrugado? ¿Sal? Levantó la libreta y sacudió la página. Esta produjo un crujido. Era el sonido de sus lágrimas, estaba seguro. Le

avergonzaba pensarlo, pero era como música para sus oídos. Eran sus lágrimas, tanto como la libreta era su diario. Por supuesto, solo se trataba de réplicas genuinas, pero de todas maneras eran tesoros.

¿Las lágrimas eran un tesoro? Le dolía pensar que Eliana había llorado. Daría todo por besar su rostro y así borrar sus lágrimas.

¿Borrar sus lágrimas con besos? ¡En qué tipo tan sentimental se había convertido!

Domingo, octubre 7, 2007

¡Fui tan estúpida! Estúpida, estúpida, estúpida. Me avergüenza decirlo, pero lo fui. Lo soy. Debí haber corrido a Sam en el mismo instante que llegó a la terraza. Fue tan grosero con Finn. Tan grosero. «¿Este tipo no habla?», me preguntó como si Finn no estuviera ahí enfrente. Y luego, el cinismo, la tremenda osadía de preguntarle si podíamos quedarnos con él en Nueva York, como si todo mundo estuviera a su disposición.

¿Por qué dejé que me deslumbrara? Mamá y papá nunca dijeron nada, pero sé que no les gustó Sam desde el principio.

Sam. ¡Grrr!

¿Grrr?

Pero lo peor es que Finn cree que soy novia de Sam. Pero no lo soy. Ya no. Lo fui. En pasado. Muy en pasado. Debiste…

¿Ya no era novia de Sam? Finn volvió a leer el pasaje.

Pero lo peor es que Finn cree que soy novia de Sam. Pero no lo soy. Ya no. Lo fui. En pasado. Muy en pasado. Debiste ver la cara de Sam cuando le mostré la salida. Fue una actuación digna del Oscar, pero no me engañó.

¡Lo corrió de su casa!

¡Sí!

Finn sintió que algo en él se elevaba. Su pecho comenzó a expandirse, a llenarse de… de… ¿qué era? Era aquella tremenda sensación llamada esperanza, eso era. Lo inundaba por completo, se derramaba por los bordes, lo embriagaba.

Más, más.

Por desgracia, haber mandado al diablo a Sam no cambia el hecho de que Finn se ha ido. Y ni siquiera tengo su número. Ni su correo. No tengo su Facebook. No tengo nada. No lo podré encontrar. Nunca.

La pregunta es: ¿volveré a verlo? Pensar que no, me rompe el corazón. Pensar que nunca tendré la oportunidad de decirle lo bien que me sentí hoy al caminar a su lado, que jamás había sido yo misma tanto como hoy; que jamás me sentí tan ingeniosa o divertida. Y deseada. Dios mío, ¡la forma en que me miraba! Lo sentía por todas partes. O sea, por todas partes.

Pero trato de no pensar mucho en él. Trato de olvidar que, por unas cuantas horas, un dorado día de octubre, amé a alguien. Y luego lo perdí.

¡Amor! ¡Usó la palabra «amor»!

Finn dio saltos, sacudió los brazos y gritó de alegría. Desde lo más profundo de su ser salió un clamor inesperado: «¡Me ama! ¡Me ama!».

Entonces jadeó. ¿A mí? ¿Me ama a mí? Mmm, ¿había alguna manera de decir lo mismo sin usar el pronombre personal?

Finn lo analizó por un momento. ¿Cuáles eran las posibilidades?

Ella ama a Finn.

Ella ama a este hombre.

Ella lo ama.

Ninguna le parecía adecuada.

—Me ama —dijo. Sí, eso sonaba bien.

—¡Me ama! —dijo con mayor volumen. Así sonaba mucho mejor.

—¡Ella me ama! > —gritó—. ¡Me ama! —Finn decidió que así, gritado, era como mejor sonaba.

Volvió a leer el último párrafo de Eliana, a deleitarse con él. Su corazón se había vuelto un lector extraordinariamente goloso:

Pero trato de no pensar mucho en él. Trato de olvidar que, por unas cuantas horas, un dorado día de octubre, amé a alguien. Y luego lo perdí.

Y por otra parte, ¡¿¡¿qué le pasa al tipo?!?! ¿Por qué tanto misterio? Viene. Se va. Está. No está. Es muy frustrante. ¡No tengo por qué soportar estas tonterías! Ya decidí que lo voy a olvidar. Y punto.

xo

Eliana

¿Olvidarlo? ¿Y punto? Finn supo que tenía que volver a ella. Volver, y pronto.

PD. Por cierto, casi olvido mencionar que Finn sabe besar muy bien. Eso, por desgracia, va a ser muy difícil de olvidar. Pero en serio, nadie me ha besado jamás de la forma que lo hizo él. Jamás. Y yo tampoco volveré a besar así a nadie. Fue esplendoroso.

Él fue esplendoroso.

Ambos lo fuimos.

¿PD? ¿Aquella vital información solo valía una «PD», un «por cierto», un «casi se me olvida mencionar que…»?

¿Cómo?

¡Era una noticia maravillosa! ¡Finn Nordstrom besaba esplendorosamente!

Ardía de emoción. Era como si un virus se hubiera apoderado de él y le hubiera infectado el cuerpo. Como si le hubiera devorado sus viejas y agotadas células para crear nuevas e infundirle un tipo de vigor que jamás se habría imaginado. Se volvió a infectar dos veces al día para asegurarse de que el virus continuara en su interior: todas las mañanas, en cuanto despertaba, abría la ampolletita que

se había llevado consigo de Berlín e inhalaba el Infinitissimo de Eliana. Todas las noches, antes de ir a la cama, otra inhalación.

Y mientras tanto continuó trabajando a paso frenético. Al mismo tiempo que descifraba y traducía el segundo diario negro, iba a Manhattan tres veces a la semana a sudar en la centrifugadora del IOZ. También continuó practicando su caligrafía; cada vez era más hábil en los aspectos de velocidad y forma. Le envió el diario al DocDoc, y a cambio recibió la tercera libreta de la serie Moleskine®: el sexto documento de Eliana.

En él, la chica escribió acerca de su preparación para su examen Abitur, el final sobre libros que había leído y sobre ensayos escolares que tenía que redactar. El fin de semana de su cumpleaños número dieciocho, ella y las Tres J. fueron a París y se quedaron en un albergue juvenil que le recordó a una «penitenciaría estilo soviético» que una vez vio en una película. De vez en cuando escribía sobre citas que tenía con algunos jóvenes, y aunque Finn leía esta información temeroso, siempre se sentía aliviado cuando Nick, Felix o Pablo, quienquiera que fuera aquella semana, no volvía a ser mencionado jamás. ¡Se lo tenían bien merecido!

Eliana nunca escribía sobre Finn, pero él presentía que seguía en sus pensamientos, y un día confirmó sus sospechas.

Miércoles, octubre 1, 2008

Ya pasó un año desde que Finn estuvo aquí. Trato de no hacerlo, pero pienso en él con mucha frecuencia. A veces, justo antes de dormirme, imagino escenarios en que describo los detalles sobre cómo nos volvemos a encontrar. Sé qué ropa lleva, con quién estoy yo; dónde nos encontramos, y todo lo que dicen los personajes. En uno de esos escenarios estoy vestida con mi nuevo vestido negro de espalda baja, y los zapatos de tacón de Christian Louboutin que tiene mamá. Ella y yo salimos a una premiere, y mientras camino por la alfombra roja donde todo mundo —hasta los paparazzi— cree que soy una estrella, de repente veo a Finn y él cruza la barrera policiaca, corre hasta mí y grita: «¡Eliana! ¡Soy yo!». Uno de los guardias de seguridad está a punto de llevárselo arrastrando, pero mamá dice: «¿Qué cree usted que está haciendo? El joven viene con nosotras». Y

entonces Finn y yo nos besamos y después de eso no sé bien qué sucede. Lo único que sé es que se queda conmigo por el resto de mi vida.

Lo sé, de verdad es muy tonto, pero imaginar todo esto me hace sentir mejor.

Esta tarde, durante la cena, Robert dijo que cree que Finn es un agente encubierto, y que por eso nunca anda por aquí y tiene un tipo de iPhone que nadie más tiene. Mamá le dijo que no dijera tonterías, que los agentes encubiertos no usan trajes de Hugo Boss o, al menos, nunca fue así en una película en la que trabajó. Además, dijo, Finn es demasiado guapo para ser agente encubierto. Los agentes en la vida real no lucen como Daniel Craig, Matt Damon o Finn Nordstrom. Papá me miró, apretó mi mano y dijo: «Va a regresar, cariño, confía en mí».

Yo de verdad quiero creerle. Y por un instante lo hice. xoxo[1] *Eliana*

—¿Cuándo es el siguiente viaje? —le preguntó Finn a Rouge.

Se estaba impacientando; quería ver a Eliana, por eso agendó una *holoreunión* con Rouge. Él estaba sentado en el comedor 3-D de Long Island, cerca de Sag Harbor, en la costa norte, porque el chef Carlo Canelli estaba en el taller de reparación. Rouge estaba en casa, en el Rubik.

—El Proyecto Tiempo está teniendo algunos problemas —le explicó—. Antes de que volvamos a partir, el equipo tiene que analizar ciertas perturbaciones atmosféricas. El viaje se pospuso por un corto tiempo.

—¿Se pospuso? —Fue evidente que Finn estaba desilusionado. Incluso él mismo escuchó un tono de queja en su voz. Rouge también lo notó.

—Oye, no te desanimes. Solo tienen que arreglar algunos problemas antes, Finn. Son PA de todos los días.

—¿PA?

—Perturbaciones atmosféricas. No te preocupes.

Pero Finn no estaba preocupado sino impaciente. Habían pasado semanas desde la última vez que vio a Eliana. Por otra parte, ella

había esperado mucho tiempo para volver a encontrarse con él. Debería seguir su ejemplo. ¿Ella se quejaba todo el tiempo? No.

—Estas dificultades son bastante comunes —agregó Rouge—, pero es bueno que las hayamos detectado ahora y no después. —La chica sonrió con alegría—. Te ves mejor, Finn. La brisa marina te devolvió el color. A esta amiga le alegra eso.

Rouge realmente se veía feliz, pensó Finn.

—¿Y a ti cómo te va? —le preguntó.

Rouge le contó. Todo. Era muy raro en ella. Le habló con emoción acerca de la visita que había hecho con sus padres, embajadores del Triple G, a las provincias del continente sudamericano situadas en el área del Ecuador. Rouge jamás los había mencionado. Tampoco hablaba nunca de su niñez, la cual pasó con su familia extendida en un dormitorio Cerca y Querido en Marsella. Pero de pronto comenzó a hablar de todo aquello. Le contó sobre una agradable excursión de prueba que había hecho con Yolanda y Severin en bicicletas diseñadas por este último. Y mencionó una aburrida reunión con el sofocante señor Ciucurescu, administrador del IOZ, en la que hablaron sobre los recursos para su doctorado.

—Se pasó todo el tiempo quitándoles la cáscara a las nueces —dijo Rouge—. Fue desquiciante. Tenía un artefacto pegado a su escritorio, y cada vez que cascaba una nuez, adivina quién tenía una visión de su propia cabeza siendo quebrada en el aparato aquel.

Finn se rio.

—Y si la nuez no salía completa e intacta —continuó Rouge—, ¡la tiraba a la basura! Y ahí tienes al despilfarrador, ¡recortando nuestro presupuesto!

Finn volvió a reírse. El humor no era la carta fuerte de Rouge, pero de pronto lo estaba haciendo reír.

—Es bueno escucharte así —le dijo ella—. Nos tenías algo preocupados. Pero te sientes bien, ¿no es así?

—*Hunky-dory*.

—¿Cómo dijiste?

—*Hunky-dory*. Siglo XIX. Norteamericano; significa «lo suficiente». —Finn le deletreó la palabra a Rouge.

Ella la agregó a su diccionario personal del BC y luego bebió un

sorbo de té. Daba la impresión de que esperaba que él dijera algo.

Finn se preguntó si debería contarle sobre Eliana, pero algo lo contuvo. ¿De verdad podía confiar en ella? Quizás no. No siempre fue honesta con él, era mejor ser precavido.

Pero tenía que contarle a alguien porque ya había empezado a hablar solo. A veces, cuando daba aquellos largos paseos por la playa les mencionaba el asunto a los cangrejos. «Me ama», les decía, y ellos se iban de prisa para divulgar la noticia. Si al darse una zambullida pasaba junto a una medusa extraviada, la llamaba: «Oye, ¿ya te enteraste? ¡Me ama!», y la medusa agitaba sus tentáculos como respuesta. Por las noches se lo susurraba a las estrellas. «Esto es solo entre nosotros, pero ella me ama. Profundamente», y las estrellas le centelleaban en respuesta.

Pero no estaba satisfecho. Necesitaba decir más, expresarse de una forma más amplia. Como Eliana lo hacía con su diario. A ella le hacía feliz…

Y fue entonces que se le ocurrió una idea extraordinaria.

¿Por qué no escribir también un diario? ¿O un libro?

Forester Raoul Aaronson estaba asombrado. Conocía a Finn Nordstrom de toda la vida prácticamente, y lo consideraba uno de sus citadinos preferidos. No obstante, su pasión por escribir le sorprendía. Jamás había conocido a un citadino, ni siquiera a uno de su agrado, al que le interesara el arte de la escritura. A Colin, su hijo de cinco años, también le impactó ver a Finn escribir una «C», unirla a una «o», a una «l», a la «i», y luego a la «n». Y después, el apellido.

—Mira, papá —exclamó Colin—, escribió mi nombre.

—Tú también vas a aprender muy pronto en la escuela —le dijo Raoul.

—Escribe el nombre de mamá —le pidió Colin a Finn—. Es «Carmine Marion Aaronson».

El nombre se quedó levitando en el aire mientras los tres escuchaban su sonido como si se tratara del canto de un ave.

Raoul había perdido a su esposa dos años antes debido a complicaciones durante el parto. Nadie se lo esperaba. De lo contrario, Raoul seguramente la habría llevado a Toronto para dar a

luz. Era uno de esos Forester modernos a los que no les causaba problema hacer uso de la tecnología de punta si se trataba de salvar una vida. Pero de pronto fue demasiado tarde para ayudar a Carmine o al bebé, una niña. Desde el fallecimiento, el hombre se enfocó en criar a Colin y hacerse cargo de su negocio; aunque claro, no faltaban mujeres Forester que querían casarse con él. «Aún no estoy listo», solía decir, y continuaba con sus labores. En una ocasión salió de Sternwood Forest para aprender a manejar nuevas tecnologías que ayudarían a que los negocios de impresión y publicación de los Forester fueran más eficientes. La mayor parte de las innovaciones tecnológicas le causaban recelo pero entendía muchos de los conceptos de aquí y allá, y gracias a eso regresaba inspirado a casa.

Raoul se agachó hacia el frente y levantó a su hijo en brazos.

—Oye, Colly Dolly, Finn tiene que irse. Debe alcanzar el swuttle para volver a Nueva York.

Finn se puso de pie y Raoul le entregó un libro.

Estaba encuadernado en fina piel de color coñac, lo cual le recordó a Finn aquel momento en que levantó la ampolleta del Infinitissimo de Eliana y la miró a contraluz. Abrió el libro y recorrió una página con los dedos. Era de color blanco cremoso.

—Carmine lo hizo —explicó Raoul—. A mano. Todavía tenemos algunos. Para los amigos.

Finn percibió el aroma del papel.

—Tintoretto, crema, 140 gramos —agregó Raoul.

—Lo guardaré como un tesoro —dijo Finn—, en especial ahora que sé que lo fabricó Carmine.

Finn se despidió del pequeño Colin con un abrazo, y luego el niño y su padre caminaron por el sendero hasta el camino principal, y a la parada del autobús eléctrico.

—¿Qué es lo que realmente planeas hacer con el libro? —le preguntó Raoul a Finn.

—Escribir —le contestó—. Una historia.

Finn llevaba varios días pensando dónde comenzaría su relato. Para cuando se sentó a la mesa de nogal con el girasol, el 3 de mayo de 2265, sabía que quería que la historia fuera el recuento más

honesto posible de lo que había pasado aquellos últimos meses en su vida. Comenzaría por el día que se enteró del descubrimiento del Bodden, el día que Rouge lo visitó en Fire Island.

Retiró la tapa de la pluma fuente con las estrellas de platino, abrió el libro y empezó a escribir.

Finn alcanzó a ver un crucero espacial que transportaba geólogos a Marte y otros lugares más lejanos. ¿O tal vez volvía a casa para las fiestas? Era difícil saberlo desde tan lejos. No obstante, alcanzaba a ver que los reflectores del crucero parpadeaban con una luz color verde, quizá para saludar al crucero SunTeam, el cual estaba repleto, supuso, de saltadores de *bungee* que salieron de paseo para vivir una emoción cósmica. Se estremeció solo de pensarlo. Jamás le habían agradado las caídas libres e ingrávidas.

Continuó escribiendo. Palabra por palabra, oración por oración, párrafo por párrafo. De pronto ya era página por página, y luego, capítulo por capítulo. Para mediados de mayo ya había llegado al diario de Eliana:

> *La portada era de un color rosa muy intenso. Era un rosa chillante al que solían llamar rosa caliente o rosa fosforescente. La cubierta era rosada, fea, brillante, demasiado llamativa y de plástico. O tal vez era de vinilo. En ella había impresos diminutos corazones rojos; corazones, flores y mariposas. El libro también tenía una cerradura que se veía bastante endeble, y en la que había una llavecita dorada atada a un listón rosa con textura de satín. Finn no sabía qué pensar. Miró al Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom.*
>
> *—¿Qué es? —le preguntó.*
>
> *—Es un diario —contestó el director—. Escrito a mano, naturalmente.*
>
> *—¿Un diario? —preguntó Finn, sorprendido.*

Y entonces el profesor Judd W. Grossmann lo llamó.

—Estamos listos, señor Nordstrom —le dijo.

18

¡PAF! ¡CRAC! ¡PLOC! ¡PLAC! ¡FIZZZ!

Algo andaba mal. Muy mal.

Al principio, en el camino a la Berlín de 2009, todo parecía ir muy bien. Finn vivió su momento previo —esa mezcla atemorizante de terror y emoción—, luego, como siempre, tuvo la sensación de que lo estiraban hasta convertirlo en una hebra de espagueti. Y después, ¡bzzzz!, fue succionado a través de un agujerito que conducía a un largo túnel. Esta ocasión, sin embargo, también lo catapultaron fuera del túnel. Volvió a su propio cuerpo, sí, pero en lugar de la sensación de alegría que había experimentado las veces anteriores, sintió que lo levantaban y lo estrellaban contra la pared. Una vez, dos. Tres veces. Era como un huevo quebrándose en el borde de un bol. De él ya no quedaba nada más que la baba amarilla y el cascarón hecho añicos. El estómago se le vació.

Su último pensamiento fue Eliana: ella ni siquiera sabía que la amaba. ¿Quién se lo diría ahora?

Finn abrió los ojos. Tenía la mejilla sobre un charco de agua. No, más bien era de orina. Percibió el olor agrio y supo que era su propio vómito. No podía moverse, tenía el cuerpo hecho pedazos, pero entonces vio que podía estirar y contraer los dedos. Se levantó hasta los codos.

—¿Rouge? —preguntó, pero no hubo respuesta—. ¿Rouge?

Escuchó a alguien sollozar. Sus ojos buscaron en el reducido Sanitario de la Ciudad. Rouge no estaba por ningún lado. Entonces se dio cuenta de que quien sollozaba era él.

Se puso de rodillas. Luego se levantó muy despacio. La cabeza le daba vueltas. Iba a volver el estómago otra vez. Giró con rapidez al inodoro y vomitó.

Exhausto, y cuando ya no tuvo nada más dentro de sí, se quedó apoyado en el lavamanos. Dejó que el agua corriera. Se enjuagó la cara y se secó algunas gotas de vómito con la capucha de la sudadera. Abrió la puerta y volvió a preguntar: «¿Rouge?».

No había nadie.

¿Dónde estaba? Casi no había luz y no podía ver. ¿Sería de noche? ¿Y por qué había nieve en el piso? Estaba helando y el viento silbaba con fuerza. Se suponía que era media tarde de un templado día de abril. Abril 27. El punto de entrada era Ludwigkirchplatz. ¿Ahí era Ludwigkirchplatz?

Los ojos de Finn se acostumbraron a la oscuridad. Reconoció la zona peatonal de Wilmersdorfer Straße, pero lucía un poco diferente.

Volvió al Sanitario de la Ciudad y se sentó. ¿Y ahora qué? Veinticuatro horas eran demasiado tiempo para quedarse atrapado en el lugar equivocado y sin compañía. Además llevaba ropa de verano —*jeans*, camiseta y sudadera—, pero afuera era invierno.

Está bien, pensó, haría lo siguiente: se apegaría al plan y visitaría a Eliana. El edificio donde vivía estaba a solo unos minutos de distancia.

Se levantó.

Pero volvió a sentarse. ¿Cuál era su punto de salida? ¿Ese? ¿O era Ludwigkirchplatz? ¿Y dónde estaba Rouge? Tal vez solo debería permanecer ahí y esperar hasta la mañana siguiente. Miró alrededor. La idea de dormir en ese lugar no le atraía mucho.

Se puso de pie otra vez y abrió la puerta.

Dio vuelta a la izquierda en Wilmersdorfer Straße, pero no lucía como la calle que él conocía: ahora era tierra baldía. Ventanas rotas, basura en las aceras, fachadas que se desmoronaban, puertas abiertas de par en par que no dejaban de estrellarse y crujir. Junto a las entradas de los edificios había hombres cubiertos con periódicos

para protegerse del frío. Un profundo terror se apoderó de Finn. ¿Habría aterrizado en la Era del Invierno Negro? Un periódico pasó revoloteando junto a él. Lo persiguió y vio la fecha.

Abril 26, 2009.

Se sintió aliviado, era el periódico del día anterior.

Pero de todas formas algo andaba mal, muy mal.

¿Nieve a finales de abril?

Dos ebrios pasaron tambaleándose junto a él; cantaban a todo pulmón. El explosivo chisporroteo de una solitaria motocicleta hizo eco a lo largo de toda Kantstraße. Un tren del metro pasó por arriba a toda velocidad y rechinó al frenar. Pero, ¿no era amarillo y rojo el metro S-Bahn de Berlín? Finn escuchó pasos. ¿Lo seguía alguien? Giró de prisa y vio a un hombre alto con gabardina gris y sombrero de fieltro del mismo color. Era uno de esos grandes sombreros que usaba Indiana Jones en los celuloides. El hombre metió la mano en su bolsillo, pero Finn no quiso saber qué sacaría. Corrió. Luego se dio cuenta de que estaba en Giesebrechtstraße. Ahí estaba la casa de Eliana.

Solo que no era su casa. Las ventanas y la puerta estaban cubiertas con láminas de madera. El directorio del intercomunicador se había aflojado y colgaba de cables desnudos; el viento lo empujaba hacia atrás y hacia delante, y lo obligaba a golpear en lo que quedaba de la fachada. Miró los nombres. Había un «Lorenz», pero alguien lo había tachado.

Del otro lado de la calle escuchó risas estridentes. Eran varios chicos que estaban afuera de un bar. Finn se estaba congelando. Tenía los zapatos de tela mojados por la nieve, y los dientes le tiritaban.

Cruzó la calle.

El bar olía a cigarros y cerveza, pero ahí no hacía tanto frío como afuera. Al fondo vio a algunos hombres con edad de PA, parados alrededor de una mesa grande. Tenían unos bastones largos y delgados con los que golpeaban algo. ¿Serían bolas? Escuchó el sonido de algo que rodaba y luego hacía *trac, trac, trac*. Al final caía en un agujero. *Clac*. *Clac*.

Finn se sentó a la barra y ordenó té caliente.

—¿Quiere qué? —le preguntó el cantinero, al mismo tiempo que se inclinaba al frente.

Finn notó que tenía los brazos tatuados. Aclaró la garganta. Tal vez «caliente» fue mucho pedir.

—Un té, por favor —dijo.

—Oye, Es Em —gritó el cantinero hasta la mesa de billar—, ¿escuchaste eso? Aquí el pequeño Lord Fauntleroy quiere té. ¿Tenemos té? —El hombre se rio y volteó a ver a Finn. Hizo la voz más aguda para sonar como mujer—. ¿Té de hinojo? ¿Hierbabuena? ¿Manzanilla? —Era obvio que se estaba burlando de él.

—¿Cuál es el problema? —se escuchó una voz que gruñía detrás de Finn.

—Disculpen, por favor —dijo Finn al tiempo que se levantaba—, solo trataba de…

¡Qué conmoción! Era Sam el Odioso. O, mejor dicho, era alguien que se parecía al actor Sam Maarten. Este joven, sin embargo, era gordo y tenía la cabeza afeitada. Le faltaba un par de dientes, y los que todavía le quedaban en la boca lucían sucios, como si estuvieran cubiertos de hongos.

—No vendemos té —dijo el joven llamado Es Em—. Además, ¿quién diablos eres y cómo se te ocurre entrar aquí? —El joven haló a Finn de la capucha—. Uff, apestas, cara de vómito. Lárgate. —El hombre levantó a Finn del banco y lo empujó hasta la puerta. Finn escuchó a un perro que ladraba afuera. La puerta se abrió. Entonces entró el perro. Era un pitbull que gruñía y ladraba. Luego apareció la dueña. Era Eliana.

—¡Eliana! —gritó Finn.

Finn se sintió tan aliviado de verla, que ni siquiera notó que tenía el cabello duro y sin lavar. Llevaba demasiado maquillaje, pestañas postizas y el tipo de ropa que ella nunca usaría. Vestía una chamarra de cuero, entallada falda también de cuero y botas negras de tacón alto. La chica entrecerró los ojos para ver a Finn.

—¿Tú quién eres? —le preguntó—. ¡Lárgate!

Finn trató de tomarla del brazo.

—Pero…

Eliana se hizo hacia atrás.

—¡Jódete, imbécil!

—¡Eliana! Soy yo, Finn.

Eliana lo empujó.

—¡Me llamo Helena!

Alguien lo haló de atrás y lo balanceó por todos lados. ¡Era Robert! Pero, al igual que con Eliana, no se trataba de Robert. Vestía una chamarra de piloto color plateado-verde, pantalones de camuflaje y botas pesadas.

—No te metas con mi hermana, idiota.

—¡Rolli! —le dijo Helena a su hermano—. ¡No salgas con esa estupidez de que soy tu hermana! Puedo cuidar de mí misma.

Finn vio que el pitbull pelaba los dientes. Estaba a punto de atacar a alguien directo a la yugular. Ojalá no lo tuviera a él en la mira.

—¡Mattie! —le gritó Helena al perro—. ¡Sentada, chiquita!

Mattie, la chiquita, no se sentó.

—¡Que te sientes!

Mattie se colocó en una posición más relajada y Finn respiró de nuevo. Aunque no por mucho tiempo. Alguien lo cargó y lo lanzó hasta el otro lado de la puerta. Primero se golpeó el pecho. ¡Zas! Luego se resbaló sobre el hielo y escuchó que el dedo meñique de la mano izquierda, ¡se le quebraba! Un tacón forrado de cuero le cayó encima al meñique roto, ¡y Finn lo escuchó tronar más! Hubo gritos. Alguien le pisó la clavícula, ¡dos veces!, luego lo levantó y lo estrelló contra la pared. ¡Paf! Otro de sus atacantes hacía oscilar un garrote. ¿O era un tubo de construcción? Fuera lo que fuera, se acercaba a él con deseos de venganza. ¡Plop! Algo mojado cayó sobre su rostro. ¿Trozos de su cerebro? ¿De su propio cerebro? ¿O era solo sangre? ¿Nieve?

—¡Déjenlo en paz! —gritó una voz—. ¡Ahora!

—¡Qué demon…!

—¡Les dije que lo soltaran!

Los atacantes se retiraron.

Finn yacía en la nieve. Miró hacia arriba y lo único que vio fue al hombre de la gabardina y el sombrero de fieltro. Era evidente que sus atacantes le temían.

—¡Fuera de aquí! —gritó el hombre.

Entonces Finn se dio cuenta de que tenía una pistola.

Los atacantes se metieron al bar y desaparecieron.

—¿Estará bien? —escuchó Finn que alguien preguntaba. Su mirada buscó a la dueña de la voz. Era la chica llamada Helena, la que se parecía a Eliana. Lo miraba desde arriba—. Vaaaaya, qué desastre —dijo.

—Lárgate —le dijo el hombre.

Entre gruñidos, la pitbull siguió a la chica hasta el bar.

El hombre se inclinó sobre Finn. Este trató de enfocar la mirada. ¿Estaba soñando? Era el guardia de la Biblioteca Estatal de Postdamer Platz. El indigente a quien había salvado en 2003.

—Pobre diablo —le dijo el hombre a Finn.

—Usted me salvó —contestó.

El hombre se encogió de hombros.

Entonces escucharon el sonido de una sirena que se acercaba cada vez más. El auto se detuvo y las puertas se abrieron. Varios hombres vestidos de blanco rodearon a Finn. Lo pusieron en una camilla. Él se desmayó. Luego recuperó la conciencia. Ahora la gente vestía de verde, y había luces brillantes.

—Lo vamos a coser —dijo una mujer. Finn volvió a desmayarse, y luego se despertó de nuevo. Vio a Rouge.

—¿Dónde estamos? —le preguntó.

—Shhh —dijo Rouge—. Te vamos a llevar a casa.

19

EL YO DE MI CORAZÓN

Finn se recuperaba.

El Día Uno le injertaron un meñique completamente nuevo, le arreglaron dos costillas medias. Le implantaron un remplazo para uno de los dientes frontales, reajustaron su nariz y le pusieron un soporte en la clavícula. Para el Día Dos ya habían empezado a sanar las lesiones del rostro. Los doctores redujeron los sedantes el Día Tres. El Día Cuatro, Finn se despertó de la bruma de analgésicos. Tenía lucidez y sus recuerdos se encontraban intactos. La enfermera Bettina, su cuidadora humana, fue remplazada por roboayuda: RN UrsulaBER-MV-MedC49. Los doctores le advirtieron a Finn que el único problema sería la clavícula. Los próximos dos días le dolería reírse, según le dijeron, pero él no creyó que hubiera probabilidad de hacerlo, por lo que esperaba recuperarse pronto.

Después de desayunar, Finn estuvo listo para recibir a Rouge, al Doctor Doctor Sriwanichpoom y al profesor Grossmann y llevar a cabo un análisis *a posteriori*. Los visitantes se sentaron alrededor de su cama con rostros de culpabilidad. Parecían mascotitas conscientes de que se habían orinado en una buena alfombra persa, y en espera del castigo.

El profesor Grossmann, con su típico traje de pana café y la corbata de cordón —el broche era un lobo de plata—, aclaró la

garganta.

—No nos andemos por las ramas —dijo—, metimos la pata.

—Pero tenga por seguro —agregó el Doctor Doctor Sriwanichpoom— que lo compensaremos. ¿Tal vez con una semana más de vacaciones este año?

Finn se le quedó viendo. ¿Era patético o generoso? Era difícil saberlo.

—Naturalmente —continuó el profesor Grossmann—, sabemos que debe tener muchas preguntas. Así que dispare.

—¿Cuándo es el siguiente viaje? —preguntó Finn.

A él solo le interesaba volver a Eliana, a su Eliana. No tenía idea de lo que sucedería entre ellos cuando volviera a verla. Dadas las circunstancias, tal vez las cosas saldrían mal, pero por lo menos tenía que verla y expresarle sus sentimientos.

El profesor Grossmann estaba muy interesado en explicarle a Finn por qué había salido mal el viaje en el tiempo, pero él realmente no tenía ganas de escuchar nada acerca de universos paralelos. Después de la conmoción inicial de conocer a «Helena», era evidente que no había aterrizado en esta Tierra. Todo mundo sabía que las realidades alternas existían porque era algo que se enseñaba en las escuelas, pero la mayoría de la gente no pensaba mucho en ello. Dado que la teletransportación aún no se comercializaba y los viajes en el tiempo solo los realizaban algunos fiscuans temerarios, los universos paralelos no jugaban un papel importante en la vida de la gente, y eso incluía a historiadores, traductores paleográficos y, definitivamente, a soñadores y poetas.

Pero el profesor Grossmann insistió. Quería que Finn entendiera todas las dificultades involucradas. A través de su BC, le envió diagramas a color donde se mostraba de qué manera funcionaban los Sanitarios de la Ciudad como salidas o puentes entre la Tierra 226465 y la Tierra del cambio del milenio. En la cuadrícula cerebral de Finn bailaron esferas azules que representaban a la Tierra, complementadas con flechas que señalaban hacia abajo y/o arriba. En otro diagrama se mostraba a la Tierra Alpha separándose en sub-alphas y betas y sub-betas y así hacia abajo, hasta llegar a las sub-sub-omegas, y así continuaban hasta el infinito. Sobra decir

que Finn no entendió nada.

—Algunos de esos mundos tienen un vínculo histórico muy sólido con nuestra Tierra —explicó el profesor—. El vínculo de algunos otros es menor. El que usted visitó es muy similar al nuestro.

¿Eliana y Helena similares?, pensó Finn, escaldado. ¡Pero si había un mundo de diferencia entre ellas!

—Sí, de hecho es muy similar —añadió el profesor—. Ese mundo pertenece a nuestro propio subgrupo alpha. Si no fuera por esa espantosa experiencia en la esquina del bar, las cosas habrían salido bien. Por suerte, *mademoiselle* Moreau terminó en el mismo universo que usted, el mismo día y al mismo tiempo, aunque en una ubicación distinta de Berlín. ¿En…? —preguntó, mirando a Rouge.

—Neuköln —dijo ella—. Es un vecindario elegante, mayoritariamente de villas y embajadas. No había taxis debido a la nieve. Me tomó bastante tiempo conseguir ayuda. La policía me ayudó a encontrarte, Finn.

—Sin embargo, los oficiales de policía no siempre son eficientes —explicó el Doctor Doctor Sriwanichpoom con ese entrecortado tono suyo—. Todo depende de…

—¿Cuándo es el siguiente viaje? —interpuso Finn.

Los tres se quedaron pasmados.

—¿Debemos entender entonces que deseas seguir viajando en el tiempo? —preguntó Rouge, incapaz de ocultar su deleite.

—Sí —dijo Finn.

Los tres se sintieron profundamente aliviados.

—Señor Nordstrom —dijo el profesor—, ¿está usted seguro de que quiere hacer esto? Nosotros en realidad lo apreciamos. *Mademoiselle* Moreau también está muy agradecida porque su doctorado está en riesgo. Pero entenderíamos si quisiera retirarse del proyecto ahora.

¿Y nunca volver a ver a Eliana? ¡Jamás! El único problema era la seguridad. Tan solo la idea de que si se lastimaba no podría decirle que la amaba, lo devolvía a la realidad de golpe.

—Pero, ¿será seguro? —preguntó Finn aunque sabía que, quizás, eso era demasiado pedir.

—Debemos ser honestos —contestó el profesor—. El problema

que tuvimos podría volver a presentarse, y tal vez su compañera no estará en condiciones de contactarlo de inmediato.

Finn tragó saliva.

—¿Y entonces qué sucedería? ¿Este viajero podría quedarse atrapado de por vida en alguna tierra sub-gamma o sub-sub-epsilon? —preguntó.

—«De por vida» es tal vez algo exagerado —dijo el profesor—. Por lo general encontramos a los extraviados.

—¿Por lo general?

—Tenemos un par de casos pendientes… —la voz del profesor se fue desvaneciendo, pero luego, añadió rápidamente—; no obstante, vemos con optimismo el 2 de agosto de 2011. No se detectan perturbaciones atmosféricas, aunque necesitaremos varias semanas más para recabar toda la información del FloW.

—¿Agosto 2 de 2011? ¿Pero qué pasará con abril de 2009? Ahí íbamos a ir.

—Por desgracia, esa oportunidad se perdió y no volverá sino hasta… —el doctor, al parecer, tuvo que verificar algunos archivos en su BC—, hasta 2293, en veintinueve años. En noviembre de 2293 tendremos una entrada a abril 27 de 2009. Pero tendremos mucho gusto en ponerlo en nuestra lista de espera para ese viaje.

Finn se quedó boquiabierto.

—Está bromeando, ¿verdad?

—De cierta forma, sí —le dijo el profesor con un guiño—: no tenemos lista de espera.

¿Sería el 2 de agosto de 2011 la única oportunidad que tendría de volver a ver a Eliana? Eso significaba, pensó Finn, que esperaría cuatro años su regreso. Eso era pedirle demasiado a una persona. Para entonces, seguramente la habría perdido. Tendría veintiún años y tal vez ni siquiera estaría en Berlín. Tal vez ya se habría casado y tenido hijos. Tal vez ya amaría a alguien más. ¡Era demasiado esperar! Si tan solo hubiera alguna forma de comunicarse con ella.

—¿Un poco impaciente? —preguntó el Doctor Doctor Sriwanichpoom.

—¿Por qué 2011? ¡No es justo! —dijo Finn. Se sentó. Entonces hizo un gesto de dolor porque le dolió la clavícula—. ¿Por qué no

antes?

—Señor Nordstrom —dijo el profesor, en un inusual momento de severidad—. En una ocasión uno de mis ancestros dijo que las leyes de la física eran las leyes de la física. No tienen que agradarle, pero sí debe obedecerlas.

Al otro día, temprano, Finn ya iba pedaleando por el camino que conducía a su casa en Fire Island. El cálido aire de finales de mayo llevaba consigo las fragancias de los botones florecientes que tanto se empeñaban en sobresalir. El estoraque del Japón competía contra las peonías europeas; las rosas salvajes contra las de jardín.

Una hora después estaba sentado en la terraza y observaba cómo rompían las olas en la playa. Sobre la mesa, frente a él se encontraba el séptimo diario de Eliana. Era el más bonito de todos. Estaba encuadernado en luminosa seda de jacquard, con un delicado diseño de perejil en tonos rojos y rosados entrelazados con oro. El papel era rayado y de buena calidad: «papel de bosque sustentable, libre de ácido», decía en el impreso. Una revisión rápida de las páginas le permitió saber a Finn que había sido escrito entre el 11 de noviembre de 2008 y el 22 de junio de 2011. Eliana tenía dieciocho años y seis meses cuando lo comenzó, y veintiuno al terminarlo.

Martes, noviembre 11, 2008

Siempre que empiezo un nuevo diario miro las páginas y me pregunto: «¿Cómo las voy a llenar? ¿Es mi vida tan interesante?». Esta libreta, en particular, tiene 352 páginas. Son muchas. Cuando la última de ellas esté adornada con palabras, tal vez seré una persona completamente distinta a la que soy ahora.

Acabo de revisar algunos de mis diarios anteriores. El rosa no lo había abierto en años, y cuando lo hice, me conmovió hasta las lágrimas, literalmente. Creo que fue, en parte, por la niña que alguna vez fui. Era adorable y dulce. Pero esa niña se ha ido y se convirtió en la que soy ahora: esta gruñona de dieciocho años que se sienta frente a sus libros y todo el día se queja de los maestros y de todo el trabajo que tiene.

Aunque creo que, en especial, lloré porque Madeline me lo

dio. Recuerdo lo emocionada que estaba cuando lo abrí, lo orgullosa que se sentía de haber elegido el regalo perfecto para mí. ¡Me alegra tanto no haberle dicho nunca cuánto apestaba aquel vinilo rosa!

Finn se sorprendió a sí mismo riendo en voz alta. ¡Ouch! ¡La clavícula!

Todavía la extraño. No pasa un día que no piense en Madeline. En nuestro edificio viven dos hermanas; en la construcción de atrás, en el cuarto piso, frente a nosotros, pero un piso abajo. Tal vez tienen unos nueve y once años. Si me asomo desde la ventana de mi habitación las puedo observar jugando, haciendo la tarea y preparándose para dormir. A veces me reconforta verlas, pero hay ocasiones en que me entristece demasiado. Me da mucha envidia que se tengan la una a la otra.

A pesar de todo creo que fue bueno leer los diarios. Por una parte me hizo ver lo mucho que he cambiado, y por otra, me recordó quién solía ser y quién, quizá, todavía soy en algún lugar en mi interior, en la profundidad. En verdad no pude evitar reírme de aquella niña de trece años: ¡todo el barullo, la emoción y la ilusión! ¡Ya se me habían olvidado por completo los pasteles ladeados de Johanna! Y cuando Robert cumplió dieciséis años y se emborrachó. Además, Oh my God!, yo y Moritz Techgräber, ¡ese estúpido pacheco! Y Alex Landuris. Y Max. Yo y Max en la alberca, qué vergonzoooooso. Me moriría de pena si supiera que alguien lo leyó. O si supiera que está leyendo esto. Simplemente me…

Finn cerró el libro. Eliana tenía razón, él no tenía derecho a leer su diario. Antes de conocerla era una cosa, pero ahora que la había visto, se sentía como el más terrible de los voyeuristas.

Colocó el diario a un lado y tomó su propia libreta, el diario de piel, la obra en que estaba trabajando. Leyó:

Finn deslizó los binoculunares hasta sus ojos. Sobre él, el profundo cielo nocturno resplandeció tenuemente.

Continuó leyendo. La tarde se transformó en noche. Las nubes se reunieron y dejaron caer delicadas gotas. Cuando la luz se acabó dejó la libreta, se echó atrás y contempló la lluvia.

Sentía que lo que había escrito era una crónica satisfactoria. Era honesta. Y su escritura, legible. Sin embargo, algo hacía falta. Era algo que el diario de Eliana tenía, pero el suyo no. Encendió una luz y continuó leyendo la libreta de ella. Voyeurista o no, era su trabajo.

Eliana estaba en medio de sus exámenes Abitur. Duraron semanas y meses. Finn no entendía bien cómo los aplicaban. Ella tenía materias de mayor y menor importancia que equivalían a 30% de la calificación final, y el examen valía 20%. O podía remplazar A con B, y tomar tal vez C, pero entonces D no contaría. Angelika, su madre, le prometió que cuando terminaran los exámenes tomarían un largo fin de semana juntas en un *spa* en los Alpes Bávaros. Eliana ahora se llevaba muy bien con Renée y Fritzi, las chicas que eran sus vecinas y con quienes había convivido prácticamente toda su vida. Se empezaron a hablar un día en el Café Richter, a la vuelta de la esquina. Eliana trotaba casi todas las mañanas antes de las siete y seguía yendo a la Biblioteca Estatal los lunes.

Finn dejó el diario un momento y se imaginó a Eliana en la biblioteca. Se preguntó si alguna vez pensaría en él. ¿Esperaría verlo aparecer algún día en el Departamento de Mapas? ¿Era esa la razón por la que seguía yendo ahí?

Sacudió la cabeza. Le parecía inútil pensar en ello. Continuó leyendo.

Ella escribió sobre su relación con Emil, un estudiante de ingeniería de la Universidad Técnica. Luego salió con Tim, quien estudiaba Guionismo en la Academia Alemana de Cine y Televisión.

Al igual que con Sam Maarten, Eliana evitó dar detalles. Finn se preguntaba por qué si era tan meticulosa al escribir sobre todo, nunca entraba en detalles respecto a los hombres en su vida. Era como si supiera que él estaba leyendo el diario.

Se rio de sí mismo. Qué tontería. ¿Por qué habría de seguir pensando en él?

Pasó rápidamente las hojas de entre enero y marzo de 2009. En ellas Eliana escribió, en su mayor parte, acerca de asuntos de todos los días. Nada demasiado emotivo o personal. Fue fácil leer hasta que un día las cosas se tornaron difíciles.

Miércoles, abril 1, 2009

Un año y medio. Ya pasó un año y medio. Estuvo aquí y no. Debo estar loca al creer que Finn volverá. Debo estar muy, muy dañada. No hay absolutamente nada que indique lo contrario. Aquí estoy, desperdiciando mi vida, esperándolo y…

¡Ay, por favor, deja de ser tan dramática! No, no estoy desperdiciando mi vida. He hecho todo lo que se supone que debo hacer. De hecho, hasta más. En la lista de las «101 cosas que hacer antes de morir», tal vez solo haya cubierto 29, pero planeo vivir otros ochenta años por lo menos y, además, tengo mucho más que Renée y Fritzi. ¡Y ellas son un año mayores que yo! De las tres, soy la única que, de la lista, ya palomeó «Estudiar el Kama Sutra y ponerlo en práctica». ¿Acaso eso suena a que estoy desperdiciando mi vida?

¿*Kama Sutra*? ¿Sería algo que tuvo que aprender para sus exámenes Abitur? Tendría que clopearlo más tarde.

De todas formas se fue y tengo que dejar de pensar en él y admitir que papá estaba equivocado. «Va a regresar, cariño, confía en mí», dijo hace seis meses. Pero no tenía razón, Finn no regresó. Ni lo hará. Jamás. Bueno, eso es lo que me dice la mente.

El corazón, sin embargo, es otra historia. El corazón me dice que está cerca. Es ridículo, lo sé. Es estupidez romántica. Lo sé, lo sé, lo sé.

Así que detenme.

Pero es de lo más extraño. A veces tengo la rara sensación de que me escucha, como en este momento; que escucha las

palabras de mi corazón.

¿Hola? ¿Finn?

¿Estás ahí?

Te estoy llamando; dondequiera que te encuentres, escúchame. El Yo de mi corazón le dice hola al Yo del tuyo. xoxo Eliana.

Él se sentó y contempló la página y las palabras por un largo rato. «¡Te estoy llamando; dondequiera que te encuentres, escúchame. El Yo de mi corazón le dice hola al Yo del tuyo.»

Volvió a leer el párrafo. Una y otra vez. Y luego dijo en voz alta: «Te estoy llamando; dondequiera que te encuentres, escúchame. El Yo de mi corazón le dice hola al Yo del tuyo».

Y entonces lo comprendió todo. Finn supo de repente lo que le faltaba a su diario. Fue a la caja de ónix y sacó la pluma fuente con las estrellas de platino. Volvió a la terraza, abrió su diario y pasó las páginas hasta llegar a una nueva, en blanco. Colocó la punta de platino sobre el papel y comenzó a escribir:

Yo me senté y contemplé la página y las palabras por un largo rato.

Muy bien, ahí está. Un «yo». Vamos, continúa.

Leí, una y otra vez, y luego dije en voz alta: «Te estoy llamando; dondequiera que te encuentres, escúchame. El Yo de mi corazón le dice hola al Yo del tuyo».

Y entonces lo comprendí todo. Supe de repente lo que le faltaba a mi diario. Fui a la caja de ónix y saqué la pluma fuente con las estrellas de platino. Volví a la terraza, abrí mi diario y pasé las páginas hasta llegar a una nueva, en blanco. Coloqué la punta de platino sobre el papel y comencé a escribir.

Fue increíble ver lo que dos letritas podían hacer. Sentí, literalmente, que mi pecho se expandía y se llenaba con todos esos ligeros y casi imaginarios «yo». Y más yo, y yo, y yo… Me

dio vértigo. A mí.

Ya había usado la palabra en mis viajes por el tiempo y sí, la había leído y escuchado una cantidad infinita de veces cuando los Forester la pronunciaban. Sin embargo, era muy raro pensar con el «yo» en mente, con el «yo» de mi corazón, y luego escribirlo, plasmarlo de verdad. Era particularmente extraño ya que en inglés el yo siempre se escribe con mayúscula. Lucía muy dominante e insistente en el papel. Se elevaba por encima de todos los otros pronombres como «él», «ella», «eso» y «tú». Su sombra se cernía incluso sobre el «nosotros». Siempre me habían dicho que el «nosotros» era más importante que el yo, pero de pronto estaba yo ahí, escribiendo «yo», coqueteando con él, caminando hombro con hombro.

Estaba consciente de que me llevaría algún tiempo poner en orden mi ambivalencia porque era un hijo de mi propio tiempo. Creía que la supervivencia de nuestro mundo, de la naturaleza misma, era el trabajo más importante que teníamos. La Tierra era nuestro «nosotros», nuestro hogar. No obstante, también percibía —y seguramente fue así desde tiempo atrás, aunque no me había dado cuenta— que en cada uno de nosotros había un yo del corazón, pero que lo perdimos tiempo atrás. No era difícil entender por qué fue así en el pasado, pero sí por qué, ahora, continuábamos ignorándolo. El yo también era nuestro hogar, ¿no?

Pero, ¡suficiente! Tuve que poner en pausa mis pensamientos porque la cena estaría lista pronto. Escuché al chef Carlo Canelli, recién reparado, cocinando la lasaña de polenta.

Fui a la cocina.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté.

El chef Carlo se me quedó viendo un largo rato. Su cinturón de herramientas parpadeaba mientras buscaba entre una miríada de respuestas a mi pregunta.

—Carlo no necesita su ayuda —dijo finalmente—, pero, si quiere, puede mezclar la polenta.

Así que mezclé la polenta. Y luego le ayudé con la vinagreta para la ensalada. Si se me permite decirlo, nunca probé algo más delicioso. Excepto por el guisado de papas dulces de la madre de

Eliana, por supuesto.

Después de la cena nadé un poco y volví al diario de Eliana. Me senté en la habitación superior, a la mesa de nogal.

Para mediados de abril de 2009, Eliana ya había presentado la mayor parte de sus exámenes Abitur y podía respirar de nuevo. El clima era cálido y trotaba todas las mañanas. Continué leyendo, feliz por ella, sintiendo toda la ilusión de su vida. Eliana estaba lista para salir y cambiar el mundo.

Pero luego su vida, y la mía, sufrieron un drástico cambio.

Lunes, abril 27, 2009

Esta mañana, cuando estaba trotando, me sucedió algo rarísimo. De regreso a casa, poco antes de las 7:00 a.m., me detuve en el puesto de Schlüterstraße para comprar el periódico. El puesto todavía no estaba abierto pero vi que la dueña estaba abriendo la puerta de atrás, así que decidí esperar. Estaba ahí parada cuando, de repente, una mujer salió del Sanitario de la Ciudad a un lado del puesto. Miró alrededor aturdida, por lo que pensé que se trataba de una adicta que había entrado al WC a drogarse. Pero cuando me fijé bien, noté que no podía tratarse de una adicta porque era demasiado hermosa y se veía muy sana. Era como de mi edad, tal vez un poco mayor, y tenía un asombroso cabello largo, negro y grueso. Muy brillante. Era delgada pero con músculos firmes. Y muy alta. Medía casi dos metros. Su ropa era elegante, por lo que me pregunté qué demonios estaría haciendo en un Sanitario de la Ciudad un lunes a las siete de la mañana. Pero en ese momento la dueña del puesto abrió la ventana y me preguntó qué quería. Cuando volteé para volver a ver a la mujer del sanitario, ya se había ido.

Ahora bien, habría olvidado este insignificante episodio si no fuera porque esta tarde, cuando estaba estudiando en la Biblioteca Estatal, volví a verla. Levanté la mirada del libro y ahí estaba, observándome. Pensé que se trataba de una coincidencia, pero luego me sonrió y pensé que la conocía de algún lado. De algún lado que no era el Sanitario de la Ciudad. Entonces dio la vuelta y bajó por las escaleras. ¿Quería que la siguiera? Eso fue lo que hice. La vi dirigirse a la cafetería, así que fui detrás de ella.

Estaba sola, en una mesa de la parte de atrás. Me senté frente a ella. No pareció sorprenderle en absoluto. «Te vi esta mañana», le dije, «en Kurfürstendamm.» Y ella dijo: «Habla en inglés, por favor. No entiendo alemán». Le repetí en inglés lo que había dicho y ella dijo: «Sí, lo sé. Yo también te vi». Luego me dio la mano. «Lucia», dijo. Yo le dije mi nombre, luego le pregunté: «¿Nos conocemos?» ella solo se encogió de hombros. No supe qué decir después de eso. No dejó de contemplarme ni un minuto. Fue muy raro. Luego dijo: «Eres muy hermosa». Me reí, y añadí: «Es lo mismo que yo estaba pensando acerca de ti». Luego ella comenzó a llorar discretamente, casi en silencio. Quería consolarla, abrazarla. ¿Pero cómo? Solo le di un pañuelo. Parecía como si nunca hubiera visto uno en toda su vida. Volví a tomarlo con una risita nerviosa y enjugué sus lágrimas. «Gracias», me dijo. Entonces sucedió lo más extraño de todo: tomó mi mano y dijo: «Él vendrá. Quiere que sepas que tal vez le va a tomar algún tiempo, tal vez dos años, pero estará ahí». Y yo pregunté: «¿Quién? ¿Quién vendrá?», y ella respondió: «No puedo decirte, pero tú lo sabes, tú sabes quién». La piel de todo el cuerpo se me puso de gallina. ¿¡¿Así o más espeluznante?!? Luego ella se levantó rápidamente de la silla y dijo: «Debo irme, por favor no me sigas». Yo la tranquilicé: «Descuida, ya me asustaste lo suficiente». Y se rio. Entonces yo me reí también. Y alguien por ahí dijo: «¡Shhh!», y ella se fue.

Así que, ¿qué puedo pensar de todo esto? ¿Está loca o la loca soy yo? ¿O era Finn tratando de decirme que esperara? Tal vez es un espía y está trabajando encubierto en Pakistán o Irán, o algo así.

Parafraseando a Eliana, yo también ya estaba espantado lo suficiente. Para cuando terminé de leer esa fecha, la rodilla me saltaba sin control, de la misma manera que aquel día de Año Nuevo que descubrí que ella estaba escribiendo sobre mí en su diario. El corazón me palpitaba con furia; era como si estuviera a punto de estallarme dentro del pecho para luego salir y encerrarse en el clóset. Así de espantado estaba. Algo estaba sucediendo, algo mucho más fuerte que yo y que Eliana.

Tenía que pensarlo con mucho cuidado.

Muy bien. Sabía, por lo que me había dicho el profesor Grossmann, que en 2293 se abriría una ventana de oportunidad para viajar al 27 de abril de 2009, la fecha que acababa de leer en el diario de Eliana. Podía ser una coincidencia, sí, pero también podía ser que alguien, a veintinueve años de distancia, en el año 2293, estaba tratando de comunicarse con ella para decirle que yo no la había olvidado y que regresaría en dos años. Parafraseando a Eliana una vez más, «¿¡¿Así o más espeluznante?!?».

Había demasiadas preguntas. ¿Quién era Lucia? ¿Quién controlaba la situación? ¿Era un «él» o una «ella»? ¿Amigo? ¿Enemigo? Incluso se me ocurrió pensar que era yo mismo. Tal vez, veintinueve años después, trataría de decirle algo a Eliana. Y si ese fuera el caso, ¿qué…?

¡Alto! ¡Basta! Demasiado complicado. Las posibilidades eran infinitas. Las preguntas y las respuestas podían extenderse por siempre. Lo único de lo que estaba seguro era que estaba abrumado.

Bebí bastante vino aquella noche y me fui a la cama cuando la primera franja rosada de luz se extendió sobre la playa hacia el este. Sin embargo, antes de apagar mi BC, recordé que tenía que clopear Kama Sutra. Fue muy sencillo encontrarlo. Y estaba magníficamente ilustrado. Oh, pensé, oh, oh, oh. También me muero de ganas por poner en práctica esta teoría. Y el 1 de junio de 2265 tuve la oportunidad de hacerlo.

20

GIRASOLES

Rouge y yo llegamos bien a Berlín, pero, ¿era el lugar correcto?, ¿el Berlín que buscábamos? No estaba seguro pero al menos estaba muy agradecido de haber aterrizado una sola pieza y de que mi cara no hubiera terminado en un charco de orina. Los tenis fueron otro asunto, pero el daño a los zapatos siempre es parte del trabajo que se espera que desempeñen.

Rouge estaba mucho más segura que yo de que estábamos exactamente donde queríamos: en Ludwigkirchplatz, en Berlín-Wilmersdorf, el 2 de agosto de 2011. Si eso era verdad, entonces solo haríamos quince minutos caminando a la casa de dos habitaciones que el IOZ había rentado para nosotros, a la vuelta del departamento de los Lorenz.

—Deja de preocuparte —dijo Rouge, al mismo tiempo que miraba a su espejo y se volvía a aplicar lápiz labial—, estamos en el lugar preciso.

Se me ocurrió, aunque no por vez primera, que Rouge sabía más acerca de lo que sucedería ese día que yo. Todavía no me quedaba claro si el diario de Eliana era parte del plan original del IOZ o no, pero para Rouge ya era muy obvio que, después de la tarde y noche que pasé con Eliana en el viaje cuatro, se había convertido en un elemento central de mi experiencia. Y como mi experiencia de viaje

estaba vinculada de alguna manera al doctorado de Rouge, me parecía lógico que hubiera investigado ese aspecto. Habría dejado de ser Rouge si no lo hubiera hecho.

Junio 22 de 2011 era la última fecha en el diario de jacquard de Eliana, y también la última entrada que leí. Tenía veintiún años y estudiaba Arquitectura. Vivía en casa pero ya pensaba mudarse a un departamento con sus amigas Renée y Fritzi. De vez en cuando salía con algún chico pero no surgía ningún apego. Si acaso existía un diario subsecuente, yo aún no lo había visto. Pero, ¿tal vez Rouge sí? Me parecía difícil creer que era el único que leía los documentos del hallazgo del Bodden. Alguien, en algún lugar, estaba un paso adelante de mí, de eso estaba seguro. Así que tal vez Rouge sabía que me encontraría con Eliana ese día.

O quizá no.

En más de una ocasión pensé en preguntarle a Rouge lo que sabía, pero cada vez terminaba pensando que no quería saberlo. Sentía que entre menos supiera, mejor. Cualquier movimiento en falso arruinaría todo. ¿Y quién quiere ser culpable de que la Tierra se subdivida en otra Tierra? Así pues, si Rouge tenía esa información, me parecía que era bastante prudente de su parte no decírmelo.

Los anteriores eran algunos de los pensamientos que todavía me ocupaban cuando llegué al Sanitario de la Ciudad. Luego volví a familiarizarme con nuestra ruta en el mapa que llevaba, mientras Rouge le daba un último retoque a su maquillaje. En cuanto terminó me lo hizo saber con un gesto. Coloqué el pulgar en el botón para «Abrir puerta» —*zzsscchht*—, y salimos a una calurosa, húmeda y bochornosa media tarde de agosto.

Las voces de los niños llegaron hasta nosotros. Había un jardín de juegos detrás de los WC donde corrían más o menos agitados, para entrar y salir de un rociador; otros sacaban agua para construir castillos de arena, otros saltaban en las barras de ejercicio y gritaban de alegría. Encendimos nuestros celulares. La fecha que tenían indicaba que era agosto 2 de 2011. Todo parecía indicar que estábamos en el lugar correcto.

—Estarás solo —dijo Rouge. Abrió la puerta de una habitación con cama matrimonial. En la cómoda había camisetas y ropa

interior, y en el clóset, *jeans* y un traje de verano.

—¿Y tú? —le pregunté.

Rouge abrió la puerta de una habitación más grande pero con muebles similares, y dijo:

—*Voilà*.

Bebimos té en la cocinita.

—Nos veremos aquí el próximo martes, 9 de agosto, a las 10 a.m. —dijo—. En punto.

—¿No te preocupa que este viajero decida no volver a 2265 esta vez? —le dije en tono de broma, pero ella pareció sorprenderse demasiado.

—¿Para qué querrías hacer algo así?

Tenía razón. ¿Para qué querría quedarme ahí, atrapado en un radio de 350 kilómetros de Berlín, y luego, siete años después, ser devorado por la Plaga alemana? Era ilógico.

Tan profesional como siempre, Rouge me entregó las llaves del departamento.

—Estaremos en contacto todos los días por SMS o por llamada a través de los celulares. Y debes saber cuándo es el siguiente viaje —añadió—, en caso de que surja la pregunta.

¿Estaba insinuando que tendría que darle esa información a Eliana? Tal vez.

—Pues dime ya.

—Septiembre 8 de 2011. Era la fecha alternativa en caso de que las perturbaciones atmosféricas fueran demasiado fuertes para esta misión.

Eran buenas noticias. Nunca había podido decirle a Eliana cuándo volvería, y en esta ocasión sería solo un mes después del viaje anterior.

—Y recuerda —añadió Rouge— que entre más te alejes de Berlín, más se incrementan las probabilidades de que tengas dolores de cabeza, fatiga y mareos. Pero ya tienes las pastillas.

—¿Y si hay algún problema fuerte? Como lo que sucedió la última vez. Si este hombre está en problemas, ¿cómo…?

—Finn, viajamos por el tiempo. Volamos a Marte. Prácticamente somos inmortales. ¿De verdad crees que podríamos perderte?

Gracias a su diario sabía que, por lo general, Eliana trabajaba

hasta las 2 p.m. en su empleo en Sonntagarchitekten. La oficina estaba en Xantener Straße, a unos cuantos minutos caminando del departamento de los Lorenz. También sabía que estaba sola en casa porque sus padres y Robert se habían ido a sus vacaciones anuales en la costa del Báltico. Ella planeaba alcanzarlos el fin de semana.

El cielo tenía un color gris azulado cuando dejé a Rouge. El sol trataba de atravesar la neblina, pero todo parecía indicar que perdería la batalla. El aire era denso, húmedo y caliente. Los peatones caminaban trabajosamente por la calle como si estuvieran atravesando un pantano. Pero yo estaba alegre cuando di vuelta en Giesebrechtstraße, y circulaba en mi propio exoespacio. En mi hogar era junio de 2265, así que no había visto a Eliana en dos meses, desde finales de marzo. Estaba muy emocionado aunque sabía que para ella habrían pasado casi cuatro años desde la última vez que me vio. Iba a pedir una explicación y yo ya tenía una. Le diría que pensaba que amaba a Sam, que jamás se me habría ocurrido interponerme entre ellos y que esperaba olvidarla, pero que, sin embargo, al estar de visita una semana en la ciudad, no pude resistir la tentación de visitarla.

Está bien. Sabía que sonaba como una de esas historias del Doctor Norden resguardadas en el Archivo Alemán del Departamento de Novelas Económicas de Bolsillo, pero no estaba mintiendo del todo, ¿o sí? Además, la verdad sería mucho más difícil de creer que esta verdad a medias.

Me sentí aliviado cuando vi que la calle de Eliana se encontraba frente a mí tal como la recordaba: apacible, bien cuidada y encantadora. Sin importar adónde volteara, los balcones estaban salpicados de macetas y recipientes de cerámica de los que se desparramaban geranios, acianos y margaritas. El pequeño cine seguía ahí, al igual que la tienda de abarrotes y los cafés. Había una nueva librería. La entrada al edificio de Eliana estaba cerrada con llave. No creí que hubiera llegado todavía a casa, pero de todas formas toqué el timbre. No hubo respuesta. Me senté en una mesa de la terraza del café de al lado. Desde ahí podía ver tanto la calle como la entrada al edificio. Ordené un té y lo pagué en cuanto me lo llevaron a la mesa.

Y esperé.

A las 2:20 vi una silueta dorada salir de entre el tráfico de Kurfürstendamm, dar vuelta a la derecha en Giesebrechtstraße y acercarse al café con velocidad. Iba en una bicicleta con una canasta al frente, llena de girasoles. Cuando se acercó más vi que llevaba un vestido color amarillo pálido. Al pasar junto al café alcancé a ver su espalda, completamente desnuda y bronceada, y su cabello: aquellos rizos largos como de seda que atrapaban la luz del sol que ya fenecía. Me levanté de un salto de la silla cuando estuvo en la entrada del edificio. «Eliana», grité.

Pero ella no volteó; no me había escuchado. Tenía las llaves en la mano y estaba abriendo la puerta.

—Eliana —dije con más fuerza, al mismo tiempo que me acercaba.

Todavía no me escuchaba. ¿Por qué?

Se me ocurrió, no sin terror, que tal vez estaba en el mundo equivocado, en una Tierra diferente. Aquella hermosa mujer que estaba a punto de desvanecerse detrás de una pesada puerta de madera en esa pintoresca calle no era mi Eliana en absoluto. Por eso no había volteado. No me conocía, no querría hacerlo, y no podría importarle menos.

Empujó la puerta con la cadera para abrirla, y haló la bicicleta al interior.

La puerta estaba a punto de cerrarse.

—¿Eliana? —grité de nuevo, a unos cuantos metros de distancia.

Pero la puerta se cerró con un golpe seco. Me quedé viendo la madera.

Y entonces volvió a abrirse, acompañada de un crujido.

Ahí estaba ella. Ahí estaba yo.

Me miró. La miré. Sus ojos se abrieron más, sus labios se entreabrieron. Vi una gota de sudor recorrerle la frente. «Volviste», dijo.

Estaba recargado en el alféizar y le daba la espalda a la ventana abierta. Escuchaba voces de chicas abajo, en el patio, y a alguien que practicaba escalas en el piano. La brisa atravesó los árboles y el cielo oscureció. Los truenos retumbaron.

Eliana llenó un jarrón con agua, les recortó unos centímetros a

los tallos de los girasoles, y les arrancó algunas hojas. Luego los colocó en el jarrón y los arregló un poco. La observé, la bebí como los girasoles bebían el agua. Me miró, sacudió la cabeza con un gesto de exasperación que decía: «No sé qué hacer contigo», y luego tomó el jarrón y salió de la cocina.

Hubo un relámpago.

Escuché los zapatos de Eliana alejarse con un taconeo sobre la duela, y luego de regreso. Haló una silla que rechinó sobre los mosaicos y se sentó. La tetera silbó. Ella se levantó, vertió agua en la jarrita para el té y volvió a la mesa. Se cruzó de brazos.

Afuera había comenzado a llover. Caían gotas densas.

—¡Pero! —exclamó Eliana de repente. Se inclinó hacia delante. La parte superior de su vestido tenía un escote bajo, como de bustier. Sus senos estaban bronceados y brillaban por el sudor—. Pero pudiste haber llamado. Me pudiste escribir, o buscarme en Facebook. Cualquier cosa. ¿Qué ese día no significó nada para ti? Es decir, ¡mi madre te dio de su guisado de papas dulces! ¡Tan solo eso debió ser importante!

Era cautivadora, fascinante de verdad.

—Sí lo fue —dije—. Fue muy importante. Daría cualquier cosa por volver a comer de aquel guisado.

Eliana suspiró. Fue un suspiro sonoro y dramático. Lo notó, porque miró al techo con exasperación. Su determinación se estaba debilitando. Tal vez yo debía aprovechar el momento para actuar.

Di dos pasos rápidos y me senté frente a ella.

—Te extrañé. Muchísimo.

Fingió no escuchar.

—¿Dices que estarás aquí una semana? Asentí.

Eliana no sabía bien qué hacer con las manos. De pronto las tenía sobre la mesa, y luego en el regazo. Después estaba jugando con su cabello.

—Pues yo no. En dos días me voy al Báltico. El jueves. —Trató de sonar petulante, pero no le salió nada bien.

Volvió a poner las manos sobre la mesa. Las miré. Eran adorables. Y esta vez no había cutículas rasgadas ni padrastros.

—Mis padres ya están allá. Robert también. Yo me quedé por el trabajo.

—¿Trabajo?

—Le ayudo a un arquitecto. Es un empleo de medio tiempo. Se trata de un amigo de mis padres. Ya casi terminamos.

—Entonces estás haciendo lo que querías. Eres una arquitecta. Me parece excelente. —Se encogió de hombros.

—Bueno, todavía no. Me falta un año para terminar la carrera, y luego… —Su voz se desvaneció, pero pude darme cuenta de que estaba orgullosa de sí misma. Miró sus manos y luego elevó la mirada de nuevo. ¿Y ahora qué?

No es temporada de papas dulces —dijo. Su comentario salió de la nada, y con él apareció el primer esbozo de sonrisa.

¿Debería tomar su mano ahora?

Se levantó de golpe de la silla.

—El té —dijo, y se dirigió a la barra. Levantó el filtro de la jarrita, lo colocó en el fregadero y volteó a verme—. Terminé con Sam, ¿sabes? Después de que te fuiste.

—¿Ah, sí? —pregunté, pero no me agradó tener que fingir que no lo sabía.

—Fue muy grosero contigo. Además era muy arrogante.

El tirante izquierdo de su vestido se deslizó hacia abajo, y ahora estaba alrededor de su brazo. Pude ver una línea de piel blanca que no había estado expuesta al sol.

Eliana me sorprendió observándola y nuestras miradas se cruzaron. Me moría por tocarla.

El vestido se estrechaba en su cintura, pero luego brotaba con amplitud para formar la falda. Y yo tenía tantas ganas de tomarla de la cintura.

Ella se volteó para servir el té, y se alejó de mí. El cabello le caía sobre el cuello. Era muy grueso, muy denso. Debajo de él seguramente había tanto calor como en un invernadero. Balbuceó algo.

—¿Cómo? —pregunté. Me puse de pie y me acerqué a ella. Me estaba dando la espalda—. No escuché lo que dijiste. —Suavemente hice a un lado su cabello y lo sostuve con la mano. Arrastrada por el viento, la fragancia de Infinitissimo llegó hasta mí. Su cuello resplandecía con suaves perlas de sudor. Me incliné para besarlo y la escuché respirar hondo. Me incliné más sobre ella y mi mano se

deslizó. Su cabello se esparcía junto a mi mejilla.

Eliana se rio con nerviosismo.

—¿Azúcar? —preguntó, y volteó hacia mí. Yo no tenía idea de lo que estaba hablando.

—¿Azúcar? —repetí con mis manos sobre su cintura, su adorable cintura.

—Que si quieres azúcar en tu té. Eso fue lo que pregunté.

Besé su hombro desnudo.

—No —le respondí.

—¿Y té? —preguntó de nuevo.

—De hecho —contesté—, no. No quiero, gracias.

Volvió a reírse.

—Yo tampoco.

Tenía las manos sobre sus hombros, luego sobre su espalda. Su piel ardía, pero era suave.

Me parecía de verdad incomprensible estar ahí con Eliana, con esa mujer tan increíblemente encantadora.

Nos besamos. Por un largo rato.

Luego ella se quitó las sandalias, me tomó de la mano, me condujo por la sala y luego por el corredor de atrás. Cuando abrió la puerta de su habitación, las ventanas de dos hojas chocaron entre sí por la corriente de aire. El alféizar seguía mojado por la lluvia. Cerró las ventanas y luego las cortinas.

Volteó hacia mí. Su mirada fue de mi rostro a mis brazos, y luego a mi pecho. Yo me desabroché los *jeans*.

¿Debería quitarle el vestido? ¿Se lo quitaría ella? ¿Se lo deja puesto? ¿Cuál era la costumbre? Cuando estudié historia cultural de la época anterior al Invierno Negro jamás aprendí sobre esas cosas. Y en todos aquellos meses tampoco se me ocurrió buscar información en el Cíclope. En las ilustraciones que vi del *Kama Sutra* los cuerpos estaban desnudos. Por un momento traté de recordar lo que hacían en los celuloides, pero no podía pensar con claridad. Ni siquiera podía…

—Tiene un cierre oculto —dijo Eliana—. Aquí, mira.

Ah, por supuesto. Ahí: el vestido tenía un cierre lateral. Era más delicado que el de mi sudadera y los *jeans*. Tenía dientes muy finos de color amarillo pálido. Cuando lo bajé, emitió un suave sonido:

zzz…

—Mmm —susurró, como si la estuviera liberando de un molde de acero.

Cuando pasé el vestido por su cabeza, la crinolina de la falda crujió como las hojas de los árboles y luego se desbordó como una ola amarilla sobre el suelo.

Y ahí estábamos.

El sol iluminaba la habitación de Eliana a través de las diáfanas cortinas: era una luz densa, cálida, entre rojiza y anaranjada. La tarde había refrescado un poco. Todo olía a la lluvia reciente, a esa exuberante humedad y frescura que queda después de que ha llovido y todo lo orgánico —las hojas, las flores, los árboles, la tierra— queda empapado hasta lo más profundo.

Ver a Eliana junto a mí, su densa cabellera desparramada, sus negros ojos sonriéndome, llenó mi corazón con el mayor gozo que jamás conocí. Me apoyé en un codo para besarla y sentí que su pierna me enredaba y me atraía hacia ella. Por el rabillo del ojo vi nuestras piernas entrelazadas. Las suyas, doradas, las mías, aún pálidas por los largos meses de invierno. Me atrajo a ella y nos besamos.

—¿Te acuerdas de hace cuatro años? —preguntó después de un rato—. El primero de octubre de 2007. —Lo dijo como si fuera el título de una canción que le encantaba.

Pensativo, me acerqué un dedo a la barbilla y miré al techo como si estuviera esforzándome mucho por recordar. Finalmente sacudí la cabeza y suspiré.

—¿Hace cuatro años? Lo siento, creo que no. Refréscame la memoria. —Eliana me dio un codazo en las costillas.

—¿Recuerdas que besaste mi mano?

—Ah, te refieres a eso —dije.

Entonces ella también se apoyó en el codo.

—¿Te acuerdas de que me besaste la cutícula rasgada?

—¿Lo hice? —Oh, oh, jamás me lo perdonó. Lo sabía.

—Fue lo más sexy que alguien me hizo jamás. Hasta esta tarde, claro. —Su risita nerviosa era un poco ronca—. Ahora regreso —dijo, y luego se levantó.

La seguí con la mirada mientras ella se dirigía a la puerta. Coloqué la mano en el espacio que había dejado y sentí el calor de su cuerpo. De nuestros cuerpos. Me acurruqué en su lado de la cama y creo que me quedé dormido por un instante, pero uno o dos minutos después regresó y yo me sentí más despierto que nunca.

¿Cuánto tiempo llevábamos en la cama? Seguramente horas. Todavía había luz afuera, pero escuché ruidos vespertinos que provenían del patio: el golpeteo de platos, voces de la televisión. También percibí el aroma de algo que se estaba cocinando. Me levanté y me acerqué a la ventana. Del otro lado del patio, donde las ventanas miraban hacia el norte, había luces encendidas. Miré a la derecha, en diagonal, y vi a Eliana en la cocina. Tenía puesto un kimono y estaba cortando queso.

Eché un vistazo en su habitación. Era un espacio amplio y fresco con colores cálidos, repisas de madera, muchos libros, fotografías de amigos, de la familia, de Madeline, otra vez de Madeline, una foto más de Madeline; un librero lleno de libros infantiles. Y había un póster de una imagen famosa: eran varios hombres almorzando en una viga que se cernía sobre Manhattan. El escritorio de Eliana era una gruesa lámina de madera de pino con un mecanismo que le permitía inclinarse, por lo que la parte central estaba un poco sesgada como las mesas de los dibujantes. Mi padre alguna vez vendió mesas como esa. Sobre el escritorio había largos rollos de bocetos arquitectónicos, lápices, plumas, una computadora portátil, una libreta negra que… ¿tal vez era para hacer bocetos en alguna de sus clases de arquitectura? Posé la mirada en un Cubo de Rubik de tres por tres, sin resolver. Lo tomé y lo llevé a la cama. Estaba a punto de resolverlo pero, pensándolo bien, me pareció que tal vez a ella le agradaba así.

—¿Puedes resolverlo? —preguntó Eliana al mismo tiempo que entraba a la habitación con una charola que colocó sobre la cama. Traía bocadillos y dos tazas de café muy caliente—. Preparé café *latte*, ¿está bien? Tenemos una cafetera nueva.

—Gracias —dije mientras tomaba un sorbo del latte y miraba con detenimiento el cubo de Rubik. A los niños que les acababan de implantar el BC les daban a resolver el cubo como parte de los ejercicios. Yo jamás había tratado de resolverlo sin el BC, pero

estaba seguro de que podría hacerlo—. Creo que sí —respondí—, pero después. —Entonces tomé un trozo de queso y me lo metí a la boca.

—Es el proyecto en que estoy trabajando —me explicó Eliana, y volvió a meterse a la cama. También comió un poco de queso—, con el arquitecto.

Me le quedé viendo.

—¿Proyecto?

—Sí, él va a participar en un concurso. —Se apoyó en los codos —. No vas a creer esto. ¿Recuerdas que el primero de octubre de 2007, el día que no recuerdas, te mostré un albergue juvenil del otro lado de la casa GASAG?

—Sí.

—¿Y recuerdas que te dije que tal vez terminaría construyendo albergues juveniles cuando fuera arquitecta?

Asentí, al tiempo que le arrancaba un trozo a la baguette.

—Bien, pues, aunque no lo creas, este concurso es para construir un albergue juvenil —dijo Eliana, y tomó el cubo de Rubik—. A Jacob Sonntag, el tipo para el que trabajo, lo invitaron a participar. Y entonces a mí se me ocurrió diseñar el albergue como un cubo de Rubik sin resolver. A él le agradó mucho la idea. Por supuesto que vamos a participar bajo su nombre, pero, ¿y qué? Es una experiencia maravillosa y lo puedo incluir en mi CV. —Eliana tomó el cubo de Rubik y jugueteó un rato con él sin prestar mucha atención. Pasó los cubitos de colores de un lado a otro—. Pensé que el cubo de Rubik les gustaría a los adolescentes y a los jóvenes. Por un lado, les puede recordar su infancia porque es lúdico y colorido, como un juguete pero por otra parte también es un objeto intelectual. Algo para adultos. ¿No es cierto? —Señaló el cubo—. Fíjate: estos podrían ser los balcones. Aquí están las ventanas y… —Se detuvo a media oración—. ¿Te sientes bien?

La piel se me puso de gallina. ¿Sería posible que mi hogar, en 2265, hubiera sido diseñado por Eliana? Era una noción extraordinaria.

—¿Y dónde se supone que lo construirían? ¿Aquí? ¿En Berlín? —le pregunté.

—Al norte de Berlín, en Reinickendorf.

¿Reinickendorf? Me sonaba familiar, pero no, mi Rubik estaba en…

—En Märkisches Viertel —dijo, y se levantó.

¡Era increíble! Eliana volvió a su escritorio y comenzó a hurgar entre algunos papeles.

—Märkisches Viertel es un vecindario en Reinickendorf. Aquí hay algunos bocetos. —Volvió con varios borradores. Me extendió uno y lo tomé. Pero antes de siquiera mirar, supe que se trataba del Rubik. Y cuando lo vi, pude comprobarlo.

—¿Estás seguro de que estás bien? —preguntó Eliana—. Parece como si hubieras visto un fantasma.

—No, estoy bien. —Tomé su mano y la besé—. Es una idea espléndida. Vas a ganar, estoy seguro. Y en ese edificio vivirá gente joven por siglos.

Eliana resopló.

—Sí, ajá. —Golpeó la almohada que tenía atrás de ella para darle la forma de su cuerpo y se recostó—. Muy bien, es tu turno. No sé absolutamente nada de ti. Excepto que tienes una espantosa obsesión fetichista con los padrastros. —Se rio otra vez con esa risita nerviosa y ronca tan suya.

Sabía que, tarde o temprano, iba a tener que hablar de mí. Así que por fin había llegado: el momento de pensar.

—¿Qué te gustaría saber? —pregunté, y también golpeé un poco mi almohada.

—Bueno, para comenzar, ¿cuántos años tienes?

—Veintiséis. Mi cumpleaños es en agosto.

—¿En serio? ¿Qué día?

—El siete de agosto.

—Es domingo —dijo ella.

—¿Domingo?

—*Helloooo*?

¡Ah, sí! Lo había olvidado. Todavía estaba en el calendario de 2265, en junio.

—Sí, naturalmente. Domingo. El siete de agosto.

—«Sí, ciertamente» —dijo imitándome—. Me encanta tu alemán. Así que el domingo serás seis años mayor que yo.

—Eso parece.

—«Eso parece». —Más risitas—. Está bien, lo siento. Ya no me voy a burlar de tu alemán. Me alegra que hayamos arreglado el asunto de la edad. Pasemos a la siguiente pregunta.

—Sí, por favor.

—Supongo que tienes un empleo.

—Sí. Soy historiador.

—¿Das clases?

—No. Trabajo… para… un instituto. Descifro documentos antiguos escritos a mano y los traduzco al inglés.

—¡Guau! ¿Qué tan antiguos?

Tragué saliva.

—Muy, muy antiguos. De doscientos, doscientos cincuenta años atrás.

—¿En serio? ¿Y puedes leer alemán antiguo? ¿Kurrentschrift?

No quería mentir.

—Bueno, no es sencillo, pero…

—¿Y qué tipo de textos? —Eliana quería saber—. ¿Como cartas de Goethe? ¿De Schiller? ¿De Heinrich Heine?

—Más bien de gente común. Por lo general no hay nadie famoso. Cosas que se encuentran. Documentos. Diarios.

—¿Les los diarios de la gente? —Abrió muy bien los ojos—. ¿Sus pensamientos personales?

—Sí.

—¿Diarios no publicados? ¿Asuntos privados?

Noté que era un tema delicado para Eliana.

—A veces. Sí. También investigo a las otras personas que mencionan. Trato de averiguar cómo vivían. En qué creían. Quiero entender cómo es que le dieron forma al mundo que los rodeaba. —Jamás había pensado mucho en ello, pero sí, eso era exactamente lo que quería saber. ¿Significaron algún cambio? ¿Aunque fuera uno muy pequeño?

—«Entender cómo es que le dieron forma al mundo que los rodeaba» —dijo Eliana. Repitió mis palabras y se quedó escuchando su sonido—. Supongo que eso es lo que le gustaría hacer a toda la gente. Significar un cambio para el mundo. Hacer algo. Cada quien a su manera, aunque sea algo pequeño. —Me sonrió.

—Tienes razón —dije. Y era cierto. También era lo que yo

quería.

—Pero es un poco atemorizante —agregó Eliana—. Eres como un observador de gente muerta. Lees sus pensamientos, te metes a su cabeza. Los acosas.

Si tan solo supiera cuán cerca estaba de la verdad.

—Supongo que es una manera de verlo: como acoso.

—Eres un depredador literario que se abalanza sobre escritores inocentes y devoras su… —Se detuvo a media oración. Entrecerró los ojos y tomó mi cabeza entre sus manos—. Ese cabello lacio sigue en tu barbilla. —Me besó, y su lengua encontró el rebelde vello facial—. ¿Cómo lo haces? —¿Con la sombra de barba del mismo día?, quería contestarle.

—¿Es parte del interrogatorio?

—¡Por supuesto!

Aclaré la garganta y me di un golpecito en la mejilla.

—Se llama «sombreado». Fui al barbero, él me untó un menjurje químico. Luego dijo unas palabras mágicas, y a la mañana siguiente desperté así.

Eliana puso los ojos en blanco.

Besé su oreja, la mordí con suavidad, percibí su olor. Era una mezcla especial de sudor e Infinitissimo. La besé en la boca, sabía a Camembert. Tal vez así se olvidaría de aquel pelo.

—Yo te estuve investigando, por cierto —dijo, y se alejó un poco—. Te busqué en Google, pero no encontré nada. Solo la tienda departamental de Estados Unidos, Nordstrom. Tampoco estás en Facebook.

Me encogí de hombros.

—¿Entonces eres uno de esos sabiondos arrogantes que no creen en Facebook? —preguntó. ¿Y Facebook era algo en lo que se creía o no?—. No crees que deberíamos perder el tiempo en eso, ¿verdad? —dijo, y se recogió el cabello. Luego lo aseguró con un broche que sacó de su bolsillo—. Estoy sudando.

—Bueno… —empecé a decir.

—Tal vez tengas razón. —Eliana se tumbó sobre la cama y el kimono se le levantó. Vi su trasero. Acaricié su muslo por atrás y vi que la piel se le ponía de gallina. Se dio la vuelta y me dio un manotazo—. Todavía no se acaba el interrogatorio. Entonces, ¿por

qué tu interés en el alemán? En mi opinión, es una lengua que se está muriendo.

—Creo que tienes razón.

—Yo tal vez aprenda chino.

—Buena elección —dije.

—Entonces, ¿solamente se te ocurrió alemán y ya? ¿Esta lengua que fenece?

—Mi madre hablaba alemán y nos leía en ese idioma. Y teníamos amigos en Canadá que también lo hablaban. Los visitábamos una vez al año y conversábamos con ellos.

—¿Entonces tu mamá es alemana?

—Nuestros… ancestros eran de Alemania, sí.

—¿Ancestros? ¿Te refieres a tus abuelos? ¿Se fueron antes de la Segunda Guerra Mundial? ¿Tuvieron que emigrar?

—Bueno…

Eliana se sentó.

—¿Eran judíos?

—No, eran…

Abrió bien los ojos.

—¿Comunistas?

Me reí.

—No, no, solo eran de Alemania.

—Oh. —comió otro trozo de queso—. ¿Y qué hacen?, ¿tus padres?

También sabía que esa pregunta era inevitable, pero no sabía bien cómo responderla.

—Mi madre restauraba libros antiguos y mi padre tenía una tienda de muebles. También antiguos.

Me miró. Entrecerró los ojos. Seguramente se preguntaba por qué yo hablaba en pasado, pero tenía demasiado tacto para preguntar.

—Se han ido —dije, de la manera más llana posible—. Murieron en un… accidente aéreo.

La sonrisa se le borró de los labios.

—Fue unos meses antes de que tú y yo nos conociéramos aquel día en Dusenhuber.

—Oh, qué terrible. —Me abrazó y apretó su cabeza contra mi

hombro—. Qué espantoso. Recuerdo que mi madre dijo que lucías triste. Nostálgico. Con razón. Acababas de perder a tus padres.

La garganta empezó a dolerme, como si una pelota de *slapback* se me hubiera atorado en ella.

—Yo tenía trece —dijo—. O sea que tú tenías diecinueve. Eras muy joven cuando perdiste a tus padres.

Tenía veintiséis, para ser precisos. Y fue menos de un año atrás.

Se alejó un poco y me miró. Quería preguntar algo, pero me di cuenta de que titubeaba. Había algo en mi rostro que la hacía dudar.

—Pero… —habló despacio—. No estás solo, ¿verdad? Dijiste que tu madre les leía…

—Sí, nos leía. Eso dije, «… hablaba alemán y nos leía».

Volvió a entrecerrar los ojos.

—¿Tienes… hermanos?

—Murieron con mis padres. Mi hermano, Mannu, que era dos años mayor que yo, y mi hermana Lulu. Ella era diez años menor que yo. Todos se han ido.

Eliana me abrazó. Me meció. Hacia atrás y hacia delante. Atrás y adelante. Pude haberme quedado ahí para siempre.

21

EL BODDEN

El cielo de Brandenburgo lucía pesado, gris y amenazante en el camino del tren que partió de Berlín hacia Rostock, en el Báltico, donde Robert nos recogería. Las gotas de lluvia salpicaron las ventanas panorámicas del vagón, pero había dejado de llover por el momento. Llevaba dos días en 2011, y entre otras cosas, ya podía hacer bombas con la goma de mascar.

—Esa va a salir grande —dijo Eliana.

Le bombeé aire a la burbuja con la lengua. Creció y creció… y luego estalló.

—Es suficiente —dije. Envolví la goma en el papel y la arrojé al contenedor para basura que estaba debajo de la ventana—. ¡Fuchi! —exclamé. Era una de las palabras nuevas de mi vocabulario.

Eliana se acurrucó junto a mí y cerró los ojos. Estábamos agotados. La mayor parte de los últimos dos días la habíamos pasado en la cama, aunque no durmiendo. Eliana solo se levantó un par de horas el día anterior, miércoles, para ir a trabajar. Y yo fui a la esquina para ver a Rouge, hacer un cambio de ropa y comprar una dotación de goma de mascar. Y condones. Las dos cosas a las que me tendría que acostumbrar.

—Cuéntame algo de ti que no sepa y que sea muy extraño de verdad —dijo Eliana con los ojos cerrados y una voz grave por la

fatiga.

—¿Como qué, por ejemplo? —le pregunté.

—¿Cómo quieres que te lo diga si no sé qué es?

—Es cierto. Está bien, déjame pensar.

Se estaba quedando dormida. Su cabeza colgaba con pesadez sobre mi hombro.

—Veamos… —dije en voz baja, casi en un susurro, porque en caso de que realmente estuviera cabeceando, no quería despertarla —, mi hermano y yo solíamos hablar sin usar el pronombre de la primera persona del singular. Ni sus verbos reflexivos o pronominales. No podíamos decir, por ejemplo: yo, mí, mi, mío, he, estoy, estaré, estaría, cansarme, etcétera. —Eliana levantó la cabeza.

—Eso es muy raro. ¿Por qué?

Me reí.

—Pensé que dormías.

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué hacían eso?

—Solo porque sí. Para divertirnos. Lo hacen en la Marina. En los campamentos de entrenamiento. Es una forma de promover la cohesión del grupo.

—¡Ah! El viejo truco para deshacerse de la conciencia individual de todo mundo, ¿eh?

—Exactamente. Por otra parte, tal vez es necesario hacerlo. En una emergencia o en tiempos de guerra, por ejemplo; o si se produjera una catástrofe internacional. La cohesión del grupo sería muy importante en los casos en que la supervivencia de la comunidad se antepone a la del individuo.

—«La supervivencia de la comunidad se antepone a la del individuo» —dijo Eliana entre risitas—. Eso no suena muy norteamericano, ¿verdad? Suena más asiático. Budista. Bueno, en cualquier caso, no me puedo imaginar a toda la gente renunciando a usar el «yo».

—¿Pero y si la supervivencia de todo el mundo dependiera de la cohesión del grupo? —pregunté.

—¿Cómo harías que los todos los hablantes de los distintos idiomas del mundo dejaran de usar el pronombre de la primera

persona del singular, o los verbos pronominales o reflexivos?

—No tiene que ser en todos los idiomas. Yo me refería al inglés. En cuanto se hiciera en inglés, toda la demás gente querría hacerlo. Podría tomar años, décadas, siglos… Pero si funcionara y ayudara a arreglar una situación, entonces la gente vería el lado positivo. Además, el idioma es excesivamente adaptable a los sucesos de su entorno. Siempre está cambiando. No es difícil deshacerse de las palabras.

—Pero, ¿del «yo»? Es parte de la naturaleza humana. Además, ¿no habría gente usándolo en algún lugar del planeta? No me puedo imaginar un sistema de pensamiento a nivel mundial que no tenga algunos detractores.

—Quizá —dije—. Tal vez habría gente que se quedaría a vivir en los bosques, que se mantendría alejada.

—Sí, que sobreviviría con nueces, bayas, y usando el pronombre de la primera persona del singular.

Le di un codazo.

—Te estás burlando de…

—Sí, ciertamente me estoy burlando —dijo en tono de broma, y enfatizando el «ciertamente» lo más que pudo—. Es solo que me parece una medida demasiado drástica la de cambiar el idioma. Imagínate a todo mundo por ahí sin usar el «yo». Es muy raro. Poco natural.

—Pero solo si aprendiste a hablar con él. Si no, no tienes por qué extrañarlo.

—¿No? Bueno, como sea. Estoy demasiado cansada para seguir discutiendo. Mejor enséñame cómo se oye. Vamos.

—¿Te gustaría escuchar cómo habla la gente sin usar el pronombre personal de la primera persona del singular ni sus verbos pronominales?

Eliana asintió.

—Sí, eso es lo que yo quiero oír. Vamos, hazlo.

—No es tan difícil. En la mayoría de los casos es muy sencillo eludirlo. Incluso en una situación como esta. Digamos que estás en un tren, camino a FischlandDarß, al Báltico, para disfrutar de un fin de semana largo. Y entonces quieres escuchar cómo otra persona evita usar la primera persona del singular.

—Muy bien, ya entendí. Pero vamos, hazlo.

—Y ustedes dos hablan un poco —dije.

—Síííííííí —dijo ella.

—Y comienzas a impacientarte.

—Me estoy impacientando —dijo entre risitas.

—Porque esperas que esa persona por fin te enseñe cómo se evita el pronombre de la primera persona.

—Ay, sí, ya, ya, ya. Estoy esperando, estoy esperando —exclamó Eliana.

—Y ni siquiera te das cuenta de que te ha estado hablando todo este tiempo sin usarlo. Ni una sola vez.

Eliana se me quedó viendo. Entrecerró los ojos.

—¡Ups! ¿En serio no lo usaste?

—Ni una sola vez desde que dije la palabra «inglés». Pero tú sí. Y también verbos reflexivos.

—Bueno, ¿y qué? Además, yo creo que…

—¡Ahí está el «yo»! —interpuse.

Ella se rio.

—Además, hay —dijo, esforzándose mucho por no usar el yo o los verbos pronominales o reflexivos— situaciones en las que definitivamente tienes que usarlos. De otra forma, lo extrañarías.

—¿Como cuáles?

—Como en el caso del amor, por ejemplo. ¿De qué otra forma le puedes decir a alguien que lo amas? «Yo te amo» es «Yo te amo». No habría intimidad si el yo no está ahí, aunque sea implícito en el «amo». Así que, incluso si la gente no supiera que el «yo» existió antes, lo extrañaría. O lo volvería a inventar porque lo necesitaría.

—¿Crees que no es posible expresar amor sin el «yo»? Eliana sacudió la cabeza.

—No.

—Bien, pues uno podría decir… —Me tuve que callar para pensarlo. Era algo complicado. Debo admitir que iba a ser la primera vez que diría que amaba, independientemente de si era en primera o tercera persona. Organicé mis ideas—. Uno podría decir, por ejemplo, «Este hombre te ama como ningún hombre ha amado a una mujer». O, ¿qué tal, «Este hombre te ama como nunca ha amado a nadie»?

Eliana me observó por un momento. Había silencio entre nosotros. Pero entonces se sentó erguida y rompió el encanto.

—¡Nah! —exclamó—. Buen intento, pero no da el ancho. No es tan personal como debería.

Volvimos a acurrucarnos uno junto al otro.

Yo cerré los ojos. Estaba listo para quedarme dormido.

—¿Sabes? Tal vez no lo extrañan —dije—. Tal vez el amor sencillamente no existe donde no usan el pronombre de la primera persona del singular.

—Recuérdame nunca entrar a la Marina.

—Hecho.

—Mmm —dijo adormilada, pero todavía tratando de reflexionar —. Ese sería un lugar muy triste en verdad, ¿no crees? ¿Donde no usaran el «yo».

Volteé a verla y nuestras miradas se encontraron.

—Sí —dije—, sería muy triste. Ciertamente.

Sentí el palpitar de su corazón. Y el del mío. Golpeteaban con fuerza, en sincronía. También sabía lo que decían. Pero, ¿era posible? ¿Podría decirlo?

Nos besamos.

Luego nos quedamos dormidos. El movimiento constante del tren hacia el frente nos meció.

Pero entonces el conductor nos despertó. Estábamos en Rostock.

La península de Fischland-Darß fue una sorpresa. Yo solo la conocía desde el aire porque los swuttles a Copenhague y Oslo la sobrevolaban. En 2265 era una de las últimas áreas del norte de Europa que se habían vuelto a habitar, por lo que, en general, era como una enorme zona de construcción. Pero aquí, siete años antes del Invierno Negro, en agosto de 2011, era un lugar bullicioso que cada vez prosperaba más porque parecía un imán de turistas. Pintoresco y cómodo.

La casa de los Lorenz era la típica construcción con muros de entramado de madera y techo de paja que se podía encontrar en la región báltica de Alemania. Le perteneció a la abuela de Angelika Lorenz, y cuando esta murió, poco después de la reunificación de Alemania en 1989, Angelika y Gesine, su hermana, la heredaron.

Con el paso de los años, las dos familias la fueron renovando gradualmente, y ahora era un refugio vacacional compartido. Se había transformado en el tipo de casa que fotografiaban los turistas a su paso, debido a los marcos verdes y amarillos de las ventanas, el intrincado tallado de la puerta de entrada, la curvada banca de roble pintada de amarillo pálido y verde menta, y al encantador jardín con margaritas, cosmos, hortensias moradas y girasoles que me llegaban a los hombros. La parte trasera de la casa daba al Bodden Saaler: una laguna inmensa. Tenía terraza, césped, una cabañita para las bicicletas de la familia, un cobertizo amplio para herramientas, y muelle con un bote de remos.

La primera noche dormimos bien. Yo estaba cansado, no solo por la falta de sueño, sino porque el desfase temporal ya comenzaba a afectarme. Estábamos a 250 kilómetros de Berlín. Rouge me había advertido que debía tomar la medicina y lo hice porque, ¿quién iba a tener tiempo de estar cansado? Yo, ciertamente, no.

La familia Lorenz ya había planeado, minuto por minuto, los siguientes tres días de mi vida. Rudi Lorenz pidió las primeras actividades. El viernes por la tarde me llevó a elegir una bicicleta a la cabaña detrás de la casa. Las bicicletas de las dos familias formaban ya una colección. Encontramos una adecuada para mí pero cuando estábamos a punto de salir, al fondo de la cabañita vi un contenedor negro bastante sólido, fabricado con algún material sintético. ¿Dónde lo había visto antes? El corazón comenzó a palpitarme con fuerza.

—Excelente equipo —dijo Rudi cuando notó hacia dónde miraba yo—. Es un estuche de explorador. Se usa en expediciones y safaris. Nosotros lo usamos cuando vamos a navegar. En él guardamos cámaras, *laptops* y cualquier otro artefacto vital. Es a prueba de agua y arena, y se cierra al vacío. Es indestructible. Fue fabricado para durar toda la vida.

Mi corazón palpitaba con más fuerza cada vez porque mucho antes que yo, supo dónde había visto el estuche. Era el que habían sacado del Bodden con los diarios de Eliana. Lo había visto en una imagen que me envió el Doc-Doc.

Era un gran descubrimiento para mí, pero debí haberlo imaginado. Wustrow estaba donde se encontraron los diarios. Claro

que, enfrentar la realidad era un asunto completamente distinto. Estaba abatido.

Después de eso todo sucedió muy rápido. Así como un día siguió a otro, las revelaciones surgieron. Al principio de una forma bastante llana y sutil, pero después con una prisa que ya no pude ignorar.

Poco después de ver el estuche negro, Rudi y yo fuimos en bicicleta hacia el sur por el sombreado sendero de los Lorenz. Barnstorfer Weg colindaba a la derecha con el Bodden y a la izquierda con sembradíos de maíz y trigo. Por fin comprendí que estaba en la tierra donde fueron descubiertos los diarios Bodden. Me causaba emoción, pero al mismo tiempo era algo muy espeluznante.

Seguimos el camino hasta llegar a la punta de la península y luego pedaleamos hacia el norte por algunos minutos. Una vez más, el otro lado del Bodden estaba a nuestra derecha. Casi no hablamos. Llegamos a un punto de descanso donde había una banca de madera. Nos asomamos al Bodden, observamos los molinos de viento a lo lejos y nos asoleamos.

Estando sentado ahí, reflexionando sobre el día y la forma en que se había presentado, me embargó una sensación indescifrable. Era como si ya hubiera estado en ese lugar o como si ya hubiera visto aquello. Miré a la derecha. Aquellos árboles, los dos grupos de álamos, me parecían familiares. Detrás de mí, al oeste, vi la villa de Wustrow y el campanario de su iglesia. Entendí que ese bien podría ser el lugar donde encontraron el contenedor. Recordé una imagen tomada desde el agua, en el lugar del hallazgo, y creo que las ruinas de la iglesia se podían ver al fondo.

—¿Qué tan profundo es el Bodden allá? —le pregunté a Rudi.

—Nada profundo —contestó—. Tres metros a lo sumo.

—¿De verdad? ¿Eso es todo? —Me desilusioné. Recordé que Rouge me había dicho que el lugar donde encontraron el contenedor tenía casi seis metros de profundidad.

—Pero allá… —Rudi señaló hacia el este, al otro lado del Bodden— Bueno, algún día te lo enseñaré, en bote. Si no es este fin de semana será otro. Allá hay cinco metros de profundidad.

—Ah —dije, mientras seguía con la mirada hacia donde

señalaba Rudi con el brazo.

Entonces, sí, ¡tal vez sí era ahí!

—Además —continuó Rudi—, estas aguas siempre están cambiando. Quién sabe cómo lucirán en unos cien o doscientos años. Seguramente la laguna será más profunda en algunas secciones debido al calentamiento global. Sospecho que en unos doscientos cincuenta años esa parte de allá tendrá unos seis metros por lo menos.

Sentí que se me erizaba el vello de la nuca. ¿Me estaría tratando de decir algo?

—Pero quién sabe —continuó—. Tal vez toda la península se habrá perdido; habrá quedado cubierta por el agua. Fischland-Darß… ¡plof!

—Oh, no —dije—, eso no sucederá.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —preguntó al mismo tiempo que me despeinaba un poco con la mano.

—La intuición.

Me miró por un momento. Y yo a él. A sus ojos los iluminaba el sol, por lo que el azul de su iris se veía de un sorprendente color turquesa. No recuerdo haber visto ese tono de turquesa en otros ojos antes, ni siquiera en mi mundo, donde uno podía mandarse a hacer los ojos de cualquier color del arcoíris. Sus pestañas eran gruesas, casi femeninas, pero su rostro poseía un aspecto curtido, muy atractivo; su piel tenía arrugas profundas y un bronceado del sol del Báltico.

Se inclinó hacia mí.

—Eliana nos dijo que perdiste a tu familia hace algunos años. —Su voz sonaba uniforme, pero había cierta calidez en ella—. Deben haber sido tiempos difíciles.

—Lo fueron —le dije, conmovido por su repentina gentileza—. Todavía lo son.

—Finn, quiero que sepas que estás invitado cordialmente a rentarnos cuando gustes. —Me sonrió—. Es decir, si necesitas una familia.

Sentí un nudo en la garganta al escucharlo. Solo pude asentir.

En cuanto Rudi percibió mi emoción, se volteó a contemplar el Bodden.

Nos sentamos en silencio por un rato. Vi a las abejas volar de amapola a amapola, escuché a los álamos mecerse con la brisa y contemplé el paso de los *ferries* que cruzaban el Bodden.

—Este lugar es especial —le dije—. Puedo sentirlo.

—Pensé que te gustaría. Es uno de nuestros lugares favoritos también. A Madeline le gustaba nadar aquí y ver los molinos de viento. Y a Eliana le encantan las amapolas. Nunca sabes dónde florecerán. A Angelika, por otra parte, le agrada más el mar. También a Robert. Quiere que el próximo verano naveguemos a Inglaterra. ¿Y a ti? ¿Qué te gusta más?

—Ambos. Crecí en ambos. Me gustan igual. Crecí en Fire Island, y ahí hay bahía y mar abierto.

—Lo mejor de dos mundos, ¿eh?

—Sí —dije—. Absolutamente: lo mejor de dos mundos.

Eliana, Angelika y yo planeábamos pasar la tarde junto al mar. Robert se disculpó: «Tengo que entregar un trabajo pronto», dijo en el almuerzo. En el otoño empezaría su maestría en Biogenética, y sentía que esta era la última oportunidad que tendría de dedicarle tiempo a su proyecto consentido. Desde aquel tiempo en que enseñaba a niños pobres a trabajar con madera, el año de su servicio civil, la carpintería se convirtió en una de sus pasiones. Detrás de la casa, en el cobertizo de herramientas, estaba trabajando en una mesa para su departamento nuevo. Sería una sorpresa para Lisa, quien se reuniría con nosotros en el Báltico al día siguiente: la tarde del sábado. Nadie había visto la obra maestra, pero Robert dijo: «Esta noche la revelaré. Será un preestreno».

Ver tanta gente en la playa fue algo nuevo para mí: los hombres y las mujeres que yacían inmóviles sobre la arena rostizándose al sol, una toalla junto a la otra y el ínfimo espacio para caminar entre todo aquello. La escena me recordó los centros de exhibición de androides, en los que colocaban los distintos modelos de robots sobre repisas, hombro con hombro y bajo luces de iluminación intensa.

Angelika insistió en que me pusiera bloqueador.

—También es bueno para el acné de Mallorca —me explicó al tiempo que se lo aplicaba sobre la piel.

—¿Acné de Mallorca?

—¿En Estados Unidos no lo llaman así?

—No estoy seguro —dije.

—Es la alergia al sol. Produce comezón y hace que te salgan ampollas.

Me daban ganas de decirle a Angelika que mi piel, al igual que la de casi toda la gente de mi tiempo, incluso la de los Forester, ya había sido tratada para resistir el daño de los rayos ultravioleta. Pero, por supuesto, no podía hacerlo. Por eso solo apreté el tubo de la loción en forma de gel que ella me pasó y saqué una gotita. Luego fingí que me untaba enormes cantidades. Irónicamente, en cuanto lo apliqué me dio comezón.

Me gustaron bastante las tradicionales sillas de mimbre que había en la playa del mar Báltico. También los doseles a rayas, las mesitas plegables y los banquitos para descansar los pies. Me parecieron útiles, en especial para eludir el viento. Pensé que, más adelante, trataría de mandar a hacer algo similar para la casa de Fire Island.

Ciertamente había mucho con qué entretenerme en la playa, pero lo mejor de la tarde fue el joven con cabello largo y trenzado que se mezclaba con la multitud y luego salía de ella, arrastrando los pies como si estuviera a punto de desmayarse por el calor. Llevaba sandalias y pantalones bombachos estilo turco. Iba jalando un carrito. Su voz casi no se escuchaba, por lo que tuve que esforzarme para entender qué vendía. «Bolas de energía», alcanzó a murmurar cuando pasó. «¿Alguien quiere bolas orgánicas de energía?». Eliana, Angelika y yo nos reímos muchísimo.

Todo mundo estaba ansioso por ver la mesa de Robert. Después de la cena nos condujo por el jardín hasta el cobertizo de herramientas. En cuanto abrió la puerta, y antes de que encendiera la luz, lo primero que llamó mi atención fue el intenso olor a aserrín. Del cobertizo manaba un olor como de moho y humedad. Me recordó a Sternwood Forester y a los Forester; a mi padre y a Mannu. Siempre me pareció un aroma reconfortante, pero ahora, debido a la muerte de mi familia, se tornó en algo melancólico.

Robert encendió las luces. Y ahí estaba: la mesa. Seguramente gemí porque todo mundo volteó a verme.

—La luz —tartamudeé.

Pero no era la luz. Era la mesa. Estaba fabricada con madera de pino, pero fuera de eso, era una réplica exacta de la mesa de nogal que estaba en la parte superior de la casa de mi familia en Fire Island. El parecido era perturbador. Cuando Robert nos mostró el cajón oculto que salía de la parte inferior, mi asombro fue tanto que se me puso la carne de gallina.

—¿Este diseño es común en Alemania en esta época? —pregunté.

Todos se rieron.

—Finn —dijo Eliana, tratando de no reírse mientras hablaba—, tienes que ser muy cuidadoso con lo que dices o Robert podría ofenderse.

—Es un diseño original mío —dijo Robert con orgullo—. Pero no, no estoy ofendido.

Yo habría dado por hecho que la mesa era solo una coincidencia, de no haber sido por todo lo que sucedió el sábado y por la cadena de otras «coincidencias» que me condujeron, al fin, a entender la verdad sobre mi pasado.

El sábado fue un día nublado y fresco. Eliana iba a ir a Rostock en auto con su padre y Robert para recoger a Lisa. Como Eliana no quiso que yo fuera, imaginé que estaba confabulando con Rudi para comprarme un regalo de cumpleaños. Angelika y yo fuimos al norte, a Zingst, donde ella tenía un par de pendientes que atender.

Zingst era un concurrido centro turístico con cafés, restaurantes, búngalos vacacionales, tiendas y mucho bullicio. Angelika se encontró a una amiga de Berlín, y yo solo pude sonreír porque parecían gemelas: bronceadas, con gafas oscuras grandes, sandalias negras, vestidos negros de verano y delgados suéteres negros. Mientras ella platicaba con su amiga yo vi varias joyerías con una variedad amplia de ámbar del Báltico. Usualmente no me habría interesado en algo así, pero de pronto vi varios anillos en un aparador, y noté que uno de ellos se parecía mucho al que mi familia guardaba en la caja de ónix negro.

—¿Te gusta el ámbar? —preguntó Angelika cuando me alcanzó.

—Entre los objetos de mi familia hay un antiguo anillo de ámbar y la piedra luce exactamente igual a esa —le expliqué al tiempo que señalaba un anillo con el ámbar muy dorado y traslúcido—. Solo que el nuestro tiene una abeja adentro. Nuestra piedra está rodeada de otras más pequeñas como esas, pero no de ámbar de muchos colores, sino de piedras negras. Obsidiana.

—Qué interesante. Pero esa que estás viendo es de ámbar falso —dijo Angelika—. No es genuino.

—¿En serio?

—Sí. Ya he trabajado con ese material, es bastante fácil fabricarlo. Solo necesitas tintura, masa de silicón y resina, e incluso puedes incrustar algo, como un insecto muerto o lo que sea. Y se ve bastante real. Espera, déjame mostrarte. —Metió la mano a su bolso y sacó un pequeño estuche de plástico. Decía «Hotel Majestic». De él sacó una especie de cepillito—. Una diseñadora de vestuario siempre está preparada. Este es un cepillo para quitar pelusa, de los que regalan en los hoteles. —Angelika desplegó el cepillito, y de él sacó un poco de la pelusa acumulada que luego colocó sobre el mostrador—. El ámbar legítimo produce estática cuando lo frotas con lana, y por eso puede atraer pelusas. —Levantó otro anillo—. Ahora mira, esto sí es ámbar. —Frotó el anillo contra su suéter y lo colocó junto a la pelusa. El anillo la atrajo como si fuera un imán—. ¿Lo ves? —Luego tomó el que yo había visto y también lo talló. No sucedió nada.

—Es intrigante.

—Bueno, ahora ya sabes cómo probar la autenticidad de la herencia de tu familia.

—Lo haré, gracias.

Pero lo que realmente me puso a pensar no fue si el ámbar era genuino o no. Fue el diseño. A mí me parecía que ese anillo había sido fabricado en el mismo taller que el que tenía en casa. Por eso memoricé los rasgos.

Al acercarnos más a la playa, pasamos por una calle donde había una feria de arte y artesanías. Ahí Angelika compró algunas bolsitas de lavanda hechas a mano y un mantel. Estábamos a punto de ir al supermercado cuando de repente un puesto de objetos decorativos

captó mi atención. Vi tableros de ajedrez y candeleros; copas, ceniceros y luego, para mi asombro, descubrí un mostrador con cajas de ónix negro. Al acercarme noté que las tapas estaban decoradas con incrustaciones de motivos florales. ¡Una de ellas tenía un girasol! ¡Era la caja que conocía, en la que se guardaba el anillo y la pluma fuente! La recogí, la inspeccioné y abrí la tapa. Sí, era la misma. El girasol era amarillo y las cabezuelas interiores eran de ónix. El tallo era verde.

La coincidencia era sobrenatural. Una cosa era descubrir el contenedor y el lugar donde sería encontrado 250 años después, pero otra muy distinta era encontrar coincidencias respecto a la historia de mi propia familia: la mesa de Robert, el anillo de ámbar, y ahora la caja de ónix.

—Es adorable, ¿verdad? —dijo Angelika.

—Sí. —Traté de mantener la calma, aunque en realidad estaba muy agitado—. Tengo una en casa. —Me sorprendió mucho haberle contestado: estaba demasiado alterado por el descubrimiento.

—¿Ah, sí?

—Era de mis padres.

Angelika me miró.

—A Eliana le encantan los girasoles.

Asentí.

—Creo que se la voy a comprar —dijo—. Seguramente encontrará algo que guardar en ella.

—Sí —asentí—, estoy seguro de que así será.

Al regresar a la casa estuve solo por primera vez en varios días. Me recosté en la cama con la intención de reflexionar acerca del significado de la mesa, el anillo y la caja de ónix, pero de pronto Eliana ya estaba sentada junto a mí, despertándome con besos. Llevaba dos horas dormido.

—Ya llegó Lisa —dijo—. Y mi madre horneó un pastel.

—¿Y eso qué significa? —Me estiré un poco y acaricié su brazo con los dedos. Desde la tenue curva de su bronceado hombro hasta la delicada muñeca. La escuché tragar saliva y la miré. Estaba ruborizada y tenía los ojos cerrados. Yo me sentí excitado.

—Significa que, en cuanto acabemos aquí, tenemos que

reunirnos con los demás allá abajo.

La halé hasta que estuvo recostada en la cama.

No fue difícil entender por qué Robert estaba enamorado de Lisa. Hablaba con ironía, como su madre. E incluso se le parecía un poco: oscura, delgada y sofisticada. Lisa estudiaba medios y gestión cultural, y trabajaba medio tiempo como guía en el Museo Judío. Tenía una opinión respecto a todo: desde los turistas jubilados norteamericanos con tenis hasta los mejores lugares para asistir a conciertos de rock en Londres. A Robert, quien se parecía más a Rudi no solo en apariencia sino también en temperamento, le agradaba más recargarse en algún lugar, dejar a Lisa hablar y disfrutar del momento.

Angelika cortó más pastel de queso.

—¿Alguien quiere otra rebanada? ¿Finn?

Yo estaba satisfecho.

—No estoy acostumbrado a comer pastel de queso tres días seguidos. Está delicioso, pero creo que fue suficiente. Gracias. De verdad.

—Debo decirte —comentó Robert— que esta familia porta los genes del café y el pastel. —Entonces tomó otra rebanada.

—Oh, pues espero no haberlos heredado —dijo Eliana al mismo tiempo que hacía su plato a un lado.

—Bromeas, ¿no es cierto? —le dijo Angelika a Robert—. ¿O de verdad existe un gen que…?

—¡Mamá! —exclamó Robert, riéndose y sacudiendo la cabeza—. No seas tan crédula.

—Bueno, pues entonces no digas tonterías —respondió ella con un dejo de sarcasmo—. Yo pensé que te referías a un gen que te hacía desear comer cosas dulces o algo así.

Eliana volteó a ver a verme.

—Mi madre cree que es la única de esta familia que tiene permiso para hacer bromas.

—Perdóname —le dijo Robert a su madre— por haber pecado. —Luego dio una palmada para atraer la atención de todos—. Señoras y señores, tengo un anuncio importante que hacer. El gen del café y el pastel no ha sido identificado. Aún.

Nos reímos.

—Aunque se sorprenderían si supieran todo lo que sí se sabe acerca del genoma humano —continuó en un tono un poco más serio—. En un par de años todos caminaremos con un manual donde diga cómo fuimos fabricados, cuáles son nuestras debilidades y fortalezas, de cuáles enfermedades debemos cuidarnos, y qué medicina tomar para evitarlas. —Levantó su vaso y terminó de beber el agua—. Todos vamos a guardar en congeladores la saliva para poder clonarnos. Y antes de morir, les dejaremos nuestro dinero a nuestros clones.

—Ay, por Dios —dijo Angelika—. Nunca se me había ocurrido eso. Es un concepto fascinante. Dejarle tu dinero a tu propio clon.

—Imagínate —agregó Lisa—, si nunca tienes hijos, te puedes clonar y criarte a ti mismo. Vaya narcisismo…

—Es muy intrigante —dijo Angelika, y volteó a ver a Robert—. ¿Podrías congelar una muestra de mi saliva en el instituto de genética donde estudias?

—De hecho, sería mejor una célula de sangre.

Angelika miró a Rudi.

—¿Le quieres dar algo de sangre al muchacho?

—¡Seguro!

—¡Espera un segundo! —le dijo Eliana a su padre—. Pensé que yo y Robert íbamos a heredar tus miles de millones.

Rudi sacudió la cabeza.

—Ah-ah. Ya no. No serán para ustedes.

—Piensa en esto: si te clonaran —dijo Robert—, y, digamos que mamá te diera vida, ¡yo sería más viejo que mi padre, pero mi padre también sería mi hermano!

Todo mundo se rio, incluso yo. Era una idea absurda, por supuesto, aunque no descabellada. A pesar de las estrictas leyes sobre clonación que había en mi mundo, en casi todos los continentes se podía encontrar alguna provincia donde la legislación todavía tenía algunas lagunas. Había rumores ocasionales, y a veces incidentes comprobados de gente que se había clonado y criado a sí misma.

No obstante, nunca escuché sobre algún clon al que le hubieran heredado algo. Dada la alta tasa de enfermedades mentales severas

entre los memoclones, iba a pasar bastante tiempo antes de que algún donador se sintiera seguro al dejarle su fortuna a alguno de ellos. ¿Y por qué querría alguien dejarle sus ahorros a un basiclón si evidentemente eran una especie en extinción con serios problemas de autoestima? La cultura de Eliana se dirigía al Invierno Negro, pero el *Complejo Clon* era algo que, afortunadamente, ni ella ni sus nietos alcanzarían a conocer.

Todo mundo hablaba al mismo tiempo. Eliana golpeó la taza con su cucharita para captar la atención.

—A ver, tengo una pregunta. Digamos que congelan algunas de sus células y hacen arreglos para que los clonen al morir. El clon tendría su cuerpo y apariencia, pero no sería uno de ustedes, ¿verdad? El clon no tendría sus recuerdos. ¿No es cierto?

—Es verdad —contestó Robert—. Tomará algún tiempo solucionar la cuestión de la memoria, pero ya estamos trabajando en ello. Y sucederá.

—¿Pero esos lugares de almacenaje son indestructibles? —preguntó Lisa—. ¿Qué pasaría si hay una guerra nuclear?

—Mira lo que pasó en Japón —agregó Eliana—. Después del terremoto no hubo electricidad en Fukushima durante semanas. Eso podría suceder en un centro de almacenaje de genes, ¿no? Y entonces todas esas células congeladas, nuestro futuro, solo se derretirían y morirían.

Ninguno de ellos sabía que eso fue exactamente lo que sucedió en el Invierno Negro. O que sucedería, dependiendo del punto de vista.

—Pero puedes hacer un respaldo de tu ADN —dijo Robert, camino al refrigerador—. Puedes poner toda la información en un microchip y almacenarla en algún lugar seguro para la posteridad. En un microchip chiquititito. Del tamaño de una uva pasa. Incluso más pequeño. Como una lenteja. —Sacó una botella de agua mineral del refrigerador y se sirvió un poco—. Solo ponlo en un lugar protegido y asegúrate de que alguien sepa dónde está para que pueda volverte a la vida. Ahora lo único que tenemos que hacer es encontrar la manera de descargar y cargar recuerdos, y ya estaremos en el camino al futuro. Bienvenida, inmortalidad.

Las palabras de Robert resonaron en mis oídos como si llevaran

en ellas un mensaje importante que tenía que ser descifrado. Estaba a punto de reflexionarlo cuando Lisa dijo algo que me distrajo. Fue algo que, en un instante, destruyó casi todo lo que yo sabía sobre mi pasado.

Esto fue lo que sucedió:

Robert volvió a poner el agua en el refrigerador y estaba a punto de cerrar la puerta cuando Lisa levantó el recipiente de la crema.

—Espera un poco, Flo —dijo—, ¿puedes darme un poco más de crema?

Robert llenó el recipiente.

¿Flo? El nombre retumbó en mis oídos.

—¿Flo? —pregunté.

Robert puso los ojos en blanco y le entregó la crema a Lisa.

—Es mi segundo nombre. Florian. Robert Florian Lorenz.

—Es un nombre hermoso —dijo Angelika mientras se secaba los labios con una servilleta.

Lisa le dio a Robert un beso en la mejilla y me miró.

—Yo lo llamo Flo porque mi hermano también se llama Robert, ¿y quién quiere tener un novio con el mismo nombre que el de su hermano? Será Flo, y punto.

Yo casi no escuchaba. No tenía fuerza. Estaba utilizando toda mi energía para no desmayarme por la conmoción.

La mesa, la caja de ónix, el anillo, la navegación. Flo. Lorenz — Lawrence.

¿Sería posible que Robert Lorenz fuera Florian Lawrence?

Sí, pensé, era posible.

¿Y Lisa? ¿Podría su nombre completo ser Alisa?

Probablemente.

Al comienzo del Invierno Negro, Robert se iría de Alemania con la caja de ónix; navegaría por el mar con Alisa pero la perdería. Años después, en Estados Unidos, americanizaría su nombre: Florian Lawrence. Construiría la mesa de nogal, se casaría, se establecería y comenzaría una familia. Mi familia.

Robert Lorenz era mi ancestro.

22

EL REGALO

Domingo, agosto 7, 2011. Mi cumpleaños número veintisiete.

Estuve a punto de no levantarme. Era una combinación de desfase temporal y carga emocional excesiva. Sobre mí se cernían preguntas enormes, tan complejas que tan solo articularlas me robaba toda la energía.¡ ¿Cuál era en realidad mi misión en el siglo XXI? ¿El descubrimiento de los orígenes de mi familia tenía algo que ver con dicha misión? Tenía la impresión de que los pasos que había dado en la vida y los pasos que mis ancestros habían dado antes que yo eran una compleja coreografía en el tiempo que no sabíamos que estábamos bailando. ¿Adónde llevaría esa coreografía a la familia Lorenz? ¿Y a mí?

—¿Finn? —Eliana me sacudía para despertarme—. ¿Finn?

Abrí los ojos pero me tomó un momento enfocarla.

—Buenos días.

Los rayos del sol descendían en fragmentos sobre la cama y los puntitos de luz saltaban alrededor de nosotros al mismo ritmo que la brisa entraba ondulando por la ventana. Las hojas crujían afuera, en los árboles. Eliana se quitó el vestido y se acurrucó debajo de las

cobijas.

—¿Buenos días? Es casi hora de la comida. Y es el último día que estaremos aquí.

Entrecerré los ojos para ver el reloj. Eran las 10:43.

—¿Siempre comen tan temprano?

Se rio y me atrajo hacia ella. Su cuerpo estaba tibio. Nos besamos. Jamás me cansaría de besarla.

Levantó un poco la cabeza para respirar.

—Te acostaste antes de la medianoche, antes de que te pudiera desear «Feliz cumpleaños».

—¿En serio…?

Vi cómo la luz jugaba con su cabello. Dorados y despeinados mechones coronaban su cabeza.

—¿Finn?

—¿Sí?

—Te volviste a quedar dormido.

Abrí los ojos. Oh, tenía razón. Debí haber cabeceado.

—¿Ya es hora de la comida?

—Casi —dijo entre risitas—. Eres igual a mi padre.

La acaricié con la mandíbula y los labios.

—¿Por qué?

—Siempre se queda dormido aquí. Dice que es por la brisa marina. Y a pesar de que la brisa marina lo cansa, se niega a viajar a otro lugar. A veces vamos a otros sitios pero sin él. A Francia, Inglaterra, Italia, Estados Unidos, Albania.

—¿Albania?

—Solo quería ver si te habías quedado dormido otra vez.

Esa era la señal para mí.

—Ahora vuelvo. —Necesitaba echarme agua en la cara. Lo hice y me ayudó. También me tomé la pastilla para el desfase temporal. Entonces dejé de ver borroso y la sangre empezó a circular.

—¿Estás mejor? —me preguntó Eliana cuando volví.

—Definitivamente. —Y entonces se lo demostré.

Ahora sí era casi hora de la comida. Pero a pesar de lo mucho que me agradaba la familia Lorenz quería a Eliana para mí solo.

—¿Qué piensas de que Robert se haya cambiado el nombre a Florian? —le pregunté mientras bebía una taza de café que me llevó

a escondidas a la habitación.

—¿Quién dijo que se lo cambió?

—Bueno, es algo así.

Eliana se encogió de hombros.

—A mí me gustan los dos. —Se sentó derecha y luego se recargó en la cabecera—. Robert significa «El que tiene fama», lo cual era cierto cuando estábamos en la escuela. Y tal vez siga así si continúa siendo tan brillante. Y Florian significa «Flor».

—Lo cual no es.

—Pero de todas formas me gusta.

—Dime —me atreví a preguntarle—, ¿el nombre completo de Lisa es Alisa?

—Sip.

¡Entonces yo tenía razón!

—¿Y «Finn»? —preguntó ella—. Supongo que sabes lo que significa.

—Significa «justo» —le dije—. Y «rubio», que en realidad no me queda.

—Pero «Finn» también puede significar «buscador», que sí va bien contigo. Mi libro dice que se relaciona con el verbo «*find*», que es «encontrar» en inglés. Supongo que un buscador es una especie de explorador; alguien que está en busca de algo y luego lo encuentra. —Después de decir todo aquello, se estiró en la cama.

—Y «Eliana» significa luz.

—Eso ya lo sabía. También significa «radiante». —La besé—. Y «resplandeciente». —Volví a besarla—. E «hija del sol». —Un beso más.

—En serio te metiste a investigar esto, ¿verdad?

—Eliana. Helen. Clara. Ilona. Ellen. Claire. Ah… Brunhilde. Edeltraut. Gretel.

Le di un codazo en las costillas.

—¿Brunhilde, Edeltraut, Gretel?

—Solo estaba volviendo a verificar que no te hubieras quedado dormido. —Se rio—. ¿Y qué tal Helena? ¿Qué piensas de Helena?

Helena. Botas de cuero negro y tacón. Sentí que me rompían los huesos de nuevo. Ouch.

Con sus dedos, Eliana rozó con suavidad la barba en mis

mejillas.

—Mis padres estuvieron a punto de llamarme Helena.

—Bueno, ¡tendré que informarles lo increíblemente agradecido que estoy de que no lo hayan hecho! —Mucho más de lo que ella jamás podría imaginarse.

—Pero te voy a decir cuál es mi nombre favorito para «luz-radiante-esplendorosa-hija-del-sol» —exclamó—. Es decir, aparte de Eliana. —Se sentó y se contoneó para voltear a verme de frente. Empujó la cobija y se bajó de la cama. Se sentó y cruzó las piernas frente a ella, como en posición de loto.

Al verla ahí, así, desnuda, también me levanté.

—Vamos, dime.

—Lucia —contestó.

—¿Lucia?

—Sí.

Miró al horizonte y yo me pregunté si estaría pensando en la joven misteriosa que la visitó dos años antes. ¿Quién era esa Lucia?

Oh, ya podría pensar en ella después. Prefería acercarme a Eliana.

—Lucia es un nombre hermoso.

Nos besamos. Nuestros brazos y piernas se enredaron. Yo escuché a nuestros corazones latir velozmente, pero no pude distinguir cuál le pertenecía a cada quien.

—Si alguna vez llego a tener una hija —dijo—, creo que le pondré de nombre Lucia.

¿Una hija? Era una noción bastante descabellada.

—Lucia es perfecto —le dije.

Era casi como una promesa, una promesa que yo no podría cumplir.

¿O sí?

Una suave brisa entró por la ventana y giró alrededor de nuestros cuerpos. Las cortinas ondearon y produjeron dulces y agitados sonidos. Vi el pecho de Eliana elevarse y descender, elevarse y descender. Tomé su cabeza entre mis manos.

—Yo te amo.

Y ahí estaba, tan llano como eso. Lo dije.

Ella asintió.

Había más que decir, ¿pero ahora?, ¿cómo articularlo?

—Yo te amo… con toda… la inocencia con que un hombre ama a su primer amor.

Ella volvió a asentir.

—Con… toda la temeridad con que un héroe ama a su heroína… Con la humildad con que el girasol ama al sol. Con…

Eliana colocó su mano en mi boca.

—Ya lo dijiste —susurró—. Lo dijiste por completo. ¿Ahora, por favor, puedes abrir tu regalo de cumpleaños?

Se estiró hacia el otro lado de la cama y sacó un paquete. En él podía caber una sopera completa. Así de grande era. Yo habría preferido que Eliana no gastara dinero porque no podía volver con nada a casa. Ni siquiera un grano de arena. Y parecía envuelto con tanto cariño; con un papel anaranjado brillante que tenía impresos girasoles de vivos colores.

Eliana colocó el paquete frente a mí.

—Mi padre estaba conmigo cuando lo elegí, y dijo: «Sí, eso es». Por eso me decidí por él.

Miré la caja por todos lados, preguntándome cómo desenvolverla sin rasgar el papel.

—¿Cómo lo abro?

Ella se rio.

—¡Rasga el papel!

—¡Pero cómo! Se puede volver a usar, ¿no?

Ella puso los ojos en blanco.

—Entonces quítale la cinta adhesiva con cuidado —explicó al mismo tiempo que señalaba una banda de plástico.

Ah, entonces entendí cómo abrirlo.

Me alivió ver que adentro no había una sopera, sino otra caja más pequeña envuelta en un suave papel amarillo con un moño color magenta. Y dentro de esa había otra caja, tan delgada y larga como mi mano, envuelta en papel verde con un moño color turquesa. Al retirar el papel encontré una delgada y elegante caja negra de cartón. Levanté la tapa y adentro, sobre una superficie de terciopelo negro, había algo que yo ya conocía bien, algo en lo que posé mi mirada desde niño. Era la herencia de mi familia: la antigua pluma con las estrellas. Solo que aquí estaba nueva.

La densa y negra superficie no tenía ningún rasguño. Los accesorios brillaban. A lo largo de la banda de platino que la tapa tenía alrededor se leía la inscripción, aunque no de la misma manera en que yo siempre la había visto. Aquí todas las letras eran legibles, estaban completas y presentes.

Los Nordstrom siempre creímos que en la inscripción de la pluma decía: «Para Florian, con amor infinito, Alisa», porque las letras que faltaban las sustituimos con la historia de la familia, pero la frase original era:

Para Finn
con amor infinito
Eliana
Agosto 2011

La pastilla que me tomé para el desfase temporal tuvo el mismo efecto que un pedazo de pan echado a perder. Sentí como si hubiera saltado por lo menos cincuenta siglos en el tiempo, y como si hubiera aterrizado en un lugar vacío donde no había nada a qué aferrarme. Mis emociones estaban desbocadas.

Al principio me quedé profundamente asombrado. La pluma fuente me dejó estupefacto. ¿Cómo podía estar ahí, pero también en mi habitación del Rubik? La confusión le dio paso al entusiasmo. Por un momento sentí la emoción de descubrir todos los increíbles secretos que nuestro mundo guardaba, pero luego me inundó el terrible miedo de lo que ese descubrimiento podría significar. Miré a Eliana. Me sonreía. Y entonces me di cuenta de que nunca había imaginado que un ser humano pudiera sentirse tan feliz y no morir por lo mismo. Y ahí estaba yo, embriagado de alegría. Pero en cuanto lo noté, esa alegría se transformó en una profunda tristeza porque supe que la mujer a la que amaba estaba destinada a perecer, y no me atrevía a decírselo.

—Eres mi amor —dijo Eliana—. Eternamente.

—Ya lo dijiste —agregué—. Lo dijiste por completo.

23

AMORIVIRUS NORDSTROMI

El profesor Grossmann se inclinó y estrechó mi mano con tanta fuerza que su corbata de cordón se sacudió y *chocó y chocó* contra su pecho.

—¡Bienvenido a casa, señor Nordstrom! ¡Bienvenido! ¡Cómo se siente?

—Bien, gracias. Genial, de hecho. —Pero para ser honesto estaba un poco desorientado, como solía suceder cada vez que regresaba. Era parecido a despertar en medio de un sueño y recordar todos los detalles. Como confrontarse con un fragmento y luego con otro para tratar de encontrarle la lógica a todo el suceso. ¡Pero vaya sueño!

—¡Bien hecho! —El profesor sonrió y su corbata de cordón se detuvo al fin. Era una antigua imagen lenticular del siglo XXI, el cráneo de una vaca sobre la arena del desierto.

Me encogí de hombros: no entendía bien por qué me felicitaba. Su mirada surcó mi rostro.

—¡Vaya! ¿Pero qué sucedió? Se ve tan… contento.

¿Que qué sucedió? Sucedió el amor. Pero no podía decírselo; no lo hubiera entendido.

—Este viajero visitó a amigos que se han vuelto entrañables. En el norte, en la costa del Báltico.

—¿Y podría contarme los detalles?

De hecho no, quería decirle, pero solo volví a encoger los hombros.

—¿Tiene algo que ver con la jovencita del diario? —preguntó el profesor arteramente.

Me sonrojé. El calor se extendió de la corona de mi cabeza hasta las mejillas y luego hacia el cuello. Fingí un bostezo para ocultarlo.

—¿Qué hora es aquí? —pregunté e ignoré su pregunta. Si realmente era importante volvería a hacerla, y entonces ya vería yo cómo lidiar con ella.

—Aproximadamente unas dos horas después de que nos dejó para ir a 2011. Todavía es jueves, primero de junio de 2265. Es la 1:37 p.m., para ser exactos.

Viví una semana completa en dos horas. También maduré en esos días. Incluso ahora pensaba con mayor claridad o, mejor dicho, con más creatividad. De pronto tuve un pensamiento extraordinario.

—¿Y sería posible regresar *antes* de irnos al viaje?

Estaba pensando en mi pluma fuente. La había dejado con Eliana. Le expliqué que como estaría de viaje las siguientes cuatro semanas, la pluma estaría más segura en sus manos hasta que yo regresara, en septiembre. Si estaba en dos lugares a la vez, con Eliana en agosto de 2011 y en el Rubik en junio de 2265, ¿también yo podía estar en dos lugares a la vez? Me fui a 2011 dos horas antes, a las 11:30. ¿Qué tal si me hubieran regresado a las 9 a.m. en lugar de a la 1:37? ¿Me habría encontrado conmigo mismo mientras me preparaban para el viaje?

—Ese asunto involucra ciertos conocimientos de matemáticas que tal vez usted no tenga, señor Nordstrom. Para responder sin tecnicismos, y de una manera concisa, este profesor le dirá que no. No puede regresar antes de haberse ido. —El profesor me pasó un brazo por encima de los hombros—. Por desgracia no podemos entrar en detalles en este momento, así que lo mejor será poner esta conversación en nuestra «Lista de pendientes», ¿le parece? La prioridad ahora es que se aclimate; que le hagamos las pruebas y lo pasemos al laboratorio de memoria. —El profesor me miró como tratando de adivinar lo que pensaba—. Tiene mejor color. Qué

bueno. —Volteó a ver a Rouge—. ¿Cuándo se elaborará el reporte del señor Nordstrom, *mademoiselle* Moreau?

—Mañana por la tarde.

Volteó a verme de nuevo.

—Señor Nordstrom, el director de la Biblioteca de Europa, el Doctor Doctor Sriwanichpoom, le envía sus buenos deseos explícitos y espera verlo mañana en su oficina. En cuanto vuelva a encender su BC encontrará una solicitud oficial y la hora precisa.

El profesor tenía una reunión y no podía examinarme. Sus asistentes me llevaron de prisa al centro de análisis para realizar los exámenes de cajón. En esta ocasión me revisó la doctora Yuka Shihomi, asistente personal del doctor Grossmann. La había visto varias veces antes corriendo detrás del profesor por los pasillos, pegada a la pared como si le tuviera miedo a los espacios abiertos, o en silencio mientras le ayudaba a su jefe a revisarme. Esta era la primera vez que de ella escuchaba algo más que un acallado «Buenos días» o «Al profesor Grossmann le gustaría verlo», o «Dé vuelta a la izquierda, por favor». Yuka, muy platicadora, me llevó a la cabina del laboratorio de memoria y ahí los técnicos me prepararon para el escaneo. Mi mente divagó mientras ellos descargaban los recuerdos.

Rudolph Lorenz, el padre de Eliana, era un enigma. A veces parecía dar indicios de saber quién era yo, ¿pero cómo? Tal vez solo percibía que era diferente, o quizá yo me esforzaba demasiado por leer entre líneas. A pesar de todo, en nuestra última conversación se empeñó en hacerme pensar acerca de volver a Berlín. No solo en septiembre, sino de forma permanente. «Un joven como tú no debería tener ningún problema para encontrar trabajo aquí», dijo. «Yo te podría ayudar a establecerte. Además, ¿qué tienes que perder?»

Tenía mucho que perder: mi hogar en Fire Island, mi estilo de vida, mi empleo, mis amigos y posiblemente mi inmortalidad. Ganaría el amor que, quizá, es el mayor de todos los regalos, sin embargo, toda mi vida me dijeron que el amor era algo inseguro. ¿De verdad podría renunciar a todo para dar este salto de fe? En ese momento, la mera idea de hacerlo era absurda. Por eso le agradecí a Rudi y no tocamos más el tema.

Pero en el tren de vuelta a Berlín, mientras Eliana dormía con la cabeza apoyada en mi hombro, de repente me pregunté cómo sería la vida sin ella. Una parte de mí veía una casa asoleada y llena de bebés rollizos y carcajeantes que no serían adoctrinados para creer que el pragmatismo sedante es la única clave de una vida equilibrada. Pero otra parte de mí se preguntaba si en verdad seríamos felices. Mi mayor habilidad —leer alemán manuscrito— y mi campo de acción —la era previa al Invierno Negro— eran inútiles en la Alemania de entre milenios. ¿Encontraría un empleo? ¿O…?

—¿Hola? —dijo una voz.

Abrí los ojos. La puerta a la cabina de escaneo de recuerdos estaba abierta y Yuka Shihomi se asomaba desde ahí.

—¿Soñando despierto? —me preguntó.

¿Le habría mencionado Rouge que soñaba despierto? Le devolví la sonrisa.

—Sí, de hecho.

La doctora se sorprendió.

—¿Ah, sí?

Salí de la zona de escaneo.

—¿Le parece tan asombroso? ¿Qué tienen ustedes, los fiscuans, contra un poco de ensoñación?

Se ruborizó.

—Nada, absolutamente nada. Todo lo contrario. Esta doctora está intrigada.

—¿No es usted fiscuan?

—Sí, pero también especialista en medicina para viajes en el tiempo.

Los doctores, pensé, eran un poco más accesibles que los recalcitrantes fiscuans.

—Soñar despierto es bueno para el cuerpo. Los doctores deberían saberlo —le dije para molestarla un poco.

Ella se frotaba las manos con nerviosismo.

—¿Le gustaría hablar sobre el tema? ¿Tal vez durante la cena?

Yuka Shihomi y yo hablamos sobre nuestro trabajo en la cena, pero creo que no fui muy buena compañía. Estaba preocupado. En

mi mente daba vueltas el anillo de ámbar: ¿dónde podría encontrar pelusa para verificar su autenticidad? Sería difícil sacarla de mi propia ropa porque nuestras telas modernas rara vez contenían hebras finas que se separaran de la fibra principal. Pero tal vez alguno de los robots de servicio del Rubik entraba en contacto con pelusa en algún momento. Hice una nota mental para recordar que debía preguntárselo a JoeJoe, el intendente, pero en ese instante recordé que en el estuche de mi madre había una bolsita con pelusa que pertenecía a un kit para fabricar papel, y que también había un paño de lana ahí.

En cuanto volví a casa saqué la pelusa y la tela, y luego inspeccioné la caja de ónix. Ahora que tenía con qué compararla, me di cuenta de que la reliquia de mi familia necesitaba limpieza profunda. La haría yo mismo. La programación de Hildburg, el ama de llaves, rara vez fallaba, pero no quería dejar mi preciosa caja en manos de una máquina. ¿Qué tal si algo llegaba a pasarle? Ese suceso podría cambiar el curso de la historia y causar que la tierra se desviara y se convirtiera en otro universo de goma.

Abrí la caja y examiné la pluma. Sí, era la misma pluma pero le faltaba una estrella de platino y algunas de las letras de la inscripción. Por qué algunas letras de la inscripción faltaban y otras no era un misterio. Pero mucho me temía que era un misterio que jamás iba a resolver.

Y además estaba el asunto del anillo de ámbar. ¿Era real o no? Lo froté con la tela de lana y lo acerqué a la pelusa que ya había dejado sobre la mesa. No pasó nada. Repetí el proceso, pero el anillo no la atrajo. Llegué a la conclusión de que estaba fabricado con alguna sustancia sintética del siglo XXI. ¿Qué fue lo que orilló a Robert (también conocido como Florian) a traer el anillo hasta Estados Unidos en la caja de Eliana, junto con mi pluma? ¿Tendrían valor sentimental esos objetos? Observé a la abeja atrapada en el ámbar. Tal vez tampoco era real. Si no era un fósil, ¿entonces por qué estaba ahí? ¿Habría algo en su interior? La fecha en el anillo era 20.8.2018. Eso era diez días antes del ataque del virus que provocó el Invierno Negro. ¿Tendría alguna conexión con ese hecho?

Volví a poner la caja con la pluma y el anillo en el cajón. Abrí

mi neceser de artículos personales y saqué la ampolleta de Infinitissimo. Había llenado varias con el perfume de Eliana. Una estaba en el cajón de mi escritorio en el Iceberg, otra en el cajón de mi buró. Otra en Fire Island. Quité el tapón, cerré los ojos e inhalé la fragancia hasta que estuve mareado. Extrañaba a Eliana. Terriblemente. ¿Cuándo volvería a verla? Por lo que sabía, el siguiente viaje a Berlín, en septiembre 8 de 2011, podría ser a un año de distancia. Pero se lo preguntaría a Rouge al día siguiente, durante la elaboración de mi reporte.

Apliqué algunas gotas de Infinitissimo en mi funda, cerré la ampolleta muy bien, la coloqué debajo de la almohada y me dormí.

Rouge me despertó en la mañana con una taza de té.

—Yuka Shihomi llamó —me explicó—. No quería despertarte, pero dijo que anoche olvidó decirte que no deberías tomar bebidas energéticas ni té condimentado por un par de días. Hoy, particularmente. Dijo que era mejor el té rojo chino.

—Eso es nuevo —dije.

—¿El té?

Me puse de pie.

—No, que los doctores envíen consejos personales de salud. Buen intento, pero no: el té rojo sabe a porquería.

Rouge se rio.

—También huele a eso. Pero la doctora dijo que mantendría tu físico en excelentes condiciones después de un viaje tan largo.

—Qué dulce, pero los doctores… en serio que tienen la cabeza repleta de *bunk*.

—¿*Bunk*?

Repetí la palabra lentamente para que pudiera integrarla al diccionario de su BC.

—*Bunk*, término norteamericano. Significa patraña. Principios del siglo XX. Abreviatura de *bunkum*, que originalmente se derivaba de Buncombe County en Carolina del Norte. En 1820 un político mencionó a Buncombe en uno de sus discursos para agradar a sus electores y ganar votos.

—Es como *baloney*, ¿verdad? Hace tiempo le explicaste esa palabra a esta amiga.

—Correcto.

Rouge revisó su diccionario.

—¿*Baloney* y *bunk* se pueden buscar con referencia a *bullshit*?

Me reí.

—Por supuesto que sí.

—Eso se lo enseñaste a esta amiga hace dos años.

—Habrías sido un excelente personaje serio en los celuloides de comedia del siglo XX.

—¿Personaje serio? —preguntó.

Volví a reírme.

—Es el personaje que, en un dúo de comedia, dice los parlamentos que le dan la oportunidad a su pareja de hacer los chistes.

—¿Y tú hiciste un chiste?

Abrí la boca para responder, pero decidí no hacerlo.

—Bueno, gracias por la clase —dijo. Se levantó y se llevó el té. Frunció la nariz al olerlo—. Yolanda y Severin quieren desayunar contigo, ¿qué te parece?

—Bien.

—¿Prefieres un zing?

—Triple. Grande.

Me dio gusto volver a Greifswald. Pude haber usado una bicicleta para recorrer las pocas cuadras que había entre el swuttle y la Biblioteca de Europa, pero preferí caminar. Era una hermosa mañana de junio y estaba enamorado. ¿Qué podía ser más agradable que caminar por los céspedes solo conmigo y mis pensamientos?

Vi que más adelante el robovendedor ofrecía los primeros girasoles de la estación, y me detuve a comprar algunos. Cuando terminé la transacción volví a los prados y mientras admiraba los aterciopelados pétalos de oro de los girasoles, una bicicleta frenó con un zumbido a mi lado. Renko se quitó las gafas oscuras.

—¡Guau! ¿Dónde conseguiste el bronceado que traes en la cara?

—En Fire Island —le contesté mientras estrechábamos las manos—. Esa es la razón por la que se llama «Fuego»: *Fire*.

Renko se bajó de la bicicleta.

—Pero se suponía que estabas trabajando muchísimo al igual

que todos los demás lacayos como nosotros, no que te estabas bronceando. —Programó la bicicleta para que siguiera sin él hasta llegar al Iceberg, y le colocó un estuche de seguridad en la parte trasera. Le dio un golpecito en la parte de atrás, de la misma forma que habíamos visto a los vaqueros hacerlo con sus caballos en los celuloides del Oeste. «¡Arre!», dijo, y la bicicleta giró las ruedas y se fue. Renko me miró cuando comenzamos a caminar por los prados —. Visitamos a la familia extendida en Struckum. Oye, esta tarde viajaremos a Praga en swuttle para andar de antro en antro. ¿Quieres ir?

—¿Van tú y Gao?

Renko asintió. Y en ese momento se me ocurrió que si él y su novia pasaran menos tiempo trabajando y yendo de antro en antro, tal vez les quedaría más para pasarlo en la cama, e incrementarían sus probabilidades de embarazo.

—Qué pena —le dije—. Este amigo tiene un compromiso esta noche. Es una conferencia nocturna. —Para ser preciso, vería a Rouge y haría mi reporte con ella, pero no podía contarle eso a Renko. No podía decirle nada. Me estaba convirtiendo en un sofisticado fabricante de verdades a medias.

En el camino acerqué la nariz a los girasoles. Olían a tierra pero también tenían un acento dulce, como de miel con un poco de vainilla. Pensé en Eliana y en la última noche que pasamos juntos. Renko se rio.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué?

—Acabas de suspirar como niña.

—¿En serio?

—Y luces… distinto. Tan… animado. Algo sucedió.

—¡No sucedió nada! —Esa no era una media verdad. Era una mentira. Para evitar la famosa visión de rayos X de Renko miré el césped que llegaba hasta la biblioteca.

—¡Cuenta todo! ¿Qué pasa? —Me dio un empujón con el hombro. Era evidente que sospechaba algo.

—No es nada, Renko. De verdad. Nada de lo que podamos hablar. Es…

—¡Vamos! ¿Qué sucedió?

—¡El amor sucedió! —dije de golpe.

Y ahí estaba. Salió. De cierta forma era lo que deseaba. Necesitaba contárselo *a alguien*. ¿Por qué no a mi mejor amigo? Enamorarse no era ningún crimen… solo un comportamiento ultrapeculiar.

Renko se detuvo.

—¿El amor?

Me serené.

—Sí. Increíble pero cierto.

—¿Y quién es ella? ¿Alguien de Nueva York?

No podía contarle sobre Eliana.

—Lo sabrás cuando llegue el momento adecuado.

—¿Ella también te ama?

—Sí, es mutuo.

Abrió los ojos bien.

—¿Qué significa… eso? ¿Amor?

—Significa… —comencé a explicarle. Pero, ¿*qué* significaba en realidad?—. El amor significa… encontrar a una persona que llene tu corazón de gozo.

Renko seguía mirándome.

—¿Eso es todo?

—¡Es muchísimo!

—No. Es decir, ¿es esa la única forma de explicarlo?

Gesticulé con las manos por la desesperación de no encontrar las palabras adecuadas.

—Amor significa… que todo de ella llena tu corazón de gozo. Su voz, su risa, su sabor, su aroma, sus padrastros, su cabello despeinado por la estática. La forma en que taconea con las sandalias al caminar.

Renko estaba boquiabierto.

—¿La forma en que taconea con las sandalias al caminar?

Asentí.

—Es un sonido precioso.

—Okeeeeey —dijo lentamente, como si estuviera tratando de encontrarle la lógica al asunto. Se enderezó y empezó a caminar de nuevo—. Okey. Está bien. El zapateo.

Caminamos en silencio.

—¿Pero cómo *se siente*? —preguntó después de un rato—. ¿Se siente en el interior?

Lo pensé por un instante. Quería la respuesta correcta.

—El amor te hace sentir más grande que la vida.

Renko no estaba seguro de lo que le quería decir con eso. Y yo tampoco.

—Como si fueras invencible —agregué—. Como si pudieras vivir infinitamente. Eso es.

—¿Invencible? ¿Quieres decir como un androide? —preguntó.

Suspiré.

Fue extraño. Casi todo mundo notó el cambio en mí: Yolanda y Severin lo mencionaron aquella mañana en el desayuno. Luego Renko. La recepcionista de la entrada principal de la biblioteca me recibió con un «¡Se ve usted muy bien!», y los colegas de la cafestaff me palmearon en la espalda y me preguntaron si había sido ascendido de puesto. Incluso mi superior favorito, el Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom notó la diferencia.

—Señor Nordstrom —me dijo cuando nos reunimos—, ¿qué elixir ha estado bebiendo? A este hombre le gustaría probarlo. El siglo XXI le sienta bien. —Luego volteó a su gabinete de libros y lo abrió—. Su siguiente entrega.

No pude evitar que el corazón me palpitara con fuerza, pero deseé que lo hiciera con la mayor discreción posible. El Doc-Doc metió la mano al gabinete y sacó una libreta negra. Yo la había visto en el escritorio de Eliana pero pensé que era para sus clases. ¿En él revelaría sus pensamientos sobre la semana que pasamos juntos?

El doctor se sentó con cuidado para no arrugar su traje blanco de seda, y con sus largos y delgados dedos pasó las hojas como acariciándolas. Me daban ganas de pararme de un salto y arrebatarle de las manos el diario, pero por supuesto solo tragué saliva. Él me miró.

—Oh, lo siento. La lectura del alemán manuscrito no es sencilla. —Se inclinó hacia el frente y me sonrió con adulación, como siempre. Me recordó a una comadreja albina que alguna vez vi—. Aquí ella menciona… —volvió a mirar la página—, ¿bo-las de e-ner-gí-a? ¿Usted sabe lo que son?

Fingí que estaba pensando.

—Este historiador no está familiarizado con el término —contesté. ¿Sabría que le ocultaba información?

Agitó su dedo frente a mí.

—¿Está usted ocultando información?

¡Demonios! ¿Cuánto sabría? No se me había ocurrido que tal vez el Doc-Doc sí podía estar al tanto del contenido del diario y de mi papel en la vida de Eliana. ¿Lo habría leído alguien más antes que yo? ¿Tal vez el doctor Beyer en Stralsund, el arqueólogo que, según entendí, fue el primero en inspeccionar los diarios?

—Bueno, muy bien —dijo el Doc-Doc al mismo tiempo que dejaba la libreta sobre el escritorio y se ponía de pie—. Le enviaremos esto mañana. ¿Trabajará aquí o en Berlín? ¿O en Nueva York?

La pregunta me tomó desprevenido.

—Este traductor no lo ha pensado aún.

—Avísenos. —Me extendió la mano.

¿Eso era todo? ¿Por qué me pidió que fuera? ¿Para avisarme que ya estaba listo el diario?

—Sí —dijo—. Eso es todo. Este director solo deseaba verlo en persona después de su viaje.

Acostumbrado ya a que leyera mis pensamientos, solo asentí y di la vuelta para retirarme. Pero sabía que me llamaría de nuevo. Siempre lo hacía.

—Ah, y, ¿señor Nordstrom?

Volteé.

—La chica se esmera en su caligrafía —señaló—. ¿Es tan bonita como uno lo imaginaría?

—Es encantadora —contesté. *Y es mía*, pensé.

Seguramente me leyó el pensamiento. Con mucha claridad y a todo volumen, porque antes de que se diera la vuelta para que yo no lo viera, alcancé a ver tristeza en su rostro.

—¿Qué le hiciste a Yuka? —me preguntó Rouge en cuanto nos sentamos para elaborar el reporte—. No dejó de hablar de ti a la hora del almuerzo.

—¿Hacerle algo? ¿Como qué? Solo cenamos después de todos los exámenes y el escaneo de memoria. Fue bastante temprano.

Hablamos sobre el trabajo. ¿Por qué? ¿Qué te dijo?

—No mencionó absolutamente nada de la reunión. Eso es lo extraño. —Se rio, pero no era común en ella reír tanto—. Solo se la pasó hablando sobre…

—¿Sobre qué?

Rouge puso los ojos en blanco, lo cual también era poco común.

—¡Sobre ti! Sobre el color de tu cabello, de tus ojos. Habló de tus bíceps, de cuán encantador eres.

—¿Encantador?

—¡Sí! Imagínate. ¿Encantador? ¿Tú?

Me reí.

—Quieres molestar a este amigo.

—Qué astuto. Oh, sí. «Finn es tan astuto, tan profundo, taaan atractivo.» —Rouge imitó a Yuka. Fue extraño escuchar a una mujer con acento francés imitar el acento japonés: el ritmo llano, como el sonido de un metrónomo que acentúa cada sílaba.

—¿Usó la palabra «profundo»?

—Está obsesionada, como adolescente. —Rouge se sentó erguida —. Pero ya basta, es hora de trabajar. —Una vez más, estaba inmersa en el trabajo. Me miró con sus ojos afilados de depredador —. Bien, comienza por el principio.

Yo ya estaba acostumbrado a elaborar los reportes con Rouge. Era profesional e imparcial. Hacía preguntas y yo las respondía. ¿Qué comiste? ¿De qué hablaron? ¿Adónde fueron? Nada había cambiado. Con cada viaje, sin embargo, se fue haciendo más difícil contestar. Entre más intimidad tenía con Eliana, menos le quería revelar a Rouge. Ella casi siempre me trataba con consideración, pero esta vez, después de una hora, más o menos, de una conversación agradable, quiso entrar en más detalle. ¿Por qué Eliana quería usar métodos anticonceptivos? ¿De qué tipo? ¿Con qué frecuencia? ¿Y qué llevaba puesto durante el coi…?

—¿Para qué necesitas saber todo esto? —Crucé los brazos. ¿Me estaría protegiendo a mí? ¿A Eliana? ¿A ambos?

—Es parte de la tesis de doctorado. No te preocupes, Finn, tus aportaciones serán anónimas.

—¿Y qué hay del profesor? ¿Y del Doc-Doc? ¿Y ahora de Yuka?

—¿Qué llevaba puesto, Finn?

Tragué saliva.
—Nada.
—¿Y tú?
—Un cinturón de herramientas que brilla en la oscuridad.
Me da la impresión de que me creyó.

Rouge me confirmó que dos semanas después, el 19 de junio, habría una reunión de todos los colaboradores del Proyecto Tiempo donde se discutirían los detalles para el viaje final a la Berlín del siglo XXI. Se planeaba que el viaje durara 10 días y tuviera lugar en septiembre de 2011. Nos asignaron un espacio a finales de julio de 2265. Eso significaba que yo tendría unas 6 semanas antes de partir. 6 semanas para decodificar y traducir el diario más reciente de Eliana. Pero lo más importante era que también tendría 6 semanas para solucionar el caos en que se había convertido mi vida personal, y para encontrar una respuesta a la pregunta más relevante: ¿cómo me despediría de Eliana? Este último viaje necesitaría un cierre, una clausura. Tenía miedo. Más que de la despedida, de leer en el diario las consecuencias de la misma.

En cuanto me entregaron el diario revisé cuál era la última fecha. Me alivió descubrir que se trataba de septiembre 7 de 2011, el día *anterior* a mi llegada en el nuevo viaje. Me iba a ahorrar el dolor de saber lo que sucedió después de nuestro último adiós. Al menos por el momento. Pero, curiosamente, encontré páginas en blanco en la parte de atrás. ¿Por qué no habría seguido escribiendo? ¿Tendría algo que ver conmigo? ¿Había otro diario?

Debo admitir que me sentí tentado a saltar a la semana que pasamos juntos en agosto, pero al final mis escrúpulos me lo impidieron. Para ser franco, ya me sentía como un verdadero *voyeur* al leer con tanta atención el diario de Eliana, pero leer sobre sus pensamientos más íntimos respecto a mí rayaba en lo perverso. Guardé la réplica genuina y trabajé desde mi BC con imágenes digitales que había escaneado de las fechas entre el 23 de junio y el 1 de agosto de 2011. Esta última fecha era el día anterior a mi llegada y a nuestro subsecuente viaje al Báltico. Ese material me mantendría ocupado por el momento. También digitalicé las fechas entre agosto 2 y septiembre 7, pero cada vez que aparecía el

nombre «Finn» lo sustituía con Swen. También me deshice de 2 «Nordstrom» y convertí los archivos en documentos que pudiera leer mi amigo Raoul Aaronson con su anticuada computadora Forester. Se los envié y le pregunté si podría decodificarlos y traducirlos del alemán al inglés cuando tuviera tiempo. Le dije que yo tenía demasiado trabajo, y que le pagaría por su ayuda.

Trabajé con rapidez en el diario de Eliana. Las fechas tenían que ver con asuntos de la escuela, algunas citas ocasionales, coqueteos, películas, un concierto o dos. Mi nombre no se mencionaba ni una sola vez en esas páginas porque ella no me había visto en cuatro años. Por algún tiempo escribió acerca de su diseño para la competencia del albergue juvenil e incluso hizo algunos bocetos del Rubik visto desde distintos ángulos. Esto era, en realidad, prueba de su sello artístico y de la autoría de su diseño. Me pregunté si la publicación póstuma de dicho material le podría conseguir algo de fama. Hice mi propia investigación sobre el edificio en la *Enciclopedia Universa*, pero también le envié una solicitud a Renko porque él tenía fuentes secretas más allá del Cíclope, y podría encontrar más información acerca del complejo habitacional para pre-adultos.

Durante mi trabajo vi a poca gente. Fui a cenar un par de veces con Renko y Gao, pero estuvieron ocupados la mayor parte del tiempo. Yolanda y Severin, quienes llevaban algún tiempo siendo pareja, se la pasaban callejeando en la provincia alemana con dos nuevas bicicletas diseñadas por Severin. Rouge, por su parte, estaba inmersa en proyectos de fiscuans. Yuka me llamó varias veces pero me pareció mala idea darle alas.

El mes de junio en la provincia alemana fue fresco y húmedo, lo cual me facilitaba el trabajo. Sin embargo, una mañana en el Iceberg, mientras trabajaba en un reporte para el Doc-Doc sobre información detallada acerca del Rubik y de la participación de Eliana en su diseño, el sol logró por fin atravesar las nubes. Y como yo llevaba dos meses de trabajo continuo, me pareció que haría bien en tomar una tarde libre.

Llevaba varios días jugueteando con la idea de visitar FischlandDarßy el área donde alguna vez estuvo Wustrow. Tomé un planeador a Zingst junto con un grupo de arquitectos marinos y

estudiantes de ingeniería de la UE Greifswald y de repente me encontré de nuevo en la península.

Zingst ya no era un bullicioso centro turístico. Se había transformado, más o menos, en un *metropuerto* para los técnicos, ingenieros y constructores que estaban modernizando la península para convertirla en una comunidad minera. Encontré una bicicleta y me puse en camino.

Fischland-Darß cambió a lo largo de los siglos. El Invierno Negro y la falta de protección decente en la costa dejaron huella. Asimismo, el cambio en los niveles del agua, las tormentas, los vientos y el aumento de los desbordamientos provocaron que la zona se erosionara y formara nuevas colinas e islas. Actualmente Fischland estaba separada de Darß por el mar, pero se conectaba otra vez con un puente. Por lo que sabía, Wustrow seguía intacto, pero entre la bahía y el mar ya no quedaba nada de la próspera comunidad que alguna vez conocí. Me encontré un sendero no pavimentado que conducía al hogar de los Lorenz, y emocionado busqué la casa de entramado de madera con ventanas verdes y amarillas. Pero esta y todas las otras construcciones habían desaparecido. Era difícil saber si lo que las destruyó fue el tiempo, el Invierno Negro o el Triple G y sus planes de reubicación.

Me senté un rato donde me pareció que alguna vez estuvo el cobertizo en la parte trasera de la casa. Miré al Bodden y traté de recordar el aroma de aserrín del trabajo en madera de Robert; el sabor del pastel de queso de Angelika; el sonido de la ronca risa de Eliana. Pero no quedaba nada, absolutamente nada de la familia. La mera idea me asustó; su totalidad me hizo entristecer. Comprendí que lo finito de nuestra existencia, es decir, ese conocimiento que tenemos de que algún día moriremos, era la base sobre la que construimos nuestras vidas. Pero ahora estábamos en una encrucijada. Estábamos cortejando a la inmortalidad. Era posible que mi generación llegara a vivir por siempre pero, irónicamente, habíamos perdido el don de la vida. No creía que el mundo de Eliana fuera mejor pero estaba seguro de que ahí se podía vivir con mayor intensidad. Y yo deseaba volver a sentir eso.

Fue entonces, en ese preciso instante, que supe qué era lo que iba a hacer.

Desertaría.

Pero, ¿me dejarían quedarme después de haber escapado? ¿O me buscarían hasta encontrarme y luego me dejarían encerrado en un Sanitario de la Ciudad hasta que pudieran llevarme de vuelta a 2265? Solo de pensarlo me reí.

Me levanté.

Sí, lo voy a hacer, pensé.

Pero por desgracia, los grandes poderes me tenían preparado algo más.

La reunión en el Instituto Olga Zhukova, el 19 de junio, no había comenzado todavía, pero en cuanto presentaron a esa personita quisquillosa sentada en la esquina supe que todo estaba perdido. Era Ciucurescu, el administrador del IZO. El profesor Grossmann se dirigió a él.

—¿Ha tenido noticias del capitolio?

—Así es —contestó el señor Ciucurescu con una voz chillona—. La Palma confirmó que el Proyecto Tiempo fue cancelado. El Triple G ya no proveerá fondos.

¿Qué? Volteé a ver a Rouge, pero de repente ella parecía más interesada en su barniz de uñas que en la reunión. Giré a donde se encontraban el profesor Grossmann, el Doctor Doctor Sriwanichpoom y Yuka Shihomi, pero todos evadieron mi mirada. Era obvio que sabían mucho más que yo.

—¿Cancelado? —grité—. ¿Qué significa eso? ¿Cancelado hasta cuándo?

—Por desgracia —dijo el profesor Grossmann— hasta siempre. Significa que no podemos continuar con nuestro experimento. Justo cuando ya estábamos obteniendo resultados interesantes.

Hubo silencio absoluto en el salón. Yo sentí que me movían el piso.

—¡Pero es imposible! —continué gritando.

El profesor hizo una mueca de dolor y volteó a ver a Rouge.

—Como ya lo discutimos, esto no tendrá efectos negativos en su tesis, pero por desgracia… —entonces volteó hacia mí—, imposible o no, no habrá viaje final.

Sentí que iba a vomitar. Me contuve y me paré de un salto.

—¿No habrá viaje final? ¿De qué está hablando? ¡No puede hacer eso!

Yo *tenía* que volver. Eliana me esperaba. ¿Cómo podía no regresar? ¿Cómo desilusionarla? La heriría, la mataría. Y también a mí. La idea de no verla otra vez era insportable. Sentí que se me rasgaban las costuras del corazón.

—Escúchenos, señor Nordstrom —dijo el Doc-Doc con su típico tono quebradizo y nasal—. Entendemos que se sienta decepcionado…

—¿Decepcionado?

—… considerando los vínculos que desarrolló con ciertas personas durante su trabajo de campo. Pero como estamos más que satisfechos con su contribución al proyecto, nos dará mucho gusto compensarlo por todos los inconvenientes.

—¿Y a quién le importa ser compensado? ¡Tenemos que volver!

Doc-Doc ignoró mi exabrupto.

—No solo estamos planeando abrir una nueva exposición de la biblioteca en la que se exhibirán los diarios con el título «El amor en los tiempos del café *latte*». También decidimos ascenderlo a usted al nivel de Historiador Mayor. Como sabe, eso es un gran honor para un pre-adulto sin doctorado, sin pareja y sin…

—¡No puede estar hablando en serio! —volví a gritar—. ¡Se hicieron planes! ¡Hay asuntos que resolver! ¡Tiene que permitir que se lleve a cabo este último viaje!

Rouge volteó a ver al administrador del IOZ.

—¿De verdad no hay forma de que…?

—¡No la hay, *mademoiselle* Moreau! —exclamó el señor Ciucurescu al tiempo que se levantaba—. La decisión es final. —Volteó a ver al profesor Grossmann—. ¿Ya terminamos?

—Gracias —dijo el profesor—. Ya no se requiere su presencia por el momento. —Respiró hondo y se frotó la frente.

El hombrecito se dirigió a la puerta.

—¡No se vaya! —grité, y corrí hasta él. Lo tomé del brazo—. ¿No lo puede volver a pensar? ¡Por favor!

El administrador se replegó cuando lo toqué. Me miró aterrado y salió para protegerse de mí.

—Jovencito —dijo el Doctor Doctor Sriwanichpoom.

Volteé a verlo.

—«¿Se hicieron planes?» ¿De verdad cree que sus motivos personales son más importantes?

—¿Asuntos personales? Era una misión. Ustedes dijeron: «Obedezca a su corazón», y eso fue lo que sucedió. ¿Y ahora, de repente, dicen: «Ya no le haga caso»? ¿A qué están jugando?

El silencio inundó de nuevo el salón. Solo se escuchó algo cuando Doc-Doc se sirvió un vaso de agua: *blop, blop, blop, blop*. Bebió un sorbo.

—¿Qué va a responder? —continué reclamándole.

—Señor Nordstrom —dijo el Doc-Doc con un eructo—. Sabíamos que tenía la cabeza en las nubes, pero nunca pensamos que abandonaría sus nobles ideales para entregarse a un vil melodrama. En serio. Siéntese, por favor. Lo último que necesitamos son sus berrinches. Espantó al pobre señor Ciucurescu.

—¿Berrinches? —en ese momento estallé—. ¡Esto es ira! ¡Frustración!

—Precisamente. Somos gente práctica que resuelve problemas. No los creamos, y en especial, no lo hacemos con la cabeza caliente.

—Bueno, ¡pues ustedes crearon este maldito problema! —dije al mismo tiempo que me golpeaba el pecho, donde mi descontrolado corazón palpitaba con fuerza—. ¿Qué sucede? ¿A qué han estado jugando?

El profesor levantó la mano y miró al Doc-Doc.

—Un momento por favor, Rirkrit. Tal vez ha llegado la hora de ofrecerle una explicación al señor Nordstrom.

—¿Tal vez? —grité.

Debo admitir que debí ser más precavido porque, si había alguna esperanza de volver a ver a Eliana, tal vez esta se encontraba en el profesor Grossmann. Él poseía una autoridad de tipo paternal que todo mundo respetaba.

Por suerte, al profesor no pareció molestarle mi arrebato. Lo miré mientras él se aflojaba la corbata de cordón y se abría el cuello de la camisa.

—En pocas palabras —comenzó a explicar—, el Proyecto Tiempo fue una colaboración entre la Biblioteca de Europa y el Instituto Olga Zhukova para un concurso universitario en toda

Europa, patrocinado por el Triple G. El tema era: *En busca de la fertilidad*. El concurso se convocó para explorar formas en las que podríamos contrarrestar la caída en la tasa de fertilidad en el continente. Como usted ya sabe, señor Nordstrom, los científicos de todo el mundo han trabajado frenéticamente para refinar nuestras técnicas de clonación, la cual representa una de nuestras estrategias más promisorias para la reproducción de la raza humana. Se esperaba poder atacar el problema de la fertilidad desde distintos ángulos para encontrar un procedimiento de reproducción más natural y menos costoso. Por eso el Triple G presentó el concurso como incentivo. *Mademoiselle* Moreau, ¿podría usted explicarle su tesis principal?

Rouge continuó evadiendo mi mirada.

—Nuestra tesis principal —comenzó— es que, a pesar de que el amor entre padres e hijos en los primeros quince años de vida ha sido promovido en nuestra sociedad moderna hasta cierto punto, perdimos el amor entre mujer y hombre, es decir, el amor romántico, si gustas llamarlo así. Y se debe añadir que… según nuestras especulaciones, el amor incondicional y apasionado que alguna vez representó una gran fuerza en el pasado, tal vez facilita la fertilidad y la reproducción. Si pudiéramos traer el amor del pasado a través de un portador y con los viajes en el tiempo, por ejemplo, el portador podría infectar a los humanos de aquí con… algo que podríamos llamar el virus de amor. Este…

—No es una infección en el sentido médico típico —interpuso con ansiedad Yuka Shihomi—, pero esperábamos que ese virus pudiera propagarse con facilidad a través del contacto humano, y que provocara un ambiente que condujera a la reproducción.

—Gracias por tus comentarios, Yuka —dijo Rouge con una sonrisa congelada. Volteó a verme—. La implicación es que nuestro mundo y todos los sistemas físicos están interconectados o vinculados, y que se pueden afectar entre sí a ciertos niveles muy profundos de emoción. Dicho de otra manera, el cuerpo de una persona puede reaccionar de manera positiva al exponerse a las emociones fuertes de otra. Esta energía emocional, la pasión, en particular (la llamamos ondas de amor o *undulus amori*), interactúa con nuestros cuerpos y nos ayuda a facilitar la reproducción.

El profesor Grossmann sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó la frente.

—Gracias. Ahí está la explicación en pocas palabras. —Volteó a verme—. Aunque es la explicación para el lego, por supuesto.

Yo estaba en el piso por la impresión.

—¿Un virus de amor? Bromean, ¿verdad?

—Podrá usted decir muchas cosas acerca de nosotros —dijo el profesor—, pero nunca que bromeamos.

Si no hubiera estado tan molesto, me habría reído.

—¿El amor? ¿Una infección viral? Si acaso, es una cura.

—¡Oh, pero hay muchos virus benéficos! —gritó Yuka Shihomi.

El profesor estuvo de acuerdo.

—La doctora Shihomi sabe de lo que habla. Sin embargo, debemos añadir que nuestro virus de amor no es un virus verdadero a pesar de que se comporta como tal. Nuestro descubrimiento tiene que ver con física y las matemáticas de la implicación de los cuantos, como con la biología. —Le sonrió a Yuka Shihomi—. La doctora Shihomi compiló un reporte muy sencillo de entender en el que se detallan las investigaciones más recientes respecto a la fisiología del cuerpo y la manera en que los procesos químicos y los impulsos eléctricos se activan cuando uno se enamora, así como la forma en que estos interactúan con el cuerpo para crear un sistema propicio para la reproducción. Tal vez quiera estudiarlo un poco, señor Nordstrom. ¿Doctora Shihomi?

—Transmisión completa —dijo Yuka Shihomi, y me miró con sensualidad.

En mi cuadrícula cerebral apareció el parpadeo con sonido metálico que tan bien conocía.

—Trabajamos con un pequeño grupo de biólogos —explicó Yuka—. La Doctora Doctora Gwyneth Elwyn, esposa del Doctor Doctor Sriwanichpoom, está entre ellos.

—¡Excelente mujer! —agregó el profesor Grossmann mirando a Doc-Doc—. ¡Muy competente!

—Gracias —dijo el Doc-Doc—. Ella mencionó que ustedes han tenido el enorme placer de trabajar con… mucha cercanía, digamos. Continúe por favor, doctora Shihomi.

—Nuestro equipo —dijo al mismo tiempo que volteaba a verme

— le dio dos nombres distintos a esta nueva y extremadamente contagiosa infección. Su nombre vulgar será «virus de amor», pero el término latino oficial será *Amorivirus nordstromi*, que significa «el virus del amor de Nordstrom». Ese vi…

—¿Le pusieron a ese mal llamado bicho de amor el apellido de este hombre? —interrumpí, furioso—. ¿Cómo se atreven? ¿Quién les dio permiso?

Yuka parecía estar a punto de estallar en lágrimas.

—Pensamos que le agradaría —dijo Doc-Doc en tono de protesta —. Creímos que…

También a él lo interrumpí.

—¡Eso es absurdo! ¿De verdad se propusieron crear, con este ordinario hombre que está frente a ustedes, un…?

—¡Oh, pero usted no es ordinario! —interpuso Yuka—. Usted es un poeta, un artista. Sus instintos son fuertes. Y teníamos evidencia irrefutable de que poseía el don del amor, la energía adecuada para generar sentimientos profundos de afecto. Creímos que su amor podía poblar el mundo, que…

—Tranquila, Yuka —la interrumpió Rouge con una de sus miradas fulminantes.

Yuka palideció aún más.

—¿Evidencia irrefutable? —pregunté.

—Finn —exclamó Rouge—. Platiquemos más tarde, cuando ya te hayas calmado. Por favor. Hay mucho de qué hablar. Mucho que explicar.

—¿Por qué no ahora? —Volteé a ver al Doc-Doc—. ¿Quieren decir que con este ordinario historiador se propusieron crear una especie de dios de la fertilidad del siglo XXIII? ¿Qué evidencia tenían de que…?

—¿Dios de la fertilidad? —interpuso Doc-Doc—. No sea tonto, muchacho, esto no es vudú.

—Es una burla, ¡eso es lo que es! —grité.

—Finn —dijo Rouge—, ¡pero funcionó! ¡Volviste hace menos de tres semanas, y Severin y Yolanda ya esperan un bebé! Se enteraron el viernes. Pasaste tiempo con ellos. Los contagiaste.

—Y también a su amigo —dijo Doc-Doc—. Renko Hoogeveen y su futura pareja, Gee Dingdong-Johnny.

—¡Es Gao Dongsheng-Johnson! —lo corregí.

Renko y Gao… ¿embarazados?

—Y ya que estamos en esto —dijo el profesor—, podemos añadir a los Grossmann a la lista. La señora Grossmann está esperando un bebé. Nos avisaron ayer.

—¡Qué maravilla! —gritó Yuka.

—¡Creemos que no es una coincidencia! —me dijo Rouge—. Con el primero que hablaste al volver fue con el profesor Grossmann. En ese momento debiste haberle transmitido tu *undulus amori*. Fuiste muy contagioso. Y luego él contagió a su esposa.

—Entonces tal vez a todos ustedes les interesará saber —añadió Doc-Doc— que la señora Sriwanichpoom también está esperando un bebé.

—¡Bien hecho! —lo felicitó el profesor.

—¡Mira! —me dijo Rouge, muy satisfecha—. Al director lo fuiste a ver al día siguiente de tu regreso.

—Por desgracia —dijo el Doc-Doc con un dejo de amargura—, el bebé que ella espera no es de su esposo. —Volteó a ver a Finn—. Su virus de amor no infectó el sistema de este hombre en nuestra reunión.

—Eso no me sorprende —dije con una dosis bastante fuerte de desprecio por mi superior.

Doc-Doc volteó a ver al profesor Grossmann con odio.

—Pero parece que *su sistema*, profesor, sí pudo contagiar *al de ella*.

—Ups —dijo el profesor, bastante avergonzado—. Fue un accidente, Rirkrit. No fue nada personal. Es que trabajamos hasta tarde una noche.

Por un momento, mientras estuvo discretamente furioso en aquel rincón, el Doc-Doc hasta llegó a parecer humano. Sí. Incluso daba pena. Pero no duró mucho.

—Cualquier cosa que beneficie el proyecto —dijo— será bien recibida por el Director de la Biblioteca de Europa.

—¡Ustedes están dementes! —grité—. ¡Esto es como un Hogar de Clones! Pero bueno, digamos que *sí* es verdad. Lo que este historiador no entiende es: si el proyecto ha tenido tanto éxito, ¿por qué lo cancelaron?

—¡Ah! —exclamó el profesor, agradecido por el cambio de tema —. ¡Excelente pregunta, señor Nordstrom! Tal vez la doctora Shihomi sea la más calificada para responderle.

—Ciertamente —dijo ella, y miró a Rouge con un desprecio apenas perceptible. Me pasó por la cabeza que tal vez estaban compitiendo. Yuka sonrió—. Aunque no se ha publicado oficialmente, se filtró la noticia de que ciertos experimentos llevados a cabo en el subcontinente con trasplantes temporales de útero ya fueron aprobados para realizarse en hombres. La configuración del complejo equilibrio de control hormonal entre una madre y su hijo, o en este caso entre el padre y su hijo, se realizó con éxito. Y por asombroso que parezca, se logró que el feto se desarrollara completamente en varones sin efectos no deseables, ni hormonales ni de otro tipo, por parte del portador. Es un gran logro y significa que ahora tenemos dobles probabilidades de incrementar la población.

El profesor Grossmann aclaró la garganta.

—Quienes trabajamos en el Instituto Olga Zhukova creemos que la concepción natural en el vientre biológico de la madre produce bebés más saludables, pero el Triple G consideró que debería asignar sus fondos al *Proyecto Doble M*.

—¿Doble M? —pregunté.

—Proyecto MM o Madre Macho. —Me miró—. En pocas palabras, esta es la razón por la que nos retiraron los fondos. Debemos admitir que es comprensible. Los viajes en el tiempo son costosos, complejos, y además quitan tiempo. —El profesor guiñó un ojo—. Ja, no quise jugar con las palabras.

Tal vez se trataba de un gran logro científico, pero para mí seguía siendo un fuerte golpe en el trasero. Y sí, sí quise jugar con las palabras. ¿Qué iba a hacer? Mi desesperación era inmensa y todavía no entendía por qué me eligieron.

—No me han dicho dónde están las pruebas fehacientes de que este hombre podía portar su mal llamado virus de amor.

El profesor Grossmann se levantó y sonrió con dulzura.

—Señor Nordstrom, nuestra colega, Rouge Moreau, ya se ofreció amablemente a brindarle más detalles esta tarde. Lamentamos los recortes. Haremos cualquier cosa que esté en nuestras manos para

ayudar a paliar su desilusión. Confíe en nosotros. —El profesor miró alrededor, y dijo—: ¿Podemos dar por concluida la reunión?

Las probabilidades de obtener algo más de ellos eran casi nulas. Volteé a ver a Rouge.

—¿Nos vemos en la tarde?

Asintió.

Giré hacia la puerta.

—Espere —dijo Doc-Doc—. No se puede ir nada más así.

Volteé a verlo.

—¿Por qué no?

—Como es nuestro portador principal de *Undulus amori* —explicó el profesor—, nos gustaría saber a dónde va. El aspecto de los viajes temporales fue cercenado del proyecto, pero el proyecto mismo, subsiste.

—Así es —agregó el Doc-Doc—. Planeamos continuar nuestra investigación con usted.

¿En verdad creían que seguiría trabajando con ellos? ¿Después de que me arrebataron la felicidad?

—¡Alégrese, muchacho! —dijo Doc-Doc—. ¡Vive usted en el mejor mundo posible! Solo piénselo: ahora puede volver a enamorarse.

—¡Qué idea tan absurda! —grité—. ¡Eso demuestra lo poquísimo que sabe usted del amor!

—Ay, señor Nordstrom —dijo—. Tiene la cabeza llena de patrañas.

—Y la suya, Doc-Doc, ¡está llena de *bullshit*! —di la vuelta y me alejé.

—¿Doc-Doc? —lo escuché preguntar, indignado—. ¿Al Director de la Biblioteca de Europa lo llamó usted «Doc-Doc»?

—*Bullshit*? —preguntó el profesor Grossmann.

Abrí la puerta.

—Es otra forma de decir «mierda» —dijo Rouge—. Término norteamericano de principios del siglo XX, que quiere dec…

Salí y di un portazo.

24

UNA ESTRELLA QUE CAE EN LA RED PARA MARIPOSAS

Lo único que impedía que me desmoronara era mi propia ira. Me aferré a la furia hasta con el último nanogramo de fuerza que tenía. Recorrí todo el camino a Greifswald, y luego treinta y cinco kilómetros más al noroeste, a Stralsund.

Visitar a un académico para hablar con él de un proyecto confidencial —particularmente si no se le avisa a la autoridad superior inmediata— representa una violación al protocolo. Pero en ese momento pensé que el protocolo merecía que lo violaran, y en serio. Además me daba la impresión de que la Biblioteca de Europa ya no requería de mis servicios. Tanto ella como el IOZ trabajaron en conjunto para engañarme desde el primer momento en que me involucré en el proyecto. Ahora necesitaba una respuesta honesta respecto al misterio de los diarios porque sospechaba que estos eran las «pruebas irrefutables» a las que se refería Yuka Shihomi.

Tuve suerte. El Doctor Cornelius Beyer estaba trabajando en una excavación en la isla de Rügen, al otro lado del puente de Stralsund. Mientras sus estudiantes mataban el tiempo detrás de nosotros, en las ruinas de una casa y su cochera con artefactos que databan de entre 1935 y 1989, nosotros nos sentamos a una pequeña mesa de madera para beber té condimentado helado. El Doctor Beyer se veía

más bajito de lo que lo recordaba. Y un poco mayor de edad —ya casi tenía noventa años. Pero seguía tan agudo como siempre y tenía la memoria de un Elfnt-100gz.

—Sí —me explicó el arqueólogo—, encontramos los diarios en el fondo del Bodden de Saaler. Estaban en un contenedor negro sellado. El contenedor y el mango fueron fabricados con una resina plástica gruesa, sellada a su vez con neopreno. Estaba debajo de una pila de escombros que resultaron ser las partes de un pequeño avión de guerra: un BabySpinoFighter SL-0815, de quinta generación. Es probable que el Spino haya caído en 2056, durante los ataques de la Alianza Escandinava sobre la región báltica de Alemania. Sin embargo… —el arqueólogo cerró los ojos para tratar de recordar—: sí, calculamos que el contenedor estuvo sumergido en la bahía desde algún momento de 2018. El cálculo fue resultado del análisis que hicimos de las capas de sedimento que se encontraron sobre el contenedor mismo. Además, era obvio que fue colocado en ese lugar a propósito.

—¿A propósito?

—Sí. Lo hundieron con bloques muy pesados de acero inoxidable. Cada bloque pesaba unos cinco kilos. Fueron soldados a la tapa del contenedor. Había cuatro bloques en cada esquina, y luego todo estaba acomodado en un interior de hule espuma. Los diarios sobrevivieron gracias a eso. —Me miró—. Un trabajo bastante desafiante su lectura, ¿verdad?

—Sí, bastante. Pero al parecer el desafío no fue tan grande como la construcción del contenedor —dije sonriendo.

El arqueólogo asintió.

—Sí. Se ve que lo pensaron mucho. ¿Valieron la pena los diarios? ¿Tanto trabajo para preservarlos?

—Absolutamente. —Más de lo que él jamás podría entender.

—¿Y ella sobrevivió al Invierno Negro?

—No lo sabemos. —Aún.

—¿Encontró su nombre?

—Sí, Eliana. Eliana Lorenz. —La voz se me quebró cuando mencioné el nombre.

El arqueólogo me observó por un rato, como si acabara de desenterrar un hallazgo particularmente intrigante.

Sentí que me sonrojaba. Aclaré la garganta.

—Estudió Arquitectura —dije, y bebí un sorbo de té.

—Todos esos corazones y caritas sonrientes —dijo Cornelius Beyer, para ignorar mi emoción—. Todas esas tonterías. ¿Quién creería que se convertiría en arquitecta? Entonces, ¿a usted le dieron la misión de decodificar y traducir? Buena elección. Siempre fue un muchacho inteligente. Aún lo es. Espero.

Me encogí de hombros.

—¿Y también sigue siendo modesto?

Volví a encoger los hombros.

El arqueólogo levantó y juntó los dedos frente a sí; me miró como si esperara que yo continuara con las preguntas.

—¿Recuerda usted cuántos diarios eran? —le pregunté.

—Ocho.

Entonces, efectivamente, el diario en el que ahora estaba trabajando era el último de Eliana. Tal vez era la única evidencia que quedaba de su existencia.

—Comenzaron en su cumpleaños número trece —dijo el arqueólogo—. Y terminaron en septiembre de 2011. ¿Ese estúpido de Sriwanichpoom le está entregando los diarios uno por uno? ¿Por eso me pregunta?

—Bueno…

—Qué necio es, siempre apegado a las reglas —interpuso—. Brillante pero de un conservadurismo sofocante. Hay proyectos que exigen ser más flexibles con las reglas. ¿Le está dando problemas ese hombre? ¿Quiere que este arqueólogo hable con él?

—No, no, por supuesto que no. De todas maneras ya casi terminamos la traducción. Es solo que este historiador se preguntaba si habría más material en camino.

—¿Entonces eso es todo? —preguntó, listo para volver a trabajar, y se puso de pie.

Yo también me levanté.

—Una última pregunta, señor. ¿Usted leyó los diarios alguna vez? —le pregunté de la manera más llana posible.

—No. Este arqueólogo los revisó superficialmente. Leyó algunos fragmentos aquí y allá, y vio que una persona especializada en el cambio de milenios sería más adecuada para traducirlos. Por eso

este arqueólogo se los pasó a Greifswald.

Le creí. No había razón para no hacerlo. ¿Y ahora qué?

El Doctor Beyer me acompañó hasta el sendero que llevaba al camino principal.

—Pero, ¿por qué les tomó tanto tiempo encontrar a alguien que los tradujera? —me preguntó—. ¿Por qué el retraso?

—¿Retraso?

—Los diarios los encontramos hace seis años.

—¿Hace seis años? —El estómago me dio una tremenda voltereta. Si el Doctor Beyer no se hubiera acercado a mí para sostenerme, habría caído en la excavación y habría aterrizado junto al armazón de aquel auto Trabi que acababan de encontrar.

—Sí —dijo el arqueólogo—. Descubrimos los diarios en el verano de 2259. El 17 de agosto. ¿Cuándo empezó usted a traducirlos?

¡Cinco años! La Biblioteca de Europa tuvo los diarios de Eliana en sus manos por cinco años antes de pedirme que me encargara del proyecto. Seguramente alguien decodificó y tradujo el contenido en ese tiempo. ¿Pero quién? ¿Y quién leyó la traducción? Definitivamente el Doc-Doc. ¿Quizá el profesor Grossmann? Incluso Rouge. ¿Y por qué me lo ocultaron? Entre más lo pensaba, más claro se volvía todo: siempre fui parte del plan. Tal vez, incluso, la Biblioteca de Europa me contrató cuatro años antes con un objetivo en mente. ¿Pero *cuál*? ¿De verdad todo fue para que trajera de vuelta el mal llamado virus del amor conmigo? ¿O había algo *más* allá? La última opción me parecía más viable. El cuento del virus del amor era un poco endeble. Tal vez sí era subproducto de la misión, pero algo me hizo pensar que todavía había más en riesgo. ¿Qué?

Estas eran algunas de las preguntas que estaba tratando de contestar en el swuttle camino a Berlín, cuando de pronto apareció un parpadeo en mi cuadrícula cerebral. Eran Renko y Gao. Me había olvidado de ellos por completo. Entré al modo de cámara silenciosa.

—¡Hola, hola, hola! —dijeron Renko y Gao.

Lucían impresionantemente felices.

—¡Finnkins! Te tenemos noticias —dijo Gao.

—¡Estamos esperando un bebé! —rugió Renko—.

¡Es un niño! Los felicité sin decirles, por supuesto, que ya lo sabía. Gao me envió un beso.

—Debemos irnos, Finnkins. No queremos hacer esperar al ginecólogo. ¡Celebremos mañana!

—Ya es una cita —dije.

—¿Y adivina qué? —dijo Renko cuando se fue Gao—. ¡Estamos enamorados! —Me guiñó el ojo—. «Increíble pero cierto», para citar a un buen amigo.

—¡Enamorados! —Eso sí que era asombroso. Tal vez el tal virus *sí* tenía algo de eficacia.

—Este amigo… Este amigo no pudo dejar de pensar lo que le dijiste acerca de enamorarse. Además… mientras más lo pensó, más claro se hizo que Gao era la Elegida. Y cuando… cuando este hombre tuvo esa idea en su cabeza, en realidad le fue muy fácil entrar en el ambiente del amor y sentirlo de verdad.

—¿Y entonces? ¿Cómo se siente el amor? ¿Se siente en el interior? —le pregunté para molestarlo un poco—. Para citar a un buen amigo…

Renko cerró los ojos. Era obvio que se estaba concentrando. Y entonces, con gran ternura, dijo:

—Imaginar la vida sin ella es imaginar una vida no vivida.

Casi me hizo llorar.

—Bien dicho, Renko, bien dicho. «Imaginar la vida sin ella es imaginar una vida no vivida.»

Renko sonrió e iluminó la pantalla.

—Gracias, amigo. Pero, ¡vaya! No es una frase de este amigo. Es de algún libro. O tal vez de un celuloide. No recuerdo bien. —Renko inclinó la cabeza de esa extraña forma en que siempre lo hacía para revisar su BC. Luego se encogió de hombros—. No lo encuentro. ¿Pero y a ti? ¿Te suena conocida?

—Este amigo no podría decir que la recuerda —dije. Pero sabía que el sentimiento estaba fuertemente incrustado en mi corazón.

—Si te hubiéramos dicho que «obedecer a tu corazón» significaba «enamorarte», ¿qué habrías hecho? —me preguntó Rouge. Pero no contesté. Estaba que echaba humo—. Habrías dicho

«no, gracias».

Atravesamos el Jardín Inglés, camino a no sabía yo dónde. Primero nos reunimos en el Rubik, pero me sentí demasiado encerrado. Necesitaba aire, movimiento, espacio.

Era una tarde templada, un tímido día del solsticio de verano. Aunque ya casi eran las 10 p.m., todavía había luz en el cielo. La luz bañaba las nubes de rosa y por un momento me recordó el algodón de azúcar que Mannu y yo compartimos una vez en un carnaval de los Forester. Sin embargo, el recuerdo se desvaneció con la misma velocidad con que el rosado dulce se derretía en nuestras bocas.

—Además —continuó Rouge—, estábamos conscientes de que el amor era un fenómeno demasiado frágil. Cualquier cosa que hubiéramos dicho te habría incomodado. Y entonces nuestros planes se habrían desmoronado. Había demasiado en riesgo.

—¿Como qué? ¿Tu tesis? —Fue un comentario espantoso pero Rouge se lo merecía, y estaba consciente de ello. Poco antes me acababa de confesar que sabía lo que decían los diarios, ¡que lo supo incluso antes que yo! ¡Me engañó deliberadamente! ¡Todos lo hicieron!

—Finn, creímos que la supervivencia de Europa dependía del éxito de este proyecto.

—Finn Nordstrom, ¿el salvador de Europa? ¡Eso es ridículo! Más adelante, rodeados de un mar de florecientes azucenas, vi la glorieta cubierta del museo: era un domo de hierro forjado del siglo XX al que todo mundo llamaba la Jaula de Marfil. No había nadie sentado ahí. Subí de dos en dos los escalones y me dejé caer en la banca.

Rouge se sentó a mi lado.

Sacudí la cabeza.

—¡Nada de esto tiene lógica! Si leyeron los diarios, todo mundo sabía que Eliana había conocido a alguien llamado Finn Nordstrom y que se enamoró de él. Ya tenían las «pruebas irrefutables». Sabían lo que iba a pasar. ¿Por qué preocuparse de que «el plan se desmoronara»?

—El multiuniverso es muy sensible. Todavía no entendemos todo al respecto. Nos preocupaba que no te enamoraras y que pudiéramos separarnos y convertirnos en una Tierra divergente.

Además, en ninguna parte del diario de Eliana decía: «Hoy Finn me dijo que me ama».

—¿Y quién les tradujo los diarios?

Rouge se encogió de hombros.

—Esta fiscuan no tiene idea. Pero incluso si Eliana hubiera escrito que le dijiste que la amabas, ¿cómo saber si de verdad estaba leyendo la situación de la manera correcta? Teníamos que observarte.

—«Teníamos que observarte» —dije imitándola—. Espécimen de laboratorio A: «Hombre enamorado». —Me levanté y empecé a dar vueltas—. Además, casi tuvieron un Espécimen de laboratorio B: «Hombre *muerto* enamorado». ¿Por qué demonios nos enviaron a 2009 si era muy claro, por el diario, que nunca llegamos ahí siquiera?

—El profesor pensó que podríamos aterrizar en una increíble y maravillosa Berlín alternativa, y tenía muchos deseos de conseguir un reporte. Es muy ambicioso a pesar de que no se le nota. Además sabíamos que sobrevivirías porque Eliana escribió acerca de tu visita en agosto de 2011.

—El visitante en 2011 pudo ser el clon de Finn Nordstrom. Un memoclón —le dije en tono desafiante.

Rouge puso cara de exasperación.

—Ya es bastante difícil hacer que un ser humano normal se enamore. ¿Para qué meteríamos a un memoclón en el asunto? ¿Podrías dejar de dar vueltas, por favor?

Me sorprendió mucho su petición, por lo que me detuve en ese instante.

—Además —agregó—, jamás haríamos un memoclón tuyo. —Me sostuvo la mirada por un rato y luego sonrió como un gesto irónico —. Al menos no hasta que hayamos solucionado todos los problemas. Y si eso llega a suceder algún día, nos vendría muy bien un ejército de Finn Nordstroms.

La vi ruborizarse y no pude recordar que eso hubiera sucedido antes. Nunca. ¿Estaría jugando con mi buena voluntad? Pensé que sí. Empecé a dar vueltas otra vez. La fragancia de las azucenas me envolvía.

Rouge suspiró.

—Escucha bien: pensaron que aterrizaríamos en una Tierra mejor, pero no fue así. Resultó ser un gran error. Una falla enorme. Con cada viaje aprendemos algo nuevo.

—Y este viajero tiene que cambiar de costillas con cada viaje. Aunque, claro, ya no viajará mucho más.

Llevaba toda la tarde y parte de la noche pensando en eso, pero cuando acabé de decir esa última frase, lo insalvable de mi situación me embargó y me llenó de desesperanza. Jadeé porque me hacía falta el aire. Me estaba ahogando.

Rouge me miró como si me entendiera. Era muy confuso todo. ¿Era mi amiga? ¿Mi enemiga? ¿Había sido muy duro con ella? Vi que se pasó los dedos con nerviosismo por entre los esponjados rizos rojos.

—Finn, no sabíamos que cancelarían el último viaje. Queríamos resolver el asunto. Queríamos que volvieras al pasado.

—¿Y por qué no podemos hacerlo? —pregunté casi gritando. Quienes paseaban por ahí se detuvieron a ver si todo estaba bien. Me senté junto a Rouge y se fueron. Todo resultaba ilógico—. Por favor, Rouge, sé honesta. ¿Solo se trató del asunto del virus? —le pregunté en un tono menos furioso. Casi suplicándole—. Pasaron cinco años planeando esto. Me parece demasiado intrincado, demasiado ingenioso para solo tratarse de una tesis sobre un virus de amor, o un concurso universitario. ¿Hay algo más?

A Rouge le tomó demasiado tiempo contestar.

—Finn —dijo después de un rato, con cuidado y como si ponderara cada sílaba antes de articularla—, nuestro universo contiene una cantidad infinita de enigmas. Algunos se resuelven en una vida misma, y otros no. Es lo único que te puede decir esta fiscuan.

Frustrado, me levanté otra vez y observé el cielo. Oscurecía ya. Mis dedos se quedaron pegados al marco ornamental de hierro forjado que nos albergaba. Fue algo más que el virus del amor, ¿pero ya qué importaba? Lo único que yo quería era volver a Eliana. Mi mente se aferró a aquellas palabras: «Queríamos resolver el asunto. Queríamos que volvieras al pasado».

—Si esto necesita resolverse, terminar bien, Rouge, entonces convéncelos de que nos envíen al último viaje.

¿Había todavía una oportunidad de volver a despedirme, o incluso —me daba miedo articular el pensamiento— de que me quedara en el tiempo de Eliana?

Rouge se levantó y se acercó a mí.

—Finn, esta fiscuan sabe lo que estás pensando. No serías el primero en… —y miró en otra dirección.

—¿No sería el primero en qué?

No respondió.

Yo me senté.

—¿Qué, Rouge?

Siguió sin hablar.

Pasaron varios segundos. Escuché el zumbido de varias bicicletas que pasaron, el *blop, blop, blop* del agua que recorría los tres pisos de la fuente frente a nosotros.

—Sería una locura, Finn —dijo en voz baja—. Sería una locura permanecer allá.

Entonces sí: lo sabía.

—Te necesitamos aquí —dijo.

—¡No, no es así! ¿Para qué? ¿Para propagar el «amor»? Yolanda, Severin y Renko pueden hacerlo ahora. Y el profesor Grossmann: él parece tener un talento especial para ello.

—No podrías viajar. Sufrirías un terrible desfase temporal. Además no eres como ellos. Crees que estás enamorado, pero…

—¿Piensas que es solo una «creencia»? Ese es un insulto colosal.

Rouge trataba de buscar las palabras adecuadas.

—Está bien ahora porque es una situación nueva y fresca, pero… piensa en… piensa en los gritos. Y en el llanto. No estás preparado. Piensa en los azotones de las puertas al cerrarse y en…

—¡Y en todas las puertas que se abran! —dije—. Además, ¿qué sabes tú del amor?

Nos miramos fijamente por un rato.

—Finn, en siete años se acabaría el mundo para ti. Morirías de una forma espantosa.

Me quedé conmocionado.

—¿Tú sabes eso?

—No, no. —Sacudió la cabeza con vehemencia—. Por supuesto que no, en absoluto.

—¿Entonces? ¡Podríamos sobrevivir! La vida continuó en el siglo XXI. El mundo no dejó de girar. Se fabricaron los binoculunares, se exploró el espacio, el hombre se recreó a sí mismo, órgano por órgano. —Sonaba demasiado cínico pero no debería ser así. Eliana, su familia y sus amigos habitaban ese mundo. Eran gente buena—. La gente sobrevivió, Rouge. Prosperó. Construyó hogares. Las personas se reprodujeron, los niños nacieron y se convirtieron en seres humanos amables y decentes que, a su vez, produjeron más seres humanos decentes. El Invierno Negro no trajo solo oscuridad.

Rouge se retorcía las manos. Jamás la había visto tan consternada.

—¡Pero el punto es que podrías no llegar a eso siquiera! No tenemos manera de saberlo. No tenemos pruebas.

—¿Qué quieres decir?

—Los diarios se acabaron, así que no sabemos si llegaste ahí o no. Lo investigamos y no pudimos encontrarte. Tampoco a ella. Enviarte otra vez es demasiado peligroso. El portal a septiembre 8 de 2011 está repleto de perturbaciones atmosféricas. Y son demasiado confusas. Antes era más sencillo porque teníamos fondos y podíamos rastrear a los viajeros extraviados, pero si no hay dinero, no habría manera de que nos rescataran si nos quedáramos atrapados en algún lugar. No volveríamos a casa jamás.

—¿Y si este hombre no quisiera volver?

Rouge se levantó de pronto y se paró frente a mí.

—No estás prestando atención, Finn. Podrías terminar en un lugar que no quieres. El multiuniverso está lleno de enigmas, de mundos extraños. Algunos, o casi todos, son impredecibles.

Entonces comprendí. Al fin. Mi situación era insalvable.

—¿Y qué va a pasar? —aullé como un animal herido, como esas bestias que aparecían en los celuloides que tanto nos gustaban a mí y a Renko. King Kong, Godzilla, el Monstruo de la Laguna Negra. Los ojos me temblaban. Y el sudor me escurría por la nuca. De pronto la fragancia de las azucenas se tornó nauseabunda. Creí que me desmayaría por el hedor.

Volví a dar vueltas. ¿Entonces no había evidencia alguna de que había vuelto con Eliana? Robert cruzó el mar con la caja de ónix. ¿Por qué se la llevó? ¿Y por qué la guardó en un cajón oculto? ¿Qué

había tan valioso en ella? La pluma era una pluma. ¿Pero el anillo? ¿Sería algo más que una baratija? ¿Qué había en él? La abeja. ¿Habría algo en la abeja?

Había algo que no vi o que olvidé, ¿pero qué? ¿Qué más sabía yo? Caminé de ida y vuelta en la Jaula. Traté de forzar mi memoria. ¿Qué se me estaba olvidando? ¿Tal vez algo en el diario de Eliana? ¿Algo que dijo? Algo…

Sí.

Lucia.

Eliana dijo que si tuviera una hija la llamaría Lucia. Recordaba a la misteriosa mujer que la buscó en 2009 y que le dijo que me esperara. Eliana no tenía idea de quién era ella, pero sintió un vínculo inmediato. Y yo tenía razones para creer que esa mujer había llegado ahí proveniente de mi mundo.

Y qué tal si…

De pronto, una noción extraordinaria comenzó a formarse en mi mente. La vi desarrollarse hasta que se cernió sobre mí en el aire como un colibrí, como si estuviera levitando en el espacio, como si batiera las alas con un frenesí tal que las hacía prácticamente invisibles. Entonces sentí que se posaba sobre mi hombro y me gorjeaba al oído.

Lucia.

Eso era. Lucia era nuestra hija.

Lucia. En esas sílabas escuché la apertura de un candado. Escuché cómo se abría, vuelta tras vuelta, *clink, clank, clunk*. Escuché cómo se movía la puerta. Había encontrado la llave.

Lucia hacía nuestro amor real. Y nuestro amor haría a Lucia existir.

Pero si era nuestra hija, ¿cómo llegó a mi mundo?

Los engranajes de mi mente empezaron a rotar.

¿Habría seguido los consejos de Robert en 2018? ¿Puse el genoma de Lucia en un microchip y lo guardé en una abeja falsa para que viajara en el tiempo, por los siglos, en una caja de ónix? Quizá. Tal vez ahí también estaba el genoma de Eliana. Pero qué beneficios me traería eso, o por qué lo haría o, mejor dicho, por qué lo *había* hecho… no lo sabía. Sin embargo, sonaba lógico y, lo más importante, significaba que sí estuve ahí en 2018. Era la prueba que

necesitaba. Porque, ¿quién más sabía que el anillo se tenía que salvar, que debía guardarse en la caja de ónix y esconderse en el cajón de la mesa de nogal excepto yo? Seguramente yo mismo fui quien le dijo a Robert que se llevara esos objetos al otro lado del mar. Planté en su cabeza la idea de que construyera la mesa de nogal con el cajón oculto. Y también fui quien puso los diarios de Eliana en el contenedor para exploradores.

O al menos eso era lo que quería creer porque significaba que volví. Y que me quedé. Era la evidencia. Tenía que creerlo. Tenía que hacerlo.

—¿Finn?

Cuando volteé, vi que ya estaba en los escalones de la Jaula. No sabía cómo llegué ahí. Rouge estaba a mi lado.

—¿Sí?

—¿Estás bien? —me preguntó.

Asentí, aunque aletargado.

—¿Se te acaba de ocurrir algo? ¿Algo a qué aferrarte?

¿Debería decirle?

Sacudí la cabeza.

—No —le contesté, y miré en otra dirección—. No es nada.

La fragancia de las azucenas flotaba alrededor de nosotros. Ahora la percibía dulzona y picante. La oscuridad también se había asentado ya, y dado paso a las estrellas. Era una noche espectacular.

—Rouge —le pregunté en voz baja—. ¿Cuántas crees que sean las probabilidades de encontrar a tu pareja perfecta? ¿De encontrar a esa persona que también te ama?

—¿Quieres una respuesta con precisión matemática?

Sonreí: era tan predecible.

—Con un estimado burdo estará bien.

—Las probabilidades son muy pocas, casi nulas. En especial aquí. Pero allá, en el pasado, también.

—Sí. Es imposible, ¿verdad? —Contemplé el negro cielo—. Es como tratar de atrapar una estrella que cae con una red para mariposas.

Nos quedamos sentados por un un rato en el Jardín Inglés del Museo de Cultura Europea y escuchamos el borboteo de la fuente. Nos envolvía la fragancia de las azucenas. Observamos la

coreografía de las estrellas.

—Una en 285 000 —dijo Rouge de repente.

—¿Cómo? —Me tomó por sorpresa.

—Que hay una probabilidad en 285 000 de encontrar a esa persona que es todo para ti y que piensa que tú lo eres todo para ella también. Eso, en el mundo del pasado. Aquí las probabilidades son muchísimo menores.

La miré y me di cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas. Sus labios temblaban. Los humedeció con la lengua.

—¿Rouge?

Respiró profundamente. Su pecho se elevó y luego descendió.

La tomé de la mano.

—¿Qué sucede?

Había algo que no me quería decir.

—¿Rouge?

—Esta amiga no soportará verte partir —dijo entre sollozos. Miró nuestras manos, todavía entrelazadas. Me apretaba con tanta fuerza, que sus nudillos estaban blancos—. Yo te amo —dijo, como si ella misma no pudiera creerlo—. *Siempre* te he amado. No sé cómo sucedió pero así es. Ahora lo sabes. Y aquí termina todo.

No supe qué me sorprendía más: su confesión, o el hecho de que hubiera usado la palabra «yo». Pero ciertamente me quedé anonadado.

—¿Siempre? Pero… ¿Cómo? ¿Cómo pudiste…?

—¡Por favor! No volvamos a mencionarlo jamás. ¿Me lo prometes? —Me miró con vehemencia. Estaba confundido pero asentí.

Nos sentamos un largo rato así, tomados de las manos y mirando las estrellas. Y luego finalmente la escuché suspirar. Se sentó derecha, echó los hombros atrás y volteó a verme con una sonrisa de fortaleza.

—Muy bien. Veremos qué se puede hacer. Estás en lista de espera.

De pronto me pareció que el cielo se inclinaba hasta mí para abrazarme. Tenía un nudo en la garganta.

—Gracias, Rouge, eres una buena amiga.

—¿Una buena amiga? —Se puso de pie—. *Baloney*! —dijo, y se

fue caminando a través de la noche sin voltear atrás. Ni una sola vez.

Fue la última vez que vi a Rouge.

A la mañana siguiente me envió un mensaje diciendo que debía avisarles a mis colegas de la Biblioteca de Europa dónde terminaría de traducir el diario. Jamás se le ocurrió que tal vez ahora yo ya no querría seguir haciendo esa labor para la biblioteca. Me pidió que mantuviera un perfil discreto y que no hablara de mis planes con nadie y bajo ninguna circunstancia. La operación podría funcionar o no, pero tenía que permanecer en secreto de cualquier forma.

Dos días después yo ya estaba en Norteamérica. Dejé mi habitación del Rubik tal como estaba, pero me llevé el estuche de equipo de mamá, los binoculunares de Mannu, el osito de Lulu, la raqueta de *slapback* de papá y la caja con el anillo. Los llevé a Fire Island, adonde pertenecían. Las réplicas genuinas de los diarios de Eliana, mi cuaderno de trabajo para aprender escritura cursiva y la botella de Infinitissimo encontraron un lugar especial en el cuarto superior de la casa de los Nordstrom. Este libro escrito a mano, la pluma fuente negra con las estrellas de platino y la ampolleta de perfume fueron conmigo a la colonia Sternwald de los Forester, donde yo esperaba terminar de escribir este libro sin interrupciones.

Raoul Aaronson me invitó a quedarme en el estudio de su difunta esposa. Era una pequeña estructura de madera detrás de la casa. Carmine había fallecido unos tres años antes pero su artístico papel hecho a mano estaba aún por todas partes: en libros en tercera dimensión, en grabados y bocetos. Me senté todos los días a su escritorio y terminé de decodificar el octavo diario de Eliana. No para el Doc-Doc, sino para mí. Luego me puse a trabajar en este libro con la pluma que Eliana me dio doscientos cincuenta años atrás: a escribir mi historia, letra por letra, palabra por palabra, oración por oración, en una letra cursiva bastante decente, si se me permite decirlo.

Todas las noches antes de dormir abrí la ampolleta de Infinitissimo, rocié algunas gotas en la almohada e inhalé la fragancia de Eliana: mi sol, mi luz, mi amor. ¿Encontraría el camino hasta ella? ¿Podría Rouge ayudarnos?

Era julio y los bosques canadienses estaban llenos de recuerdos de Mannu, de mi padre y de nuestros viajes anuales a la colonia. A veces, mientras Raoul trabajaba, yo llevaba a pasear al pequeño Colin. Un día cocinamos polenta, otro, nos metimos en capas invisibles y jugamos a las escondidas; una tarde le mostré cómo lanzar piedras al estanque detrás de la casa.

Una mañana fresca y lluviosa hace casi tres semanas, en julio, me visitaron Raoul y Colin.

—Ya están listas las páginas que necesitabas —dijo Raoul, y me entregó un fólder—. Decodificadas y traducidas. Las envié a tu BC. Las tendrás cuando dejes la colonia, pero, ¿quieres este respaldo?

Esas páginas eran las fechas del diario de Eliana que escribió durante y al final de mi última visita. Mis dedos se morían por tomar el fólder, pero me negué. Me pareció que leerlas significaría abusar de su confianza.

—Nah, está bien —dije—. Ya están seguras en mi bandeja de entrada. ¿Alguien quiere una berryola?

—¡Yo!, ¡yo! —dijo Colin. Luego me pidió permiso para jugar con mi pluma. Ya escribía su nombre y podía pasarse horas trazando líneas y letras. Se desparramó sobre el suelo y comenzó a garabatear.

—Hay cosas tremendas escritas aquí —dijo Raoul, y le dio unos golpecitos al fólder.

—¿Tremendas? —pregunté mientras mezclaba la berryola de Colin.

Raoul bajó la voz.

—Ardientes, verdaderamente apasionadas. Puedo decir, oficialmente, que me excité leyendo algunas partes.

—¿En serio?

—Tal vez no debería conversar contigo acerca de temas como estos.

—¿Por qué no?

—Pues porque, obviamente, ustedes los citadinos no se involucran ni practican mucho este asunto. Es decir, sí lo hacen, por supuesto, cuando tienen algo de tiempo, pero es más como una obligación, ¿no?

—No somos rígidos seres automatizados, Raoul.

Se sonrojó.

—Lo siento, no quise decir eso.

Seguí ocupado preparando la berryola de Colin pero sentí la mirada de Raoul todo el tiempo. Cuando le llevé su bebida al pequeño, vi que llevaba un rato llenando una hoja de papel con su nombre: usó letras grandes y gordas. Me miró desde el piso y sonrió con tal alegría que solo pude agacharme y abrazarlo. Él se aferró a mí.

—Hueles bien —me dijo.

Tal vez era el Infinitissimo que esparcí en mi almohada.

—¿A qué huele? —le pregunté.

Pegó su nariz a mi cuello e inhaló.

—Como a… que te podría abrazar por siempre, siempre.

Raoul y yo nos reímos.

El sol se asomó por una nube y brilló en el rostro del pequeño Colin. Su rostro se iluminó y me sorprendió ver cómo sus ojos se transformaban en un vibrante color turquesa. Ojos color turquesa. Jamás se los había visto. Me recordaron a…

—¡Oye! —exclamó Raoul—, ¿y para mí no hay berryola?

Regresé a la barra y nos preparé dos bebidas también. Mientras las batía, me di cuenta de que Raoul seguía mirándome.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. Traes algo entre manos.

—No, nada —Raoul bebió de su vaso. La berryola le dejó un grueso bigote rojo sobre la bronceada piel, pero él lo lamió de inmediato. Me miró y volvió a darle golpecitos al fólder.

—¿Estás seguro de que no quieres leer esto? En verdad es muy interesante. —Abrió el fólder—. Esta chica está enamorada. Con locura. Describe a un tipo, Swen. —Me miró—. Me recuerda a ti.

Tragué saliva.

—¿Cómo?

—Ella lo describe. Su cabello, su piel, sus bíceps, su… Pero bueno, no es solo su apariencia. —Fijó la mirada en mi barbilla, en el vello largo y grueso—. También habla de su forma de ser. De su aura y de las cosas que dice. De cómo las dice.

—Mmm —murmuré en un tono evasivo.

—Escribe sobre temas agradables. Y escribe bien. Dijo algo que me hizo pensar en Carmine y en lo que sentía respecto a ella.

—¿Qué fue?

Raoul pasó varias páginas.

—Es solo una oración. ¿Está bien? ¿Puedo leer solo una oración?

—Adelante.

—Escribió esto, y es exactamente lo que yo sentía respecto a Carmine. —Me miró—. Muy bien, aquí está. —Volvió a mirar el papel—. Esto es lo que escribió: «Imaginar una vida sin él es como imaginar una vida no vivida». —Y volteó a verme—. Lindo, ¿no?

Raoul y Colin me ayudaron a limpiar el desastre que dejé: había berryola y vidrio por todo el piso. Me sentí como un inútil. No solo porque jamás había tenido que limpiar algo que derramé, sino porque las manos no dejaban de temblarme.

¡Renko! ¡Mi mejor amigo! ¡Fue Renko quien tradujo los diarios! Esa frase sobre el amor la leyó ahí, en un diario que probablemente tradujo cinco años atrás.

¿Por qué me habría ocultado que trabajó en los diarios? ¿Me habría traicionado? ¿O tal vez me quiso proteger de algo? ¿Qué papel jugó en todo el plan? Tal vez nunca me enteraría porque ya no me quedaba tiempo para confrontarlo. Tan solo unos minutos después de descubrir el secreto sonó un celular. Raoul metió la mano a su bolsillo y sacó el aparato. Era Rouge.

Fue muy extraño hablar con ella a través de un celular en el año 2265. Yo estaba debajo de un sauce, cerca del estanque en la parte de atrás de la casa. Su voz cada vez se escuchaba menos, y yo estaba enloqueciendo. Cada tres oraciones tuvo que repetirme todo dos veces, pero entendí que al día siguiente, julio 22, tenía que ir a Berlín, al IOZ, por la tarde. Rouge no estaría ahí, pero la doctora Yuka Shihomi conduciría la navegación y descargaría mis recuerdos por última vez.

—Es solo por si acaso —dijo Rouge.

—¿Por si acaso qué?

—En caso de que la máquina del tiempo se vuelva loca, te arroje de vuelta a nosotras y se rompan todos y cada uno de los huesos de tu estúpido cuerpo. Yuka no ha hecho esto nunca antes.

—¿Qué? —grité, a punto de sufrir un ataque—. ¿Hablas en serio?

—Ay, Finn, es una broma. Relájate.

Tuve que admitir que Rouge Marie Moreau se estaba convirtiendo en una fiscuan muy interesante. Incluso maternal: me insistió como una típica madre en que tomara las pastillas para el desfase temporal: para ver si podían hacer algo por mí dondequiera que aterrizara. Me recordó que la casa vacacional, a la vuelta del departamento de los Lorenz, estaba pagada hasta el 30 de septiembre de 2011 (dato que solo me serviría si aterrizaba en el lugar correcto). Me dijo que ahí encontraría ropa, artículos de aseo, un equipo de computación para principiantes con una *laptop*, una cuenta de Facebook, una cuenta de correo electrónico, la información sobre una cuenta de banco, y un cepillo de dientes eléctrico con tecnología de punta. En mi mochila estaban las pastillas para el desfase temporal, un pasaporte estadounidense que debía renovarse en 2017, euros en efectivo, una tarjeta American Express Oro, un *smartphone* y goma de mascar.

—¿Ya pensaste cómo vas a justificar no haberle llamado o enviado un correo electrónico entre el 7 de agosto y el 8 de septiembre? —preguntó Rouge.

—Todavía no.

—Más te vale que lo hagas.

Rouge me puso rápidamente al tanto de los sucesos recientes: varios campi de prestigiosas universidades europeas, entre ellas las de Berlín, Bolonia, Praga y Castrup-Rauxel, tuvieron éxito en su petición en contra de que el Triple G cancelara el concurso *En busca de la fertilidad*. Los fondos no se restablecieron, por desgracia, pero se otorgaron becas a los ganadores. «De aquí a la fertilidad», la presentación que Rouge hizo para el concurso, no ganó el primer premio pero obtuvo una mención honorífica por ser la «Idea más Original». Y, como Rouge dijo… «Se verá bien en el currículum».

Rouge me siguió contando; me dijo que el Instituto Olga Zhukova le daría un doctorado honorario al Doctor Doctor Rirkrit Sriwanichpoom por su trabajo en el proyecto. A partir de entonces sería llamado Doctor Doctor Doctor h.c. Rirkrit Sriwanichpoom. Rouge creía que el profesor Grossmann había sido fundamental en obtener el título honorario para el Doc-Doc-Doc porque estaba tratando de congraciarse con él por haber embarazado a su esposa,

la Doctora Doctora Gwyneth Elwyn.

Por otra parte, todos los fetos se estaban desarrollando bien: el de Gwyneth, el de Gao, el de Yolanda y el de la señora Grossmann. Asimismo, poco más de diez PA en Märkisches Quarter ya también estaban en camino de tener familia. Seis de ellas vivían en el Rubik: el epicentro del contagio viral.

Al virus del amor le cambiaron el nombre, dijo Rouge, y de ahora en adelante se le conocería como *Amorivirus grossmanni*. Me sentí aliviado de que sacaran mi nombre del asunto.

—Así que se terminó el lío, Finn —dijo Rouge—. Eso fue todo.

Me resultaba difícil despedirme de Rouge. Siempre fue y seguirá siendo un misterio para mí. ¿Quién era? ¿Qué tanto poder tenía que encontró la manera de sacarme a escondidas de este mundo? Mientras más lo pienso, más me convenzo de que no era lo que parecía. ¿Alguna vez sabré quién era en verdad?

Había empezado a lloviznar otra vez, y yo no estaba seguro de si las gotas en mi rostro eran de lluvia o eran lágrimas.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Triste. Y…

—¿Y?

—Tengo miedo, mucho miedo.

—Era de esperarse. Esta fiscuan también teme por ti. ¿Estás seguro de que quieres seguir adelante con esto?

Entonces pensé que Eliana me estaba esperando.

—Sí.

Estoy escribiendo las últimas páginas de mi libro ahora. En cuanto termine le rociaré un poco de Infinitissimo como Eliana hacía con los suyos. Luego lo envolveré en papel, lo sellaré y se lo daré a Raoul. Le pediré que le lleve el paquete a Rouge a Berlín, y que le diga que me gustaría que lo leyera. Si mis instintos no se equivocan, ella criará al clon de Lucia y le dará este libro para que también lo lea cuando tenga edad suficiente.

Los dos Aaronson me acompañarán por el sendero hasta el autobús eléctrico. Raoul y yo nos abrazaremos de una manera ligeramente extraña, como lo hacen los hombres. Nos daremos palmadas en las espaldas y luego nos tomaremos de los hombros al mismo tiempo que diremos «Cuídate».

Sin siquiera preguntar, el pequeño Colin entenderá que me voy por mucho tiempo. «¿Cuándo volverás?», me preguntará preocupado, con la frente arrugadita como cachorro de bulldog, y entonces sus ojos se tornarán de color turquesa bajo la luz del sol.

—No lo sé —le contestaré.

—Pero volveré a verte, ¿no es cierto?

Y yo lo abrazaré con fuerza.

—Eso espero, Colin. No sabes cuánto deseo volver a verte.

Tomaré el autobús eléctrico a Toronto, de ahí, el swuttle a Manhattan, y luego un planeador a Fire Island. Magda, la mujer del aseo, se alborotará mucho al verme y el chef Carlo Canelli preparará algo de pasta con langosta.

En el cuarto superior limpiaré y puliré la pluma fuente, luego la colocaré junto al anillo sobre la cama de terciopelo, cerraré la caja de ónix negro con el girasol incrustado, y la guardaré en el cajón oculto de la mesa de nogal.

Más tarde me sentaré en la playa. La arena todavía estará tibia por el calor de la tarde; el aire se sentirá pesado por la sal, y la brisa traerá consigo la fragancia del jazmín del jardín contiguo. Observaré cómo se iluminan de rosa las crestas de las olas con la luz del sol que se pone para luego tornarse plateadas a la luz de la luna. Contemplaré por última vez las estrellas que brillan sobre esta isla, luego me lanzaré al mar, nadaré hasta la boya y volveré a la orilla.

Rondaré por la casa para despedirme de esta vida, de mi familia, de mi pasado. Acicalaré al osito de Lulu porque tal vez Lucia algún día lo encuentre y lo reclame como suyo. Luego me recostaré en la que fue mi cama de adolescente, donde la ampolleta de Infinitissimo se oculta debajo de la almohada, y reflexionaré sobre los enigmas infinitos de la vida. Me preguntaré, tal como dijo Rouge, por qué algunos los resolvemos en esta vida y otros permanecen sin respuesta: como el engaño de Renko y el amor de Rouge.

Volaré a Berlín al amanecer. Caminaré por las calles del DPA BAD, llegaré al Instituto Olga Zhukova de Física Aplicada a la una, y me pondré a disposición de la doctora Yuka Shihomi, quien me dirá lo mucho que le entristece verme partir. Y entonces, querido lector, mi vida y mi amor quedarán en manos del tiempo…

Epílogo

EL GRAN SEDUCTOR

En mayo de 2266, diez meses después de que Finn desapareció, alguien tocó a la puerta de Rouge en el Rubik. Qué raro, pensó. Los invitados siempre anunciaban su inminente llegada con un mensaje de BC. Se alejó —aunque no con premura— del trabajo, y con la idea de que Hildburg, el ama de llaves, o JoeJoe, el intendente, se habían descompuesto y estaban paseando sin control. Entonces abrió la puerta diciendo: «Hey, ¿y ahora qué?».

Pero se sorprendió al encontrar a un hombre y a un niño frente a ella. El hombre tenía un parecido asombroso con JoeJoe, aunque sin barba. Era alto y corpulento como el robot. A diferencia de lo mucho que distraían en un robot, en aquel hombre los mismos llamativos rasgos y la robustez resultaban impactantes. Rouge rara vez se había topado con un tipo de una masculinidad tan cruda. El visitante tenía, sin embargo, cierta ternura. ¿Tal vez daba esa impresión por la forma en que tomaba la mano del niño? Rouge notó la ropa: camisetas y *jeans*. También usaban gorras con un borde rígido y largo. La del niño tenía un símbolo blanco al frente. ¿O eran letras? ¿N y Y? El conjunto hizo a Rouge recordar el atuendo que Finn usó en el viaje de 2007-2011. Y en ese momento comprendió que aquel hombre era un Forester. Conoció a algunos en sus viajes por la Selva del Amazonas y en Suecia el verano que

pasó allá.

¿Y qué hacía ese Forester tocando a su puerta?

Pero más allá de la repentina aparición del hombre con el niño, de su parecido con JoeJoe, de sus ropas o de que fuera un Forester, lo más sorprendente fue la reacción de Rouge en su presencia. Experimentó algo inusitado, una reacción química, un vuelco de hormonas que estuvo a punto de hacerla caer de espaldas. Fue algo extraordinario. Todo su cuerpo se puso alerta de repente debido a… al anhelo. No habían pasado más de, tal vez, cuatro segundos desde que le puso encima los ojos a aquel hombre, pero la ilusión ya le causaba vértigo. Algo así le había sucedido con Finn, pero en aquel caso las emociones la fueron embargando poco a poco. El sentimiento del presente era poco común por lo repentino e intenso.

—¿Rouge Marie Moreau? —preguntó el hombre.

Su voz era sonora y plena. La envolvió por completo.

—Sí —contestó ella.

Él extendió la mano y ella la estrechó.

—Raoul —dijo—, Raoul Aaronson. —Miró al niño—. Y este es mi hijo, Colin Aaronson-Aiello.

Colin extendió su manita.

—Gusto en conocerla —declaró con amable cautela.

Rouge logró sonreír al saludarlo, pero la mayor parte de su energía estaba enfocada en mantener las rodillas firmes porque ya comenzaba a bambolearse. Aunque bueno, al menos ya sabía quién era el hombre. En julio, a eones de distancia, Finn le había dado a Rouge el número de celular de Raoul. Le mencionó algo sobre la esposa. Fue una tragedia, ella…

—Somos amigos de Finn Nordstrom —explicó el hombre.

—Sí —dijo Rouge—, se quedó contigo. —Ah, ya lo recordaba. Su esposa había muerto cuando nació su hijo.

—En julio, antes de que Finn nos dejara, nos pidió que le trajéramos algo.

—Pasen —dijo, y les permitió entrar a su casa. Y a su vida.

—Un libro. —Rouge dejó caer la envoltura café al suelo. Acarició por un momento la piel color coñac del libro, y lo abrió. Sobre las suaves hojas color crema vio palabras; miles y miles de ellas. Miró a Raoul. Él estaba sentado en un sillón a unos metros de

distancia. Se veía tonto. Era demasiado grande para ese mueble. Las rodillas y los codos sobresalían por todos lados.

—Está escrito a mano —dijo Rouge.

Él se inclinó al frente.

—Sí, yo sé.

«Sí, yo sé.» Cuando hacían negocios o tenían tratos con los citadinos, los Forester hablaban de la misma forma que estos, pero él acababa de usar la palabra «yo», y eso provocó que una oleada de hormonas recorriera el cuerpo de Rouge. Era obvio que no estaba en control de sus emociones. Avergonzada, miró la página donde estaba abierto el libro. ¿Por qué le habría dado Finn un libro? Trató de leer las palabras con los ojos entrecerrados. Sus labios iban formando las primeras letras.

—«In-fi…» —comenzó a leer, pero se dio por vencida—. ¿Usted sabe lo que dice? —le preguntó a Raoul—. Es muy difícil de leer.

Él se levantó y con sus dos metros de estatura se acercó a Rouge, quien estaba sentada en el sofá. Colin se encontraba estirado en el piso junto a la ventana mirador, con una taza de chocolate. Elevó la mirada por un instante, pero luego volvió a las páginas que estaba leyendo. Eran coloridas y estaban llenas de imágenes con globos sobre las cabezas de los personajes en los que uno podía leer lo que pensaban o decían.

Rouge le entregó el libro de piel a Raoul.

—Tenga.

Parecía que Raoul no sabía si sentarse en el sofá o no. Decidió no hacerlo, y volvió a su lugar con el libro. Leyó las palabras.

—Aquí dice «Infinitissimo». Es el título.

—¿El título?

—Del libro.

—¿Y qué dice abajo?

Raoul se rio.

Y Rouge se sonrojó. Evidentemente, al hombre le parecía absurdo que una mujer inteligente no pudiera leer letra cursiva. Pero entonces Raoul comprendió que estaba avergonzada.

—Lo lamento. —Se sentó derecho—. Abajo dice: «Por Finn Nordstrom».

—¿Es suyo? —exclamó Rouge—. ¿Él lo escribió?

—Sí, yo lo vi hacerlo.

Rouge extendió la mano. Él se levantó y le devolvió el libro. Ella pasó las páginas. Extraordinario. Sabía mucho de Finn, pero jamás se habría esperado algo así. Infinitissimo, pensó. Al libro que escribió le puso el nombre del perfume de Eliana. Al hojearlo, Rouge incluso alcanzó a percibir el tenue perfume. ¿Le habría rociado algunas gotas de la misma forma en que Eliana describió que ella lo hacía con sus diarios? La fragancia le resultaba conocida a Rouge porque encontró una pequeña ampolleta en el buró que solía ser de Finn. Ahora era suyo.

—Infinitissimo es un perfume —dijo. Le dio vuelta a la página y volvió a enfrentarse trabajosamente a las letras—. Ca-pí tu… lo u-no… —Levantó la mirada y vio a Raoul—. Es muy difícil.

Raoul asintió.

—Pero él quiere que lo lea.

—Esta física no estudió para leer manuscritos.

—¿Es usted fiscuan?

Ella asintió. En el rostro de Raoul se dibujó una sonrisa.

—Una mujer moderna —dijo sin mucho aspaviento, aunque con un toque de reverencia.

Sus miradas se cruzaron.

—Ese libro es de mi mamá —dijo Colin—. Ella lo fabricó.

La voz del niño los tomó por sorpresa a ambos. De pronto estaba parado junto a Rouge.

—Carmine.

—Es un lindo nombre —dijo Rouge.

—Yo sé.

Rouge vio al niño. Había algo familiar en él. Cuando le sonrió, pensó que era un pequeño dulce y tranquilo. Oh, se estaba empezando a volver loca por él.

—Mi esposa trabajaba con papel —dijo Raoul.

—Finn lo mencionó. —Con la mirada, Rouge también le hizo saber que estaba al tanto de la muerte de su esposa.

—Ahora ya estamos bien —dijo Raoul—. Bueno, la mayor parte del tiempo.

Ella asintió. Raoul bebió un poco del té que Rouge le había preparado. Ella volvió a acariciar la portada.

—¿Consideraría la posibilidad de leerlo en voz alta? —le preguntó a Raoul.

—¿A usted?

Ella asintió.

—¿Finn sabía que no lee manuscrita?

—Por supuesto. ¿Quién sí puede? —Oh, ¿lo habría ofendido?— ¿Excepto por los Forester y algunos académicos con entrenamiento especial?

Raoul se quitó la gorra y jugueteó con su cabello. Era grueso y ondulado.

—Pero tal vez hay información privada de la que yo no debería enterarme.

Su cabello brilló bajo la luz. Era de un color café muy vivo. Rouge pensó que sería agradable pasar sus dedos por él.

—Usted era su amigo —dijo ella—. Probablemente no le importaría que se enterara de lo que en él dice.

La mirada de Raoul volvió a entrelazarse con la de ella.

—¿Dónde está? ¿Adónde se fue? ¿Usted lo sabe? ¿Volverá?

—Léalo, por favor. Tal vez la respuesta esté en el libro.

—¿Me está chantajeando? —le preguntó Raoul con una sonrisa que ella le devolvió.

—Más o menos.

—¿Y si la respuesta no está aquí?

—Él se lo dirá.

Raoul se recostó.

—Es un travieso, ¿sabe? Se lo pudo enviar a usted directamente, pero creo que quería que yo se lo leyera, y por eso me pidió entregarlo.

—Sí —dijo ella—, eso parece.

Ambos sonrieron.

Raoul apartó una habitación de invitados en el Rubik, llevó a Colin con unos parientes que vivían en el Bosque Bávaro, y a la mañana siguiente comenzó a trabajar con Rouge.

Al principio de la crónica, cuando se le habla por primera vez al lector acerca de Rouge y Finn describe los sentimientos encontrados que tiene respecto a ella, Raoul le preguntó si estaba

completamente segura de que no le importaba que él leyera. Con la mano, y en un gesto raudo de indiferencia, ella le hizo saber que no le molestaba.

—¿Está segura?

—Vamos —insistió Rouge—, siga. —No quería que Raoul se detuviera. Jamás había escuchado una voz tan agradable. Era como terciopelo. De pronto se sorprendió a sí misma pensando cómo sería quedarse dormida arrullada por aquella voz.

Raoul estaba sentado en el sillón individual y Rouge en el sofá. Hicieron un descanso para comer, para beber té y para cenar. Antes de retirarse, él mencionó que estaba intrigado por lo que había leído acerca del Instituto Olga Zhukova, y que le gustaría visitarlo. Ella ofreció investigar si eso era posible. Así fue su primer día de trabajo.

Al segundo día, Raoul se sentó en un extremo del sofá y ella en el otro. Cuando leyó que habían engañado a Finn para hacerlo viajar en el tiempo, volteó indignado a ver a Rouge.

—No fueron honestos con él —le dijo.

—No, no lo fuimos. Era imposible.

Al final del día ya se tuteaban.

Al tercer día ambos se sentaron en medio del sofá. Raoul estaba un poco ronco por tanto leer, así que continuó hablando en voz baja. A Rouge le agradó el cambio. Mientras leía, percibió el peculiar y natural aroma de él. Había algo oscuro y prohibido en ese aroma. Pero era fascinante.

Tomaron un descanso para ir al IOZ. A Rouge no le sorprendió ver que Raoul entendía con facilidad varios conceptos técnicos y científicos. Por la noche pasearon despreocupadamente en los jardines del Museo de Cultura Europea. Ignoraron las miradas: los Forester no eran algo común en el DPA BAD. Cerca de la Colección Gartenzwerg encontraron una banca vacía y siguieron leyendo. Al final de esa jornada, cuando cayó la oscuridad, estaban sentados tan cerca que los paseantes pensaron que se trataba de una pareja. Pero al despedirse solo estrecharon las manos.

En la cuarta y última mañana, ambos se recostaron bocabajo, uno junto al otro, estirados sobre la cama de Rouge. Sabían que tendrían que separarse cuando terminaran de leer el libro.

—«Y entonces, querido lector, mi vida y mi amor quedarán en manos del tiempo…». —Raoul cerró el libro y rodó hasta quedar bocarriba.

Rouge también se volteó.

Ambos miraron al techo y a través del domo observaron cómo flotaban las nubes.

—¿Y entonces? —preguntó Raoul finalmente y volteó a verla—. Dime, ¿lo logró o no?

Ella volteó a verlo.

—Está a salvo.

A Raoul se le iluminó el rostro.

—¿Está donde quería estar?

—Sí.

—¿Con Eliana?

—Sí.

Raoul se sentó.

—¿Cómo lo sabes?

—Enviamos a alguien al año 2018, al 4 de junio de 2018, dos meses antes del Invierno Negro.

—¿Por qué a 2018?

—Porque era el único portal que tenía disponible el IOZ. Y, además, queríamos saber qué era de Finn. Pero ha estado ahí desde septiembre de 2011, tal como lo planeamos.

—¿Lo planeamos? ¿Quiénes? ¿Tú?

—Todos nosotros.

Raoul se le quedó viendo un momento mientras trataba de entender. Luego gritó de alegría.

—¡Lo hizo! ¡Maldita sea! ¡Logró lo que quería! —No podía dejar de reír.

Rouge lo observó. Jamás había visto a alguien reír con tanto desenfreno. Rio con tanta fuerza que se le salieron las lágrimas. Del bolsillo de sus *jeans* sacó un paquete de pañuelos de papel. Ella compró un paquete igual en una ocasión, en una *boutique* Forester en Suecia. Fue un recuerdo de viaje. Miró a Raoul mientras él se limpiaba la cara y se sonaba la nariz. Después lo vio guardar el pañuelo de nuevo en su bolsillo.

—Sabíamos que estas cosas sucedían —dijo Raoul—. Además,

como yo viajo un poco, escucho cosas aquí y allá. Todos lo sabíamos, pero… ¡vaya! Esto es demasiado que digerir. —Sacudió la cabeza. Por un momento pareció que empezaría a reírse de nuevo, pero luego dijo—: ¿Y entonces cuál fue el reporte? ¿Dónde lo vieron? ¿Qué estaba haciendo?

—La última vez fue visto en un supermercado de alimentos naturistas en Charlottenburg.

—Un supermercado de alimentos naturistas. —Raoul sonrió—. Oh, oh, oh.

—Estaba con Eliana, comprando espárragos frescos.

Raoul se quedó pensando.

—Espárragos frescos. —Miró a Rouge—. ¿Y eso fue todo?

—También lo vieron verificando la madurez de los melones. Los presionó por todos lados y los olió.

—¿Y el reporte decía cómo se veían? ¿Bien? ¿O…?

—¿Los espárragos o los melones?

Raoul volvió a reírse como loco otra vez.

—¿Qué? —preguntó Rouge, confundida—. ¿Qué?

—¡A Finn y Eliana! ¿Los vieron bien? ¿Sanos? ¿Felices?

—Ah. —Rouge se ruborizó—. ¿Cómo dijo Finn? ¿«El personaje serio del dúo de comedia»?

Raoul asintió y sonrió.

—Sí —dijo al mismo tiempo que acariciaba el rostro de Rouge con su mirada—. Sí, el personaje serio más hermoso que un hombre pudo conocer.

Rouge tragó saliva antes de hablar.

—Se reportó —continuó— que Finn y Eliana se veían en armonía. —Hizo una pausa y luego añadió—: Él llevaba un bebé en una cangurera.

—Un bebé. Vaya. Qué bueno. Para ambos. ¿Era Lucia?

—Cuando quiso captar su atención, Eliana llamó al bebé ChiChi.

—Entonces fue un final feliz. Bravo.

Rouge frunció el ceño.

—Bueno, no del todo.

—¡Hey, vamos! Lo van a lograr, seguro. Finn sabrá qué hacer. Es un tipo listo. Tal vez se encierren en un agujero en la costa del Báltico. Con sus suegros. ¿Y qué pasó con el padre? ¿Cuál fue su

papel?

Rouge se encogió de hombros.

—Tal vez no fue importante.

Raoul se recostó más atrás y entrelazó los dedos detrás de la cabeza.

—Entonces el ADN del bebé ChiChi está en el anillo de ámbar, y la joven que estuvo con Eliana en el café era su clon adulto.

—Eso parece.

—¿Pero quién va fabricar ese clon? ¿Y por qué? Pensé que los clones eran un problema.

—Los basiclones pueden ser seres humanos perfectos, siempre y cuando se les estimule para confiar en sí mismos. Lo mismo sucede con todos los niños.

—Eso es verdad. —Raoul volvió a sentarse—. Entonces el ADN del anillo se usará para hacer el clon.

—Es posible, sí, pero no estaremos seguros hasta que verifiquemos que realmente hay algo en el anillo. —Rouge lo miró, una vez más pudo percibir su aroma a tierra. Tal vez estaba sudando y eso acentuaba el olor—. ¿Tienes calor?

—Sí. —Raoul bajó las piernas de la cama—. Volveré enseguida, tengo que refrescarme la cara un poco. —Luego fingió ser muy severo—: Pero no te vayas porque no he acabado contigo.

Era una amenaza dulce que a ella no le molestó. Abrió el cajón de su buró y dejó caer unas gotas de Infinitissimo sobre sus muñecas. Luego se colocó un poco detrás de las orejas. Volvió a tapar la ampolleta, pero lo pensó bien y volvió a abrirla para poner algunas gotas en el hueco entre sus senos. Fue a la cocina por dos vasos de agua helada. Cuando regresó, Raoul daba vueltas en la habitación.

—Todo este asunto es un poco surrealista para mí —dijo él—. Es como voltear la cabeza hacia atrás, y luego tratar de caminar hacia el frente. Tan solo de pensarlo me da jaqueca. —Se pasaba los dedos por el cabello incesantemente—. ¡Y no puedo dejar de pensar que tú tienes el poder para volver y salvarlos! Lo percibo. ¡Sé que puedes ¿No es verdad?

Ella sacudió la cabeza.

—Está fuera de nuestras manos, Raoul. Así es la física del

tiempo. Recuerda: «Las leyes de la física son las leyes de la física. No tienen que agradarte, pero sí debes obedecerlas». Sucede lo mismo con las leyes del tiempo.

—No estoy totalmente convencido —dijo Raoul. Vencido por el momento, se dejó caer en el sofá.

Ambos se quedaron ahí en silencio por un rato. Pensando… Pero Raoul rompió el silencio de pronto.

—Hueles bien —señaló—. ¿Qué es?

—Infinitissimo.

—Ah, Infinitissimo, el Gran Seductor.

Sus miradas se encontraron.

—Tú también hueles bien —dijo ella.

Raoul se rio.

—A sudor, y a cedro, supongo. Mantenemos nuestra ropa fresca con bolsitas de cedro.

—Cedro —dijo Rouge, como si jamás hubiera escuchado aquella palabra—. Cedro. —Olía a bosque, por supuesto.

Raoul se puso cómodo y estiró un brazo sobre el respaldo del sofá.

—Debo decir que hay algo engañoso en ti.

Rouge sintió el calor de la mano de Raoul cerca de su cuello. Volteó a verlo.

—Pero eso no parece preocuparte.

Raoul dejó caer su mano sobre el hombro de Rouge.

—Al contrario, estoy intrigado.

Con sus dedos acarició la nuca de Rouge. Pero ahora ella quería sentirlos por todas partes. Por todas.

Y entonces, tras leer sus pensamientos, Raoul la atrajo hacia él.

Y se besaron.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Judith Grossmann, una gran amiga, por soportar (y espero, también, por gozar) numerosas lecturas de las primeras, siguientes y últimas versiones de mi manuscrito en inglés; a Katharina Naumann por su increíble habilidad para hacer que el proceso editorial se convierta casi en un placer; a Christiane Steen por el continuo aliento que me brindó desde el principio; a Ulrike Wasel y Klaus Timmermann por su entusiasmo y por la genial traducción al alemán; a Kate Gladstone por su asombroso conocimiento del arte y la historia; por su habilidad como escritora, y por su mirada de águila en lo que se refiere a mi puntuación y gramática de expatriada; al doctor Wolfgang Crom por brindarme información y un viaje al Departamento de Mapas de la Staatsbibliothek en Potsdamer Platz; a los primeros lectores de la obra en ciernes por sus comentarios, apoyo y honesta crítica: Noah Delius, William Grossmann, Wiebke Hellebrand, Tania Oster, Joachim Pietzsch, Jona Pomerance y Anke Sterneborg; y un agradecimiento especial a Eberhard Delius, quien estuvo ahí en todo el proceso, tomó mi mano y cocinó un delicioso borscht. Como siempre, sin él, el diluvio.

Notas

[1] La expresión *xoxo* es un código usual de cartas o e-mail cuyo origen se desconoce. Existen varias versiones sobre su significado; la más usual asume que la «x» representa los labios de un beso, y la «o» los brazos de un abrazo. (N. de la E.) < <